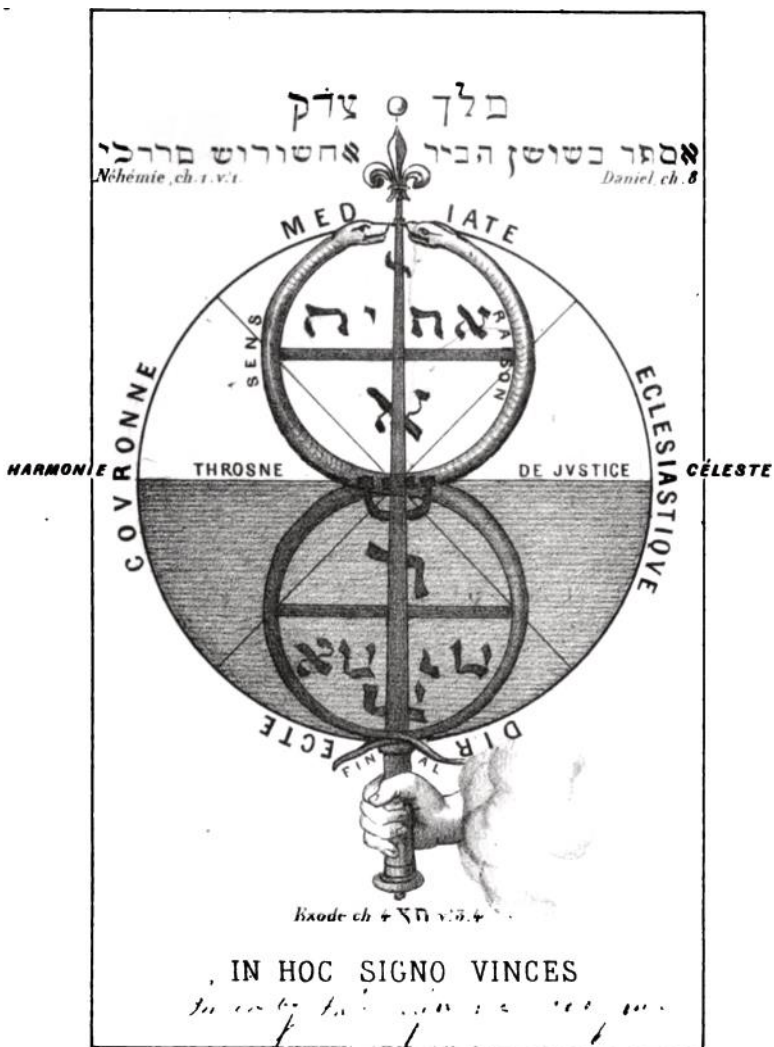


Eliphas Levi

EL GRAN ARCANO DEL OCULTISMO REVELADO



PARIS
CHAMUEL, ÉDITEUR
1898

**CARTA DEL BARON SPEDALIERI
AL EDITOR**

Marsella, 18 de agosto de 1890.

Mi muy querido amigo,

Siento un grato placer que durante su estancia en Londres, usted haya ido, en mi recomendación, a visitar a mi amigo Maitland para revisar los diferentes manuscritos de nuestro querido Maestro Eliphas Levi, a quien le he dado entre otros el Gran Arcano. Todos están escritos a mano del Maestro, excepto el último, el Gran Arcano y aquí está el porqué.

Cuando en junio de 1868 el Maestro había terminado de escribir el libro con su puño y letra para su publicación, él me envió a llevar el aviso y al mismo tiempo hacer una copia. Ahora bien, esto lo hice con mucho cuidado y esta es la copia fiel que le he dado a Maitland. Así que usted puede considerarla como si fuera el original. Acepte, querido amigo, mi saludo fraterno,

Baron Spedalieri.
Septiembre de 1868

Hemos reconocido al confrontar y analizar los textos que la primera parte de EL GRAN ARCANO DEL OCULTISMO de acuerdo con el manuscrito de Londres, corresponde con “EL LIBRO DE LOS ESPLENDORES”, otra obra póstuma del Maestro, publicada en 1894.

EL EDITOR, 1898.

INTRODUCCIÓN

Esta obra es el testamento del autor; es el más importante y el último de sus libros sobre la ciencia oculta.

Está dividida en tres partes:

PRIMERA PARTE

El misterio hierático o los documentos tradicionales de la Alta Iniciación. (EL LIBRO DE LOS ESPLENDORES)

SEGUNDA PARTE

El misterio real o el arte de hacerse servir por las fuerzas.

TERCERA PARTE

El misterio sacerdotal o el arte de hacerse servir por los espíritus.

Este libro no tiene la necesidad de presentación ni de prefacio; las obras precedentes del autor pueden servirle ampliamente de prefacio y de introducción.

En él está la última palabra del Ocultismo y fue escrito con la mayor claridad posible.

¿Puede y debe ser publicado este libro? Lo ignoramos al escribirlo; pero juzgamos que podíamos y debíamos hacerlo.

Si aún existen verdaderos iniciados en el mundo, es para ellos que escribimos y es sólo a ellos a quien corresponde juzgarnos.

Eliphas Levi
Septiembre de 1868

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO HIERÁTICO O LOS DOCUMENTOS
TRADICIONALES DE LA ALTA INICIACIÓN.
(EL LIBRO DE LOS ESPLENDORES)

PREFACIO

El judaísmo es la más antigua, la más racional y la más verdadera de las religiones.

Jesús, que se proponía reformar el judaísmo, no ha aconsejado a sus discípulos separarse de él.

La reforma de Jesús, no habiéndose aceptado por los jefes de la Sinagoga, resulta que el maestro de los cristianos, desconocido por la autoridad legítima, ha llegado a ser una herejía que ha invadido el mundo.

Maltratados al principio por los judíos, los cristianos, cuando han sido más fuertes, han proscrito y perseguido a los judíos con más vergonzoso y bajo encarnizamiento. Se han quemado sus libros en vez de estudiarlos, y la alta filosofía de los Hebreos está perdida para el mundo cristiano.

No obstante, los apóstoles presintieron que el sacerdocio de los gentiles duraría poco o que la nueva fe se debilitaría andando el tiempo. Entonces decían: la salvación nos llegará de Israel y la gran revolución religiosa que nos aproxima a nuestros Padres, será como un paso de la muerte hacia la vida.

En efecto, los Hebreos poseen una ciencia que San Pablo sospechaba sin conocerla, y San Juan iniciado por Jesús, ocultaba y revelaba a la vez con jeroglíficos gigantescos en el Apocalipsis, tomados en su mayoría de las profecías de Ezequiel. Existe, entre ellos, un libro místico y maravilloso que se llama El Zohar o Esplendor. Libro inmenso, más importante que el Talmud, que sólo es el desarrollo de una teogonía en algunas páginas, que se denomina SIPHRA DZENIUTTA.

Damos en este libro, que Guillaume Postel nos ha traído de Oriente, el magnífico comentario de Rabí Simeón Ben-Jochai y le agregamos las principales leyendas de la tradición masónica, tomada por completo de la cábala de los Hebreos.

El templo de Salomón (Hijo y sucesor de David, 1020-962 a. C. Fue un rey sabio y organizador; pero se entregó a la injuria. N. del T.) era, en efecto, un edificio completamente simbólico. Su plano, sus construcciones, sus ornamentos, sus bases, representaban la síntesis de todas las ciencias.

Era el universo, era la filosofía, era el cielo, Salomón había concebido el plano, Hiram (Célebre arquitecto y escultor de Tiro, en 1000 a. C., enviado por el rey de Tiro a Salomón para dirigir los trabajos del Templo de Jerusalén) lo había ejecutado con elevada inteligencia, los directores de los trabajos tenían la ciencia de los detalles, los obreros trabajaban con

arreglo a los planos de los maestros. Esta jerarquía, tan racional y tan precisa, se toma en la masonería por el tipo de sociedad perfecta. La masonería es el judaísmo ecléctico e independiente. Los F... M... quieren reedificar, es decir, reconstruir la sociedad primitiva sobre las bases de la jerarquía inteligente y de iniciación progresiva, sin sufrir las trabas de sacerdotes y de reyes, y por eso se denominaban francmasones, es decir constructores libres.

La publicación de esta obra dará a comprender la desconfianza con que los sacerdotes del catolicismo miran a la masonería, que es el judaísmo reformado con arreglo al pensamiento de Jesús y de su apóstol Juan el Evangelista, cuya revelación cabalística se ha referido siempre al evangelio del cristianismo oculto y de las escuelas del gnosticismo no profanado. A estas escuelas se afilian los juanistas, los templarios no idólatras y los altos iniciados de la masonería oculta. Allí están las claves del porvenir, por conservarse los secretos de la revelación única y universal, de la cual el judaísmo, la primera y única quizá de todas las religiones, ha predicado la doctrina por el mundo.

Un solo Dios, un solo pueblo, una sola ciencia, una sola ley, una sola fe, un solo rey.

Eso es lo que quiere el judaísmo, que espera siempre su templo y su Mesías.

- ¿Cuándo vendrá el Mesías?. -pregunta Rabí (Título que dan los judíos a los sabios de su ley. N. del T.) Simeón al profeta Elías, que descendía frecuentemente del cielo, para platicar con el maestro del Zohar.

- Hoy mismo - le respondía el profeta -, vete a la puerta de Roma y verás.

Rabí Simeón fue a la puerta de Roma, donde permaneció todo el día, volviendo sin ver más que menesterosos cubiertos de úlceras y un desconocido de pobre apariencia que les consolaba y curaba sus llagas. Al llegar a su casa encontró a Elías y le dijo:

- Maestro ¿por qué os habéis burlado de vuestro servidor?.

- No me he burlado - dijo el profeta -, ¿no has visto a un hombre que ejercía la caridad?. Pues bien, te digo que el reino de la caridad es el del Mesías, y si tú quieres que el Mesías venga todos los días, practica diariamente la caridad.

La caridad, según el apóstol San Juan es resumen y objeto final del cristianismo.

La caridad, según San Pablo, es todo lo que debe sobrevivir a las profecías que han resultado vanas y a la ciencia superada por el progreso.

La caridad, según el mismo apóstol, es superior a la esperanza y a la fe.

Los cristianos que maldecían a los judíos les llamaban deicidas y los judíos que despreciaban a los cristianos les denominaban idólatras, faltando unos y otros a la religión, que les recomienda la caridad.

La caridad es el sentimiento profundo y eficaz de la humanidad solidaria.

El judaísmo debe tender a la masonería una mano fraternal, pues la profesión de la fe de los masones, no ateos, es el símbolo de Maimónides y los cristianos encontrarán en los ritos de sus altos grados toda la revelación alegórica de Jesucristo.

En la masonería la alianza y fusión del judaísmo cabalístico y del cristianismo neoplatónico de San Juan es ya un hecho realizado. Ya existe en el mundo una alianza israelita universal que recibe en su seno a las gentes honradas de todas las religiones y de la cual el honorable M. Cremieux es actualmente presidente. El gran rabino Isidor es partidario del progreso, de la reforma y del libre pensamiento. Los judíos iluminados rinden homenaje a la moral de los evangelios, y los cristianos instruidos reconocen la sabiduría y profundas enseñanzas del Talmud; la ciencia y el librepensamiento aproximan a los que el fanatismo divide. El estudio de la cábala fundiría en un solo y mismo pueblo a israelitas y cristianos.

En vano la ignorancia y el fanatismo querrán perpetuar la guerra; la paz está ya iniciada en nombre de la filosofía, y en el mañana quedará ratificada por la religión libre, dominadora de las pasiones humanas.

Ese gran acontecimiento precisa prepararlo dando a conocer a los hombres de ciencia las magnificencias ocultas de la sabiduría judaica. Por eso publicamos la traducción y explicación de la teogonía del Zohar contenida en el SIPHRA DZENIUTTA; se verá lo maestro que eran estos rabinos de la gran escuela cabalística. Nada más extraño y bello que el gran Sínodo cuyas deliberaciones están en el libro del IDRA SUTA.

No hay nada oculto que no deba ser manifestado, ha dicho Jesús, y lo que se murmura al oído debe gritarse por encima de los tejados.

Y agrega, la luz no se ha hecho para ser puesta bajo el celémín; hay que colocarla en el candelero para que ilumine a todos los que estén en casa.

La casa de la humanidad es el mundo, el candelero es la ciencia y la luz es la razón vivificada e inmortalizada por la fe.

NOTA DEL EDITOR

Advertimos al lector que las citas de la Biblia corresponden a la traducción del original Hebreo y no a la Vulgata, razón por la cual se hallarán diferencias.

SECCIÓN PRIMERA

EL IDRA SUTA O EL GRAN SÍNODO

COMENTARIO DEL SIPHRA DZENIUTTA POR SIMEÓN BEN-JOCHAI

I

Jerusalén acababa de ser destruida por los romanos. Estaba prohibido a los judíos, bajo la pena de muerte, ir a llorar ante las ruinas de su patria. La nación entera fue dispersada y las tradiciones santas se perdieron. La verdadera cábala había cedido el puesto a sutilidades pueriles y supersticiosas. Los que pretendían conservar la herencia de la doctrina oculta, sólo eran adivinos y hechiceros, con justicia proscriptos por las leyes de las naciones. Entonces fue cuando un rabino venerable, llamado Simeón Ben-Jochai, reunió en su derredor a los últimos iniciados de la ciencia primitiva y resolvió explicarles el libro de la alta teogonía, denominado el libro del MISTERIO. Todos sabían el texto de memoria, pero el rabino Simeón era el único que conocía el sentido profundo de este libro, que se transmitía de boca en boca y de pensamiento a pensamiento, sin jamás explicarlo ni escribirlo.

Para reunirlos he aquí las palabras que les dirigió:

- ¿Por qué en estos días tormentosos permanecéis como una casa que se apoya en una sola columna o como el hombre que se tiene en un pie? Es tiempo de obrar por el Señor, pues los hombres han perdido el verdadero sentido de la ley.

Nuestros días se acaban, el Maestro nos llama, la mies está desparramada y los vendimiadores extraviados no saben dónde está la viña.

Reuníos en esta campiña que fue un vergel, hoy día abandonada. Venid como para combatir, armados de prudencia, de sabiduría, de inteligencia, de ciencia y de atención; que vuestros pies queden libres como vuestras manos.

Reconoced como único maestro a Aquél que dispone de la vida y de la muerte, y nosotros proferiremos, reunidos, las palabras de verdad que los santos del cielo quieran oír y que vengan en nuestro derredor a escuchar.

En el día señalado los rabinos se reunieron en medio de los campos, en un espacio circular rodeado de muros.

Llegan silenciosamente; Rabí Simeón se sienta en medio de ellos, y al verlos a todos reunidos llora.

- ¡Desgraciado de mí - exclama -, si revelo los grandes misterios!. ¡Desgraciado de mí si los dejo ignorados!.

Los rabinos permanecieron silenciosos.

Al fin, uno de ellos, llamado Rabí Abba, tomó la palabra y dijo:

- Con permiso del Maestro. ¿No está escrito: Los secretos del Señor pertenecen a los que le temen?. Y todos los que estamos aquí ¿no tememos al Señor, y no estamos ya iniciados en los menesteres secretos del Templo?.

He aquí los nombres de los que estaban presentes: Rabí Eleazar, hijo del Rabí Simeón; Rabí Abba Jéhuda; Rabí José, hijo de Jacob; Rabí Isaac; Rabí Thiskia, hijo de Raf; Rabí José y Rabí Jesa.

Todos, para iniciarse en el secreto, dirigieron sus manos a la de Rabí Simeón con el dedo hacia el cielo. Después se sentaron al aire, ocultos por la sombra de los grandes árboles.

Rabí Simeón se levantó y oró; después se sentó y les dijo: - Venid y posad vuestra mano derecha sobre mi pecho.

Así lo hicieron; y él tomando todas las manos con las suyas les dijo: - ¡Maldito sea aquel que se fabrique un ídolo y lo oculte!. ¡Desgraciado el que cubra la mentira con velos de misterio!.

Los ocho rabinos respondieron: Amén.

Rabí Simeón continuó:

- No hay más que un verdadero Dios, ante el cual los dioses no son nada; tampoco hay más que un solo verdadero pueblo, que es el que adora al verdadero Dios.

Después llamó a su hijo Eleazar y le hizo sentar ante él. Al otro lado colocó a Rabí Abba y dijo: Nosotros formamos el triángulo, que es el tipo primordial de todo lo que existe; nosotros representamos la puerta del templo y sus dos columnas.

Rabí Simeón no habló más y sus discípulos guardaron silencio. Entonces se oyó un murmullo confuso como el de una gran asamblea.

Eran los espíritus del cielo que habían descendido para escuchar. Los discípulos se estremecieron, pero el Rabí Simeón les manifestó: - No temáis nada y regocijaos. Está escrito; Señor, he sentido tu presencia y he temblado.

Dios ha reinado sobre los hombres en otro tiempo por el temor, pero en la actualidad nos gobierna por el amor.

¿No se ha dicho: Amarás a tu Dios; y no ha dicho ÉL mismo: Yo os he amado?.

Después agregó; - La doctrina es para las almas serenas; las almas agitadas y sin equilibrio no pueden comprenderla; ¿se puede asegurar un clavo en una muralla móvil, pronto a derrumbarse al menor choque?.

El mundo entero está fundado en el misterio, y se necesita discreción cuando se trata de asuntos terrestres, cuando más reservados debemos ser cuando se trata de dogmas secretos que Dios no revela ni a los más elevados de sus ángeles?.

El cielo se inclina para escucharnos; pero yo no me expresaré sin velos. La tierra se emociona para oírnos; pero yo no les hablaré sin parábolas.

Somos en este momento la puerta y las columnas del Universo.

En fin. Rabí Simeón habló y una tradición conservada en el arcano de los arcanos nos asegura que cuando abrió la boca la tierra tembló bajo sus pies, y sus discípulos sintieron la conmoción.

II

Habló primeramente de los reyes que han reinado en el Edén antes de la venida del rey de Israel, imágenes de potencias mal equilibradas que se manifestaron al principio en el Universo con el triunfo de la armonía.

Dios, dijo, cuando quiso crear cubrió con veló su gloria y en los pliegues de ese velo proyectó su sombra.

De esa sombra se destacaron los gigantes que dijeron: “Somos reyes, cuando no éramos más que fantasmas”.

Ellos aparecieron porque Dios se había ocultado iniciando la noche en el caos, y desaparecieron cuando dirigió hacia Oriente la cabeza luminosa, la cabeza que la humanidad proclama su Dios, el sol regulador de nuestras aspiraciones y pensamientos.

Los dioses son las ilusiones ópticas de la sombra y Dios es la síntesis de los esplendores. Los usurpadores caen cuando el rey asciende a su trono, y cuando Dios aparece los dioses se desvanecen.

III

Después, cuando hubo permitido la existencia de la noche, para que aparecieran las estrellas. Dios se volvió hacia la sombra que engendró, y la miró para darle forma.

Impresionó una imagen en el velo con que había cubierto su gloria, y esa imagen le sonrió; y quiso que esta imagen fuese la suya para crear al hombre a semejanza de ella.

Ensayó en cierto modo la prisión que quería dar a los espíritus creados. Miraba la figura que debía ser algún día la del hombre y su corazón se estremeció, pues presumió las quejas de su criatura.

Tú quieres someterte a la ley, decía, pruébame que esta ley es justa sometiéndome tú mismo a ella.

Y Dios se hizo hombre para ser amado y comprendido por los hombres.

Así le conocemos sin conocerle; nos muestra una forma sin tenerla. Lo suponemos viejo cuando, en realidad no tiene edad.

Está sentado en un trono, del que se escapan eternamente millones de chispas y predice el porvenir de los mundos.

Su cabellera radiante hallase sembrada de estrellas.

El Universo gravita en derredor de su cabeza y los soles se bañan en su luz.

IV

La imagen divina es doble. Tiene la cabeza luminosa y la cabeza sombría; el ideal negro; la cabeza superior y la cabeza inferior. Una es el sueño del Hombre-Dios; la otra es la suposición del Dios-Hombre. Una, la forma del Dios de la Sabiduría; la otra, el ídolo del vulgo.

Toda luz, en efecto, supone una sombra, y no llega a ser claridad más que por oposición de esa sombra.

La cabeza luminosa vierte sobre la cabeza negra un rocío de esplendor. Ábreme, mi bien amado, dijo Dios a la inteligencia, puesto que mi cabeza está inundada de rocío y por los bucles de mis cabellos resbalan las lágrimas de la noche. Ese rocío es el maná del que se alimentan las almas de los justos. Los elegidos tienen hambre y la calman con exceso en las campiñas del cielo.

Las gotas son perlas redondas, brillantes como el diamante y limpias como el cristal.

Son blancas y brillan con todos los colores, pues la simple y única verdad es el esplendor de todas las cosas.

V

La imagen divina tiene trece rayos: cuatro a cada lado del triángulo que la limitan y uno en la junta o vértice superior.

Dibujadlo en el cielo con vuestro pensamiento, trazad las líneas de estrella y contendrá tres millones seiscientos mil mundos.

El anciano superior, denominado Macroprosopo o la gran hipótesis creadora, se llama también Arich-Anphin, es decir, el rostro inmenso. El otro, el dios humano, la sombra del Microprosopo, es decir, la hipótesis restringida, se titula Seir-Anphin o cara menor.

Cuando este rostro mira la faz de luz, aumenta y llega a ser armonioso. Entonces todo se ordena, pero no puede ser permanente, pues los pensamientos del hombre son variables como él.

Pero un rayo de luz reúne siempre la sombra a la claridad. Ese rayo cruza las innumerables concepciones del pensamiento humano y las unifica al esplendor divino.

La cabeza luminosa extiende su blancura sobre todas las cabezas que piensan conforme a la ley y la razón.

VI

La cabeza del anciano supremo es un recipiente inviolable, en el que se contiene la sabiduría a la manera de un vino estacionado.

Esa sabiduría es impenetrable; se la posee en silencio; y no es alterada por las vicisitudes del tiempo.

Ella es la luz, pero la cabeza negra es la lámpara. El aceite de la inteligencia le es medido y su claridad se manifiesta por treinta y dos vías.

El Dios revelado, es el Dios velado. Esa sombra humana de Dios, es como el misterioso Edén, de donde surgía un manantial que alimentaba cuatro ríos.

Nada surge de Dios. Su sustancia no se esparce. Nada sale de EL ni nada entra, pues es impenetrable e inmutable. Todo lo que comienza, todo lo que aparece, todo lo que se divide, todo lo que obra y pasa, comienza, perece, se divide, y pasa en su sombra. Pero EL es inmutable en su luz y permanece tranquilo como el vino añejo que no se agita nunca y que reposa en su tonel.

No tratéis de penetrar los pensamientos de la cabeza misteriosa. Sus pensamientos íntimos están ocultos, pero sus pensamientos exteriores y creadores resplandecen como una cabellera blanca y sin sombra, cuyos cabellos no se entrelazan los unos con los otros.

VII

Cada cabello es un rayo de luz que relaciona millones de mundos. Los cabellos se dividen en su frente y caen a los dos lados, pero cada lado es el lado derecho. Pues en la imagen en la que constituye la cabeza blanca no hay lado izquierdo.

El lado izquierdo de la cabeza es la cabeza negra, pues en el simbolismo tradicional, lo inferior equivale a la izquierda.

Entre lo superior y lo inferior de la imagen no debe haber más antagonismo que el que existe entre la mano derecha y la izquierda del hombre, puesto que la armonía resulta de la analogía de los contrarios.

Israel en el desierto, exclamó desalentado:

¿Dios está con nosotros o no está?.

Se referían al conocido y no al desconocido.

Así separaban la cabeza blanca de la cabeza negra.

El dios de sombra se transformaba en fantasma exterminador.

Eran castigados porque habían dudado por falta de confianza y amor. No se comprende a Dios, pero se le ama, y es el amor el que origina la fe.

Dios se oculta al espíritu del hombre, pero se revela a su corazón.

Cuando el hombre afirma: No creo en Dios, es como si dijera: No amo. Y la voz de sombra le responde: Tú morirás, porque tu corazón abjura de la vida.

El Microprosopo es la gran noche de la fe, y en ella viven y suspiran los justos. Extienden sus manos y se prenden a los cabellos del padre, de los que se deslizan gotas de luz que iluminan la noche.

Entre las dos partes de la cabellera suprema está el sendero de la alta iniciación, el sendero del medio, el sendero de la armonía de los contrarios.

Allí todo se comprende y se concilia. Allí únicamente el bien triunfa y el mal no existe.

Ese sendero es el del supremo equilibrio y se denomina el último juicio de Dios.

Los cabellos de la cabeza blanca se esparcen igualmente bien ordenados por todos lados, pero no cubren las orejas.

Los oídos del Señor están siempre atentos para escuchar la oración.

Nada podrá impedir el que oiga el clamor del huérfano y la queja del oprimido.

SECCIÓN SEGUNDA

EL COLOQUIO

I

En la frente de la cabeza Suprema reside la majestad de las majestades; la benevolencia de todas las benevolencias; el bello placer de los excelsos placeres. A ese amor debe corresponder la voluntad de la humanidad, figurada por el frente del Microprosopo.

La frente del hombre colectivo se denomina Razón. Frecuentemente está velada por tinieblas, pero cuando se descubre. Dios acoge las oraciones de Israel. Pero ¿cuándo es que se descubre?.

Rabí Simeón se detiene un instante para renovar su pregunta:

- Sí, ¿cuándo?.

Y volviéndose hacia Rabí Eléazar, su hijo, repite:

- ¿Cuándo es que se descubre?.

- Al enunciarse la oración, que se hace en común el día del Señor - respondió Rabí Eleazar.

- ¿Cómo - preguntó el maestro.

- Los hombres, cuando oran, se prosternan ante un Dios que se representan irritado; la frente de la cabeza sombría se carga entonces de nubes y parece como si el rayo de dispusiera a estallar; pero la sombra se entreabre ante un rayo de la faz suprema: la serenidad eterna imprime su mirada en la sombra y hasta la frente de la faz negra se ilumina.

Cuando los justos oran se dirigen a la bondad divina y el sentimiento de bondad disipa en ellos las sombras del temor. La serenidad de la faz del hombre, es la irradiación del rostro divino.

Cuando la cólera se apacigua en el corazón del hombre, sueña con el perdón de Dios; pero sólo es el hombre quien perdona, pues Dios jamás se irrita.

Adán es arrojado del paraíso terrestre por la ira y la ironía de la cabeza sombría; pero la faz luminosa le sonríe siempre en el paraíso celeste.

El Edén dividido por los cuatro ríos es un misterio de la cabeza sombría. Los símbolos oscuros salen del pensamiento oscuro, el dios dogmático es el padre de las alegorías misteriosas.

El Edén superior no tiene divisiones ni exclusiones; no hay manzanos en el jardín del Supremo Dios.

Pero el Padre es el único que conoce su Edén, el que comprende su amor, siempre inflexible por no ser ni débil ni colérico.

II

Continuemos dibujando mentalmente la cabeza jeroglífica que nos representa al Padre. ¿Qué ojos le daremos?.

Ojos diferentes de los mortales: ojos sin cejas y sin párpados.

Pues Dios jamás dormita ni cierra los ojos.

¿No está escrito?. Jamás sueña, nunca duerme el que es guardián de Israel.

Se ha escrito también: La vista del Señor recorre sin cesar el Universo entero y, por consiguiente, se ha dicho: La mirada del Señor se detiene sobre los que le temen; el ojo de Adonai está fijo sobre Israel.

¿Hay alguna contradicción?. No, no verdad; pues el Señor que mira al Universo entero es el dios de la luz, y aquel que mira y prefiere darla a Israel sería una injusticia y, por consecuencia una vergüenza; si Dios no atendiera al mismo tiempo a todo el Universo. El ojo del privilegio vería mal si no estuviera sostenido y rectificado por el ojo de la justicia. Por esto damos dos ojos a la cabeza suprema; pero esos dos ojos son los dos focos de una elipse, y esa elipse no constituye más que un solo ojo.

Ese único ojo tiene tres rayos y tres aureolas.

Las aureolas son coronas que constituyen el triple reinado de las cosas visibles de Dios.

Son los ojos, pero cuando se les quiere distinguir, se sintetizan en un solo ojo.

El ojo derecho es el único compuesto de luz y de sombra, pues las dos caras no son más que una como los dos ojos sólo forman uno.

El ojo izquierdo es el del Microprosopo, y éste posee cejas, que frunce, y párpados que entorna.

Dormita con frecuencia, pues está hecho a imagen del hombre y es al que refiere cuando se dice: Señor despiértate y dirígenos tus miradas.

¡Desgraciado del hombre que ve el ojo de Dios, rojo e inflamado por la cólera!.

¿El que crea en un Dios que se irrita dónde buscará su perdón?.

El Anciano de los días es todo bondad, y el rayo de su mirada es una luz siempre blanca y pura.

¡Dichosa es la parte del hombre, justa y sabia, que todo lo ve con esa pureza y esa blancura!. Está escrito: Venid, familia de Jacob y marchad con la luz de Adonai.

El nombre del Supremo Maestro queda, no obstante, rodeado de misterio.

Ninguna parte queda sin explicación en la ley, excepto aquel pasaje en que Dios dijo a Abraham: “Te juro por Mí mismo que tu Israel será bendito”.

¿Quién puede empeñarse por juramento sino el Dios humano?. Y ¿qué es Israel en el orden divino más que la fe divina de Israel?.

Y si Dios dijo, por boca del profeta: Israel, tú serás mi gloria, ¿no es el Dios de la sombra quien quiere glorificarse en el esplendor del Dios de la luz de Israel?.

Para darle algún nombre le denominaremos el Anciano de los días. En efecto, se dice en la profecía de Daniel: He visto desmoronarse los tronos y al Anciano de los días sentado.

Levántate, Rabí Jéhuda, y desde tu sitio dinos cuáles son los tronos que se derrocan.

- Está escrito - dijo Rabí Jéhuda -: Su trono es el foco del fuego que da vida. Dios se sienta en ese trono y el fuego vivifica, en lugar de devorar y destruir.

Si Dios deja el trono, el foco se extingue por miedo de consumir los mundos. Donde Dios se aposenta allí está el equilibrio.

Cuando su potencia se acumula en un centro, se crea un universo y todos los demás se desplazan para gravitar alrededor de éste, pues Dios anda y se sienta para continuar andando.

Y Rabí Simeón dijo a Rabí Jéhuda: - Que Dios te guíe por los caminos eternos y se pose en tus pensamientos.

III

Venid y ved. Está escrito: Soy Yo mismo en todos los seres. Desde el principio soy, y en las postrimerías de todos estoy también completo.

Todo es EL, pues todo lo revela; EL se oculta en cuanto existe. Su soplo anima todo lo que respira, y por, esto, entre los misterios de su rostro alegórico, explicaremos ahora el significado de la nariz. De la nariz depende especialmente el cabello de una fisonomía.

Mas la cabeza de luz y la cabeza de sombra tienen caracteres diferentes.

La nariz de la cabeza Suprema sopla la vida hacia la cabeza inferior.

De una de esas narices procede la vida personal, y de la otra la vida colectiva.

Pero el alma única, resultado de ese doble soplo, es el apaciguamiento y el perdón.

Es el soplo el que debe, en tiempos del Mesías, apaciguar las tempestades y calmar las cóleras.

El espíritu de sabiduría y de inteligencia.

El espíritu de consejo y de fuerza.

El espíritu de ciencia y de temor del Señor.

¿Son espíritus diferentes?. Hemos dicho que el soplo del Padre es único. Levántate Rabí José.

Rabí José se levantó y desde su puesto dijo: - En los días del Mesías la sabiduría no se ocultará, porque las inteligencias se agudizarán.

El soplo del Padre, es espíritu de Dios, vendrá con los seis espíritus que forman uno solo, como las gradas del trono de Salomón servían de base a un solo trono.

Así se explican los siete espíritus ante el trono, de que hablan los antiguos profetas. Son los siete matices de la luz, las siete notas musicales, las siete aspiraciones que forman el soplo único del espíritu.

- Pues los tronos - dijo Rabí Simeón - esperan la paz del mundo venidero.

Mientras tanto, venid a observad: Cuando el profeta Ezequiel invoca el espíritu para vivificar a los muertos, llama a los cuatro soplos que componen el espíritu vital.

¿Cuáles son esos cuatro soplos inspiradores?. El de Dios hacia el hombre, el del hombre hacia Dios, y el que resulta de esta mezcla, pues el gran soplo inmenso y eterno de Dios gira alrededor del mundo y vuelve a la boca del Padre. Esos cuatro soplos se sintetizan en uno solo que es el espíritu vital.

También el profeta, volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales, llamaba a un solo espíritu.

¿No se ha dicho que en tiempo del rey Mesías, cuando el espíritu de inteligencia y de ciencia, se extienda por toda la carne, toda alma humana conocerá la verdad sin necesidad de investigarla?.

Porque entonces, las almas, cuando los velos de la mentira se hayan desgarrado para siempre, no estando separadas por la variedad de los errores fraternizarían entre sí y serán transparentes como un cristal.

Cada cual irradiará hacia todos, y recibirá las irradiaciones de todos mediante una especie de aspiración y de respiración universal.

Así todo espíritu viviente se compondrá de cuatro soplos.

Entonces ocurrirá una resurrección universal de la vida intelectual.

Los cuatro espíritus sintetizados en el cuadro circunscrito por el triángulo explica, en el simbolismo de los números, el misterio de los siete espíritus.

La nariz de la cabeza suprema, expira creaciones siempre nuevas. La de la cabeza sombría exhala la destrucción y el incendio.

La cabeza negra aspira la vida y expira muerte. La cabeza blanca absorbe la muerte y exhala la vida.

¿Quién puede concebir estas extrañas y monstruosas cabezas?. ¿Quién las ha visto alguna vez y quién alcanzará a comprenderlas?. Los reyes de

los reyes, es decir, los maestros de la sabiduría son los únicos que pueden comprender dónde y por qué están trazadas, y cuan verdadero es el axioma que afirma que existen y no existen.

LOS MISTERIOS DE LA BARBA BLANCA

Rabí Simeón se había detenido un instante; tomó de nuevo la palabra y dijo: - Desgraciado del que extiende una mano profana hacia la majestuosa barba del Padre de los padres. Esa barba, es una gloria que borra todas las glorias; es un misterio que envuelve todos los misterios. Nadie la ha visto jamás y nadie puede tocarla.

La barba es el ornamento de los ornamentos, la majestad de las majestades.

La barba pone en comunicación las orejas con la boca y se desplaza alrededor de los labios, como la palabra que da vida y luz a las almas.

Por eso la consideramos como la figura simbólica del Verbo. Oculta todos los misterios y enseña todas las verdades.

Es blanca como la nieve y proyecta una sombra más tenebrosa que la noche.

Se divide en tres partes, por las que se extienden los perfumes más preciosos.

Las dos que descienden de la nariz a los extremos de la boca y que están separadas por un espacio sin pelo.

Las dos que unen la barba al nacimiento de las orejas.

La barba misma, dividida en tres bucles, que a su vez se dividen en otros tres.

Esa barba es perfecta porque la tomamos por el Verbo, que es perfecto; ella es toda bondad, completo equilibrio y exacta justicia.

Por encima resplandecen las mejillas, como dos manzanas bermejas, que reflejan la luz vital sobre el sombrío Microprosopo.

El blanco y el rojo, al combinarse forman el color de la rosa misteriosa.

La blancura de la leche y el rojo de la sangre.

La blancura de la luz y el rojo del fuego.

Todo lo que es blanco y rojo en la naturaleza deriva de la rosa suprema.

Las trece disposiciones de la barba blanca representan la síntesis de todas las verdades y el hombre que comprenda esta barba alegórica, es un hombre de verdad.

No acostumbramos a decir del hombre juicioso y fuerte, al que, antes de lanzarse a una empresa, baja los ojos y reflexiona: ¡Es un hombre que mira su barba!.

Y aquellos que extienden la mano y juran por la barba de un anciano, lo hacen por la verdad representada en trece formas de la barba suprema: cuatro (las cuatro letras del nombre sagrado, las cuatro formas elementales,

los cuatro ángulos del cuadrado, los cuatro puntos cardinales del cielo) .y nueve, tres multiplicado por tres: el activo y el pasivo y su equilibrio engendrándose a sí mismo.

LOS MISTERIOS DE LA BARBA NEGRA

¿Existe también perfecto orden y disposición en la barba del Microprosopo?.

Levántate, Rabí Isaac y desde tu sitio explícanos las formas de la barba negra.

Rabí Isaac se levantó y habló así:

- Escuchad las trece palabras del profeta Mikeas:

I.- ¿Quién se asemeja a ti. Señor?.

II.- Tú ahuyentas la injusticia.

III.- Tú pasas rápidamente sobre el pecado.

IV.- Porque tú quieres al fin salvar a tu pueblo.

V.- Tú no conservarás eternamente la cólera.

VI.- Puesto que tú quieres, tuyo es el perdón.

VII.- la misericordia nos asistirá todavía.

VIII.- El vencerá nuestras inquietudes.

IX.- El enterrará en el fondo del mar el último recuerdo de nuestras faltas.

X.- El dará la verdad por herencia a la familia de Jacob.

XI.- Y la misericordia eterna a la familia de Abraham.

XII.- Creemos en el juramento que formuló a nuestros padres.

XIII.- Creemos en la promesa de los primeros días.

Estas son, - continuó Rabí Isaac -, trece gotas del precioso bálsamo caídas en los trece bucles de la barba suprema y que vienen a crear el orden en el caos de la barba inferior. La barba negra tiene cabellos crespos y rudos entremezclados.

Pero las tres gotas del bálsamo misericordioso les obligan a conformarse con las disposiciones armoniosas de la barba superior.

Porque la barba blanca proyecta la barba negra y crespa, sus cabellos largos, sedosos y flexibles.

Y esos efluvios amorosos suavizan la rudeza de aquel sombrío vellón.

Los cabellos espesos y crespos, son frecuentemente símbolo de servidumbre intelectual.

Y si se considera a la cabellera como la irradiación del cerebro, un pensamiento tranquilo, lúcido debe ser representado por una cabellera lacia, suave y flexible.

Pero la boca es análoga a la cabellera, de la que tanto se diferencia. La cabellera se echa por detrás de las orejas y cerca de éstas comienza la barba que irradia alrededor de la boca.

La barba negra es la sombra de la barba blanca, tal como la ley es la sombra de la libertad y la amenaza la sombra del perdón y del amor.

Ahora bien; nosotros hemos dicho que la sombra y la luz son necesarias a la manifestación del día y que toda claridad se revela por una mezcla de luz y de sombra.

También podemos decir que en la revelación divina la sombra absoluta no existe y que todo es luz. La luz que brilla es la luz blanca, y la luz que se oculta en la sombra es la luz negra.

La ley está escrita sobre página blanca mediante los negros carbones que los Serafines cogen con tenazas del altar.

La gran hoja de luz es la escrita con caracteres de fuego. Por eso representamos el pensamiento Divino, el espíritu de las escrituras, mediante una barba blanca y suave, en contraste con la barba crespa y dura.

Una representa al espíritu; la otra la letra de la ley.

Lo mismo sucede con las cabelleras: La del Dios de luz, es blanca como la nieve, y los cabellos están unidos y sueltos.

La del Dios de sombra, es negra como el ala del cuervo, y los bucles se hallan retorcidos y enmarañados.

Pero la barba blanca embalsama a la negra con sus perfumes y la cabellera de luz irradia sus esplendores a través de la cabellera de sombra, de modo que las dos barbas y las dos cabelleras sólo presentan una misma cabeza, que es la figura simbólica y alegórica de Dios.

DETALLES DE LA GRAN BARBA BLANCA:

LA PRIMERA PARTE

La primera parte de la barba misteriosa es la que comienza cerca de la oreja derecha hasta el extremo de la boca.

La barba procede del calor viril de la sangre, y por eso puede decirse que es hija del corazón del hombre; pero desde aquí, continuando hasta la cabellera que irradia el cerebro se puede también decir que es hija del pensamiento.

Los pelos son tiernos como cabellos, no tienen casi longitud. Es el Verbo en su generación divina.

Hay treinta y un pequeños bucles arreglados en perfecto orden, y cada bucle se compone de trescientos noventa cabellos.

Estos números representan los mundos intelectuales que el pensamiento de Dios quiere realizar mediante el Verbo. Cada mundo debe engendrar otros multiplicados por el denario misterioso y el ternario sagrado. De la

decena a la centena, de la centena al millar, los mundos se multiplican en razón de las ideas creadoras y en proporción exacta de los gérmenes ya formados.

Cada pelo de la barba naciente termina en un punto luminoso, y cada punto luminoso es el origen de un sol.

Para recibir al sol, se abre una noche que el nuevo astro debe fecundar, noche plagada de fantasmas y de horror, que el sol naciente ilumina y disipa con una sonrisa.

Y sólo se puede percibir la barba suprema por el resplandor que produce en la barba la sombra.

¿No se dice en el libro de los Salmos: El perfume de la cabeza suprema llega hasta la barba del Padre, y, por tanto, sobre la barba de Aarón?.

¿Quién es Aarón?. El gran sacerdote. ¿Y quién es el gran sacerdote sino la figura de la sombra y la personificación humana del Dios negro?.

El salmo que acabamos de citar comienza por decir que la perfección del bien y el triunfo de la dicha ocurrirán cuando los hermanos se unan.

¿Quienes son los hermanos, sino los dos viejos?.

Dios, tiene necesidad del pontífice para nosotros, pero el pontífice llegará a ser la noche de la muerte, si él se separa de Dios.

Dios da a la luz al sacerdote y el sacerdote presta su sombra a Dios.

El sacerdote es el hermano de Dios, así como la sombra es la hermana de la luz.

Lo que el sacerdote ve sobre la tierra en el ejercicio del gran sacerdote, Dios lo realiza también en el cielo; con la diferencia de la derecha y de la izquierda, del día y de la noche, de la cólera que condena y de la mansedumbre que reconcilia y une.

Así es como la armonía religiosa resulta de la magia de los contrarios.

- ¡Entonces - dijo Rabí Simeón a Rabí Isaac -, puesto que la armonía suprema irradia sobre ti; puesto que la barba luminosa es el signo de la fuerza eterna; podremos ver en conjunto el rostro del Anciano de los días y gozar la paz y la alegría de las almas iluminadas por el mundo del porvenir!.

LA SEGUNDA PARTE

- Levántate, Rabí Chiskija, y desde tu sitio dinos las glorias de una parte de la barba santa.

Rabí Chiskija se levantó y habló así:

- Está escrito: Pertenezco a mi bien amado y su condescendencia me satura. Para los hombres, para cada uno de nosotros, el pensamientos y de todas las formas.

Veo un río de luz que desciende del entendimiento divino y se transforma en trescientas treinta y cinco voces armoniosas.

En esa luz se baña la noche.

Ve formas tenebrosas sumergirse en las ondas cristalinas para emerger blancas como las olas.

Rogué a las inteligencias superiores que me explicaran lo que veía.

Me respondieron: Tú ves de qué modo Dios borra la injusticia.

Pues entre su oído y su boca, entre su entendimiento y su Verbo, no hay sitio para la mentira.

En la luz viva, en la luz ilimitada la sombra, no podría existir, pues, es necesario que haya blancura y que ésta se transforme en luz.

Así es como Dios transformará en bien el mal que hacen los hombres. Eso es lo que me inspira la segunda parte de la barba santa, análoga y paralela a la primera.

Rabí Chiskija, habiendo hablado así, volvió a su asiento.

Entonces dijo Rabí Simeón: - El mundo no es un enigma, si un infierno. Se ha beneficiado por el viejo supremo, ¡Oh. Rabí Chiskija!, porque has consolado nuestros corazones.

Todos los rayos convergen hacia su centro; veo al armonioso conjunto de la obra del Creador. Desde las alturas donde nos encontramos, podemos vislumbrar la tierra santificada por el próximo nacimiento de sus predestinados.

Vemos lo que no vio el propio Moisés cuando ascendió, por segunda vez, al monte Sinaí.

El sol de justicia, en el cual creemos, es el sol que deberá iluminar nuestros rostros.

Siento el mío resplandecer de fe y esperanza, y, más feliz que Moisés, sé por qué mi rostro irradia luz. Moisés apenas sabía que su faz se había vuelto luminosa en la contemplación de Dios.

Ve ante mis ojos aquella barba alegórica, como si hubiera sido esculpida por un hábil artista en trece partes que representan la unión de la verdad.

A medida que las explicáis, veo todas sus partes disponerse en hermoso orden y reunirse a aquella cabeza ideal que damos por soporte a la misteriosa corona.

El rey se me aparece entonces con sus innumerables años. Los efectos se unen a sus causas, ligados entre sí, y colocados delante por los principios, y el principio de los principios reina y domina en su centro, que está en todas partes.

- ¡Regocijaos!, ¡Oh, compañeros míos! con esta revelación santa, porque, ciertamente, el mundo no comprenderá lo que nosotros comprendemos, ni verá lo que nosotros vemos al contemplar el reino del Mesías!.

LAS OTRAS PARTES

De este modo los grandes rabinos realizaban sucesivamente el análisis de la barba santa. Aquí la explicación debe dejar sitio al texto cuya afectada oscuridad oculta sutilezas y lagunas.

Por la cabellera que irradia su luz en torno del cráneo, escuchan esos grandes hierofantes los pensamientos divinos, y por la barba que irradia en torno de la boca, simbolizan las palabras santas. La cabellera es el verbo de Dios, que se conoce a sí mismo; la barba es la palabra de Dios manifestada: ya en sus obras, ora en las escrituras inspiradas. Esta barba se divide en trece partes, porque la teología secreta de los cabalistas se refiere a las nueve cifras que componen todos los nombres de los números tomada como el álgebra de las ideas, es el Bereschith; la ciencia de las letras del nombre sagrado, es la Mercavah, Beraschith o Bereschith, quiere decir génesis, generación o genealogía. Mercavah quiere decir carruaje, como si las cuatro letras simbólicas fueran las ruedas del carruaje de Dios que vio Ezequiel en su visión. Eran ruedas de luz que giraban concéntricamente; eran esferas celestes, círculos entrecruzados, cuyos centros están en todas partes, así como las circunferencias y su centro común, pero la circunferencia definitiva en ninguna parte.

Pero, en realidad, el nombre de Jehová no tiene más que tres letras porque la cuarta es una repetición de la segunda Yod-He-Vau-He.

Así, los trece mechones de la barba suprema, equivalen al ciclo de doce, más el centro, que será preciso dar a estos números para disponerlos en círculo en el reloj de los tiempos.

Estas sutilezas teológicas, relacionadas con abstracciones numerales, eran, por decirlo así, la escolástica de los antiguos rabinos; padres de la filosofía cabalística. Tales deducciones, bastantes exactas y a menudo sublimes y otras veces pueriles, eran el resultado de ese método. “Dios - dijo Salomón -, ha creado todo con número, peso y medida”. Inculcaron en la mente de ciertos calculistas ingenuos que el Algebra era el juego sagrado de Prometeo, y que se podía crear hombres con solo pronunciar algunas palabras. Esto es verdad algunas veces, según lo saben los grandes oradores, pero solo de una manera metafórica. Sin duda, la materia obedece al movimiento resultante de las fuerzas, que pueden estar determinadas por números. Más los números, para los hebreos, están figurados por las letras del alfabeto, y es mediante éstas que Dios ha creado el espacio y los mundos; la letra es, en efecto, el signo convencional de la fuerza, pero no es la fuerza. Así como en el libro del Zohar, que estamos analizando, los grandes rabinos reunidos en torno al Rabí Simeón, formulan sus ideas sobre la divinidad en torno de la figura alegórica de una cabeza humana, en la que los ojos y los oídos representan la inteligencia; los cabellos, los

pensamientos; la barba, la palabra, o más bien, las expresiones y las manifestaciones de la verdad. Han dicho que esta cabeza no existe en forma visible y tangible, que Dios es inaccesible a nuestros sentidos e inteligencia; que no podemos comprenderle sino en sus relaciones con nosotros lo que no ha impedido a gran número de hombres supersticiosos atribuir a Dios figura humana, no sólo en la antigüedad, sino en épocas muy próximas a la nuestra.

Así, Swedenborg, ese místico admirable, sostenía que el Universo es, en realidad, un hombre inmenso, con cabellos luminosos, brazos y piernas estrelladas; que este hombre está hecho tan inmenso y tan brillante que ningún ojo humano puede verle. Aun en nuestros días, los mormones se imaginan que el Universo es limitado, y que Dios, bajo la forma de un hombre gigantesco que ocupa el centro, está sentado sobre una colosal Urim-Thumin, es decir, sobre dos piedras talladas en innumerables facetas, en las que ve reflejarse cuánto pasa en los mundos. En tal sentido no son más progresivas que los escandinavos, quienes sientan a Odín sobre una encina, por cuyo tronco una ardilla sube y baja sin cesar para decirle al oído cuánto ocurre en el Universo.

Pasemos por alto los detalles de los trece mechones de la barba alegórica, a fin de no fatigar a nuestros lectores, y volvamos a la conclusión que saca de ellos Rabí Simeón.

CONCLUSIÓN

RESPECTO A LA FIGURA ALEGÓRICA DEL MICROPROSOPO

Rabí Simeón dijo entonces a sus compañeros: - Acabáis de bordar un velo que nos permite, sin ser desvanecidos ni cegados, levantar nuestros ojos hacia la luz eterna.

Veía realizarse el trabajo mientras hablabais; vuestros pensamientos determinaban la imagen y la imagen venía, por sí misma, a plasmarse sobre esta alfombra maravillosa.

Así es como Moisés hizo bordar en otro templo el velo del Santo Tabernáculo, extendido sobre cuatro columnas y circundado de anillos de oro.

El altar de los sacrificios tenía ángulos semejantes al cuadrado que se podía trazar en todos los círculos del cielo, y en medio del altar había una barra, terminada por un garfio, que servía para atizar el fuego del sacrificio, porque no se solía tocar el fuego con las manos.

Nuestras alegorías son como aquella barra, que nos sirve para tocar las verdades ardientes.

Nos acercamos mediante una mente regulada por la ley de las analogías y por la exactitud de los números. Lo que sabemos sirve de base a lo que creemos. El orden que vemos exige el que suponemos en las alturas, donde nada está librado al azar, donde todo se ordena en forma legítima y armoniosa. Habláis y se dibuja el cuadro. Vuestra voz determina las formas que han de aparecer y éstas se ubican magníficamente como los florones de una corona.

Se conmueven las columnas del templo; parecen renacer y salir de la tierra para escucharnos.

Los ejércitos del cielo os rodean y su admirable disciplina confirma vuestras palabras.

- ¡Oh! sed felices en el mundo futuro, puesto que las frases que salen de vuestra boca son de antemano reguladas por la verdad y la justicia, y siguen la línea recta, sin torcerse jamás, ni a la derecha ni a la izquierda.

El Dios santísimo que bendecís se regocija de oírlas y las escucha para cumplirlas.

Porque, en el mundo del futuro, todas las buenas palabras proferidas en éste se convertirán en formas vivas. Vosotros sois los creadores del bien, vosotros que formuláis mediante el Verbo todo lo que es verdad.

La verdad es un vino delicioso que jamás se evapora. Cae sobre la tierra gota a gota, y escapándose de la copa de los sabios, llega hasta la tumba para humedecer los labios de los muertos, descendiendo hasta el corazón de nuestros padres dormidos, y haciéndoles hablar como en un sueño.

Porque la verdad siempre está viva, y se adueña de aquellos que la escuchan conmovidos.

Y cuando los hijos que se hallan en la tierra les rinden pleitesía, los padres que en ella duermen sonríen y responden suavemente: Amén.

EL MICROPROSOPO

No conocemos en los libros antiguos nada tan grande como el sínodo de los verdaderos iniciados, ocupados en construir mediante la verdad y la razón una figura jeroglífica de Dios. Saben que toda forma, para ser visible, exige luz y proyecta una sombra. Pero la sombra, ¿puede representar, por sí misma, la inteligencia suprema?. Indudablemente, no. No puede representar más que el velo; la antigua Isis estaba velada. Cuando Moisés hablaba de Dios, cubría su cabeza con un velo. Toda la teología de los antiguos está velada por alegorías más o menos transparentes; la mitología no es otra cosa. A ella han sucedido los misterios, que son el velo negro, despojado de sus bordados, acusando cada vez más esta faz de sombra adivinada por el gran Rabí Simeón. Pero todo esto se remonta a la ficción primera, de suerte que las lágrimas que traducimos, analizándolas, parecen ser el origen de todos los simbolismos y el principio de todos los dogmas.

Nada tan hermoso y consolador como esa explicación dada a ciertas figuras de la Biblia, representando a Dios irritado, arrepentido o variable como los hombres. Nos dirá Simeón Ben-Jochai que estas apasionadas contradicciones no pertenecen más que a la figura de sombra, y que son el espejismo de las pasiones humanas. La figura de luz siempre está radiante y tranquila; pero Dios, que no tiene rostro; permanece inmutable en torno de esa luz y de esa sombra. El hombre que busca a Dios hallará tan sólo el ideal del hombre, pues, ¿cómo puede lo finito concebir lo infinito?

El vulgo necesita un Dios que se le parezca. Si el Señor no se ofende cuando pecan, creerán que el mal permanece impune y sus desordenadas acciones no tendrán freno. Si el Señor no es duro, severo, misterioso, difícil de adivinar y de contentar, se dejarán llevar al descuido y a la pereza: el niño indócil necesita ser castigado, y el padre debe mostrarse enojado, aunque sienta deseos de reír ante las diabluras del pequeño.

Así, siguiendo a nuestros antiguos maestros, la imagen de la divinidad tiene dos caras: una, que mira los crímenes del hombre y se irrita; otra, que contempla la eterna justicia y sonríe.

El misterio de la alta iniciación era igualmente conocido por los griegos, que a veces daban a Plutón los atributos de Júpiter; en Egipto invocaban al Serapis negro, y se han conservado imágenes de Baco, en que el dios, cuyas aventuras recuerdan la historia de Moisés, gritaba en su fiesta: ¡Io Evohé! (Yod-He-Vau-He), representando las cuatro letras del nombre de Jehová, con dos caras, como Jano: una, joven y hermosa como la de Apolo; la otra grotesca como la del Silencio.

Apolo y Baco caracterizan los principios de exaltación entre los hombres: el entusiasmo y la embriaguez. Las almas sublimes se embriagan de poesía; las almas vulgares buscan el entusiasmo en el vértigo provocado por el vino. Mas el vino no es para el vulgo la sola causa de embriaguez; los hombres sin educación se marean con el humo que se les sube a la cabeza: los deseos insaciables, los apetitos desordenados, la vanidad, el fanatismo. Hay imaginaciones ascéticas más locas y desordenadas que las de las Bacantes en los pretendidos defensores de la religión, que convierten la dulzura en amargura y la predicación en Sátira, condenados por la incorruptible naturaleza a llevar máscara de sátiros. Sus labios están quemados por la insolencia, y sus ojos bizcos denuncian, a pesar suyo, la perversidad de su alma.

La paz de sombra que describen nuestros rabinos no es por lo tanto, el Dios de los Garasse, de los Patonilleto de los Veuillot; es el Dios velado de Moisés, el Dios posterior, si es posible llamarle así, haciendo alusión a una cita alegórica de la Biblia, Moisés ruega a Dios, a Dios invisible que se deje ver por él. “Mira por la abertura de la roca, responde el Señor, pasaré poniendo mi mano en la abertura y cuando haya pasado me verás por detrás”, hombres contemplar sin que queden cegados por la luz. El Dios de

luz es aquél con el cual sueñan los prudentes, el Dios de sombra es con el que sueñan los insensatos. La locura humana lo ve todo al revés, y si no fuera permitido emplear la metáfora atrevida de Moisés, la faz que las multitudes adoran no es sino el anverso de la ficción divina, la sombra posterior de Dios. Videbis posteriora mea”.

CONTINUACIÓN DEL TEXTO DEL ZOHAR

PRÓLOGO SOBRE EL MICROPROSOPO

Disponeos ahora y aplicaos a la descripción simbólica del Microprosopo, ese velo de sombra dispuesto y medido con una forma de luz, esa ficción visible que vuelve accesible a nuestras miradas el esplendor emanado de lo invisible: el viejo negro en quien se destila y sobre el que se refleja la luz del viejo blanco.

Tenéis por guía la cordura, y como instrumental la precisión el orden, la justicia y la belleza.

Dad una forma a los pensamientos humanos que se remontan hacia el autor invisible de todas las formas.

Y que esta forma sea la humana, pues nosotros buscamos al rey que debe reinar entre los hombres.

Que sea de forma humana, para que podamos sentarla sobre un trono y adorarla.

¿No dice el Profeta: He visto un trono en el cielo y sobre este trono algo inmenso que parecía una figura humana?

Démosle la figura humana, porque es para nosotros la síntesis de todas las formas. Porque el nombre de hombre es para nosotros la síntesis de todos los hombres. Démosle la figura humana, porque ella encierra para nosotros todos los arcanos del pensamiento y todos los misterios del mundo antiguo; del mundo que ha sido creado antes del hombre y que no ha podido encontrar su equilibrio hasta el día en que ha aparecido la figura de Adán.

LOS REYES DE EDMO

Leemos en el libro del Misterio: Antes que el Anciano de los ancianos hubiera revelado sus proporciones, permitió la acción de fuerzas gigantescas, parecidas a los reyes que, antes de la venida del pueblo de Dios, reinaban sobre la tierra de Edom.

Entregó la naturaleza a los opuestos, con lo cual fueron destruidos los unos por los otros, pues no pudieron concertarse en proporciones para formar los miembros de un cuerpo, envista de que les faltaba una cabeza.

Entonces, esos Elohims terrestres, esos reyes anárquicos del mundo fueron destruidos, pero no aniquilados.

Destruídos como potencias desordenadas, fueron conservados como potencias conquistables.

Y su ubicación resultó hallarse con orden cuando se creó el orden en la naturaleza.

Por otra parte, nada se destruye, todo se transforma; y cuando los seres cambian para obedecer la orden eterna, es lo que entre los hombres se llama morir.

¡El mismo rey de Egipto no ha muerto; ha descendido de su trono para dejar sitio al Eterno!.

Se dice que Adán ha dado nombre a todos los seres, porque con la llegada de Adán se constituyó la naturaleza en jerarquía; y encontrándose por primera vez todos los seres en su lugar, tuvieron una razón para ser determinados por el hombre.

El único de los monstruos preadamitas no destruidos, fue el gran Andrógino, macho y hembra como la palmera.

Es la fuerza creadora que existía antes de Adán, y que Dios no destruirá.

Existía, pero no estaba regulada; trabajaba pero la ley de su trabajo no estaba determinada, mientras no produjera su obra maestra, la forma viviente de Adán.

EL CRÁNEO DEL MCROPROSOPO Y SUS ANEXOS

EL AIRE SUTIL, EL FUEGO Y EL ROCÍO

Cuando la cabeza blanca se propuso añadir un adorno a su belleza, destacó un rayo de luz.

Sopló sobre aquel rayo para enfriarlo, y éste se hizo sólido.

Sopló y se hinchó como un cráneo transparente y azulado que contenía miradas de mundos.

Esta cavidad contiene el rocío eterno blanco y del lado del padre y rojo del lado del hijo. Es el rocío de la luz y de la vida, el rocío que fecunda el Universo y que resucita a los muertos.

Unos resucitan en la luz, otros en el fuego.

Unos, en la eterna blancura de la paz; otros, en el rojo del fuego y en los tormentos de la guerra.

Los malvados son, en cierto modo, los que enrojecen de vergüenza la faz del padre.

En el cráneo del hombre universal, hijo único de Dios, reside la ciencia, con sus treinta y dos vías y sus cincuenta puertas.

LOS CABELLOS DEL MICROPROSOPO

Los cabellos representan los pensamientos, porque irradian en torno de la cabeza.

Hay, en torno de la cabeza del Microprosopo, miríadas de miríadas y millones de millones de cabellos negros, encrespados y entrelazados.

Allí se encuentran mezclados en proporción adecuada, la luz y la sombra, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto. En medio del cabello hay una línea recta y pura, que corresponde con la de la cabeza blanca.

Porque el equilibrio es el mismo, y para Dios, lo mismo que para el hombre, las leyes que rigen la balanza son idénticas en el cielo y en la tierra.

Entre los pensamientos del hombre unos son duros y despiadados, otros dulces y flexibles.

La misma balanza los pesa y corrige los rigores de la izquierda con la misericordia de la derecha.

LA FRENTE DEL MICROPROSOPO

LOS OJOS Y SUS COLORES

Cuando irradia la fuente de luz, se descubre la frente de sombra.

Cuando la cólera ensombrece la frente del Dios de los hombres, los cabellos negros y crespos se erizan, y un soplo de cólera les hace silbar como las serpientes.

Las plegarias de la ignorancia se elevan como un humo negro y vuelven más tenebrosas la frente del ídolo.

Surge de la sombra y asciende recta hacia la luz.

Entonces se inclina la cabeza celeste, y la frente tenebrosa, que está debajo, se llena de esplendor.

Cesa la cólera, se aplaca la tempestad, y la venganza se convierte en perdón.

LOS OJOS

Tienen cejas negras y espesas. En torno de sus ojos se erizan las pestañas, que tienen el color de las tinieblas.

Cuando sus pupilas sombrías se elevan parece despertar. Sus miradas se iluminan con un reflejo de luz suprema parecido a la mirada de Dios.

A EL es a quien se dirige el Profeta cuando dice: “¡Despierta Señor!, ¿Por qué duermes tanto tiempo?. ¿No es hora de sacudir, al fin, tu sueño?”.

Es que durante el sueño del Dios de sombra las naciones extranjeras ejercen su dominio sobre Israel.

El Dios del hombre dormita, cuando la fe del hombre se adormece.

Pero cuando nuestro Dios despierta, entorna los ojos, y mirando de reojo a las naciones que nos oprimen, las aplasta con sus rayos.

Sus ojos, cuando están abiertos, son dulces como los ojos de las palomas, y en ellos se encuentran los colores primitivos: el blanco, el negro, el amarillo, el rojo.

El negro de los ojos del Microprosopo se asemeja a aquella piedra que sale del abismo, una vez cada mil años, el abismo del gran mar.

Y cuando aparece esta piedra, se forma una gran tempestad, se encrespan las aguas y el ruido que producen es oído por la serpiente inmensa que se llama Leviatán.

Esta piedra emerge del abismo profundo, rueda en el torbellino del mar, sale al exterior, y entonces se produce una negrura, ante la cual se borran las demás negruras.

Los iniciados saben que en esta negrura se ocultan todos los misterios de la ciencia.

Tal es la negrura del ojo del Anciano, que encierra y sobrepuja todas las oscuridades, hasta las más profundas.

Su blancura es la que le presta esa mirada suprema; es la leche de la misericordia que cae sobre EL, gota a gota, como si fueran lágrimas.

Su rayo es el fuego que destruye y renueva la vida.

Su mirada de bondad es de color leonado y resplandeciente como el oro. Cuando se irrita o cuando amenaza, titilan dos lágrimas en sus ojos.

Su rayo brilla; su enojo ahonda el abismo; su fuego se enciende para devorar sus víctimas.

Las potencias de la tierra se transforman; los cedros son abatidos como briznas de hierbas; la sima de cola; la cólera de aplaca, el Dios de sombra se apacigua y sobre las lágrimas suspensas brilla un rayo de luz emanado de la claridad de un Dios de amor.

La culpa se abate, las lágrimas brotan y al brotar extinguen el fuego del infierno eterno.

LA NARIZ Y LA BARBA

ANÁLISIS

Simeón Ben-Jochai continúa explicando el libro del Misterio y describe la anatomía del Dios negro. Este Dios no es ni el Ahrimán de los persas, ni el principio malo de los maniqueos: es una concepción más elevada; es una

penumbra, mediadora entre la luz infinita y las débiles miradas del hombre; es un velo hecho a semejanza de la humanidad, en la que Dios se digna velar su gloria. En esta sombra se encuentra la razón de todos los misterios. Esa sombra explica el Dios terrible de los profetas, el Dios que amenaza y se hace temer. Es el Dios de los sacerdotes; el Dios que pide sacrificios, el Dios que se adormece, y despierta al ruido de las trompetas del templo; el Dios que se arrepiente de haber creado al hombre, y que, vencido por las plegarias y las ofrendas, se aplaca en el momento de castigar.

Es preciso observar que esta concepción de la divinidad, lejos de parecer falsa a los grandes rabinos reveladores del misterio, la tienen por muy legítima y necesaria.

El santuario antiguo estaba velado, y cuando el velo se rompía, anunciaba el fin de una religión y de un mundo. El velo no se rompe sin que la tierra tiemble, que fue lo que ocurrió a la muerte de Cristo; pero un santuario sin velo, es un santuario profanado. Pronto Calígula llevará a él sus ídolos aguardando las antorchas lanzadas por los soldados de Tito. Una voz exclama: “Los dioses se van”. Mientras tanto el cristianismo, en silencio prepara otro Santuario y extiende otro velo.

Es preciso representarse las cabezas jeroglíficas de los dos ancianos, en forma concéntrica y sobrepuestas; de suerte que una sea el duplicado de la otra, pero invertida: lo que es una es lo blanco será negro en la otra, y viceversa.

Los grandes rabinos se refieren minuciosamente a los detalles de estas dos cabezas enumerando los mechones de los cabellos, y las divisiones de la barba; describiendo la nariz de cada una y los soplos contrarios que se escapan de sus cuatro orificios. La nariz larga y majestuosa del padre supremo, respira la vida eterna; la corta y arrugada del Dios irascible, respira humo y fuego; es el volcán de la vida terrena. Así es también como los grandes rabinos parecen entender el fuego eterno del infierno, es decir, la ficción inferior.

- Este fuego – dicen - no puede ser extinguido sino por el del altar, y este humo no puede disiparse más que por el del sacrificio. Se representa a este Dios negro, de nariz humeante que simboliza el infierno. En esta descripción, el Dios negro se asemeja a nuestro diablo, debiéndose a esta ficción de los rabinos el Ahrimán de los persas, el Dios malo de los maniqueos y el diablo de los cristianos, todos de igual origen.

Es un símbolo desfigurado; en consecuencia no es la sombra del Dios, sino por decirlo así, la caricatura de la sombra.

Este abuso, que ha hecho la ignorancia de una imagen atrevida, prueba la necesidad del ocultismo y justicia a los rabinos, que rodeaban de tanto misterio los secretos de su Kabballah.

A continuación de la nariz, describe el rabino las orejas del Dios negro. Están cubiertas de cabellos encrespados, porque en el hombre, de quien es

imagen el Dios negro, se ofusca el entendimiento por el desorden de sus pensamientos. Cuando el Dios vulgar dormita, sus oídos no oyen y el mal invade el mundo. El mal que ofende e irrita al Dios de sombra no existe para el Dios de luz. Referido al orden absoluto, el desorden no existe.

Cuando el dios de los hombres despierta, sacude su cabellera y el cielo tiembla. Entonces sus oídos se descubren y dan acceso a las plegarias. Estos son los días de victoria para Israel; entonces triunfa de Ahrimán y detiene a sus enemigos.

De los oídos. Rabí Simeón pasa a la barba, y describe los mechones separados; cuenta nueve, y no trece, como la barba blanca del anciano supremo, porque el Verbo negativo del Dios de sombra no sabría explicar el cuaternario divino. El ternario, multiplicado por sí mismo da nueve, que es el número de cualquier jerarquía y clasificación en el método cabalístico. Hay nueve coros de ángeles y nueve clases de demonios. El número nueve tiene, pues, su lado luminoso y su lado oscuro; pero el cuaternario tetragramático constituye el número perfecto que no admite negativa. La negación del cuaternario será la acción monstruosa del mal absoluto. Será el Satán de los demonólogos, monstruo imposible y desconocido de los antiguos maestros, los grandes cabalistas hebreos.

Los nueve mechones de la barba de sombra representan el Verbo negativo. Son las sombras de las grandes luces.

Las grandes luces son las nueve concepciones divinas que preceden a la idea de creación.

PRIMERA LUZ

La corona o poder supremo

SOMBRA DE ESTA LUZ

El Despotismo o el Absolutismo del poder

SEGUNDA LUZ

La sabiduría eterna

SOMBRA DE ESTA LUZ

La Fe ciega

TERCERA LUZ

La inteligencia activa

SOMBRA DE ESTA LUZ

El dogma que se pretende inmutable y que es fatalmente progresivo

CUARTA LUZ
La belleza espiritual

SOMBRA DE ESTA LUZ
La fe ciega

QUINTA LUZ
La justicia eterna

SOMBRA DE ESTA LUZ
La venganza divina

SEXTA LUZ
La misericordia infinita

SÉPTIMA LUZ
La victoria eterna del bien

SOMBRA DE ESTA LUZ
Abnegación y despojo voluntario

OCTAVA LUZ
Eternidad del bien

SOMBRA DE ESTA LUZ
Infierno eterno

NOVENA LUZ
Fecundidad del bien

SOMBRA DE ESTA LUZ
Celibato y esterilidad

Aquí se detienen forzosamente los números negros, porque el número diez es el de la creación, y la creación no podría ser negativa. El celibato y la esterilidad nada producen.

El celibato ha sido siempre el sueño del misticismo, aun en el judaísmo, que condena formalmente la esterilidad.

El ascetismo es, en efecto, incompatible con los deberes de la familia; los profetas errantes no tenían mujeres; la familia es el mundo y el misticismo el desierto.

La familia es la vida real y el misticismo el ensueño.

La familia exige la propiedad, y el misticismo la abnegación y el despojo voluntario.

El misticismo es el sentimiento religioso llevado hasta la locura.

Por esto, debe ser regulado y atemperado mediante la autoridad sacerdotal; los místicos son niños, que tienen como sacerdotes a sus pedagogos y tutores. Hablamos aquí de los misterios ortodoxos, que escapan al vértigo de la locura gracias al freno de la obediencia. Los místicos insumisos son locos que pueden llegar a enfurecerse, y a los que sería prudente recluir.

EL MICROPROSOPO CONSIDERADO COMO ANDRÓGINO

He aquí lo que hemos aprendido, dijo Rabí Simeón: - Estas disposiciones y los misterios del Verbo, deben revelarse solamente a los que pueden sostenerse en equilibrio sobre sus pies apoyados en los dos platillos de la balanza. No se deben comunicar a los que no han penetrado en la cripta de las grandes pruebas, sino a los que han entrado y vuelto a salir.

Porque para el que entra y no sale, más le valiera no haber sido creado.

Comentario. Aquí vemos claramente que el dogma oculto de Moisés, profesado por Rabí Simeón, procede de los santuarios del Egipto. Allí, en efecto, se sufrían grandes pruebas antes de ser admitido a la iniciación. Tales pruebas tenían lugar en subterráneos inmensos, de los cuales no salían jamás quienes habían cedido al temor. El adepto que salía victorioso recibía la llave de todos los misterios religiosos, y la primera y gran revelación que se le comunicaba al oído, pasando cerca de él, estaba contenida en esta fórmula: Osiris es un Dios negro.

Es decir: el Dios que adoran los profanos, no es sino la sombra del verdadero Dios. Nosotros le prestamos las cóleras del hombre, para que sea temido por los hombres. Porque si no se presenta a los hombres un maestro que sea parecido a ellos, la idea de la divinidad sobrepujará de tal modo su débil inteligencia que se les escapará completamente y caerán en el ateísmo.

Cuando un hombre ha hecho mal, cae en el desorden y se coloca frente a la ley conservadora de su felicidad. Entonces se siente desgraciado, y descontento de sí mismo. Dice que Dios está irritado contra él, para explicar el resentimiento de su conciencia intranquila. Entonces es preciso que aplaque a Dios con expiaciones, que, parecidas a los castigos que se infligen a los niños poco razonables e indóciles, imprimirán en su memoria el horror al mal. Es preciso, ante todo, que entre en el camino del bien, y entonces, en la calma que experimenta siente que Dios le ha perdonado. Dios, desde luego, no perdona, puesto que no se irrita jamás; pero si decís al hombre vulgar que el juez supremo está en el fondo de su conciencia,

creerá que Dios no es más que una palabra, y llegará a discutir fácilmente con su conciencia, atribuyendo sus escrúpulos o sus remordimientos a los prejuicios de la educación, llegando a no tener por guía sino el interés de sus pasiones, que son los comanditarios de la muerte.

CONTINUACIÓN DEL TEXTO

He aquí el resumen de todas estas palabras:

El anciano de los ancianos está en el Microprosopo; la luz está oculta en la sombra; lo grande está representado por lo pequeño; todo está en la unidad suprema; todo ha estado, todo está y todo estará en él. No cambiará, no cambia, no ha cambiado. No tiene forma pero se adapta a la nuestra; toma para nosotros la forma que contiene todas las formas, y el nombre que abarca todos los nombres.

Esta forma, bajo la cual se aparece en nuestro pensamiento, no es en realidad la suya, es la analogía de una forma. Es una cabeza ficticia, a la que adaptamos sus diademas y sus coronas.

La forma del hombre resume todas las formas, así de las cosas superiores como de las inferiores.

Y porque esta forma resume y representa todo lo que es, nos servimos de ella para representar a Dios bajo la figura del viejo supremo. Así, pues, conforme a esta figura, que es su sombra, imaginamos el Microprosopo.

Y si me preguntáis qué diferencia hay entre los dos viejos, os responderé que ambos representan un mismo y solo pensamiento.

Son los dos lados de una imagen: vuelta hacia el cielo, la imagen es serena y espléndida, vuelta hacia la ignorancia y los vicios del hombre, la imagen aparece amenazadora y tenebrosa.

Así, el Señor a la salida de Egipto marchaba a la cabeza de Israel en una nube: luminosa del lado de Israel y tenebrosa del lado de los egipcios.

¿La luz y la sombra no se oponen una a otra?

Parecen tan irreconciliables y opuestas que cuando una se ve, la otra se eclipsa.

Concuerdan, por lo tanto, de una manera admirable, y su armonía es lo que hace visibles todas las formas.

Pero estos arcanos no son accesibles sino a los segadores del campo sagrado.

Está escrito: El misterio del Señor pertenece a los que le temen.

Comentario. Aquí Rabí Simeón se esfuerza en explicar los misterios del Génesis, en los cuales Dios está representado en forma humana, creando a Adán a su imagen y semejanza. Esta forma humana atribuida a Dios es la prototípica del gran Adán, es decir de la humanidad implícita en el Verbo de Dios.

Además, por el gran Adán, llamado Adán o Adán Kadmón protoplasto, los iniciados judíos no entienden, como nosotros, al primer individuo humano; ellos no admiten la existencia de este primer individuo, y hacen aparecer la raza humana simultáneamente en toda la superficie de la tierra.

El gran Adán es para ellos la humanidad primitiva, y aun algo más que la humanidad, porque el cuerpo de Adán encierra todos los seres y espíritus del Universo; también le asigna las más gigantescas proporciones. Su frente toca al cénit, su mano derecha llega al Oriente y al Occidente la izquierda. Cuando levanta el pie para iniciar la marcha, la sombra de su talón ocasiona un eclipse de sol. Es andrógino, teniendo dos caras: la faz masculina por delante, la femenina por detrás. Cada faz es igualmente andrógina es decir: masculina a la derecha y femenina a la izquierda. El prototipo del gran Adán, que está en el Microprosopo, es igualmente andrógino por delante, por detrás, a derecha y a izquierda, arriba y abajo; lo cual muestra el equilibrio universal y la balanza de las fuerzas, ora activas, ora positivas, en el conjunto de la naturaleza.

Algunas figuras harán comprender mejor el simbolismo, pudiendo dar aquí algunas de las que los iniciados en las ciencias ocultas llaman pantáculos, es decir, símbolos universales.

No seguimos a Rabí Simeón en las descripciones que hace del andrógino divino, contenido en el prototipo, que es el viejo negro o el Dios de sombra. Son ficciones de anatomía monstruosas que recuerdan los extraños acoplamientos de ciertos dioses híbridos de la India. Un gran pensamiento preside, sin duda, todos estos sueños, pero su expresión se sale de nuestros usos y costumbres. Baste decir que el rabino representa a las parejas típicas (la del Microprosopo y la naturaleza, la mujer; y la de Adán Kadmón y su Eva), en el acto de una eterna copulación, explicando sus ardores y desfallecimientos amorosos, convirtiendo de este modo la inmensidad en un enorme lecho nupcial que no tiene ni alcoba, ni ropas, ni cortinas.

LA JUSTICIA

SEGÚN EL TEXTO DE RABÍ SIMEÓN

La mujer no posee la fuerza y la justicia, debiéndolas recibir del hombre.

Aspira a ello con sed indecible, pero no puede recibirlas, sino cuando está sometida.

Cuando ella domina, sólo engendra la revuelta y la violencia. Por eso la mujer se ha hecho dueña del hombre induciéndole al pecado. Llegó a ser madre en la incontinencia de sus deseos y engendró a Caín.

Después dijo: Dios y yo hemos creado al hombre, y este hombre es de mi propiedad.

Aún no estaba pronta para la maternidad verdadera, porque la serpiente la había infectado con su envidia y su cólera.

El alumbramiento del cruel e implacable Caín fue violento y terrible pues agotó todas las energías de la mujer.

Entonces se dirigió para engendrar al dulce Abel.

Estas dos generaciones contrarias no pudieron armonizar: el fuerte debe absorber indefectiblemente al débil, y es lo que sucedió.

Entonces el Dios de sombra despertó, y arrancó del vientre de Caín a su hermano, a quien había devorado.

Pero ni Caín ni Abel fueron considerados lo bastante justos para permanecer ante él.

Arrojó a Abel a los limbos de la vida y precipito a Caín en el gran océano de los llantos.

Allí, se buscan todavía para combatirse y cada uno por su lado, engendran el espíritu de debilidad y de violencia.

¡Felices de las almas que proceden en línea recta del gran Adán!. Porque los hijos del inútil Abel y los del criminal Caín, son injustos y pecadores.

La verdadera justicia une la bondad a la fuerza y no es ni violenta ni débil.

Dichosos vosotros que comprendéis estas palabras, las palabras que reúnen la izquierda a la derecha y que conciertan las cosas superiores con las cosas inferiores.

Dichosos vosotros, los maestros de los maestros, segadores de la santa campiña, que contempláis y reconocéis al Señor, mirándole cara a cara, y a quienes vuestra unión al Verbo eterno os hace dignos de la inmortalidad en el mundo futuro.

De vosotros es de quien se ha escrito: Desde hoy sabrás que el Señor reina a la vez en lo más alto de los cielos y en lo más profundo de la tierra.

¡Por doquiera reina el Señor, el Anciano de los días. Dios!, es decir, el único, el solo... ¡Qué su nombre sea bendito en el siglo y en los siglos de los siglos!.

ÚLTIMAS PALABRAS SOBRE EL HOMBRE SUPREMO

Rabí Simeón ha dicho: Mirando abajo vemos las cosas de lo alto y observando las cosas de lo alto, vemos las que están abajo.

Los diez dedos de nuestras manos nos recuerdan las diez coronas de la ciencia, los hombres y su equilibrio, cinco de un lado y cinco de otro.

Lo mismo sucede con los dedos de los pies: lo que está arriba es como lo que está abajo.

Las formas superiores gobiernan a las inferiores; lo de arriba es como lo de abajo; la mujer es análoga al hombre.

Los contrarios gobiernan a los contrarios; los extremos se tocan, se adhieren y reaccionan los unos sobre los otros.

El hombre y la mujer constituyen, reunidos, el cuerpo perfecto de la humanidad.

Uno es consecuencia del otro; ambos se necesitan; accionan y reaccionan mutuamente.

La vida que los anima es la misma: así la sangre impelida por la anastomosis de las venas, llega igualmente a la izquierda y a la derecha en todo el cuerpo.

Todos los vasos del cuerpo se riegan mutuamente, todos los nervios se comunican en el fluido luminoso y la sensibilidad.

Como los mundos en el espacio, irradian mutuamente la luz de sus soles.

Todo lo que está fuera de esta vida mutua y universal del gran cuerpo, es inmundo. No os acerquéis a los espíritus que están fuera de la gran comunión, porque no recibiréis de ellos más que manchas.

Los espíritus errantes son como cabezas cortadas que siempre tienen sed, pero el agua que beben se escapa con su sangre y no los sacia.

- Si así es, preguntaréis, ¿los mismos ángeles forman parte del gran cuerpo de la Sinagoga?

- ¿Cómo podréis dudarlo?.

De otro modo no tendrán parte ni en la santidad, ni en la vida.

Porque la Sinagoga de los sabios es el cuerpo de la humanidad, es el cuerpo de Dios.

El ángel del Señor, en la profecía de Daniel ¿no se llama Gabriel?. Luego ¿Qué quiere decir Gabriel sino el hombre por excelencia, el hombre de Dios o el hombre-Dios?.

La tradición nos enseña que los espíritus inmundos no pueden revestir las bellezas de la forma humana, porque no han entrado en la armonía del cuerpo perfecto.

Están errantes y dan vueltas por el mundo, sin poder estabilizarse en forma alguna.

Por lo tanto, se sienten rechazados porque llevan en ellos la indocilidad de Caín y son arrojados del campo, cuyos tintes brillantes son los astros.

Jamás se fijan en la verdad; unas veces quieren elevarse, otras bajar; pero ya se eleven o bajen, siempre son inmundos.

Los espíritus impuros que proceden de Hébel (Abel), siendo más amorosos, pueden adherirse aparentemente, al gran cuerpo.

Pero son como miembros artificiales: quedan unidos al cuerpo, pero carecen de él.

Estos espíritus son como abortos o miembros cortados, cayendo en el vacío; oyen lo mismo que abajo (cuando pueden hacerlo), pero jamás comprenden nada, tal como lo afirman aquellos que se han ocupado del asunto.

Nota del traductor.

El gran maestro en cábala parece admitir la existencia de los espíritus errantes diseminados por la atmósfera, espíritus indecisos que no tienen forma definida, especie de larvas impuras que el hogar de la vida rechaza hacia las tinieblas exteriores. Otros cabalistas, apoyados en una palabra de Jesucristo, nos dan a entender que estas tinieblas exteriores son la gehenme o el infierno, pero que las almas no pueden detenerse allí. En las tinieblas, las almas impuras se disecan, se consumen y reducidas después de un tiempo de sufrimiento más o menos largo a la sencillez primera de su principio vital, pierden el recuerdo y son de nuevo atraídas hacia la vida. (Veáse Pneumática Kabbalistica y el libro de Isaac de Soria De revolutionibus animarumg).

He aquí la tradición sobre el misterio del libro. Cuando el prototipo conyugal se equilibró mediante el aplacamiento del Dios de sombra, la pareja adámica se aproximó por tercera vez.

Y resultó una generación equilibrada. Entonces se estableció la armonía entre el cielo y la tierra.

El mundo superior fecundó al mundo inferior, porque el hombre, mediador entre el pensamiento y la forma, había al fin encontrado la armonía.

Entonces hubo la gloria divina de arriba y la gloria divina de abajo, la schekinah del cielo y la schekinah de la tierra.

¡Santo es el Señor de los pensamientos del cielo; santo en las formas de la tierra; santo es el Señor, cuyo pensamiento se esparce en ideas bajo las formas y se remonta de las formas al pensamiento!.

¡Santo, santo es el Señor, el Dios de las falanges, el Dios de los seres coordinados y regidos entre ellos como ejércitos!.

He aquí una de nuestras tradiciones.

Hay compensaciones entre los seres. Está escrito en el Cántico de los Cánticos: Haremos collares de oro con incrustaciones de plata.

Así es como la misericordia se une a la justicia para embellecerla.

Son como las palmeras que crecen por parejas, de suerte que el hermano no se desarrolla jamás sin su hermana.

También sabemos que el hombre que se separa de la humanidad rehusando amor a una compañera, no encontrará sitio después de la muerte en la gran síntesis humana, sino que permanecerá fuera, extraño a las leyes de la atracción y a las transformaciones de la vida.

Y la naturaleza, avergonzada de él, le hará desaparecer, como hacemos desaparecer los cadáveres.

¿Por qué la ley nos obliga a retirar el cadáver de la mansión que fue su morada?

Es por respeto a la forma humana, que aunque inútil, no debe ser envilecida.

Es para impedir que lo que fuera una persona se convierta en algo sin uso ni nombre.

Es para distinguir el cuerpo venerable del hombre, de la corrupción del animal.

Cuando del hombre se trata, no se debe permitir que la muerte se afirme. El hombre es la medida del espíritu inmortal.

Un cuerpo humano sin alma es como una lengua en la naturaleza; luego, el cadáver es respetable a causa de su figura humana.

Es preciso apresurarse en poner fin a este contrasentido, y por eso amortajamos a nuestros difuntos antes de la noche que sigue a su muerte.

Los hombres que renuncian a la humanidad con la esperanza de conquistar el cielo, son como enanos que quisieron desobedecer a los gigantes y cometer un crimen contrario.

Porque está escrito: Los hijos de Dios, al ver a las hijas de los hombres, y comprobar que eran hermosas, se inclinaron para admirarlas y fueron precipitados al abismo.

Allí engendraron espíritus impuros y demonios, y aquél fue el tiempo en que hubo gigantes en la tierra.

Su caída, contraria al orden de la naturaleza, y en consecuencia, imprevista del supremo ordenador de las cosas, explica el arrepentimiento o el pesar de Dios, cuando se dice que el Señor se arrepintió de haber creado al hombre.

Y el texto añade: “Sobre la tierra”, porque el plan divino permanecía intacto en el cielo. El hombre no había pecado. Pero el ángel al caer habría roto el equilibrio de la tierra, y Dios se habría visto compulsado a crear lo que deseaba.

Porque el equilibrio del hombre es también el de la naturaleza, y sin el hombre, el mundo no existiría.

Porque el hombre es el receptáculo del pensamiento divino que crea y conserva el mundo; el hombre es la razón de ser de la tierra; cuanto existió antes de él, fue el trabajo preparatorio a su nacimiento, y sin su concurso la creación entera hubiera sido un aborto.

Así es como el profeta vio a los ángeles levantar un trono en el cielo, sobre el cual se hallaba sentada una imagen semejante a la del hombre.

Y Daniel dijo que veía a uno como hijo del hombre, que ascendía lentamente hacia el anciano de los días.

Y una vez cerca de él le mostraba la faz del Señor.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí nuestras palabras han sido misteriosas, y ocultan un sentido elevado que escapa al alcance del vulgo. ¡Dichoso el que sabe comprenderlas y las aplica sin equivocarse!.

Porque estas palabras no han sido dadas sino para los maestros y los segadores del campo sagrado, para aquellos que han entrado en la prueba y han salido de ella.

Está escrito: Las vías del Señor son rectas y los justos marchan por ellas sin detenerse, pero los transgresores de la ley siempre hallarán algunas piedras y escollos.

Habiendo dicho todas estas cosas, lloró Rabí Simeón, y alzando la voz exclamó: ¡Si alguno de vosotros, Oh, hermanos míos, tuviera que revelar a los profanos las cosas que acabamos de decir, que Dios se apodere de ellos y los oculte en su gloria!.

Porque vale más que nosotros mismos salgamos del mundo, que revelar a los hijos de él los más sublimes misterios del cielo.

Yo los he revelado a vosotros solos, en presencia del anciano de los ancianos; yo no lo he hecho por mi gloria ni por la de la casa de mi Padre, ni por enorgullecer a mis hermanos que están aquí congregados.

Sino solamente para impedirlos errar en las vías de la gran sabiduría, y para que no sean borrados, como una letra mal escrita, del libro de la vida.

Luego he aquí lo que hemos aprendido.

Antes de que ellos los rabinos reunidos en el recinto de la piedra de moler el grano hubiesen salido al campo, tres de ellos murieron súbitamente.

Fueron estos: Rabí José, Rabí Thiskia y Rabí Jesa.

Sus compañeros los vieron elevarse llevados por los santos ángeles, más allá del velo que estaba extendido sobre sus cabezas.

Rabí Simeón profirió una palabra y se prosternó.

Después exhaló un gran grito, diciendo: - ¿Qué es esto. Dios nos perdone?. ¿Un decreto de muerte se ha pronunciado contra nosotros por haber revelado misterios desconocidos de todos los hombres desde el día en que Moisés, mirando cara a cara la divina visión, estuvo de pie en el Sinaí?.

Si debemos ser castigados por ello, ¿cómo es que la muerte no ha empezado por mí?.

Y oyó una voz que decía:

Bienaventurado tú. Rabí Simeón, y bienaventurado tu patrimonio, así como el de los compañeros que están contigo. Acaba de seros revelado lo que el Señor no revela a toda la familia del cielo.

¡Pero ven y mira!.

Está escrito: Esta doctrina será el patrimonio del hijo mayor, y ante el más joven se cerrarán las puertas.

Los que acaban de morir no eran bastante fuertes para llevar tanta ciencia por la tierra.

Han dejado entusiasmar sus almas y han sido arrebatados por sus éxtasis. Los santos ángeles los han cogido y los han llevado por encima del velo. Rabí Simeón respondió: - ¡Son felices!.

Y repuso la voz: Id ahora los que quedáis, porque el Señor os ha hecho fuertes contra la tierra y contra el cielo. Vosotros estáis en perfecto equilibrio y por lo tanto viviréis.

Se levantaron, y a su paso los perfumes surgían de la tierra.

Y Rabí Simeón añadió: - Veo ahora que la tierra será bendecida por causa de nosotros.

Y sus rostros estaban tan radiantes, que nadie podía sostenerles la mirada.

Así es como nosotros hemos aprendido que diez entraron en el arco o círculo y no habían salido más que siete.

Rabí Simeón estaba henchido de alegría, pero Rabí Abba experimentaba una gran tristeza a causa de los que ya no vivían.

Pero un día que los siete estaban sentados en torno de maestro, Rabí Simeón profirió una palabra misteriosa.

Y vieron entonces a los tres que les habían sido arrebatados. Ángeles elevados en dignidad los servían, abriéndoles puertas doradas y mostrándoles los tesoros que les habían destinado.

Entonces el alma de Rabí Abba se aplacó. En lo sucesivo los siete maestros no abandonaron la morada de Rabí Simeón.

Y Rabí Simeón decía: - Somos los ojos del Señor.

Rabí Abba respondió: - Somos seis lámparas que debemos nuestra luz a la séptima y la séptima eres tú.

Y Rabí Jéhuda le llamaba el Gran Sabbat de la semana de los misterios.

Un día se les apareció Elías con su vestido de piel y su faz con el triple rayo de luz.

Y Rabí Simeón le dijo: - ¿No estabas con nosotros en el arca cuando explicamos las palabras de la ciencia?.

Elías respondió: - Yo quise trasladarme, pero los ángeles me negaron sus alas, porque tenía otra misión que cumplir. Yo fui aquel día a consolar y liberar a vuestros hermanos que están en la cautividad. Yo he esparcido sobre sus cadenas un bálsamo que deberá algún día romperlas. Porque los

justos no deben estar encadenados más que con coronas enlazadas unas a otras.

Así se encadenan los días de prueba con los de gloria y en pro de la semana de trabajo y vendrá la semana de reposo.

Entonces, toda cadena se prosternará ante el trono del Señor. Pero cuando los últimos del pueblo sean salvados, ¡cuál no será la gloria de los justos!.

Los pueblos serán su corona y se unirán a las fiestas del Señor, que resplandecen en el año en medio de la corona de los otros días.

Un triple banquete espera a los justos en las solemnidades del Gran Sabbat (Sábado) del porvenir.

Está escrito: Tú llamarás al sábado las delicias de los justos y tú le comprarás al santo del Señor.

Luego, ¿cuál es, por excelencia, el santo del Señor?.

Es Rabí Simeón Ben-Jochai, que es glorioso en el mundo y que será más glorioso aún en el mundo futuro. Aquí termina el santo libro del Gran Sínodo.

SIPHRA DZENIUTTA

LIBRO OCULTO

CAPÍTULO I

HEMOS visto en el Libro Oculto que creando el mundo Dios hizo pesar con la balanza lo que hasta entonces no habla sido pesado. Anteriormente los hombres no se miraban cara a cara, es decir, la unión de los esposos no se cumplía en la misma forma que ahora. También los reyes, primitivos murieron, porque no encontraron el alimento adecuado; y la tierra fue aniquilada. Entonces la “Cabeza” más deseable, tuvo piedad del mundo que iba a crear. La balanza fue suspendida en una región completamente nueva. La balanza funcionó para los cuerpos lo mismo que para las almas; y hasta los propios seres que aún no existían fueron pesados. Como no había seres anteriores, se hizo por esta balanza los seres existentes y los destinados a existir más tarde. Es así como el mundo actual ha sido formado; éste es el Misterio de los misterios. En la “Cabeza”, existe un rocío límpido que llena la cavidad. La membrana que la recubre es misteriosa y límpida como el aire. Pelos muy finos que están suspendidos de esta balanza (“Pelos” o “Cabellos” designan las regiones o los atributos de Rigor). La Voluntad de las Voluntades se manifiesta por la oración de los hombres en la tierra. El sabio, discreto vigilante, percibe esta manifestación, ve desde la tierra luces de lo alto. Es por dos ventanas de arriba que el Espíritu celeste desciende en los seres de aquí abajo.

“En el comienzo (Bereschith), Elohim creó el cielo y la tierra”. Este versículo contiene seis palabras, al comienzo de las cuales figura la palabra “Bereschith”. Ese número es el emblema de las siete partes de la “Cabeza” de donde toda bendición emana sobre la tierra.

El segundo versículo del Génesis empieza con la palabra: “Y la tierra” (Ve-haaretz). Es la tierra que emana la maldición; porque Dios la ha maldecido. Las Escrituras dicen que la tierra era informe y desnuda (thohou y bohohou), y que el espíritu de Elohim flotaba sobre las aguas. Es una alusión a las trece glorias del Glorioso. El mundo subsistirá durante seis mil años a los cuales aluden las seis primeras palabras del Génesis. Al comienzo del séptimo milenio, todo el mundo será aniquilado en doce horas. Es a ese cataclismo que se refieren las palabras. “Era thohou y bohohou” A la décima tercera hora del séptimo milenio. Dios nos dispensará su misericordia y renovará el mundo reponiéndolo en el estado en que estaba durante los seis milenios precedentes. He aquí por qué las Escrituras nos dicen primeramente que Dios creó el cielo y la tierra, y luego nos enseñan que la tierra era “Thohou y bohohou” y que las tinieblas cubrían la

faz del abismo; este estado de la tierra se renovará efectivamente después de la creación, al comienzo del séptimo milenio. A esta época alude el versículo (Isaías II, 11) “Y Dios será poderoso ese día”.

Entre los signos que Dios grabó en el cielo en el momento de la creación, se podía ver una serpiente extendida a todo lo largo de la tierra y con la cola arrollada a la cabeza deforme y mancillada. Esta serpiente pasa, una vez cada mil días por el gran océano, en donde tiene la cabeza destrozada, así como está escrito (Salmos, LXXIV, 13): “Tú has destrozado las cabezas de los dragones en el fondo de las aguas”. Hay dos dragones, pero es uno solo el que muere; y es por eso que aquí la palabra “thaninim (dragones) está escrito sin la vocal “i”, lo que da a la palabra el número singular.

Las Escrituras agregan: “Y Elohim dijo: Que la luz sea (iehi) hecha, y la luz fue (veiehi) hecha”. Se vuelven a encontrar en este versículo los nombres sagrados: “Ieve” “Ve”. La Vau final designa la Schekhina de abajo así como He designa la Schekhina de arriba; ellas mantienen la balanza en equilibrio. El versículo “Y Elohim vio que la luz era buena” designa los “Hayoth” de los cuales las Escrituras dicen que van y vienen. La palabra “buena”, en este versículo, designa al justo del cual las Escrituras dicen que es bueno, así como está escrito (Isaías III, 10). “Decid al justo que es bueno”. De los seis nombres que salen de la raíz del Cuerpo celeste. Yod y He son las dos coronas que es bueno, así como está escrito: “Decid al justo que se aman y se abrazan; de ellas sale la “Lengua” (“Lengua Santa”, dice el Zohar, III, fol. 610, es sinónimo de “Espíritu Santo”) que habla de las cosas sublimes. La “Lengua” está escondida entre Yod y He, así como está escrito (Isaías, XLIV, 5): “Esta (he) dirá: Soy de Jehovah, y se glorificará con el nombre de Jacob, y escribirá con su mano a Jehová, y se glorificará de llevar el nombre de Israel”. “He” dirá a Jehová: “Desciendo”. Todo eso está encerrado en el nombre “Iho”. La “Lengua” esconde la Madre de la cual ha salido (El Espíritu Santo procede de la Madre (He), y es por su operación que el He desciende aquí abajo). El Padre está sentado en el lugar de honor y la Madre en el medio y oculta por ambos. Desgraciado de aquél que descubre sus “partes pudibundas” (Ver sobre todo esto el Zohar, III, folio 75a).

Las Escrituras agregan: “Y Elohim dijo: Sean hechos en el firmamento los cuerpos luminosos del cielo”, lo que significa: Que el macho domine a la hembra, tal como está escrito (Proverbios, X, 25): “Y el justo es el fundamento del mundo”. Cuando el Yod está aislado, se eleva al rango superior, y la hembra se oscurece. La Madre concentra entonces sus luces en el interior de su palacio del cual cierra la puerta. Así, la luz que emana de los seis Nombres sagrados forma la “Clave” que cierra la “puerta” y reúne al cielo y la tierra. Desgraciado de aquél que abra esta puerta (Tiquone, Zohar, V y XI) (que diga lo que esconde).

CAPÍTULO II

La “Barba” (“Barba” designa la Serfira “Thiphereth” (Belleza) no está mencionada en el capítulo precedente entre las partes constituyentes de la “Cabeza”, a causa de su superioridad sobre otras partes. Comienza en la región de las orejas y da la vuelta a la cara. Un cabello blanco se destaca que indica las trece glorias de Dios, glorias de las cuales las Escrituras (Jeremías, II, 6) dicen: “...Por donde nombre (Adán) no ha pasado jamás, y donde hombre (ish) no ha morado jamás”. El grado llamado “Adán está debajo de esta “Barba”, y con mayor razón el grado llamado “Ish”. Trece fuentes surgen de la “Barba”, de las cuales cuatro solamente están ocultas, mientras nueve sirven para alimentar el cuerpo. En el mes de Tishri, que es el séptimo del año, esas trece fuentes abren las trece puertas de misericordia. Es referente a esta época del año que las Escrituras (Isaías, LV, 6) dicen: “Buscad al Señor mientras pueda ser hallado”. Y más lejos (Levítico, XVI, 22): Y mortificaréis vuestro cuerpo la noche del noveno mes”. “Señor (Deuteronomio, III, 24) Jehová, has comenzado a mostrar a tu servidumbre tu grandeza”. En este versículo, el nombre de Jehová está escrito completo, mientras que en la tierra, raras veces lo está. Hay una “Vau” de arriba y una “Vau” de abajo, así mismo hay una “He” de abajo, pero no hay más que una “Yod” de arriba, a la cual nada se asocia y cerca del cual nadie puede subir. Es por la unión de la Vau y de He que se percibe débilmente la Yod, tal como las venas bajo la Epidermis.

¡Desgraciado del mundo cuando la epidermis es bastante opaca para esconder completamente las venas!.

“La “Cabeza” está llena de rocío. Contiene tres cavidades. Dos líneas, negras como el cuervo, forman arcos por encima de aberturas profundas dispuestas a la derecha y a la izquierda de la “Cabeza”. Un sendero estrecho separa por arriba esas dos líneas. La Frente no presenta arrugas, excepto cuando está irritado. Los Ojos están compuestos por tres colores. La Nariz es fina. Tres llamas salen de las aberturas de la Nariz. El nombre “Ahí” es la síntesis de los seis nombres precedentes. Yod ilumina a la Vau y la He. ¡Y desgraciado del mundo, cuando la Yod se separa de la Vau y de la He por causa de los pecados de los hombres!. Cuando la Yod se separa de la He, las Escrituras dicen: “No descubrirás en tu Madre lo que debe quedar ignorado”.

CAPÍTULO III

La “Barba” esta realzada con nueve adornos gloriosos. El primer adorno es la disposición de los cabellos encimados, desde la abertura de las orejas hasta la comisura de los labios; segundo: el círculo trazado por la

barba desde una comisura de los labios a la otra; tercer adorno: los pelos saliendo de la abertura de la nariz; cuarto adorno: los bigotes; quinto adorno: los “lunares” con forma de manchas, rojas como rosas; sexto adorno: mechones de cabellos negros suspendidos a lo largo de las sienes; séptimo adorno: los labios rojos como una rosa; octavo adorno: los rizos cubriendo la nuca; novena adorno: los cabellos largos alternando con cortos. Es para responder a estos nueve adornos que David invocó (Salmos, CXVIII, 5) por nueve veces el destinado a vencer sus enemigos. Con razón mayor aún la misericordia se expande por el mundo cuando la “Barba” de la “Cabeza Suprema” lo ilumina.

Está escrito (Génesis, I, 20) “Y el Señor dijo: Que las aguas produzcan animales vivientes que naden”. “Jah” fusionó las dos luces conjuntamente, la buena agua con la mala, el Haya inferior, el buen Haya con el malo.

Las Escrituras dicen además “Y Elohim dijo: “Hagamos hombres a nuestra imagen”. “Ellas no dicen “Hagamos al hombre” sino: “Hagamos hombres”, con la finalidad de excluir el “Hombre” de arriba, el cual está formado con el Nombre completo. Cuando el Hombre de arriba está completo, el hombre de aquí abajo lo está igualmente. Jehová es el lado macho, y Elohim es el lado hembra. También, para hacer al hombre a imagen de Dios, ha habido que hacerlo macho y hembra. Yod designa al macho. He la hembra; Vau es el producto de ambos. Es por eso que las Escrituras dicen: “Los creó macho y hembra; los bendijo y les dio nombre: “Adán”, es decir, les dio el nombre del “Hombre” sentado sobre el trono celeste y del cual ha recibido la forma, como está escrito: “Y por encima del trono se veía algo que parecía un hombre”.

CAPÍTULO IV

La belleza del rostro no se revela sino raramente. Algunas letras que componen la cara son visibles; pero otras quedan escondidas a los seres de arriba y de abajo. “Y Dios dijo: Que la tierra produzca seres vivientes según su especie, los animales, los reptiles, etc.” Más adelante las Escrituras dicen: “Tu irás en ayuda del hombre y de la bestia, Oh Señor”. El hombre y la bestia tienen mucho de común; luego el hombre está comprendido en la bestia y la bestia en el hombre. Cuando “Adán” vino a la tierra, la figura celeste tenía dos espíritus, uno en el lado derecho destinado al hombre; el otro en el lado izquierdo, destinado a los animales. Pero después del pecado de Adán, el lado izquierdo se extendió tanto que penetró en el hombre. De este modo resultó un excedente de espíritu del lado derecho que no pudo hallar más cuerpos de hombre para penetrar, habiendo tomado su lugar el otro espíritu. De ahí proviene esa mezcla entre los dos espíritus, engendradora de monstruos. Aunque las

veintidós letras están escondidas en lo alto, son visibles desde abajo. Hay igualmente una Yod velada, lo mismo que una Yod visible. La Vau, que sólo designa el Principio macho. La He designa el Principio hembra. Se asemeja al fiel de una balanza, los mantiene en equilibrio la Yod. De la unión de la Yod con la He salió la Vau. Es por ello que las Escrituras dicen: (Libro de Henoc) “Los hijos de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, etc.” El término: “Hijas de los hombres” designa al demonio como está escrito: “Dos mujeres prostitutas se presentaron ante el Rey”. Los ángeles, a quienes se refiere las Escrituras, habiendo visto la unión suprema superior entre el macho y la hembra, han querido imitarla y se han unido a la mujer prostituta de demonio. Así han entrado en decadencia, perdiendo la jerarquía que ocupaban anteriormente.

CAPÍTULO V

Desgracia a la nación pecadora, al pueblo cargado de iniquidades, a la raza corrompida, a los hijos delincuentes. Han abandonado a Jehovah; han blasfemado al Santo Israel; han vuelto hacia atrás: El nombre de Jehovah designa los siete grados, componiéndose así: “Yod, he, veh, hi, vav, hoi, hah”. Vau está representada por el hombre, compuesto de macho y hembra (III Reyes, III, 16). La Vau abandona al hombre cuando éste es un delincuente. El Génesis comienza con las palabras: “Bereschith baro...” La primera palabra está completa; la segunda está compuesta de letras formando solamente la mitad de la primera. La primera designa al Padre y la segunda al Hijo, ora escondido, ora visible. El Edén de arriba está escindido mientras que el Edén de abajo es entrevisto; se descubre “Jehovah, Jah, Elohim”. La palabra “Eth” designa la unión del lado derecho con el lado izquierdo, “Adonai” con “Ehieh” Después de la unión del cielo con la tierra. Dios dijo: “Que el firmamento sea extendido en medio de las aguas para separar el “Santo” del “Santo de los Santos”. “El Anciano de los días se ha extendido para entrar en contacto con seres humildes y modestos; la boca apenas osa pronunciar esas cosas sublimes; se ha engalanado con coronas modestas consistentes en cinco clases de agua, así como está escrito: “Y echará sobre ella agua vivificante”. Luego, Dios vivifica. “Y Dios dijo: Mi espíritu no morará para siempre con el hombre, porque él es carne”. Esas palabras han sido pronunciadas por el Anciano de los días. La palabra “Jadon” significa disputar; el versículo citado tiene por lo tanto el siguiente significado: “Mi espíritu hacia abajo por las dos ventanas de las se ha hablado precedentemente”.

Las escrituras agregan: “Y sus días de ciento veinte años”. La Yod sola no tiene valor numérico fijo; ora designa cien y ora tiene el valor de diez mil años. Es por ello que las Escrituras dicen que el río del Jardín del Edén

se divide en cuatro canales. Esta división fue durante la caída de los ángeles; pero no volvió a renovarse hasta la llegada de Josué. Los ángeles caídos no reaparecieron sino a la venida de Salomón quien, gracias a su sabiduría, podía obtener ventaja. Ellos han caído en desgracia; pero aún están divididos en reinos distintos. Se hacen constantemente la guerra, así como los reyes de la tierra. Trece de sus reyes hacen la guerra a otros siete reyes. Nueve protegen a otros reyes. Un árbol oloroso crece en medio de sus reinos; y los pájaros pueblan sus ramas. Una serpiente está enroscada alrededor del tronco de ese árbol, teniendo la cola en la boca. La “He” paradójico de la palabra “Capekhah” designa la trompeta del Jobel, porque, el Jobel es el símbolo de la “He”: y cuando la He sea visible, para todos, Jehovah y Elohim serán Uno, así como ésta escrito (El Andrógino Universal): “Y el Señor será único en ese día”.

¡Fin de los misterios ocultos concernientes al Rey, contenidos en el “Libro Oculto”.

¡Bienaventurado aquel que pueda penetrarlos y que conoce los senderos y los caminos!.

SECCIÓN TERCERA

LA GLORIA CRISTIANA

La gloria cristiana es el triunfo de la inteligencia sobre la bestia de la verdad sobre la mentira; de la luz sobre la sombra; de la humanidad sobre el diablo.

Dios se hizo hombre para impedir al diablo hacerse Dios.

¿Qué es el diablo? Es la bestia, es la sombra, es la mentira. ¿Por qué existe? Porque la sombra es necesaria como substractum de la luz; porque el mal es el fundamento del bien.

Así se explican las sombras de los antiguos santuarios; así se explican igualmente las oscuridades de la Biblia. Es precisa una sombra para servir de propulsora a la luz. Es preciso a la multitud grosera una divinidad terrible que ahuyente las pasiones humanas con sus cóleras y sus venganzas. El Dios exterminador, el Dios de los azotes, es el Dios de sombra, es el Dios hecho a imagen del hombre; es todo lo contrario del Dios de los sabios. La faz negra, es como una máscara que disfruta el rostro sereno del Padre eterno de todos los seres, para amedrentar a indóciles niños.

Esta doctrina debía ser mantenida secreta, porque no podía ser comprendida sino por las inteligencias más elevadas.

Desgraciadamente, trascendió y ocurrió lo que se temía: las inteligencias limitadas no comprenden al Dios ficticio de dos caras tan diferentes, y la cara de un dualismo se introduce en el espíritu de algunos sectarios. De aquí nacieron los dogmas del falso Zoroastro, la faz de la luz fue Ormuzd (Emanación de Zervane (Dios Supremo del Magisterio), principio y personificación del bien, Creador del Universo, N. del T.), y la faz de sombra llegó a ser la cabeza fatal del sombrío Ahrimán (Emanación de Zervane, principio y personificación del mal; destructor del Universo. N. del T.). Aquel día fue creado el diablo.

Observamos que la Biblia atribuye a Dios las obras que nosotros achacamos al usurpador del reino infernal. Es Dios quien endurece el corazón de Faraón, a fin de castigarle, como a todo su pueblo, con espantosos azotes e impelerle al fin a la impenitencia postrera. Es Dios quien envía uno de sus ángeles o mensajeros para extraviar el espíritu de Achab y precipitarle en una guerra funesta.

- ¿Cómo te apoderarás de él?. - pregunta a este espíritu. Y el ángel le responde:

- Seré un espíritu de memoria en boca de los falsos profetas.

- Ve, le responde el señor, y sedúcele.

En esta época no se imaginaban que el reino de Dios pudiera ser dividido, y que solamente se reservaba la luz para dejar a su enemigo reinar en la sombra. El Dios del mal aún no se había inventado.

Siendo el mal la negación del bien, no sabría tener ningún poder porque la negación del bien implica la negación de la verdad que alcanza al ser hasta en sus raíces. ¿Qué victorias podrá alcanzar un general que se equivoca siempre?. El ser del diablo es una mentira radical. Su genio sería una inmensa locura. Luchar eternamente contra Dios, ¡qué quimera!. Pero para que fuera posible, era preciso que Satán se crease un Dios a su propia imagen. No comprende siquiera lo que el niño más sencillo puede comprender. Espíritu de ceguera personificada. ¡Extraño poder, como el de un monarca en un reino en tinieblas!. Todos sus pensamientos deben ser falsos; todos sus esfuerzos deben caer en el vacío. Los locos de Bicetre tendrán derecho a burlarse de él.

Pero se diría que existen en el mundo hombres perversos que niegan la existencia de Dios, o lo que aún es más terrible, que creen en El y que blasfeman contra él. Estos hombres mentirosos ejercen una influencia fatal sobre los demás. Poseen el genio de la destrucción; triunfan, seducen, devoran y la Providencia los deja obrar. Su existencia y sus triunfos pasajeros comprueban el reinado transitorio de Satán. Cuando consiguen calumniar y oprimir al justo, ¿puede decirse sin blasfemar que deben a Dios su victoria?. Pero si no es Dios quien los dota de la fuerza para hacer el mal, existe pues, una sombría providencia de, las tinieblas, un poder maldito que Dios debe vencer algún día, pero que, en el tiempo de nuestra prueba, se eleva contra Dios, en tanto que nosotros le prestamos la complicidad de nuestros corazones.

Existe, en efecto, un poder que hace, hasta cierto grado, todo el mal posible; pero este poder no es maldito de Dios (de otro modo no existiría): es el que Dios da a toda criatura inteligente para que pueda elegir entre los bajos instintos de una naturaleza limitada o encadenada a necesidades terrenas.

Nadie puede amar el mal por el mal; encontramos en el origen de todos los vicios la ignorancia y el error. Cuando se hace el mal es para realizar un bien. El atractivo de la desobediencia es el amor a la libertad.

¡La libertad!. He aquí el poder que explica el mal y lo convierte en necesario.

La libertad, que podía llamarse la divinidad del hombre, es el más soberbio, el más bello e irrevocable de los dones del Creador. La libertad no puede ser violentada por Dios sin negarse a sí mismo. La libertad, se precisó conquistarla con la lucha, cuando no se la posee como suprema autocracia. La libertad, es una victoria, y en consecuencia, necesita del combate.

El atractivo fatal contra el que es preciso luchar no es un mal, es necesario; es una fuerza ciega que hay que someter a la fuerza que procede de Dios, y que Dios mismo nos da como un reino o como un suplicio (actividad motriz de la que es preciso apoderarse para dirigirla, so pena de ser pulverizada por ella, molino en el que nosotros seremos el grano, si no queremos tener el valor y la destreza de ser los propietarios y los molineros).

Teólogos del diablo, ¿suponéis que Satán es libre?. Si le es, aún puede volver al bien; si no lo es, no es responsable de sus actos, y es un instrumento de alguien que es más fuerte que él; es un esclavo de la justicia de Dios; todo lo que hace es lo que Dios quiere. Es Dios quien para tentarle hace pecar y torturar a sus débiles criaturas. Entonces, Satán no es, pues, el monarca de las tinieblas: es el agente de la luz velada. Entonces, es útil a Dios, ejecuta las obras de Dios; Dios no le ha arrojado, puesto que aún le tiene en su mano. Luego lo que Dios reprueba debe él rechazarlo, para siempre. El agente de Dios es el representante de Dios, y, según las leyes de la buena política, el representante de Dios es el mismo Dios.

¿Qué es, pues, el diablo en último análisis?. El diablo es Dios haciendo el mal. Definición tan rigurosa como revolucionaria, porque afirma lo imposible. Digamos mejor: el diablo es la negación de lo que Dios afirma. Ahora, bien Dios afirma el ser, el diablo afirma la nada. Pero la nada no puede afirmar; debe ser afirmada, puesto que no es nada más que una negación; de suerte, que si la definición última de Dios, según la Biblia, es ésta: “El que es”, la definición del diablo debe ser necesariamente: “El que no es”.

Hemos dicho bastante contra el ídolo negro, contra el falso Dios de los persas y los maniqueos, contra el Satán colosal y casi omnipotente con que aún sueña la superstición. Queda por examinar el Satán jefe de lo Egrégos (Ángeles que, conforme a lo que se dice en el

Libro de Hénoch, se casaron con las hijas de Seth y tuvieron por hijos a los gigantes. Son también las formas astrales, resultantes de la concentración colectiva durante largo tiempo. N. del T.), el ángel caído que guarda un resto de libertad, puesto que su juicio definitivo aún no se ha pronunciado y que se aprovecha de ello para arrastrar a los débiles, como si esperara aminorar su pecado por el número de sus cómplices.

No encontramos nada en el Génesis ni en toda la Biblia que haga alusión a un pecado y a una caída de los ángeles; es preciso, para encontrar huellas de ello, recurrir, al libro apócrifo de Hénoch. Este libro, evidentemente anterior a la época cristiana, puesto que es citado por el apóstol San Judas, era de gran autoridad entre los primeros cristianos. Tertuliano lo cita con estima; pero no era capaz de comprenderlo, porque este áspero y duro genio era completamente extraño a los misterios de la

cábala, conservados entonces solamente por la escuela joannita, pero ya alterados y profanados por los errores del gnosticismo.

Los cabalistas referían las ideas absolutas al valor numeral y jeroglífico de las veintidós letras del alfabeto primitivo, que suponen haber sido el de los hebreos. A cada una de estas letras se le asignaba un genio; cada letra es un ser viviente, un ángel. Los que están familiarizados con la poesía oriental comprenderán este lenguaje figurado. Pero lo propio del vulgo es tomar todo al pie de la letra y materializarlo; ahora bien, entre estas letras, hay dos que representan la divinidad a saber la primera y la última alef y tau, en griego alfa y omega, y en latín a y z, de donde se ha formado el nombre Azoth, que en la filosofía oculta es la expresión de lo absoluto.

Pero el libro de Hénoch nos cuenta que existían Egrégores, es decir, genios que no duermen jamás, jefes de multitudes, y que veinte de estos genios se separaron de su principio para dejarse caer.

He ahí el oscurecimiento de la verdad en el mundo. Los números se separan de la unidad original y final. Las letras de luz se convierten en letras de sombras... Y ¿por qué?.

Es que las hijas de los hombres eran hermosas y los ángeles del cielo se pusieron celosos.

La idea, entonces, se identificó en la forma, y el principio de su belleza, embriagándose en la belleza misma, olvidó su comienzo y su fin.

Los ángeles caídos se congregaron en torno de su jefe Samiaxas sobre una elevada montaña, que luego se llamó la montaña del Juramento, porque los egrégores se unieron mediante un juramento sacrílego.

Una montaña representa simbólicamente un hogar de ideas. Horeb, el Sinaí y el Tabor, el Calvario, el Olimpo; el Parnaso, el Vaticano, la Montaña revolucionaria son, a la vez, realidades y alegorías.

Los nombres de los ángeles son: unos hebreos y persas los otros, porque Zoroastro y Abraham se dan la mano en este libro misterioso.

El primero es Samiaxas.
El segundo Artakuph.

El tercero Arakiel.
El cuarto Kabaliel.
El quinto Oramammé
El sexto Ramiel.
El séptimo Siupsick.
El octavo Zalchiel.
El noveno Balchiel.
El décimo Azazel.

Ahora bien, en esta jerarquía invertida, el último debe, necesariamente, suplantar al primero: Azazel destrona a Samiaxas y llega a ser el jefe de los demonios de la primera decena, porque el número diez, siendo la síntesis de los números en la unidad, representa la multitud. Y es sabido que en el Evangelio el diablo se denomina legión.

El primero, segundo, quinto y séptimo egrégores tienen nombres persas y profanos... ¿por qué?

Porque los verdaderos nombres pertenecen a los ángeles fieles y no pueden convenir a los espíritus caídos, en atención a que la unidad, el binario, el ternario y septenario son las claves de los números sagrados.

Hay una segunda decena de espíritus caídos, que son las sombras de las sombras productos de la revolución intelectual.

El primero	o el undécimo	se llama Pharmarus.
El segundo	o el duodécimo	se llama Amariel.
El tercero	o el decimotercero	se llama Thanzael.
El cuarto	o el decimocuarto	se llama Anaguemas.
El quinto	o el decimoquinto	se llama Samael.
El sexto	o el décimo sexto	se llama Savinas.
El séptimo	o el decimoséptimo	se llama Ehumiel.
El octavo	o el decimoctavo	se llama Tyriel.
El noveno	o el decimonoveno	se llama Jamiel.
El décimo	o el vigésimo	se llama Sariel.

El significado de estos nombres son análogos a las de las letras sagradas, pero en sentido inverso, es decir, que expresan lo contrario de lo que afirman los nombres puros.

Estos espíritus se materializan, toman formas camales para unirse a las bellezas humanas; y de ellas resulta una raza de criminales y de gigantes parecidos a los Titanes de la fábula que amontonaban las montañas para escalar al cielo; es decir que el espíritu absorbido por la materia, exagera el valor de la materia y de la forma, lo que ocurrió en el mundo antiguo y ocurre aún, desgraciadamente, en nuestros días.

Azazel, hecho rey del mundo, niega a Dios y aporta la ciencia peligrosa y la guerra. Enseña a los hombres el uso del oro, de las pedrerías y del hierro; fabrica joyas para las mujeres y las armas para los hombres; los hombres se disputan el oro y las mujeres, necesitando lanzas y espadas reúne la coquetería y el duelo. El que debe ser el ángel del reino se ha trocado en ángel de la anarquía; los hombres en lugar de civilizarse, se batirán, para que las mujeres aparezcan magníficamente adornadas.

El undécimo ángel, el que en la baraja corresponde a la fuerza, enseña a los hombres el arte de las fascinaciones y de los prestigios, que son la

mentira de la fuerza. El noveno, el que corresponde al número de la iniciación, les enseña a hacer caer las estrellas del cielo, es decir, a desplazar las más luminosas verdades y arrastrarlas en la corriente del error. Los hombres aprendieron a adivinar por el aire, por la tierra y por los demás elementos, en vez de fiarse en la luz del ser. Se consultó los oráculos a los pálidos rayos de la luna, y fue el séptimo ángel, el de la luz de los siete colores, el que se hizo apóstata de sí mismo, enseñando así la creencia con las variables inspiraciones de la antorcha nocturna. Entonces las mujeres fueron iniciadas en los grandes misterios y los hombres habiendo roto todos los lazos de la sociedad y de la jerarquía, fueron impelidos por la rivalidad y por deseo sin freno a devorarse los unos a los otros. Entonces, los más débiles lanzaron gritos de angustia hacia el cielo, y los cuatro ángeles de la armonía, los que representan las letras del tetragrama divino: Michael, el ángel de la letra jod, el genio del padre, la fuerza creadora activa; Gabriel, el ángel de la letra hé, el representante de la madre, la fuerza creadora pasiva; Raphael, el ángel de la letra van, el genio del trabajo creador, y Uriel, el ángel del fuego generador; conmovidos por el grito quejumbroso de los hombres acudieron al pie del trono de Dios y le suplicaron que hiciera cesar los espantosos desórdenes de la tierra. Entonces es cuando Dios les anunció su designo de purificar el mundo por el diluvio, a fin de suprimir la raza maldita de los gigantes. Y buscando cómo salvar a los oprimidos, vio que también eran cobardes y culpables, y no encontró más que a la familia de Noé digna de obtener la gracia del Señor.

Y Dios dijo a Raphael, él ángel de la verdadera ciencia y de la pura iniciación, el que gobierna al planeta Mercurio, el genio sagrado del triple Hermes:

-Ve a apoderarte de Azazel y arrójale, atado de pies y manos, en las tinieblas. Le pondrás una venda ante los ojos, a fin de que en adelante no vea ninguna luz: después, golpeando la tierra con el pie, abrirás una sima en el desierto de Dodoel, y allí le precipitarás en las abruptas rocas y en los picos de la piedra, y allí estará para siempre jamás.

Después, cuando llegue el día del juicio final, será llamado a responder de sus crímenes y condenado al fuego eterno.

En cuanto a ti, haz conocer a la tierra los medios de curarse, dale la medicina para sus plagas. Torna hacia el lado de la verdad las revelaciones de Azazel, que han dado lugar a tantos pecados entre los hombres.

Más adelante, el autor del libro de Hénoch, añade este notable pasaje: “Las almas de los gigantes nacidos en una alianza monstruosa, son mitad espirituales y mitad materiales; su origen impuro los vuelve malhechores, y son los espíritus de malicia que vagabundean en la atmósfera. Enemigos naturales de la justicia, forman y proyectan las corrientes impuras. Viven sin alimento y no tocan la carne de los sacrificios. Producen las visiones y

los fantasmas pero están sujetos a caer y empequeñecerse. Han muerto en otra parte y deberán resucitar conjuntamente con los demás hijos de los hombres”.

He aquí ciertamente una espantosa revelación para los evocadores de espíritus y los aficionados a las mesas parlantes. Es lo que en obras precedentes hemos llamado larvas y vampiros, coagulaciones y proyecciones malsanas de la luz astral; según el libro de Henoch, serían estas las almas híbridas y monstruosas, formadas por el comercio de los Egrégores con las prostitutas del mundo antiguo; las almas de los gigantes exterminados por el diluvio, exhalaciones mórbidas de la tierra y de la baba de la serpiente Pithon.

Hay que hacer tres observaciones importantes sobre esta leyenda, evidentemente antigua:

1°Que los hechos relatados son alegóricos, como lo son en el Apocalipsis, en el pastor de Saint-Hermas y en los cuentos del Talmud; son metamorfosis al estilo de Ovidio. Los seres, cualesquiera sean, no pueden cambiar su naturaleza: un hombre puede enamorarse de una linda paloma, pero jamás convertirse en pichón; y si lograra conseguirlo, no podría deducirse de ello que la paloma debería engendrar avestruces. Es preciso decir otro tanto de los pretendidos ángeles, espíritus materiales, que se habían prendado de las mujeres hasta el extremo de transformarse en hombres y que hubieran procreado gigantes.

2°Que en este relato no se supone que los ángeles hayan querido destronar a Dios y se hayan sublevado contra él, idea monstruosa e importada de los Titanes de la mitología griega. Los Titanes podían, en efecto, escalar el Olimpo, pero ¿quién puede figurarse a los ángeles ascendiendo para asaltar el infinito?.

3°En fin, que el genio de la falsa ciencia (hecho hombre, no lo olvidemos), es arrojado antes del diluvio atado de pies y manos y con los ojos vendados, sobre una sima, donde debe permanecer hasta el día del juicio. No hay, pues nada de común entre el Satán que recorre la tierra, para tentar a los hombres y el libro de Henoch. Aunque fuera canónico en vez de apócrifo, no probaría absolutamente nada en favor del diablo moderno.

Se ha hablado de Satán en el libro de Job, pero allí no desempeña el papel de un ángel precipitado del cielo y arrojado para siempre de la presencia de Dios. Es una especie de acusador público, que tiene su sede entre los Beni-Elohim, es decir, entre los hijos de los dioses. El Señor le habla, le interroga y le confía algunas misiones. Recorre la tierra y regresa ante Adonai para rendir cuenta de cuánto ha visto. Dios le ordena poner la prueba a Job y lo dota con todas las calamidades. Satán hace a este hombre justo todo el mal posible. Job triunfa de la prueba y Dios le recompensa;

pero Satán, no ha sufrido castigo ni censura: no ha hecho sino obedecer a Dios.

Por otra parte el libro de Job es una alegoría cuyo objeto es demostrar que el mal constituye la prueba de la virtud. Los personajes de este poema oriental son simbólicos y sus mismos nombres lo dan a conocer, Job es el afligido; Satán es la prueba en general. Y en particular la calumnia. Los hechos narrados son absurdos como en las fábulas, pero su sentido filosófico es muy bello. No hay en esto nada de lo cual pueda referirse la existencia real de un personaje real llamado Satán. En el Génesis de Moisés, la serpiente es la que tienta a la mujer; pero esta serpiente, en los mitos sagrados de la antigüedad, representa a veces el fuego otras el fluido vital: la fuerza ondulante de la vida terrestre. En la mitología griega Vulcano, Dios del fuego, irrita a Júpiter con su fealdad, y el dueño del Olimpo le precipita de un puntapié a la tierra. Es el marido de Venus, la que tienta y seduce a los mortales; había un astro lleno de llamas, donde se ocupan de forjar las almas y los rayos, preparado así la guerra y las tempestades.

En el Evangelio, Jesús pronuncia este oráculo profundo de la sabiduría eterna: “El diablo es embustero, lo mismo que su padre”.

El diablo no sabría pues, ser una criatura de Dios, al menos en su cualidad de diablo.

Luego ¿quién puede ser el padre del diablo?.

El padre del diablo es la mentira. Él es la mentira y el padre de la mentira.

En su oposición con El, merece ser llamado el que no es, y sin embargo posee una existencia real.

Explicemos esta aparente contradicción: no existe ni podría existir como personalidad única y poderosa.

El infierno es la anarquía, y no hay otro rey de los infiernos que la ficción del dios negro, tal como la explica Rabí Simeón.

Satán no es el Ahrimán de los persas, ni el Anti-dios de los maniqueos jamás ha sido un ángel de luz. Si luz es la alucinación de los malvados.

No ha sido nunca un genio, porque es una inmensa locura.

Pero es una fuerza terrible, calculadora, astuta, que toma mil formas, que penetra por doquier, ya amenazadora, ora adulatora, pero siempre fatal; una fuerza que Dios formó cuando quiso formar la libertad, aunque esta fuerza produce fatalmente la esclavitud; una fuerza que se personifica en la multitud de los que se extravían voluntariamente. En el Evangelio se descubre que el Salvador le pregunta por su nombre, y éste responde: “Yo me llamo Legión, porque somos una multitud”.

El diablo es la bestia, o más bien la bestialidad que inspira la locura: es el magnetismo del mal.

Este magnetismo del mal hace que todos los súbditos del reino negro, o más bien de la anarquía tenebrosa, se esparzan sin hablarse de un extremo al otro del mundo. Lo mismo extravía a los paganos, perseguidores de los cristianos, que a los cristianos perseguidos del libre pensamiento. Se apellida Nerón y Torquemada, Prudhon y Veuillot. Da zuavos al Papa y falsos profetas a los partidarios de la moral independiente. Es polemista con Littré, espiritista con Allan Kardec, demonólogo con M. M. de Mirville y Gougenot- Desmousseaux. Nada lamenta tanto como los hechos del Comité de Salud Pública si no es las hogueras de Santo Domingo y de Pío V. Preside bajo dos frases diferentes los Congresos de Malinas y de Genova, porque es impalpable en sus prontas transformaciones. Impulsa a los insensatos y trata de paralizar a los sabios. Su característica es siempre la malicia y la estupidez. Ama igualmente el despotismo que la anarquía; lo que detesta por encima de todo es la razón. Quiere que Desbarreaux sea ateo con tal de que Pascal sea jansenista (El que sigue a la doctrina o secta del obispo de Iprés, el teólogo holandés Jansenio (1585-1636) que combatió al Jesuita Malina en su tratado Augustinus, Inocencio X y Alejandro VII condenaron cinco proposiciones de esta obra. (N. del T.). Es santurrón ante Ravailac y Damiens, con matices diferentes; filósofo con Robespierre y con Marat. Es la serpiente de mil colores y mil pliegues; por doquiera desliza su dardo móvil y su cabeza chata. Babea sobre cuánto es puro; despedaza cuanto es bello, atrae a sí todas las vergüenzas y todas las deformidades. Por doquier sigue a los hombres, por doquier se le encuentra; se diría que el mundo entero es suyo. Es más horrible que el horro, más espantoso que la consternación, más cadavérico que la muerte. Es el padre de las pesadillas, el rey de las visiones traidoras; es un pigmeo; allí es un Escorpión casi invisible, que se desliza bajo nuestros pies. Callot y Goya no han adivinado sino a medias sus transfiguraciones grotescas. Dante no le ha sentido con bastante intensidad y los que esculpieron los pórticos de vuestras catedrales no han logrado expresar toda su fealdad. ¿Quién profundizará jamás el fondo de la locura? ¿A quién ha dicho la fiebre su última palabra? Dad al azote un cuerpo de dolores y de torturas, y decidme hasta dónde podrán llegar en lo imposible sus horrosas proporciones.

Entonces os responderán: “¡He ahí al diablo, he ahí al pontífice de la magia negra; he ahí al que los hechiceros invocan y que se les aparece, prometiéndoles tesoros, para arrojarlos al abismo!”.

La fuerza magnética, ese vínculo tan poderoso del pensamiento y de la vida, ha sido puesto por la naturaleza al servicio del hombre: nuestras virtudes o nuestra perversidad reunidas determinaron su trayectoria. La serpiente de Esculapio tiene la misma forma simbólica que las serpientes de Tisifone (la primera de las Furias) y la de Moisés, quien nos relata cómo una serpiente introdujo el pecado y la muerte en el mundo, hizo fabricar

una serpiente de cobre, para curar a los que morían en el desierto debido a las mordeduras de éstas.

El dogma católico, es decir universal, no ha sido formulado por la iglesia, sino como un enigma. Es aceptado pero sin ser comprendido ni aún por la propia fe, porque se ha impuesto sin aceptar el concurso libre de la razón. A veces hasta parece contradecir a la ciencia, porque aún no se ha sabido distinguir entre la historia y las alegorías y místicas metáforas. Si se me dice, por ejemplo, que una Virgen ha llegado a ser madre sin cesar por eso de ser Virgen, que un niño ha salido de ella, como un rayo emanado del sol, sin quebrar el puro cristal, me inclino y creo, admirado a esa virgen; pero no puedo, salvo de ser un idiota, creer que se trata de un niño material y natural, porque sé que ello no puede ser. Cuando la Biblia me dice que las montañas han saltado como carneros y las colinas como corderos, no lo tomo al pie de la letra. Cuando encuentro en ella que Josué ha detenido el sol (¡ay, y por eso han condenado a Galileo!) comprendo que se trata de una expresión de la poesía oriental para explicar que los prodigios de valor de los hebreos en aquel día han duplicado o triplicado la jornada. Napoleón I acaso no estaba muy lejos de creer que en la jornada de Austerlitz había gobernado al sol.

Si leemos en el símbolo de Nice que el hijo de Dios ha nacido del padre antes de todos los siglos, y al mismo tiempo se nos enseña que es eterno como un padre, debemos comprender que el nacimiento de que se trata no se asemeja en nada a todo cuanto podemos entender de natural y de material es esa palabra, pues el nacimiento en este caso no puede ser sino un principio. Si a continuación encontramos en el mismo símbolo que el propio hijo de Dios descendió de los cielos para salvar a los hombres, ¿debemos figurarnos que lo que desciende es el infinito?. ¿Es que acaso con relación a Dios, el cielo está arriba y la tierra abajo?. Las expresiones de la fe no guardan, pues, ninguna relación con las de la ciencia, y las mismas palabras, cuando son empleadas por el dogmatismo, no quieren decir las mismas cosas.

La iglesia, empleando en sus oficios las palabras del profeta David, llama al diablo flecha que vuela durante el día, y lo innominado que se pasea durante la noche. Y aun le llama la corriente impetuosa y el genio de gran color (ob incursu doemonio meridiano). San Pablo dice que tenemos que combatir contra las potencias de nuestra atmósfera (potestates aeris hujus).

¿No es esto designar claramente fuerzas más bien que personas?. Y ¿qué nos importa, después de todo, que la Iglesia en sus exorcismos hable al demonio como de una persona capaz de oírla?. ¿Son personas también el mar y los vientos?. Pues bien, vemos en el Evangelio que Jesucristo les ha hablado diciendo: “¡Viento, cállate! ¡Mar, cálmate!”, y que, al punto, como

si el viento y el mar hubiesen sido capaces de oírle y obedecerle, se produjo una calma completa.

El Evangelio que San Juan llama el Evangelio eterno, no es sino la historia de un hombre llamado Jesús, es la historia simbólica del Hijo de Dios, la leyenda del Verbo eterno. Las estrellas del cielo la escribieron antes del nacimiento de los hombres, y los Magos ya la habían leído cuando vinieron a adorar la realidad viviente. Los jeroglíficos del Egipto están llenos. Isis amamantando a Horus, es dulce como la Virgen madre, y se corona también de estrellas con la luna bajo sus pies. Los sabios de la India adornan a Dévaki presentando su casto pecho a Khrisna y también han escrito su evangelio. La historia de Khrisna y la de Cristo parecen calcadas. Se encuentran en la fábula india la serpiente de Moisés y los hechos del Salvador contra Satán. El Evangelio es el Génesis eterno de la libertad; es el espíritu triunfando por la dulzura de las brutalidades de la materia. Es la descripción y la condenación del reino efímero de Satán es decir, de la mentira y de la tiranía. En nuestro libro titulado La Ciencia de los Espíritus, hemos demostrado esta verdad, comparando con los textos de los Evangelios canónicos de los Evangelios apócrifos. Vamos a completar nuestro trabajo dando aquí los pasajes más notables de esta maravillosa fábula india que estamos tentados de llamar el Evangelio de Khrisna.

LA LEYENDA DE KHRISNA

EXTRACTO DE EL BHAGAVADAM, LIBRO CANÓNICO INDIO

CAPÍTULO I

LA CONCEPCIÓN

El alma de la tierra se quejaba a Brahma diciéndole: “La raza de los gigantes, los hijos de la impiedad, se ha multiplicado hasta lo infinito”.

“Su orgullo es insoportable y yo gimo en la opresión, bajo el peso de su iniquidad:

¡Ven en mi socorro, Oh Brahma!” (Dios supremo de la India; origen y síntesis de la Trimurti, compuesta por Brama, Vishnú y Siva. N. del T.).

Entonces Brahma, acompañado de todos los dioses, se trasladó cerca de aquel mar misterioso, cuyas olas son de leche, y sobre el cual Vishnú reposa en la gloria y la beatitud.

En pie sobre este mar resplandeciente de blancura, Brahma meditaba y se adoraba en la divina Trimurti; después revelando los misterios de la voluntad suprema, dijo:

“Vishnú va hacerse hombre”.

Entonces Brahma le dijo: “Tú te harás hombre a fin de contribuir a su gloria; y triunfará de ti, así como de la fatalidad, tu hermano”.

“Se denominará a Khrisna, es decir, Azul, porque será hijo del cielo”.

“Sabios y patriarcas, retornad a la tierra para adorarle; haceos pastores, porque será un pastor”.

¡Oh! ¿Quién podrá hablar dignamente de las acciones de los Dioses que comprenden esta historia divina, estarán como sumergidos en un océano de delicias. Los males del mundo y los por venir nada podrán en contra de ellos. Este Hombre-Dios de grandes ojos llenos de majestad se adelanta; la sonrisa se dibuja en sus labios, una señal se halla en medio de su frente y sus cabellos rizados flotan sobre sus sienes. Los que le han contemplado una vez no quieren dejar de admirar sus ojos.

¡Quiera que el recuerdo de este Dios, de este niño pastor, criado entre bueyes y corderos, se halle siempre presente en todos los espíritus del cielo y de la tierra!.

CAPÍTULO II

LA NATIVIDAD

Kansa rey de Madura, habiéndose enterado de que la hermosa Devaki, esposa de Vassudeva, debía dar al mundo un niño que reinaría algún día en su puesto, resolvió matar al niño tan pronto como Devaki llegase a ser madre.

Sin embargo, llegado el tiempo, Vishnú iluminó a Vassudeva con su luz, y ésta reflejó y concentró esta luz en el casto seno de Devaki.

Devaki llegó, pues, a estar encinta de una manera completamente celestial y sin las obras ordinarias del hombre.

Kansa entonces, la hizo aprisionar, pero cuando llegó la hora del nacimiento de Khrisna, se abrió la prisión, por sí misma y el Niño-Dios fue transportado al establo de Nanden, en medio de los pastores.

Brahma, Shiva y los demás dioses acudieron a adorarle en aquel humilde asilo, y le cubrieron de flores. Los ángeles Gueadaruver cantaban, danzaban y hacían oír conciertos con los más melodiosos instrumentos. Todas las estrellas y los planetas tenían un aspecto feliz. Vassudeva se prosterno ante aquel hijo divino, le adoró, y le dijo: “¡Oh, vos, el engendrado de Brahma y que habéis nacido entre nosotros, henos aquí aprisionados en un cuerpo mortal, formado por el destino, y sometido a los accidentes de la materia, vos que sois inmaterial e inaccesible a la muerte, he aquí que se acerca la hora en que Kansa venga a mataros, haced que podamos salvaros la vida y salvarnos nosotros mismos!”.

Devaki recitó casi la misma plegaria; entonces Khrisna abrió la boca y habló. Confortó a sus padres, les revelo altos destinos, y habiéndoles prometido la beatitud eterna, les recomendó silencio y se comportó como los demás niños.

CAPÍTULO III

LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

Sin embargo, Kansa prevenido de la libertad de Devaki, corrió, a la prisión y creyó verla allí acostada con el niño cerca de ella; un asno que estaba próximo, empezó a rebuznar y el tirano creyó que aquello era un aviso del cielo. Desenvainó su espada. Devaki le expresó vanamente que lo que creía niño, era una niña. Kansa lo arrojó a lo alto y levantó su espada, a fin de recibirle en su punta; pero el niño, cerniéndose sobre su cabeza, le gritó: “Soy la Fatalidad, tiembla; tu futuro vencedor se ha ocultado en un retiro inaccesible y en adelante, hasta la hora de tu castigo, quedo suspendido sobre ti”.

Entonces Kansa tuvo miedo y se prosternó a los pies de Devaki, ofreciendo presentes y dejándola en libertad de retirarse donde quisiera con Vassudeva. Mientras tanto, Khrisna crecía y permanecía oculto.

Kansa, no obstante, estaba torturado por el temor; se enfureció y ordenó en todos sus estados la degollación de los niños recién nacidos.

Sólo el joven Khrisna escapó a los asesinos. Los gigantes del mal, por su parte, también se conjuraban para su perdición. Un día vinieron bajo la forma de un carro terrible que rodaba impetuosamente y se venía sobre él para aplastarle. Khrisna le puso el pie, sonriendo, y en cuanto su pie tocó al carro, toda la horrible máquina se rompió y los restos cayeron en torno del divino niño sin tocarle.

Otro gigante, corriendo con la velocidad del viento arrebató a Khrisna, lo colocó sobre sus espaldas y le arrojó en medio del mar para ahogarle, pero el niño divino se hizo tan pesado, que el gigante, encorvado bajo el peso, se ahogó y Khrisna volvió a tierra, caminando sobre el agua.

CAPÍTULO IV

HISTORIAS ANÁLOGAS A LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

Khrisna en su infancia, queriendo parecerse a los otros hijos de los hombres, hacía a veces travesuras que asombraban a sus mismos padres, pero que siempre terminaban beneficiando a alguno. Así, un día se apoderó de las ropas de varias jóvenes que se bañaban, y éstas para recuperarlas tuvieron que permanecer inmóviles, con los ojos elevados al cielo y las manos unidas sobre su cabeza. De esta suerte las hizo avergonzarse de su inmodestia, enseñándoles al mismo tiempo la actitud de la plegaria.

Se apoderaba de la leche y de la mantequilla de los ricos para dársela a los desgraciados. Un día, para castigarle por esa acción, le habían encadenado a un muela de un molino; entonces rompió la cadena, levantó la muela y la lanzó contra los grandes árboles, que se rompieron al choque. Pero de aquellos dos árboles salieron dos hombres que adoraron al niño y le dijeron: “¡Alabado seas, Oh, tú nuestro salvador!. Somos Nalaconben y Manierida, que en castigo de nuestras faltas estábamos encerrados en estos árboles y para que fuéramos libres era preciso que Dios viniese a romperlos”.

Otro día, el fuego hizo presa en los árboles y en las mieses; el joven Khrisna entreabrió la boca sonriendo y aspiró suavemente la llama. El fuego entero, separándose entonces de la tierra, fue a extinguirse en los bermejos labios de Khrisna.

Brahma, para probarle, había ocultado el ganado confiado a su custodia. Khrisna hizo ovejas de barro y las animó. Brahma se declaró vencido y le devolvió el ganado que había escondido, proclamándole el creador y dueño de todas las cosas.

Poco tiempo después, los animales y los pastores, habiendo bebido agua del río de Colinady, murieron porque Nakuendra rey de las serpientes, vencido por Guéronda, príncipe de los Misans, se había refugiado en las aguas de aquel río. Khrisna descendió allí; enseguida el rey de las serpientes se precipitó sobre él y le envolvió en sus anillos, pero Khrisna se libró de ellos, obligando al reptil a encorvar la cabeza, subiéndose sobre ella y permaneciendo en pie en medio de las aguas, empezó a tocar la flauta. Al punto, pastores y ganados que habían muerto, renacieron a la vida. Vishnú otorgó su gracia a la serpiente, que habiendo perdido su veneno no podía dañar más; pero le ordeno que se retirase a la isla de Ratnagaram.

CAPÍTULO V

EL BAUTISMO

Devendrâ, dios de las aguas, creyendo que a causa de Khrisna se descuidaba rendirle los honores debidos, hizo llover durante siete días y siete noches, para sumergir las campiñas de los pastores; pero Khrisna, levantando con una sola mano la montaña de Gavertonam, la interpuso entre el cielo y la tierra. Devendrâ reconoció entonces su impotencia, y prosternándose ante Khrisna, le dijo: “¡Oh, Khrisna!. ¡Sois el Ser Supremo, no tenéis ni deseo ni pasión; sin embargo, obráis, como si los hubieseis experimentado.

Protegéis a los justos y castigáis a los malvados. En uno de vuestros instantes un número infinito de Brahmas han pasado ya!. ¡Salvadme, Oh vos, cuyos ojos tienen la dulzura de la flor del tamarindo!”. Khrisna sonrió y le respondió: “¡Oh, príncipe entre los dioses; os he humillado para haceros más grande. Porque yo rebajo al que quiero salvar; sed dulce y humilde de corazón!”.

Devendrâ repuso: “Tengo orden de Brahma de consagraros y reconoceros por Rey de los Brahmanes, por el pastor de las vacas y por el Señor de todas las almas que cultivan la paz y la dulzura”.

Después se levantó, le dio la unción santa y le nombró pastor de los pastores.

CAPÍTULO VI

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Khrisna tocaba la flauta pastoril, y todas las jóvenes le seguían. Para oírle, abandonaban las jóvenes las casas de sus madres.

Y Khrisna les decía:

“¡Oh, mujeres! ¿No teméis la cólera de vuestros esposos? Jóvenes ¿no teméis los reproches de vuestros padres?. Regresad cerca de los que deben estar celosos de vuestro amor”.

Y las mujeres decían y respondían las jóvenes:

“Si abandonáramos por un hombre a nuestros padres y a nuestros esposos, seríamos criminales, pero, ¿cómo los mortales pueden estar celosos del amor que nos arrastra hacia un Dios”.

Entonces Khrisna, viendo cuan puros eran sus deseos, les dio toda su ternura. Las colmó de sus divinos brazos y todas a la vez fueron dichosas, pero cada una de ellas creía ser la única compañera fiel y la casta esposa de Khrisna.

CAPÍTULO VII

LA TRANSFIGURACIÓN

En la ocasión de un sacrificio debían celebrarse grandes fiestas en Madura, y el rey Kansa invitó a ellas a Khrisna para tener ocasión de matarle.

El gigante Acrura vino ante él con su carro, sobre el que Khrisna no desdeñó subir.

El río de Emuney se hallaba en el camino, y Acrura, habiendo descendido para bañarse, vio en el espejo de las ondas a Khrisna, resplandeciente de pura claridad. El Dios tenía en la frente una triple diadema. Sus cuatro brazos estaban cargados de brazaletes de perlas. Ojos resplandecientes brillaban como pedrerías en todo su cuerpo, y sus manos se extendían por todas partes hasta los límites del Universo. El corazón de Acrura cambió entonces, y cuando halló de nuevo a Khrisna sentado tranquilamente en su carro, le adoró sinceramente y deseó que pudiera escapar a las asechanzas que le tendía el viejo Kansa, y que saliera definitivamente victorioso de las peligrosas pruebas.

CAPÍTULO VIII

LA ENTRADA TRIUNFAL

Khrisna hizo entonces su entrada en la real ciudad de Madura. Estaba, pobremente vestido, como lo están ordinariamente los pastores, y al punto encontró esclavos que llevaban en un carruaje las vestiduras del rey. “Las vestiduras del rey son las mías” - dijo Khrisna -, pero los esclavos se mofaron del él.

Entonces extendió las manos y cayeron muertos; el carruaje volcó y los vestidos fueron por sí mismos a colocarse a los pies de Khrisna.

Entonces todos los habitantes de la ciudad acudieron a ofrecerle sus presentes. Los vasos de oro y plata, las más preciosas alhajas sembraban el camino que había de recorrer; pero no se dignó descender para recogerlas. Un pobre jardinero, llamado Sadama, llegó a su vez y ofreció a Khrisna sus más hermosas flores. Entonces el Dios se detuvo, cogió aquella ofrenda del pobre y preguntó lo que deseaba en cambio. - Pido que tu nombre sea glorificado - dijo Sandama -. Pido - añadió - que el mundo entero te ame, y por lo que a mí toca te suplico que me hagas cada vez más sensible a las quejas de los desgraciados”. Khrisna entonces notó que amaba a Sandama y fue a descansar algunas horas en su casa.

CAPÍTULO IX

KHRISNA TRIUNFA DE TODOS LOS GIGANTES

Kansa pereció queriendo matar a Khrisna, y el joven Dios sacó de la prisión al padre de Kansa y le devolvió el reino que su hijo le había usurpado; después regresó a la soledad y se entregó al estudio de los Vedas (Cada uno de los libros sagrados de la India. N. del T.); los gigantes le hicieron la guerra y fueron vencidos todos. Un día habían rodeado con fuego la montaña a la que se había retirado, sitiándola con innumerables fuerzas; Khrisna se elevó sobre las llamas y, haciéndose invisible, pasó en medio de sus enemigos y se retiró a otro lugar.

Sin embargo, estaba escrito en el cielo que Khrisna debía morir para expiar los pecados de su raza. Sus padres eran de la tribu de los Yadawers, que debía llegar a hacerse numerosa hasta cubrir la superficie del mundo. Pero orgullosos de su número y de sus riquezas, insultaron a los profetas de Yxora, y el Dios temible hizo caer en medio de ellos un cetro de hierro, diciéndoles: “He aquí la vara que quebrará el orgullo y las esperanzas de los Yadawers”.

Consultaron a Khrisna y les aconsejó hicieran derretir y convertir en polvo la vara de hierro. Se hizo así y la vara de hierro se arrojó a las aguas, pero ocurrió que una partícula aguda escapó a la disolución del cetro. Habiéndola tragado un pescado, fue herido por ella y se dejó coger por un pescador que retiró el anzuelo de una flecha, y todo esto se hizo por la voluntad de los dioses, que para la salvación del mundo y la liberación de Vishnú preparaban la muerte de Khrisna.

CAPÍTULO X

DISCURSO ANTES DE LA PASIÓN

También se cuenta que una mujer fea y contrahecha llevando un vaso de aceite perfumado de gran precio, lo esparció en la cabeza de Khrisna. En seguida desapareció la fealdad de aquella mujer, sus deformidades se borraron y se marchó dotada de hermosura maravillosa.

Sin embargo, se acercaba la hora del gran sacrificio; los prodigios aparecieron en el cielo y en la tierra. Los buitres gritaban en pleno día, y los cuervos graznaban durante la noche, los caballos vomitaban fuego, el arroz crudo germinó, el sol se tiñó de diversos colores.

Khrisna amenazó a los Yadawers con una destrucción próxima y les aconsejó abandonar su ciudad para escapar a los azotes que iban a sufrir; pero no le escucharon, y habiéndose dividido entre sí, se armaron de cañas puntiagudas como cuchillos, que habían nacido de la barra de hierro reducida a polvo y arrojada a las aguas. Se había pulverizado el cetro del despotismo, pero de su polvo habían germinado la guerra y la anarquía.

Khrisna tenía un discípulo favorito, llamado Ontaven. Este discípulo le pidió algunas instrucciones de las que se pudiera acordar y Khrisna le dijo: “En siete días la ciudad de Danvareguay será destruida. El Kali-yuga va a comenzar. En esta nueva era los hombres serán malvados, mentirosos y egoístas. Serán débiles de cuerpo, enfermizos y de corta vida; así abandonad completamente el mundo y retiraros a la soledad; allí pensaréis siempre en mí, abandonaréis los placeres del mundo y ennobleceréis vuestras almas por una meditación concentrada. Aprended a vivir con el pensamiento; sabed que el Universo está en mí y que no existe sino por mí, triunfad de Maya que es la ilusión de las apariencias; procurad la amistad de los sabios, que yo estoy en vosotros, y vosotros en mí. El que renuncia a la vanidad del mundo por la verdad que concede la sabiduría, atraerá hacia él la luz divina. Su corazón será puro como el agua, y reflejará mi imagen”.

“Renunciad al deseo de propiedad por las cosas temporales: es el primer paso en el camino de la perfección; por medio de este desligamiento absoluto es como pueden ser combatidas las pasiones”.

“El alma es la soberana de los sentidos, y yo soy el soberano del alma”.

“El espacio es mayor que los elementos, y yo soy mayor que el espacio”.

“La voluntad es más fuerte que los obstáculos, y yo soy el dueño de la voluntad”.

“Brahma es mayor que los dioses y yo soy más grande que Brahma”.

“El sol es más luminoso que los demás astros, y yo soy más luminoso y más vivificante que el sol”.

“En las palabras, yo soy la verdad; en las promesas, yo soy el que ordena no matar a nada de lo que tiene vida; en la limosna, yo soy la del pan; en las tentaciones, soy la primavera que vivifica; la verdad, la sabiduría, el amor, el bien, la oración, los Vedas, la eternidad, son mis imágenes”.

Habiendo recibido Ontaven estas instrucciones, se retiró al desierto de Badary.

CAPÍTULO XI

LA MUERTE DE KHRISNA

Khrisna volvió entonces hacia los Yadawers, que eran los de su raza, y encontró que se habían matado mutuamente. El país que había ocupado sólo era una campiña cubierta de cadáveres. Levantó los ojos y vio las almas que había amado en la tierra volver al cielo.

Entonces, encontrándose solo y triste, se echó al pie de un zarzal misterioso que profundizaba en la tierra sus poderosas raíces y retorció a los lejos sus ramas, cubiertas de hojas rojas y de espinas. Khrisna se tumbó sobre las raíces del zarzal; uno de sus pies estaba colocado sobre el otro, y, de sus cuatro manos, dos estaban extendidas en oración y las otras dos unidas para la plegaria. Entonces le alcanzó una flecha; una flecha lanzada al azar por un cazador y que vino a clavar el zarzal a los pies unidos de Khrisna. Aquella flecha era la que había sido herrada con el fragmento agudo del cetro que Khrisna había quebrado. Era la postrera venganza de la tiranía y de la muerte.

Apenas hubo expirado cuando los tronos injustos se derrumbaron por sí mismos; su cuerpo desapareció de pronto y se volvió a hallar, por milagros, en Geganadam, donde se le elevó un templo y se le adoró más tarde bajo el nombre de Jagrenat.

Esta leyenda está extractada del Baghavadam, uno de los Puranas, libros sagrados de los hindúes, a los que se atribuye la más remota antigüedad. Nosotros lo hemos dividido en capítulos que muestran las semejanzas que pueden tener con nuestros Evangelios, cuyo espíritu manifiesta ya por completo el maravilloso ideal de la encarnación divina. ¿Qué brahmán degenerado tomará jamás esta poesía sagrada por historia?. Pero, ¿no aparecerá en la India algún Renan para escribir, buscando esto y descartando aquello, una vida descarnada y prosaica de Khrisna?.

SECCIÓN CUARTA

LA ESTRELLA FLAMÍGERA

La estrella flamígera es un símbolo masónico, que representa lo absoluto en el ser, en la verdad, en la realidad, en la razón y en la justicia.

Entre los misterios de la iniciación masónica constituye una leyenda misteriosa y muy antigua, que da a comprender la alta filosofía de los evangelios y que refiere al martirio eterno del justo, siempre oprimido por el mal, y siempre triunfante de él. En esta leyenda, son la envidia, la concupiscencia y el orgullo los que forman las tres cabezas del genio infernal; pero este genio es el de los hombres perversos, representados por los tres traidores. Nos proponemos hablar aquí de la leyenda de Hiram.

La filosofía masónica, que es la de la antigua Cábala, representa una protesta contra los cultos que ultrajan a la naturaleza. Su fundamento es el orden eterno. Su principio es la justicia inmutable que preside las leyes del Universo; rechaza las ideas de capricho y de privilegio; enseña la igualdad en el orden jerárquico, y mira como necesarios los grados de la iniciación, y la clasificación de los hermanos por orden de ciencia y de mérito; admitiendo, en fin, todas las creencias, pero rectificándolas por medio de la fe en el orden eterno.

Entre sus símbolos admite la cruz, signo de sacrificio y de muerte, pero une a ella la rosa, que representa el amor y la vida. La escuadra y el compás es la precisión unida a la justicia. Desliga de los dogmas que dividen a los sacerdotes, que pueden unir a los hombres. Predica a todos la benevolencia y la caridad.

La masonería es el primer ensayo de síntesis universal y de asociación verdaderamente católica. Sabemos que aquí el nombre parece protestar contra la cosa. Pero es preciso darse cuenta de este silogismo: que los entendidos católicos son los más exclusivos de los hombres, y que los francmasones, que bajo el nombre de profanos parecen excluir las mayorías humanas, son en realidad, los únicos partidarios serios de la asociación universal.

¿Qué sería preciso para reconciliar la masonería con la catolicidad?. Cesar de maldecirse y llegar a entenderse. Porque ambas doctrinas, contrarias pero no contradictorias, son en el fondo la doble solución de un

solo y único problema: la conciliación de la razón y de la Fe. Pero, ¿cómo conciliar los contrarios?. Ya lo hemos dicho: no confundiéndolos jamás, sino asociándolos y acordándose de ese gran axioma de la filosofía oculta: la armonía resulta de la analogía de los contrarios.

LEYENDAS MASÓNICAS

EXTRACTADAS DE UN RITUAL MANUSCRITO DEL SIGLO VIII

LEYENDA PRIMERA

Salomón, el más sabio entre los reyes de su tiempo, queriendo erigir un templo al Eterno, hizo reunir en Jerusalén a todos los obreros necesarios para construirlo. Mandó publicar un edicto en su reino, que se esparció por toda la tierra: que quien quisiera ir a Jerusalén para trabajar en la construcción del templo sería bien recibido y recompensado, con la condición de que fuera virtuoso, henchido de celo y de valor y no sujeto a ningún vicio. Pronto Jerusalén se encontró lleno de una multitud de hombres conocedores de las altas virtudes de Salomón que solicitaban hacerse inscribir para los trabajos del templo. Salomón, contando con un gran número de obreros, hizo tratados con todos los reyes vecinos, en particular con el rey Tiro, para que pudiera escoger del monte Líbano los cedros y las maderas que le convinieran, así como otros materiales.

Habían ya empezado las obras, cuando Salomón se acordó de uno llamado Hiram: el hombre más experto de su tiempo en arquitectura, sabio virtuoso, por quien el rey de Tiro conservaba singular estima debido a sus grandes cualidades. Se apercibió también de que tan gran número de obreros no podía dirigirse sin grave dificultad y confusión; además las obras comenzaban a resentirse por las continuas discusiones que reinaba entre ellos. Salomón resolvió darles un jefe digno para mantenerlos en buen orden, y con tal efecto eligió a Hiram, tirio de nacimiento. Envío expresamente diputados cargados de presentes al rey de Tiro, para rogarle que le enviara aquel famoso arquitecto llamado Hiram. El rey de Tiro, encantado del elevado concepto que Salomón tenía de él, se lo concedió, y le envió a Hiram y a sus diputados a los que colmó de riquezas, expresándoles su sincera amistad por Salomón, añadiendo que, además del tratado que ambos habían concertado, le concedía una alianza ilimitada y que podía disponer de cuánto le fuera útil de su reino. Los diputados llegaron a Jerusalén, acompañados de Hiram, el 15 de julio... uno de los hermosos días de verano. Entraron en el palacio de Salomón. Hiram fue recibido con toda la pompa y la magnificencia debidas a sus elevadas

cualidades. El propio Salomón dio una fiesta a los obreros para conmemorar su llegada.

Al día siguiente, Salomón reunió la cámara del consejo para arreglar los asuntos de importancia; Hiram fue admitido en ella recibiendo los plácemes de todos los concurrentes. Salomón le dijo, en presencia de todos: “Hiram, yo os escojo por el jefe y arquitecto mayor del Templo, así como de los obreros; os trasmito mi potestad sobre ellos, sin que haya necesidad de otra opinión que la vuestra; así que os miro como a un amigo a quien confiaré el mayor de mis secretos”. En seguida salieron de la cámara del consejo y fueron a los trabajos, donde el mismo Salomón, dijo ante todos los obreros en voz alta e inteligible, mostrando a Hiram: “He aquí el que he escogido, por vuestro jefe para guiarnos; le obedeceréis como a mí mismo; le concedo amplio poder sobre vosotros y sobre las obras, bajo pena, a aquellos que no obedezcan mis órdenes y las suyas, de ser castigados de la manera que él crea conveniente”. En seguida inspeccionaron los trabajos; todo se puso bajo las órdenes de Hiram, quien prometió a Salomón llevarlos con el mejor orden.

Al día siguiente, Hiram reunió a todos los obreros y les dijo: “Amigos míos: el Rey, nuestro señor, me ha confiado el cuidado de dirigiros y regular los trabajos del Templo. No dudo que a ninguno de vosotros os falte el celo para ejecutar sus órdenes y las mías. Entre vosotros hay algunos que merecen salarios más elevados; cada uno podrá alcanzarlo mediante las pruebas sucesivas de su trabajo. Para tranquilidad y premio a vuestro celo, voy a formar tres clases de obreros: la primera estará compuesta por aprendices, la segunda de oficiales y la tercera de maestros”.

“La primera será pagada como tal, y recibirá su salario a la puerta del Templo, en la columna J”.

“La segunda, también a la puerta del Templo, pero en la columna B”.

“Y la tercera, en el santuario del Templo”.

Se aumentaron los salarios según los grados, y cada cual se consideraba dichoso de hallarse bajo el mando de tan digno jefe. La paz, la amistad y la concordia reinaban entre ellos. El respetable Hiram, queriendo que todo marchase en buen orden y para evitar confusiones entre los obreros, aplicó cada uno de los grados, signos, palabras y toques para reconocerse, con la prohibición de comunicarlo sin permiso expreso del rey Salomón y de su jefe; de modo que cada uno recibiría su salario de acuerdo con su signo, de suerte que los maestros serían pagados como maestros, así como los oficiales y los aprendices. Ajustándose a una regla, tan perfecta, todo desarrollaba en paz y las obras continuaban según los deseos de Salomón.

¿Pero, podía persistir tan hermoso orden?. No, en efecto, tres oficiales, impulsados por la avaricia y el deseo de percibir la paga de los maestros, resolvieron conocer la palabra, y como ésta no la podían obtener más que del respetable maestro Hiram, concibieron el propósito de arrancársela, de

grado o por la fuerza. Como el respetable Hiram iba diariamente al santuario del Templo para dedicar una plegaria al Eterno, hacia las cinco de la tarde, convinieron en esperarle a la salida, para preguntarle la palabra de los maestros; y como el Templo contaba con tres puertas, una a oriente, otra a occidente y la tercera al mediodía, esperaron uno con una regla, otro con una palanca y tercero con un mazo. Terminada su oración, Hiram intentó salir por la primera puerta, en la que encontró a uno de los traidores armados de la regla, que le detuvo, preguntándole la palabra de maestro. Asombrado Hiram, le manifestó que no era de aquella suerte como lo conseguiría y que moriría antes de decírselo. El traidor, furioso por la negativa, le asestó un golpe con su regla. Hiram, aturdido por el golpe, se retiró dirigiéndose a la puerta, en la que encontró al segundo traidor que le hizo la misma pregunta que el primero, Hiram la rehusó igualmente, lo que también enfadó al traidor, que le golpeó con la palanca. Tambaleándose, Hiram intentó retirarse por la puerta de oriente por la que creía seguro poder salir; pero el tercer traidor que le esperaba allí le dirigió la misma pregunta que los anteriores. Hiram le contestó que antes prefería morir que declararle un secreto que aún no merecía. Indignado por su negativa el traidor le dio tan terrible golpe con el malleto que lo dejó muerto. Como aún había luz, los traidores cogieron el cuerpo de Hiram y le ocultaron en un montón de escombros al norte del Templo, esperando la noche para transportarle más lejos. En efecto, cuando se hizo de noche le llevaron lejos de la ciudad, en una elevada montaña, donde le enterraron, y como decidieron conducirlo más lejos, plantaron sobre la fosa una rama de acacia para conocer el sitio y regresaron los tres a Jerusalén.

El respetable Hiram iba todos los días, al levantarse Salomón, a darle cuenta de las obras y recibir sus órdenes. Este, no viendo a Hiram al día siguiente, le mandó llamar con uno de sus oficiales, que le dio cuenta de que se le había buscado por todas partes y que nadie había podido encontrarle. Tal respuesta afligió a Salomón que quiso buscarle por sí mismo en el Templo, y mandó practicar indagaciones precisas en toda la ciudad. Al tercer día, al salir Salomón de elevar sus plegarias en el santuario, lo hizo por la puerta oriente, sorprendiéndole ver huellas de sangre; las siguió hasta el montón de escombros del norte, mandó cavar y allí no halló otra cosa sino que había sido recientemente removido. Se estremeció de horror y aseguró que Hiram había sido asesinado. Volvió a penetrar en el santuario del Templo para llorar en él la pérdida de tan grande hombre; en seguida volvió al atrio del Templo, donde mandó reunir a todos los maestros y les dijo: “Hermanos míos; la pérdida de vuestro jefe es cierta”. Ante estas palabras cada uno se unió en un profundo dolor, lo que produjo un silencio bastante prolongado, que Salomón interrumpió diciendo que era preciso que nueve de ellos se resolvieran a partir para buscar el cuerpo de Hiram y conducirlo al Templo. Salomón apenas

terminó de hablar, cuando todos los maestros quisieron partir, hasta los más viejos, sin pensar en la dificultad de los caminos. Viendo si celo, Salomón les dijo que no partirían más que nueve que serían elegidos por escrutinio. Los agraciados dieron muestras de alegría, se despojaron del calzado para estar más ágiles, tres emprendieron la ruta del mediodía, tres la de occidente y tres la de oriente, prometiendo reunirse al noveno día de su partida. Uno de ellos, hallándose extenuado de fatiga, quiso descansar y al querer sentarse se agarró a una rama de acacia que encontró cerca para ayudarse; pero aquella rama, colocada allí ex profeso, se le quedó en la mano, lo cual le sorprendió; y viendo entonces un gran espacio de tierra recién removida, presumió que Hiram pudiera hallarse en aquel sitio.

Recuperó nuevas fuerzas; animado de valor fue en busca de los otros maestros reuniéndose los nueve conforme habían convenido. Les condujo al sitio de donde venía, les refirió lo que sabía, y animados todos del mismo celo, se pusieron a remover aquella tierra. En efecto, allí estaba enterrado el cuerpo del respetable Hiram, y cuando le descubrieron se horrorizaron, retrocediendo y estremeciéndose. El dolor embargó sus corazones y permanecieron largo tiempo en éxtasis; pero recuperando el valor, uno de ellos penetró en la fosa tomó a Hiram por el índice de la mano derecha, queriendo levantarlo. Hiram cuya carne ya corrompida se disgregaba, olía mal, lo que le hizo retroceder diciendo: Iclingue, que significa “huele mal”. Otro le cogió por el dedo que sigue al índice y le sucedió lo mismo que al primero, y se retiró diciendo: Jakin (se responde Boaz). Los maestros se consultaron. Como ignoraban que al morir, Hiram, había conservado el secreto de los maestros, resolvieron cambiarlo, y que la primera palabra que profirieran al retirar el cuerpo de la fosa, fuera la usual en lo sucesivo. En seguida el más viejo de ellos entró en la fosa, cogió al respetable Hiram y le sacó agarrándole de la muñeca derecha, apoyando el pecho contra el suyo, así como la rodilla y el pie del mismo lado y con la mano izquierda sujetándole por los hombros, levantando así a Hiram de la fosa. Su cuerpo produjo un ruido sordo que los asustó, pero el maestro, siempre sereno, exclamó: Mac Benak, que quiere decir “la carne abandona los huesos”. En seguida se repitieron el nombre los unos a los otros y cogiéndole del brazo tomaron el cuerpo del respetable Hiram y le llevaron a Jerusalén. Llegaron de noche, con luna llena y entraron en el Templo, donde depositaron el cuerpo de Hiram. Informado Salomón de su llegada, acudió al Templo, acompañado de todos los maestros, de guante blanco y delantal, rindieron al respetable Hiram los postreros honores. Salomón le mandó inhumar en el santuario e hizo colocar sobre su tumba una placa de oro, de forma triangular, en la que estaba grabado, en hebreo, el nombre del Eterno; después, recompensó a los maestros con un compás de oro, que llevaron en el ojal de sus trajes, pendientes de una cinta azul, y se comunicaron las nueve palabras, signos y toques...

Se hacen las mismas ceremonias al retirar al candidato de su ataúd, durante la recepción.

La palabra convenida es Gibline, el nombre del lugar en cuya cercanía estaba encerrado el cuerpo de Hiram.

LEYENDA SEGUNDA

Habiéndolo mandado Salomón inhumar el cuerpo de Hiram en el santuario del Templo, con la pompa y magnificencia debidas a su rango, congregó a todos los maestros y les dijo: “Hermanos míos; los traidores que han cometido este asesinato no pueden quedar impunes; se les debe descubrir, para lo cual os declaro que las investigaciones deben llevarse a cabo con todo el ardor y la circunspección posible, y en caso de que sean descubiertos, que no se les haga daño alguno, trayéndolos vivos, para reservarme la satisfacción de la venganza. A este efecto, ordeno que veintisiete de vosotros partan para llevar a cabo esta investigación, poniendo especial cuidado en ejecutar mis órdenes”. Todos querían partir, para vengar la muerte, de su respetable maestro, pero Salomón siempre respetando sus acuerdos, les repitió que era preciso fueran veintisiete, tomando nueve la ruta de oriente, nueve la del mediodía y nueve la de occidente, y que irían armados de mazas, para defenderse de los peligros que pudieran ocurrirles. En seguida los designó por escrutinio verbal, y los elegidos partieron con la promesa de seguir punto por punto las órdenes de Salomón.

Los tres traidores, asesinos de Hiram, que habían vuelto a los trabajos del Templo, después de su crimen, viendo que se había encontrado el cuerpo de Hiram, se imaginaron que al punto ordenaría Salomón practicar investigaciones para saber quiénes le habían asesinado; como en efecto, conocieran por otros oficiales las órdenes de Salomón, que eran de practicar investigaciones, salieron de Jerusalén, al anochecer, y se separaron, a fin de que, no yendo juntos, fueran menos sospechosos. Cada cual emprendió la huida, alejándose de Jerusalén, para ir a ocultarse en tierras extrañas. Apenas expiraba el cuarto día de marcha cuando nueve de los maestros se encontraron extenuados de fatiga, en medio de las rocas, en un valle, al pie de las montañas del Líbano.

Descansaron allí, y como comenzaba a anochecer, uno de ellos quedó vigilando, a fin de no ser sorprendidos. Su misión le obligó a alejarse un poco de sus compañeros, divisando a lo lejos una lucecita a través de la hendidura de una roca. Se estremeció, sorprendido, pero ya más tranquilo, corrió a aquel sitio resuelto a conocer lo que era. Apenas se hubo acercado, un sudor frío invadió todo su cuerpo, viendo la entrada de una caverna, de

la que salía aquella luz. Recuperado nuevo ánimo, resolvió penetrar. La entrada era estrecha y muy baja, de modo que penetró con el cuerpo encorvado y la mano derecha en la frente para evitar los salientes de la roca; avanzando los pies, uno tras otro, y produciendo el menos ruido posible; llegando, al fin al fondo de la caverna donde vio a un hombre acostado y dormido sobre sus manos. Al punto le reconoció como uno de los obreros del Templo de Jerusalén de la clase de oficiales y, no dudando que se trataba de uno de los asesinos, el deseo de vengar la muerte de Hiram le hizo olvidar las órdenes de Salomón, y armándose de un puñal que encontró a los pies del traidor, se lo clavó varias veces en el cuerpo y acto seguido le cortó la cabeza. Terminada esta acción se sintió atacado de una sed devoradora cuando apareció a los pies del traidor un arroyo, en cuyas aguas aplacó su sed, saliendo de la caverna con un puñal en una mano y en la otra la cabeza del traidor, que llevaba por los cabellos. De este modo fue a buscar a sus camaradas, quienes al verlo se estremecieron de horror. Les contó lo sucedido en la caverna, y de qué modo había encontrado al traidor que se había refugiado en ella. Pero sus camaradas le dijeron que su celo exagerado los colocaba en el trance de faltar las órdenes de Salomón. Reconociendo su falta, permaneció cohibido, pero sus camaradas, que todo lo esperaban de la bondad del rey, le prometieron obtener gracia. En seguida reanudaron el camino de Jerusalén, acompañados del que aún continuaba con la cabeza del traidor en una mano y el puñal en la otra, llegando al noveno día de haber partido.

Entraron en el momento en que Salomón estaba encerrado en el santuario del templo con los maestros, como acostumbraba a hacerlo todos los días a la terminación de los trabajos, para recordar con dolor a su digno y respetable arquitecto Hiram. Penetraron los nueve, es decir, ocho reunidos, y el noveno llevando siempre el puñal en una mano y la cabeza en la otra, gritando por tres veces: “Conmigo viene la venganza” y cada vez hacían una genuflexión. Pero Salomón, estremeciéndose ante aquel espectáculo, le dijo: “¡Desgraciado!. ¿Qué has hecho?. ¿No te había dicho que me reservaras el cuidado de la venganza?”.

Entonces, todos los maestros, rodilla en tierra, gritaron: “¡Gracia para él!”; afirmando que su excesivo celo le había hecho olvidar sus órdenes; Salomón lleno de bondad, le perdonó, ordenando que la cabeza del traidor fuera expuesta en el extremo de una pértiga guarnecida de hierro, en una de las puertas del templo, a la vista de todos los obreros, lo que al punto fue ejecutado, esperando descubrir a los otros dos traidores.

LEYENDA TERCERA

Viendo Salomón que los traidores se habían dividido, creyó que sería difícil descubrir a los otros dos, y, en consecuencia, mandó publicar un edicto en todo su reino, por el que prohibía dar hospitalidad a ningún desconocido que no fuera provisto de pasaporte; prometiendo grandes recompensas a los que pudieran traerle los traidores a Jerusalén o darle noticias de ellos. Un obrero que trabajaba en las carreteras de Tiro, sabía de un hombre extranjero que se había refugiado en una caverna, próxima a la carretera, quien le había confiado su secreto y haciéndole prometer arrancarse la lengua antes que revelarlo. Como aquel hombre venía todos los días a la ciudad vecina a buscar víveres para el traidor que estaba en la caverna, encontrándose precisamente en la ciudad cuando la publicación del edicto de Salomón, echó cuenta sobre la recompensa prometida a los que descubrieran los asesinos de Hiram. El interés pudo más que la fidelidad a la promesa que había hecho. Entonces salió y tomó el camino de Jerusalén, en el cual encontró a los nuevos maestros comisionados para buscar los culpables, quienes apercibiéndose de que su presencia le hacía cambiar de color, le preguntaron a dónde iba y de dónde venía. El desconocido, haciendo ademán de arrancarse la lengua, hincó la rodilla en tierra, y besando la mano derecha del que le interrogaba, respondió: “Como me creo que sois los enviados del rey Salomón para buscar a los traidores que han asesinado al arquitecto del Templo, tengo que deciros que a pesar de haber prometido el secreto, no puedo obrar de otro modo que obedecer las órdenes del rey Salomón que se indican en el edicto que acaba de mandar publicar. Uno de los traidores que buscáis está a un día de camino de aquí, refugiado en una caverna, entre rocas, en las cercanías de la carretera de Tiro, próxima a un gran zarzal. Un perro está siempre a la puerta de la caverna, que le previene cuando alguien se acerca”. Al escuchar este relato, los maestros le dijeron que les siguiera y les condujese hasta las proximidades de aquella caverna. Este obedeció y condujo a los maestros a la carretera de Tiro, desde donde les mostró el sitio en que estaba el traidor. Era el decimocuarto día de su marcha cuando le descubrieron; al anochecer vislumbraron el zarzal; el tiempo estaba borrascoso, y al pronto lució el arco iris. Habiéndose detenido para presenciar el fenómeno, descubrieron la caverna. Acercándose, apercibieron entonces al perro dormido y para burlar su vigilancia se quitaron los zapatos. Una parte penetró en la caverna, donde sorprendió al traidor dormido. Le ataron, le sujetaron y le llevaron a Jerusalén, con el desconocido que se los había indicado. Llegaron el decimoctavo día de su partida, por la tarde, en el momento en que terminaban los trabajos, Salomón y todos los maestros, como de costumbre, estaban en el santuario del Templo para recordar con pena a Hiram.

Penetraron en él y presentaron el traidor a Salomón, quien le interrogó y le hizo confesar su crimen. Le condenó a que le abrieran el cuerpo, arrancaran el corazón, cortaran la cabeza y la colocaran al extremo de una pértiga de hierro, en una de las puertas del Templo, lo mismo que al primero, a la vista de todos los obreros, y su cuerpo fue arrojado al muladar para servir de pasto a los animales. Salomón recompensó al punto al desconocido y le envió satisfecho a su país, esperando que se descubriera al tercer traidor.

LEYENDA CUARTA

Los nueve últimos maestros desesperaban ya de encontrar al tercer traidor, cuando al vigésimo día de su marcha se hallaron perdidos en una selva del Líbano y obligados a franquear varios sitios peligrosos, se vieron forzados a pasar allí la noche, eligiendo para ellos sitios cómodos para guarecerse de las bestias feroces que poblaban aquellos desiertos.

Al día siguiente, al amanecer, uno de ellos fue a reconocer el sitio en que se encontraban, advirtiéndolo a lo lejos a un hombre armado de un hacha, que descansaba al pie de un peñasco. Era el traidor que buscaban, que habiéndose enterado de que sus cómplices estaban detenidos, huía al desierto para ocultarse; y viendo que uno de los maestros se dirigía hacia él, le reconoció por haberle visto en el Templo de Jerusalén. Entonces se levantó y salió a su encuentro, creyendo que nada debía temer de un hombre solo, pero observando de lejos a los ocho restantes que se acercaban a grandes pasos, huyó precipitadamente, lo que le descubrió como culpable e hizo sospechar a los maestros que pudiera ser el traidor a quien buscaban, decidiéndoles a perseguirle. Al fin el traidor, fatigado por los obstáculos que franqueaba para salvarse, se vio obligado a esperarles a pie firme, resuelto a defenderse, prefiriendo morir antes que dejarse coger. Como estaba armado de hacha, amenazaba con no respetar a ninguno de ellos. Despreocupados de su temeridad, los maestros, armados con sus malletes se aproximaron a él, invitándole a rendirse. Pero obstinado en defenderse luchó y se defendió con furor largo tiempo, sin poder herir a ninguno. Los maestros se limitaron a parar los golpes que les asestaba, porque no querían hacerle daño antes de conducirlo a Jerusalén y presentarle vivo a Salomón. Para mejor conseguirlo, la mitad de ellos descansaba, mientras los otros combatían. Empezaba la noche cuando los maestros, temiendo que las tinieblas facilitaran la fuga del traidor, le atacaron todos unidos y se apoderaron de él en el momento en que intentaba precipitarse desde lo alto de una roca. Entonces le desarmaron, le ataron y le condujeron a Jerusalén, donde llegaron al vigésimo séptimo día

de su partida, al fin de los trabajos cotidianos, en el momento en que Salomón y los maestros estaban en el santuario para elevar su plegaria al Eterno y recordar con pena a Hiram. Los maestros entraron y presentaron el traidor a Salomón, quien le interrogó; y como no podía justificarse, fue condenado a que le abrieran el vientre y sacaran las entrañas, tras cortarle la cabeza y arrojar el resto del cuerpo al fuego para ser reducido a cenizas, aventando éstas a los cuatro puntos cardinales. Su cabeza fue expuesta, como la de los otros dos, al extremo de una pértiga con la punta de hierro. Sus nombres estaban escritos sobre cada pértiga, con útiles parecidos a los que habían usado para su crimen. Los tres eran de la tribu de Judá; el más viejo se llamaba Sebal, el segundo Oterlut, y el tercero Stokin.

Las tres cabezas quedaron durante tres días expuestas a la vista de todos los obreros del Templo. Al tercer día, Salomón mandó encender una gran hoguera ante la entrada principal y arrojar en ella las tres cabezas, los útiles y los nombres, siendo todo quemado, hasta consumirse por completo. Las cenizas fueron lanzadas a los cuatro puntos cardinales.

Terminado lo cual, Salomón dirigió los trabajos del Templo con asistencia de los maestros y todo siguió en paz.

HISTORIA DEL CABALLERO DEL LEÓN

Se ha dicho que cuando Salomón hubo perdonado a los oficiales que intentaban sublevarse haciéndoles volver a su deber uno de ellos, que no podía olvidar el castigo que se había infringido a sus camaradas, considerándolo injusto, resolvió atentar contra la vida de Salomón. Se dirigió a su palacio para apuñalarle, matando a uno de los oficiales que quiso prohibirle la entrada. Después luchó con Salomón, quien le obligó a emprender la fuga y ocultarse en las montañas. Los guardianes de Salomón le persiguieron durante doce días, sin encontrarle; cuando uno llamado La Bauce, divisó un león que arrastraba un hombre a su cubil, a quien combatió, matándole. Reconoció en aquel hombre, a quien el león había estrangulado, al que se buscaba. Entonces La Bauce le cortó la cabeza y se la llevó a Salomón, que le recompensó dándole una cinta, símbolo de la virtud, en cuyo extremo pendía un león de oro, representación del valor, que llevaba en la boca una maza con la que había sido muerto.

Una vez concluido el Templo, varios obreros se dedicaron, bajo dirección de un jefe, al trabajo de reformar las costumbres, levantar los edificios espirituales con lo cual se hicieron recomendables por su caridad, y se les llamó los Padres Kadosh, que quiere decir separados por la santidad de su vida.

No se sostuvieron largo tiempo porque olvidaron sus deberes, y la avaricia los volvió hipócritas.

Los Ptolomeo Filadelfo, reyes de Egipto, príncipes de los astrólogos, eran los más célebres y constantes amigos de la caridad, y ordenaron a setenta hermanos la versión de las Sagradas Escrituras.

Bien pronto se apartaron los Padres de Kadosch de sus deberes, traspasando los límites del bien obrar. Sin embargo, se conservó la orden, porque algunos de ellos, observadores celosos de la ley que se les había impuesto, se apartaron de ellos. Eligieron entonces un gran maestro vitalicio; parte de ellos quedaron en Siria y Sicilia, dedicándose a las buenas obras, y los restantes fueron habitar las posesiones que tenían en Libia y Tebaida; sus retiros fueron en seguida habitados por los solitarios conocidos bajo el nombre de Padres del Desierto; también se les denominaba Kadosch, que quiere decir santo o separado.

Tanto los judíos como los cristianos, no habían dicho nunca nada malo de ellos; el gran maestro se llamaba Manchemm.

Esta orden ha persistido desde los judíos hasta los cristianos.

Después de la destrucción del Templo, muchos abrazaron el cristianismo. Se reunieron, pues, constituyendo una sola familia. Todos sus bienes fueron comunes. Alejandro, patriarca de Alejandría, era su mayor ornamento. Pasaban la vida alabándole y bendiciendo a Dios, y ayudando a los pobres, a los que consideraban como sus propios hermanos. Así como esta venerable orden se sostuvo hasta los fines del siglo sexto y hoy todos los hermanos procuran sostener su pasado brillo.

LA CLAVE DE LAS PALABRAS MASÓNICAS

Salomón, es la personificación de la ciencia y la sabiduría suprema.

El Templo, es la realización y la figura del reino jerárquico de la verdad y la razón sobre la tierra.

Hiram, es el hombre que ha alcanzado el poder por medio de la ciencia y la sabiduría.

Gobierna por la razón y el orden, considerando a cada uno por sus obras.

Cada grado de la orden posee una palabra que traduce su esencia.

No hay más que una palabra para Hiram; pero ésta se pronuncia de tres maneras diferentes.

Pronunciada por los aprendices quiere decir naturaleza y se explica mediante el trabajo.

Pronunciada por los compañeros, quiere decir pensamiento, explicándose mediante el estudio.

Pronunciada por los maestros, quiere decir verdad y se explica por la sabiduría.

Hay tres grados en la jerarquía de los seres.

Hay tres puertas en el Templo.

Hay tres rayos en la luz.

Hay tres fuerzas en la naturaleza.

Estas fuerzas están figuradas por la regla que une, la palanca que levanta y el martillo que afirma.

La rebelión de los instintos brutales contra la autocracia de la sabiduría se arma, sucesivamente, de tres fuerzas.

Hay tres rebeldes: el rebelde a la naturaleza; el rebelde a la ciencia y el rebelde a la verdad.

Estaban representados en el infierno de los antiguos por las tres cabezas del Cerbero.

En la Biblia, por Coré, Dathón y Abirón.

En la leyenda masónica se designan por símbolos, cuyas combinaciones cabalísticas, varían según las iniciaciones.

El primero, al que se denomina Abirón, y homicida de Hiram, golpea al maestro con la regla.

Así es como tantos justos fueron inmolados en nombre de la ley.

El segundo, llamado Miphiboseth, del nombre de un pretendiente al reino de David, golpea a Hiram con la palanca. Así es como las reacciones populares contra la tiranía se convierten en otra tiranía y atenían, más fatalmente aún, al reinado de la sabiduría y de la virtud.

El tercero, en fin, remató a Hiram con el martillo, como hacen los restauradores brutales de una pretendida orden que creen asegurar su autoridad aplastando a la inteligencia.

La rama de acacia sobre la tumba de Hiram es como la cruz en los altares de Cristo.

Es la figura de la ciencia, que sostenía a la ciencia misma, y que eleva su protesta contra los asesinos del pensamiento.

Cuando los errores de los hombres han llegado a trastornar el orden, entonces la naturaleza interviene, al igual que Salomón en el Templo.

La muerte de Hiram debe ser vengada, los asesinos pueden quedar impunes un día, pero la noche ha de llegar para ellos. El que ha golpeado con la regla ha provocado el puñal.

El que ha triunfado con el martillo caerá víctima de la fuerza de que ha abusado y será estrangulado por el león.

El que asesinó con la regla se ha descubierto por la lámpara que encendió y el manantial en que bebía, es decir, que se le aplicarán la pena del Talión.

El que asesinó con la palanca será sorprendido cuando le falte su vigilancia como un perro dormido.

El león que devora al que asesinó con el martillo es una de las formas de la Esfinge de Edipo; merecerá suceder a Hiram en su dignidad, quien hubiera vencido al león.

El cadáver putrefacto de Hiram demuestra que no resucitan las formas muertas y usadas.

Hiram es el solo, verdadero y único, el rey legítimo del mundo; de él es de quien se dice siempre:

¡El rey ha muerto!. ¡Viva el rey!.

La masonería tiene por objeto reconstruir la monarquía de Hiram y de volver a erigir espiritualmente el Templo.

Entonces el dragón de las tres cabezas será encadenado.

Entonces las sombras de los tres homicidas serán arrojadas a las tinieblas.

Entonces, la piedra viva, la piedra cúbica, el cubo de oro, el cubo de doce puertas, la nueva Jerusalén, descenderá del cielo según la profecía cabalística de San Juan.

El manantial de agua que corre cerca del primer homicida indica que la rebelión de la primera edad ha sido sofocada con el diluvio.

El zarzal ardiendo y el arco iris que permiten descubrir al segundo homicida, representan la Santa Cábala que protesta contra los dogmas farisaicos y la idolatría de la segunda edad.

El fin, el león vencido representa el triunfo del espíritu sobre la materia y la sumisión de la fuerza bruta a la inteligencia, que debe ser el signo de la consumación y el advenimiento del santum regnum.

Desde que se iniciaron los trabajos espirituales para edificar el Templo de la verdad, Hiram ha sido muerto muchas veces y siempre ha resucitado.

Hiram es Adonis, muerto por un jabalí.

Es Pitágoras, proscrito.

Es Osiris, asesinado por Tifón.

Es Orfeo, despedazado por las Bacantes.

Es Moisés, enterrado, acaso, vivo en las cavernas del Monte Nébo.

Es Jesús asesinado por tres traidores: Caifas, Judas Iscariote y Pilatos.

Es Santiago de Molay, condenado por un papa, denunciado por un falso hermano y quemado por orden de un rey.

La obra del Templo es la del mesianismo, es decir, de la realización del simbolismo israelita y cristiano.

Es el restablecimiento de la verdad legitimada, de la inteligencia y de la virtud.

Es el orden, mediante el equilibrio del deber y del derecho, bases inquebrantables del poder.

Es el restablecimiento de la iniciación jerárquica y del sacerdocio del pensamiento, regulando la monarquía de la inteligencia y de la fuerza.

Todo cuanto se ha realizado en el mundo carecería de sentido y de alcance, si esta obra no se llevase a cabo algún día.

HISTORIA DE PHALEG

Cuando los hombres se reunieron en la llanura de Sennaar, bajo el reinado de Nemrod, hubo un arquitecto llamado Phaleg.

Era hijo de Heber (Patriarca de la Ley antigua antepasado de Jacob, de quien los hebreos tomaron su nombre. N. del T.), padre de los Hebreos. Y para garantizar a los hombres contra un nuevo diluvio, trazó el plano de una torre.

El primer asiento de la torre debía ser circular, teniendo doce puertas y setenta y dos pilares.

El segundo cuadrado, con nueve pisos;

El tercero, triangular, en espiral de cuarenta y dos vueltas.

El cuarto, en el que la elevación de la torre sería cilíndrica, con setenta dos pisos.

Se debería subir, de unos pisos a otros, por siete escaleras.

Las puertas de cada piso se debían abrir y cerrar por mecanismos cuyo secreto sería guardado jerárquicamente.

Todos los habitantes de la torre debían ser iguales en derechos civiles, y los de los altos no podían vivir sin los auxilios de los de abajo, como éstos tampoco se podían defender contra las sorpresas sin la vigilancia de aquéllos.

Tal era el plan de Phaleg.

Pero los obreros fueron infieles al gran arquitecto.

Los secretos de arriba fueron revelados a los que trabajaban abajo; no cerraron las puertas, unas las tapiaron, otras las forzaron, para ocupar su sitio en los edificios superiores.

Después, todos quisieron trabajar a su guisa, sin cuidarse de los planos de Phaleg.

La confusión se enseñoreó de su lenguaje como de sus trabajos, y la torre se hundió en parte y en parte quedó sin terminar, porque los obreros no quisieron ayudarse unos a otros en su trabajo.

La confusión era su lenguaje, se produjo porque no había unidad de pensamiento.

Phaleg comprendió entonces que había esperado demasiado de los hombres, al creer que se comprenderían.

Pero los hombres le achacaron su falta, y le denunciaron a Nemrod.

Nemrod le condenó a muerte.

Phaleg desapareció y no se supo lo que había sido de él.

Nemrod creyendo que le habían asesinado encargó que le hicieran un ídolo al que dio el nombre de Phaleg, el cual ídolo haría oráculos en favor de la tiranía de Nemrod. Pero Phaleg había huido al desierto.

Dio la vuelta al mundo para expiar su error demasiado generoso.

Y donde quiera que se detenía edificaba un tabernáculo triangular.

Uno de estos monumentos fue hallado en Prusia, en el año 553 entre los escombros de una mina de sal.

A quince codos de profundidad, se encontró una construcción de forma triangular, en la que había una columna de mármol blanco, sobre cuya base estaba escrita toda la historia en hebreo.

Al lado de esta columna se encontró una tumba de piedra de gres (Nombre genérico de toda roca de textura granulosa. N. del T.), y entre el polvo, una piedra de ágata, en la que había el siguiente epitafio:

Aquí reposan las cenizas del maestro G... H... de la Torre de Babel...

Adonai le ha perdonado los pecados de los hombres porque los ha amado.

Ha muerto por ellos en la humillación, y así ha expirado el fasto de los ídolos de Nemrod.

EL PASO DEL RÍO NEBURANAÍ

El septuagésimo año de la cautividad de Babilonia, estando durmiendo el rey Ciro (Célebre rey de Persia, hijo de Cambises, fundador del imperio persa; nació en 590 a.C., y murió después del 536. N. del T.), tuvo un sueño que le turbó.

Vio volar una paloma sobre su cabeza, y a un león avanzar hacia él.

Y como buscase el medio de escapar a la ferocidad del león, oyó a la paloma que le decía: “Devuélvele la libertad a los cautivos”.

Al levantarse el rey todo preocupado, le comunicaron que un sabio israelita, nacido al otro lado del río Naburanaí, solicitaba hablarle.

El rey hizo introducir a aquel hombre sabio, y habiéndole contado su sueño, le pidió que se lo explicara.

Zorobabel, que así se llamaba el israelita, dijo al rey que era preciso devolver a los judíos el templo de Dios.

- ¡Oh, rey! - le dijo -. Retener a un pueblo por la fuerza, es abusar del poder.

La fuerza es el león que habéis visto en sueños; es preciso vencerle con la justicia.

La paloma es el símbolo de la misericordia y de la luz.

Ciro le dijo: “Idos, reunid vuestros hermanos, y reedificad el templo de Dios”.

Después, le entregó una cuchilla, una paleta y una llave.

También reunió los despojos del antiguo templo que había sido saqueado por sus antecesores, y se los envió a Zorobabel.

Los israelitas, pues, se reunieron y se prepararon a pasar el río Neburanaí.

Pero los primeros que avanzaron para sondear su profundidad, fueron devorados por los monstruos salidos del agua.

Llegaron otros, y vieron que el río acarreaba osamentas y ruinas.

Los monstruos que devoraban a lo que pasaban eran un cocodrilo y una serpiente.

El cocodrilo tenía una corona de oro sobre la cabeza, y la serpiente estaba tocada con una tiara.

Eran los genios malos del río, y los monstruos de las aguas, que bajo mil formas espantosas, se apoderaban de cuantos hombres intentaban cruzar el paso.

Cuando se lo contaron a Zorobabel, mandó encender grandes hogueras en la orilla del río. Después, hizo construir un puente colgante y lanzarlo en medio de las aguas.

El puente se halló entonces sobre el río, sin que los demonios hubieran visto construirle, pues su atención se dirigía a las hogueras de la orilla.

El pueblo de Israel pasó.

Sobre el puente estaban trazadas tres letras mágicas, que servían de talismán a los cautivos que retornaban a su patria.

Eran las letras L: D: P:.

Representaban la cruz, la piedra angular y el Verbo de la verdad.

La cruz expresa la creación y el sacrificio.

La piedra angular es la fundación del templo, y el Verbo de la verdad preside las acciones de los trabajadores.

La piedra angular se denomina Kether, la cruz es Chocmach, y el Verbo de vida se llama Binah.

Con estos signos es con los que se debía realizar la libertad de Israel.

Estas letras se pueden combinar de tres maneras: son los signos de los nueve maestros que han vengado la muerte de Hiram; son los jeroglíficos de los tres grados de la masonería; significa, con caracteres modernos: Libertad, Deber, Poder.

Se escriben cabalísticamente así:

P

L 6 D

Donde el poder se apoya sobre el deber y la libertad. Para el vulgo, estas iniciales quieren decir: Libertad de pasar.

Para los aprendices y compañeros, significan: Libertad de pensar.

BAPHOMET¹

Tem.: o.: h.: p.: Abb

Binario verbum vitae morten et vitam equilibrans

Existen varias figuras de Baphomet.

A veces tiene la barba y los cuernos del macho cabrío, la faz de un hombre, el seno de una mujer, la melena y las garras de un león, las alas de un águila. Los flancos y las pezuñas de un toro.

Es la esfinge resucitada de Tebas, el monstruo sucesivamente cautivo y vencedor de Edipo (Hijo de Layo y de Yocasta, reyes de Tebas, a quien el oráculo predijo que mataría a su padre y se casaría con su madre, lo cual, por las extraordinarias circunstancias que envolvieron su nacimiento, llegó a realizarse y tuvo cuatro hijos de Yocasta. N. del T.).

Es la ciencia que protesta de la idolatría por la misma monstruosidad del ídolo.

Lleva entre los cuernos la antorcha de la vida, y el alma viviente de esta antorcha es Dios.

Se había prohibido a los israelitas dar a las concepciones divinas figura humana o de animal; así es que no osaban esculpir en el arco y en el santuario nada más que querubes, es decir, esfinges con cuerpos de toros y cabezas de hombres, de águilas o de león.

Tales figuras mixtas no reproducían en su totalidad, ni la forma humana ni la de animal alguno.

Esos conjuntos híbridos de animales fantásticos daban a comprender que el signo no era un ídolo ni la imagen de cosa alguna.

No se adora a Baphomet, sino a Dios, en esa imagen informe y viviente, sino la representación de un pensamiento.

Sin semejanza alguna con los seres creados.

El Baphomet no es un Dios, es el signo de la iniciación; es también la figura jeroglífica del gran tetragrama divino.

Es un recuerdo de los querubes del arco y del Santo de los santos.

El Baphomet es análogo del Dios negro de Rabí Simeón. Es el guardián de la llave del templo.

Es el lado oscuro de la faz divina. Por eso, en las ceremonias iniciáticas, se exigía del recipiendario que diera un beso a la faz posterior de Baphomet, o del diablo, para darle un nombre más vulgar. Ahora bien, en el simbolismo de la cabeza de dos caras la que está detrás de Dios es el diablo, y la de detrás del diablo es la figura jeroglífica de Dios.

¹ Para la figura de Baphomet, véase el Dogma y Ritual de la Alta Magia.

¿Por qué el nombre de francmasones o masones libres?. ¿Libres de qué?. ¿Del temor de Dios?. Sí; sin duda, porque cuando se teme a Dios es que se le mira por detrás. El Dios formidable, es el dios negro, es el diablo.

Los francmasones quieren erigir un templo espiritual al Dios único, al Dios de la luz, al Dios de la inteligencia y de la filantropía; en cambio hacen la guerra al dios del diablo y al diablo de dios. Pero se inclinan ante las piadosas creencias de Sócrates, de San Vicente de Paúl y de Fénelon. Los que, con Voltaire, apelaron de buen grado a la infamia, son aquella cabeza o más bien aquella bestia que en la Edad Media había ocupado el sitio de Dios.

Cuanto más viva es una luz, más negra es la oscuridad que se le opone. El cristianismo ha sido a la vez, la salvación y el azote del mundo; es la más sublime de todas las sabidurías y la más espantosa de las locuras. Si Jesús no fuera Dios; sería el más peligroso de los malhechores. El Jesús de Veillot es execrable; el de Renán Inexcusable; el del Evangelio inexplicable; pero el de Vicente de Paúl y del Fénelon, es adorable. El cristianismo es para vosotros la condenación de la razón, el despotismo de la ignorancia y el enemigo de la humanidad. Entendéis por cristianismo la vida de Dios en la humanidad, el heroísmo de la filantropía, que, con el nombre de caridad, diviniza el sacrificio de los hombres, quienes, mediante la comunión, los hacen vivir la misma vida e inspirarse en el mismo amor.

La religión de Moisés es una verdad; el pretendido mosaísmo de los fariseos es una mentira.

La religión de Jesús es la misma verdad que ha dado un paso hacia adelante, revelándose a los hombres mediante una nueva manifestación. La religión de los inquisidores y de los opresores de la conciencia humana es una mentira.

El catolicismo de los Padres de la Iglesia y de los santos es una verdad. El catolicismo de Veillot es una mentira.

Es esa misma mentira que la francmasonería tiene por misión combatir, en provecho de la verdad.

La francmasonería no quiere las doctrinas de Torquemada (Primer inquisidor general de España, vallisoletano (1420-1489). Contribuyó a la expulsión de los judíos y pronunció 800 sentencias de muerte y 100.000 condenas menores. N. del T.), de los Escobar, sino que admite por símbolos los de Hermes, Moisés y Jesucristo. El pelícano al pie de la cruz está bordado en la cinta de los iniciados de mayor grado; y no prescribe más que el fanatismo, la ignorancia, la necia credulidad y el odio, pero cree en el dogma, único en su espíritu y múltiple en sus formas, que es el de la humanidad. Su religión no es ni el judaísmo, enemigo de los demás pueblos, ni el catolicismo, verdaderamente digno de este nombre, es decir, la filantropía universal.

¡Es el mesianismo de los hebreos!.

Todo es verdad en los libros de Hermes. Pero la fuerza de ocultarlos a los profanos se ha terminado por volverlos inútiles al mundo.

Todo es verdad en el dogma de Moisés; lo que es falso es el exclusivismo y el despotismo de algunos rabinos. Todo es verdad el dogma cristiano, pero los sacerdotes católicos han cometido las mismas faltas que los rabinos del judaísmo.

Estos dogmas se completan y se explican los unos por los otros, y su síntesis será la religión del porvenir.

El error de los discípulos de Hermes ha sido el siguiente: Es preciso dejar el error a los profanos y hacer la verdad impenetrable a todo el mundo, excepto a los sacerdotes, constituyen el amargo fruto de esta doctrina.

La idolatría, el despotismo y los atentados a los sacerdotes, han sido frutos amargos de esta doctrina.

El error de los judíos fue creer que constituían una nación única y privilegiada y que ellos solos eran los elegidos de Dios.

Y los judíos, por cruel represalia, han sido maldecidos y perseguidos por todas las naciones.

Los católicos han sido engañados por tres errores fundamentales:

1° Han creído que la fe se debe imponer por fuerza a la razón y hasta la ciencia, cuyos progresos ha combinado.

2° Han atribuido al Papa una infalibilidad, no solamente conservadora y disciplinaria, sino absoluta como la de Dios.

3° Han creído que el hombre debe empequeñecerse, anularse, convertirse en desgraciado en esta vida para merecer la futura, mientras que por lo contrario, el hombre debe cultivar todas sus facultades, desenvolverlas, engrandecer su alma conocer, amar, embellecer su existencia, en una palabra, hacerse feliz, porque la vida presente es la preparación de la futura, y la dicha eterna del hombre comenzará cuando haya conquistado la paz profunda que resulta de un equilibrio perfecto.

La consecuencia de estos errores ha sido la protesta de la naturaleza, de la ciencia y de la razón, que hacen creer por un momento en la pérdida de toda la fe y en el aniquilamiento de toda religión, en la tierra.

¡Más el mundo no puede vivir sin religión, como no puede existir sin corazón el hombre!. ¡Cuando hayan muerto todas las religiones vivirá la religión universal y única; será la conformidad de todos los hombres en la creencia y en la solidaridad universal, unidad de aspiraciones, diversidad de expresiones, fe en un solo Dios, libertad del simbolismo y tolerancia de imágenes, ortodoxia en caridad, universalidad en cuanto al fondo del genio de los diferentes pueblos, perfectibilidad de los dogmas, mejoramiento posible de los cultos; pero en el fondo de esto, la grande e inmutable fe de Israel en un solo Dios, inmaterial, inmutable y no sustancial, en el que

todas las figuras convencionales e imaginadas son ídolos, en una sola razón, que es la ley universal de todos los seres, y en una sola nación, que es el instrumento de Dios para la creación y la conservación de los insectos y de los universos!.

Así es como bajo los auspicios y por la influencia comercial de Israel esperamos ver establecerse, al fin, en la tierra:

LA ASOCIACIÓN DE TODOS LOS INTERESES. LA FEDERACIÓN DE TODOS LOS PUEBLOS. LA ALIANZA DE TODOS LOS CULTOS. Y LA SOLIDARIDAD UNIVERSAL.

PROFESIÓN DE FE ²

Creemos en la soberanía eterna e infinita.

En la sabiduría inmutable y en la inteligencia creadora.

Creemos en la belleza suprema.

En la bondad equitativa y en la justicia misericordiosa y amante.

Creemos en la fecundidad del progreso y en el orden eternamente progresivo.

Creemos en el principio de la vida universal, en el principio del Ser y de los seres, siempre distintos del Ser y de los seres, pero necesariamente presente en el Ser y en los seres.

Creemos que el principio eterno, en todo y por todo, no podrá ser contenido, encerrado, limitado definido de ninguna manera, y que, por consiguiente, toda forma, todo nombre específico, toda revelación personal y exclusiva de este principio son idólatras y equivocadas.

Creemos que el principio está en todos nosotros y habla de cada uno de nosotros por la voz de la conciencia.

Que la conciencia no puede ser iluminada sin el concurso de la fe de la razón, y de la piedad.

Creemos en la razón absoluta que debe dirigir y regular los razonamientos particulares, constituir la base de la fe y la medida de todos los dogmas, bajo la pena de fanatismo, de locura y de error.

Creemos en el amor absoluto que se llama espíritu de caridad y que inspira el sacrificio.

Creemos que para enriquecerse es preciso dar, que se es feliz con la felicidad de los demás, y que el egoísmo bien entendido debe empezar por el prójimo.

² Estas páginas están extractadas de las cartas de Eliphaz Lévi, que el Señor Barón de Spedalieri ha tenido la amabilidad de facilitar copia.

Creemos en la libertad, en la independencia absoluta, en la realeza, en la divinidad relativa de la voluntad humana, cuando ésta se halla regulada por la razón soberana.

Creemos que Dios - el gran principio indefinible - no podría ser ni el déspota, ni el verdugo de sus criaturas; que no puede recompensarlas ni castigarlas, sino que la ley lleva en sí misma su sanción de suerte que el bien es en sí mismo, la recompensa el bien; y el mal castigo pero también el remedio del mal.

Creemos que el espíritu de caridad sólo es inflexible cuando inspira la abnegación y la paz, pero que todos los hombres pueden engañarse, sobre todo cuando deciden sobre aquella que ignoran, no conocen o no comprenden.

Creemos en la catolicidad, es decir, en la universalidad del dogma.

Creemos que en religión todos los hombres inteligentes aceptan las mismas verdades, y sólo disputan por los errores.

Creemos que los hombres más razonables son los más pacientes, los que persiguen a los que no piensan como ellos prueban con su violencia, que aún prevalecen en el error.

Creemos que los dioses son fantasmas, y los ídolos nada; que los cultos establecidos deben dejar su lugar a otros nuevos, y que el sabio lo mismo puede orar en una mezquita que en una iglesia. No obstante preferimos la mezquita a la pagoda y la iglesia a la mezquita con tal que la iglesia no esté envilecida por un mal sacerdote.

En una palabra, creemos en Dios único y en la religión única como El en Dios, bendiciendo a todos los dioses, y en la religión, absorbiendo o anulando todas las religiones.

Creemos la imposibilidad de la nada, y admiramos que la nada puede ser y llegar a ser alguna cosa.

Reconocemos en el Ser dos modalidades esenciales: la idea y la forma, la inteligencia y la acción.

Creemos en la verdad, que es el concebido por la idea. En la realidad, que es la Idea demostrada o demostrable por la ciencia.

En la razón, que es el Ser, expresado exactamente por el Verbo.

En la justicia, que es el Ser puesto en acción, según sus verdaderas relaciones y sus proporciones razonables.

Creemos en la revelación perpetua y progresiva de Dios, en los desenvolvimientos de nuestra inteligencia y de nuestro amor.

Creemos en el espíritu de verdad, inseparable del espíritu de caridad, y le llamamos, con la iglesia católica:

Espíritu de ciencia opuesto a oscurantismo de los malos sacerdotes.

Espíritu de inteligencia, opuesto a la tontería de los supersticiosos.

Espíritu de fuerza para resistir a los prejuicios y a las calumnias de los falsos creyentes.

Espíritu de piedad, ya filial bien social, ora humanitario, opuesto al impío egoísmo de aquellos que tanto dejaron perecer para salvar su alma.

Espíritu de consejo, porque la verdadera caridad empieza por el espíritu y favorece en primer término a las almas.

Y, en fin, Espíritu de temor hacia el mal que nos enseña a no dedicar al mal un culto sacrílego figurándonos un Dios caprichoso y malvado.

Creemos que este Espíritu es el Evangelio y que ha sido el de Jesucristo.

Por eso adoramos a Dios vivo en Jesucristo, del que no hacemos un Dios distinto y separable del mismo Dios. Jesús ha sido un hombre verdadero y completo como nosotros; pero santificado por la plenitud del espíritu divino, hablando por su boca, viviendo y obrando en él.

Creemos en el sentido moral y divino del Evangelio legendario, cuya letra es imperfecta, pero cuyo espíritu es eterno.

Creemos en la Iglesia una, santa, universal, de la que la Iglesia romana ha sido el principal puntal y la forma.

Creemos que las leyes de Moisés, de los Apóstoles y de los Papas, sus sucesores, han sido transitorias, pero que la ley de caridad es eterna.

Razón por la cual no rechazamos ni condenamos a nadie.

Creemos que el egoísmo bien entendido empieza por los demás y que los verdaderos ricos son aquellos que dan.

Creemos en la infalibilidad del espíritu de caridad pero no en la temeridad dogmática de ciertos nombres.

Creemos en la vida eterna. No tememos la muerte, ni de nosotros ni de los vivos a quienes amamos.

Admitimos íntegramente los trece artículos del Símbolo de Maimónides y, por consiguiente, consideramos a los Israelitas como nuestros hermanos.

Admitimos que sólo Dios es Dios, y que Mahoma fue uno de sus Verbos precursores (que es el significado de la palabra profeta) y fraternizamos también con los musulmanes.

Pero nos quejamos de los judíos y los censuramos, por llamarnos Goí, y de los musulmanes porque nos denominan Guiaurs. En este respecto, no acertaríamos a comulgar con ellos, porque están fuera de la caridad.

Admitimos el Símbolo de los Apóstoles, de San Atanasio y de Nicea, reconociendo que deben ser explicados de una manera jerárquica, y que expresan los más altos misterios de la filosofía oculta.

Pero, reprobamos la reprobación, y excomulgamos la excomunión, por ser un atentado contra la caridad y la solidaridad universal.

Admitimos la infalibilidad disciplinaria y arbitral del Jefe de la Iglesia, y consideramos como pobres insensatos a los que les atribuyen una infalibilidad arbitraria.

El Papa es el intérprete legal y el conservador de las antiguas creencias, pero si las quiere reformar, se aparta de su deber, y no tiene más autoridad que la de un loco cualquiera.

Estudiamos la tradición, pero no le concedemos autoridad sino en materia crítica, puesto que es el receptáculo común de las verdades y de los errores de la antigüedad.

La antigüedad de la creencia, dice Tertuliano (Quinto Séptimo Tertuliano, célebre doctor de la Iglesia, natural de Cartago 160 - 245. Se convirtió del paganismo al cristianismo. N. del T.), no es frecuentemente sino la vetustez del error.

Tal es la profesión de fe, que debe reunir y absorber lentamente las demás. Tal es la religión de las almas grandes del porvenir. ¿Cuántos hombres se encuentran en la actualidad en estado de comprenderla?. No sabría decirlo, pero pienso que si un profeta pudiera expresarlo en voz alta, ante todos los pueblos reunidos, sería apedreado por todos los sacerdotes, en medio del desdén de los pueblos, y apenas compadecidos por algunos sabios.

Mientras tanto el Papa afronta tropas e inventa dogmas, Veuillot destila su hiel y analiza los olores de París, París, a su vez, se tapa la nariz al percibir el olor de Veuillot. Este se lava las manos y dice: ¡Es el perfume de Roma!.

¡Y la soberanía temporal, no se avergüenza de tener por estandarte a Veuillot!.

En París, la censura prohíbe la representación de Galileo, de Ponsard. ¿Es que acaso no da vueltas la tierra?. ¿O es que reina siempre, renaciendo el miedo, el continuo gruñido de la bestia contra el ángel, la coalición de las tiranías contra la inteligencia libre, la bestialidad siempre privilegiada?. Espíritu continuo condenado, ¿hasta cuándo tendrás a este pobre mundo trastornado?.

Eliphas Lévi

SEGUNDA PARTE

EL MISTERIO REAL
O EL ARTE DE GOBERNAR LAS FUERZAS

CAPÍTULO I

EL MAGNETISMO

El magnetismo es una fuerza análoga a la del imán; está diseminado en toda la naturaleza.

Sus caracteres son: la atracción, la repulsión y la polarización equilibrada.

La ciencia ha captado y aceptó los fenómenos del imán astral y del imán mineral, pero observa con desconfianza el imán animal que se manifiesta todos los días por hechos que, si bien ya no puede negar, espera, para admitirlos, concluir su análisis por una síntesis incontestable.

Sabemos que la imantación producida por el magnetismo animal determina un sueño extraordinario, durante el cual el alma del magnetizado cae bajo el dominio del magnetizador, con la particularidad de que la persona adormecida parece dejar inactiva su vida propia para manifestar solamente los fenómenos de la vida universal. Refleja el pensamiento de los otros; ve sin valerse de los ojos; se torna presente en todas partes, sin tener conciencia del espacio; percibe las formas más que los colores; suprime y confunde los períodos del tiempo; habla del futuro como si fuese el pasado y de éste como si se tratara del futuro; explica al magnetizador sus propios pensamientos y hasta las acusaciones secretas de su conciencia; evoca en sus recuerdos a las personas en quienes piensa el magnetizador, y las describe del modo más exacto, sin haberlas visto jamás. Habla el lenguaje de la ciencia con el sabio y el de la imaginación con el poeta; descubre las dolencias y adivina los remedios; da muchas veces sabios consejos; sufre y, en ocasiones, con un grito doloroso nos anuncia los tormentos que sobrevendrán.

Estos hechos extraños, pero incontestables, nos llevan necesariamente a la conclusión de que existe una misma vida para todas las almas o una especie de reflector común de todas las imaginaciones y de todas las memorias, en el cual podemos vernos mutuamente, como si una multitud pasara delante de un espejo. Este reflector es la luz ódica del caballero Reichenbach; es lo que nosotros llamamos luz astral; ese gran agente de la vida que los hebreos denominaban OD; OB y AUR. El magnetismo dirigido por la voluntad del operador es OD, el sonambulismo pasivo es OB. Las pitonisas de la antigüedad eran sonámbulas ebrias de luz astral pasiva. Esta luz recibe, en los Libros Sagrados, el nombre de espíritu de

Python, porque la mitología griega la simbolizaba con la imagen de la serpiente Python.³

Ella está también representada en su doble acción por la serpiente del Caduceo; la serpiente de la derecha es OD y la de la izquierda es OB, y en el medio, encima de la barra hermética, brilla el globo de oro, es decir, AUR o la luz equilibrada.⁴

Necesidad y Libertad, tales son las dos grandes Leyes de la Vida; y estas dos Leyes hacen sólo una, pues son mutuamente indispensables.

La necesidad sin libertad sería tan nefasta como la libertad privada de su freno necesario. El Derecho sin el Deber es la locura. El Deber sin el Derecho es la Esclavitud.

Todo el secreto del magnetismo consiste en esto: gobernar la fatalidad de OB por la inteligencia y el poder de OD, a fin de crear el equilibrio perfecto de AUR.

El magnetizador desequilibrado y dominado por sus pasiones, que quiere imponer su actividad a la luz fatal, se asemeja a un hombre que, con los ojos vendados y montando en ciego caballo, lo espoleara en medio de una sinuosa selva llena de precipicios.

Los adivinos, los tiradores de cartas y los sonámbulos son todos alucinados que adivinan por medio de OB.

La copa de agua de la hidromancia, las cartas de Etteilla, las líneas de la mano, etc. producen en el vidente una especie de hipnotismo. Ve entonces al consultante en los reflejos de sus deseos insensatos o de sus imaginaciones amorosas, y como a su vez, es un espíritu sin elevación y sin nobleza de voluntad, adivina las locuras y sugiere otras mayores, logrando así gran éxito.

Un cartomántico que aconsejase la honestidad y las buenas costumbres perdería luego su clientela de concubinas y solteronas histéricas.

Las dos luces magnéticas podrían muy bien llamarse respectivamente, luz viva y luz muerta; fluido astral y fósforo espectral; antorcha del verbo y humareda del sueño.

Para magnetizar sin peligro es preciso tener en sí la luz de la vida, es decir, ser un sabio y un justo.

³ *Python*: pitón. Mitología: serpiente monstruosa de 100 cabezas y 100 bocas que vomitaba llamas. Guardaba el oráculo de la tierra. (N. del T.)

⁴ *Ob, Od, Aur*. *Od*, fluido magnético generado por los cuerpos minerales, vegetales y animales, visible para los sensitivos en estado de vigilia. Es la luz ódica del barón de Reichenbach; palabra sacada de la Cábala hebrea, en la cual ella representa sólo el polo positivo de la luz o fluido astral. *Ob*, es el polo contrario de la misma luz. *Aur*, en Cábala representa a la Luz, primera manifestación del Verbo Creador. Cuando esta luz se polariza positivamente, es decir, en el sentido del bien, se llama *Od*, y cuando se polariza negativamente en el sentido del mal, es *Ob*. La misma luz primaria en su grado de manifestación inferior recibe el nombre de *Aur*, el fuego. (N. del T.)

El hombre esclavo de las pasiones no magnetiza, fascina; pero la irradiación de su fascinación aumenta alrededor de él el círculo de su vértigo, multiplica sus encantos y enflaquece cada vez más su voluntad. Se asemeja a una araña que se agota y al fin queda presa de su propia tela.

Los hombres que aún no conocen el imperio supremo de la razón, la confunden con el raciocinio particular y así siempre erróneo de cada uno. El señor de la Palice les diría: “quien se engaña no tiene razón, siendo la razón, precisamente, lo contrario de nuestros errores”.

Los individuos y las masas a quienes la razón no gobierna son esclavos de la fatalidad, la cual rige la opinión que es, a su vez, reina del mundo.

Los hombres quieren ser dominados, aturridos, arrastrados. Las grandes pasiones les parecen más bellas que las virtudes, y aquellos a quienes llaman grandes hombres suelen ser, las más veces, grandes insensatos. El cinismo de Diógenes les agrada tanto como el charlatanismo de Empédocles. A nadie admirarían tanto como Ajax y Capaneda, si Polyeuco no fuese más furioso aún. Píramo y Tisbe, que se matan, son los modelos de los amantes. El autor de una paradoja siempre tiene la certeza de adquirir renombre. Y por más que lo condenen al olvido, por despecho o por envidia, el nombre de Erostrato encarna tanta belleza demencial, que supera a su ira y se impone eternamente a su recuerdo.

Los locos son pues, magnetizadores o más bien fascinadores, y eso es lo que torna contagiosa la locura. Por no saber medir lo que es grande la gente se apasiona frente a lo extraño.

Las criaturas que aún no pueden andar, quieren que la gente las tome en los brazos y las lleve de paseo.

Nadie ama tanto la turbulencia como el impotente. Es la incapacidad del goce lo que engendra los Tiberios y las Mesalinas. El pilla de París quería ser Cartouche en el paraíso de las calles arboladas y reía de corazón al ver ridiculizar a Telémaco.

No todos tienen el gusto de la embriaguez del opio o del alcohol, pero casi todos quieren embriagar el espíritu y complacerle fácilmente haciendo delirar el corazón.

Cuando el cristianismo se impuso al mundo por la fascinación del martirio, un gran escritor de aquel tiempo formuló el pensamiento de todos, exclamando: “Creo que es absurdo”.

La locura de la cruz, como el propio San Pablo la llamaba, era entonces invenciblemente invasora. Se quemaban los libros de los sabios y San Pablo preludiaba en Éfeso los hechos de Omar. Derribábanse templos que eran maravillas del mundo e ídolos que como obras eran primicias del arte. Tenían el gusto de la muerte y querían despojar la existencia presente de todos sus ornamentos para desprenderse de la vida.

El disgusto de las realidades siempre acompaña al amor de los sueños: *Quam sordet tellus dum coelum aspicio!*, dice un célebre místico;

literalmente: “cuán sucia se torna la tierra cuando contempla el cielo!” ¡Tu mirada al perderse en el espacio, es la que mancha a la tierra, tu nodriza! ¿Qué es pues, la tierra sino un astro del cielo? ¿Será porque te lleva encima que la vez inmunda? ¡Que te lleven al sol y tus disgustos también lo enturbiarán! ¿Sería el cielo más limpio si estuviese vacío? ¿No es acaso admirable contemplarlo en el día cuando ilumina a la tierra y en la noche cuando brilla con una multitud innumerable de planetas y soles? ¿No será que la espléndida tierra, la tierra de los inmensos océanos, la tierra exuberante de árboles y flores se torna una inmundicia para ti porque pretendías lanzarte en el vacío? ¡El vacío está en tu espíritu y en tu corazón!

Es el amor por los sueños lo que mezcla tantos dolores a los sueños de amor. El amor, tal como nos lo da la Naturaleza, es una deliciosa realidad, y es nuestro orgullo enfermizo el que pretende algo mejor que la Naturaleza. De esto proviene la locura histérica de los no comprendidos; el pensamiento de Carlota en la cabeza de Werther se transforma, fatalmente, en lo que tenía que ser y toma la forma brutal de una bala de revólver. El amor absurdo tiene como desenlace el suicidio.

El amor verdadero, el amor natural, es el milagro del magnetismo. Es el entrelazamiento de las dos serpientes del Caduceo; parece producirse fatalmente, pero es producido por la razón suprema que le hace seguir las leyes de la Naturaleza. La fábula refiere que Tiresias⁵ habiendo separado dos serpientes que se unían, incurrió en la cólera de Venus y se tornó andrógino, lo que anuló en él el poder sexual; después lo hirió la diosa irritada y lo dejó ciego, porque atribuía a la mujer lo que conviene principalmente al hombre. Tiresias era un individuo que profetizaba por la luz muerta. Por eso sus predicciones siempre anunciaban dolencias que incluso parecía provocar. Esta alegoría contiene y resume toda la filosofía del magnetismo que acabamos de revelar.

⁵ *Tiresias*: adivino griego a quien en Tebas adoraron como a un dios (N. del T.)

CAPÍTULO II

EL MAL

El mal, en lo que tiene de realidad, es el desorden. En presencia del orden eterno, el desorden es esencialmente transitorio. En presencia del orden absoluto, que es la voluntad de Dios, el desorden es apenas relativo. La afirmación absoluta del desorden y del mal es, pues, esencialmente, la mentira.

La afirmación absoluta del mal es la negación de Dios, puesto que Dios es la razón suprema y absoluta del bien.

El mal, en el orden filosófico, es la negación de la razón.

En el orden social, es la negación del deber.

En el orden físico, es la resistencia a las leyes inviolables de la Naturaleza.

El sufrimiento no es un mal sino la consecuencia y, casi siempre, el remedio del mal.

Nada de lo que es naturalmente inevitable puede ser un mal. El invierno, la noche y la muerte no son males. Son transiciones naturales de un día hacia otro día; del otoño hacia la primavera; de esta vida hacia la otra vida.

Proudhon⁶ dice: “Dios es el mal”, lo que es como si hubiese dicho: Dios es el diablo, pues el diablo es tomado, generalmente, como genio del mal. Demos vuelta dicha proposición y obtendremos la siguiente paradoja: el diablo es Dios o, en otros términos: el mal es Dios. Pero con seguridad que al hablar así Proudhon no se refería a Dios, como personificación hipotética del bien. Pensaba en el Dios absurdo que los hombres crean y, en tal sentido, reconozcamos que tenía razón, pues el diablo es la caricatura de Dios y lo que llamamos el mal, es el bien, mal definido y mal comprendido.

No sería posible amar el mal por el mal, el desorden por el desorden mismo. La infracción de las leyes nos agrada porque así nos parece que los colocamos por encima de ellas. “Los hombres no están hechos para la ley,

⁶ Proudhon: filósofo, escritor y periodista francés, fundador del sistema mutualista y autor de varias obras, entre ellas, su famosa memoria titulada “Qué es la propiedad”, París, 1850, que es la que ha provocado más crítica seria y jocosa, consagrada a desarrollar exclusivamente esta especie de axioma escrito en las primeras páginas: “La propiedad es el robo”. Arregló una edición de la Biblia con muchas notas sobre los principios de la lengua hebrea. Otras de sus obras son: *De la justicia en la revolución y en la Iglesia*, *Nuevos principios de filosofía práctica*, *Los Evangelios anotados por J. Proudhon*. (N. del T.)

mas la ley está hecha para los hombres”, decía Jesús; palabras audaces que los sacerdotes de aquellos tiempos, ciertamente consideraban subversivas e impías; palabras de las que el orgullo humano puede abusar prodigiosamente. Dicen que Dios solo tiene derechos y no deberes porque es el más fuerte, lo que es una afirmación impía. Debemos todo a Dios, osan argüir, y Dios nada nos debe. Y la verdad es lo contrario. Dios, infinitamente superior a todos los seres, contrae también con nosotros, al ponernos en el mundo, una deuda infinita. El creó el abismo de la flaqueza humana y es El quien debe llenarlo.

La cobardía de la tiranía en el mundo antiguo nos legó el fantasma de un dios absurdo y cobarde, que hace el milagro eterno de forzar al ser finito o ser infinito en los sufrimientos.

Supongamos, por un momento, que uno de nosotros pudiese crear un insecto y que le dijese, sin que él pueda oírlo: criatura mía, adórame. El pobre animalejo da unos vuelos sin pensar en cosa alguna y muere al fin del día; un nigromante dice al hombre que echándole una gota de su sangre podrá resucitarle. El hombre se hace una pinchadura –yo haría lo mismo en su lugar–, y he aquí que el insecto resucita. ¿Qué hará después el hombre? Os lo voy a decir, exclama un fanático creyente: como el insecto en su primera vida, cometió la tontería de no adorarlo, encenderá una hoguera y lo lanzará a ella, sólo lamentando no poderle conservar la vida en medio de las llamas a fin de quemarlo eternamente. ¡Ea! –dirán todos–, ¡no existe loco furioso que sea tan cobarde y tan malo como éste! Yo os pido perdón, cristianos vulgares; el hombre en cuestión no podría existir, concuerdo; pero existe, aunque en vuestra imaginación solamente, digámoslo ya, alguien más cruel y más cobarde. Es vuestro Dios, tal como lo concebís y explicáis, y es precisamente de él de quien Proudhon tuvo mil veces razón de decir: “Dios es el mal”.

En este sentido, el mal sería la afirmación falsa de un dios malo, y es este dios quien sería el diablo o su compadre. Una religión cuyo bálsamo para las llagas de la humanidad fuese un dogma semejante, las envenenaría en vez de curarlas. Resultaría de ahí el embrutecimiento de los espíritus, la depravación de las conciencias; y la propaganda hecha en nombre de un dios tal, podría llamarse el magnetismo del mal. El resultado de la mentira es la injusticia. De la injusticia resulta la iniquidad que produce la anarquía en los estados y en los individuos, el libertinaje y la muerte.

Una mentira no podría existir si no evocase en la luz muerta una especie de verdad espectral, y todos los mentirosos de la vida son los primeros en engañarse tomando la noche por el día. El anarquista se juzga libre, el ladrón se cree hábil, el libertino cree que se divierte, el déspota piensa que oprimir es reinar. ¿Qué sería necesario para destruir el mal en la tierra? Una cosa muy simple en apariencia: desengañar a los tontos y a los malos. Pero aquí toda buena voluntad cae derrotada y todo poder falla; los malos y los

tontos no quieren ser desilusionados. Llegamos a esta perversidad secreta que parece ser la raíz del mal: el gusto por el desorden y el apego al error. Pretendemos, por nuestra parte, que esta perversidad no existe, al menos, de una manera libremente consentida y deseada. Ella no es más que el envenenamiento de la voluntad por la fuerza venenosa del error.

El aire que respiramos se compone de hidrógeno, oxígeno y ázoe. El oxígeno y el hidrógeno corresponden a la luz de la vida y el ázoe a la luz muerta. Un hombre sumergido en el ázoe no podría respirar ni vivir; así también un hombre asfixiado por la luz espectral no puede hacer uso de su voluntad libre. No es en la atmósfera donde se realiza el gran fenómeno de la luz sino en nuestros ojos estructurados para verla. Cierta vez, Littré, –filósofo de la escuela positivista– dijo que la inmensidad es apenas una noche infinita, punteada aquí y allá por algunas estrellas. “Esto es verdad” –le respondió alguien– “para nuestros ojos que no están plasmados para la percepción de otra claridad que no sea la del sol”. ¿No nos aparece en sueños la propia idea de esta luz, mientras en la tierra es de noche y nuestros ojos están cerrados? ¿Cuál es el día de las almas? ¿Cómo vemos a través del pensamiento? ¿Existiría la noche de nuestros ojos para ojos organizados de otra forma? Si nouviésemos ojos, ¿captaríamos la noche? Para los ciegos no existen estrellas ni sol; y si nosotros nos pusiéramos una venda en los ojos nos tornaríamos ciegos voluntarios. La perversidad de los sentidos como la de las facultades del alma, resulta de un accidente o de un primer atentado contra las leyes de la Naturaleza; ella se hace entonces necesaria y fatal. ¿Qué hacer para los ciegos? Tomarlos de la mano y guiarlos. ¿Pero si no quieren dejarse guiar? Entonces no son solamente ciegos, son alienados peligrosos y es preciso dejarlos perecer, ya que no se los puede conducir.

Edgar A. Poe refiere la historia de una casa de locos, en la que los pacientes habían logrado apoderarse de los enfermeros y guardias y encerrarlos en sus propias celdas, después de disfrazarlos de animales salvajes. Triunfantes en los aposentos de sus médicos, beben el vino del establecimiento y se felicitan recíprocamente por haber efectuado excelentes tratamientos. Mientras estaban en la mesa, los prisioneros rompen sus cadenas y llegan a sorprenderlos a palos. Se vuelven furiosos contra los pobres locos y los justifican, en parte, por lo malos e insensatos tratos de que ellos mismos fueran objeto.

He aquí la historia de las revoluciones modernas. Los locos triunfando por su gran número, que constituyen lo que llamamos la mayoría, capturan a los sabios y los disfrazan de animales salvajes. Poco después las prisiones se gastan y se rompen, y los sabios, enloquecidos por el sufrimiento, huyen gritando y sembrando el terror. Querían imponerles un falso dios; entonces vociferan que no hay Dios. Los indiferentes, embravecidos por el miedo, se

complotan para reprimir a los locos furiosos e inauguran el reino de los imbéciles. Muchas son las épocas en que esto ha sucedido.

¿Hasta qué punto son responsables los hombres de estas oscilaciones y angustias que producen tantos crímenes? ¿Qué pensador osaría decirlo? ¡Marat es odiado y se canoniza a Pio V!

Es verdad que el terrible Ghirleri no guillotina a sus adversarios sino que los quemaba. Pio V era un hombre austero y un católico convicto. Marat llevaba el desinterés hacia la miseria. Ambos eran hombres de bien, pero locos homicidas, sin llegar a ser precisamente furiosos.

Cuando una locura criminal encuentra la complicidad de un pueblo, se vuelve una terrible razón, y cuando la multitud, no desilusionada mas sí engañada de un modo contrario, reniega y abandona a su héroe, éste se transforma en un chivo emisario y en un mártir. La muerte de Robespierre es tan bella como la de Luis XVI.

Admiro sinceramente a este terrible inquisidor que, masacrado por los Albigenes, escribió en el suelo con su sangre, antes de expirar:

Credo in unum Deum.

¿Es la guerra un mal? Sí, pues es horrible. ¿Pero es un mal absoluto? La guerra es el trabajo generador de las nacionalidades y de las civilizaciones. ¿Quién es responsable de la guerra? ¿Los hombres? No, pues son sus víctimas. ¿Quién, pues? ¿Osaríamos decir que es Dios? Preguntad al Conde José de Maistre.⁷ El os dirá por qué los sacerdotes siempre consagraron la espada y que hay algo sagrado en el oficio sangriento del verdugo. El mal es la sombra, es la repulsión del bien. Vayamos hasta el fin y digamos que el bien es negativo. El mal es la resistencia que fortifica el esfuerzo del bien; y es por eso que Jesucristo no dudó en afirmar: “es preciso que haya escándalos”.

Existen monstruos en la Naturaleza del mismo modo como aparecen errores de impresión en un bello libro. ¿Qué prueba eso? Que la naturaleza, como la imprenta, son instrumentos ciegos que la inteligencia dirige. Pero, me responderéis, un buen revisor corrige las pruebas. Claro que lo hace, y éste es precisamente el papel del progreso de la Naturaleza. Dios es el Director de la Imprenta, y el hombre es el revisor de Dios.

Los sacerdotes siempre han proclamado que los flagelos son causados por los pecados de los hombres, lo cual es cierto, puesto que la ciencia es dada a los hombres para prevenir los flagelos. Si, como se afirma, el cólera proviene de la putrefacción de los cadáveres hacinados en la desembocadura del Ganges; si el hambre es provocada por los monopolios; si la peste tiene por causa la suciedad; si la guerra deriva del orgullo estúpido de los reyes y de la turbulencia de los pueblos, ¿acaso no es

⁷ José de Maistre: Célebre publicista, filósofo y diplomático soboyano, autor del libro *Papa*, la más atrevida apología del poder temporal y espiritual de la Santa Sede (N. del T.)

entonces la maldad, o más bien la tontería de los hombres, la causa de los flagelos? Se dice que las ideas están en el aire; podría afirmarse lo mismo de los vicios. Toda corrupción produce una putrefacción y toda putrefacción tiene su mal olor característico. La atmósfera que rodea a los enfermos es mórbida, y la peste moral tiene también su atmósfera, mucho más contagiosa. Un corazón honesto se halla cómodamente en la sociedad de las personas de bien. Se siente oprimido, sufre, queda sofocado en medio de los centros viciosos.

CAPÍTULO III

LA SOLIDARIDAD EN EL MAL

En su libro *El movimiento perpetuo de las almas*, el gran Rabí Isaac de Loria dice que es preciso emplear con gran vigilancia la hora que precede al sueño. De hecho, durante el sueño el alma pierde por algún tiempo su vida individual para sumergirse en la luz universal que, como dijimos, se manifiesta por dos corrientes contrarias. El ente que se adormece cae en poder de la serpiente de Esculapio, la serpiente vital y regeneradora, o se deja ligar por los nudos envenenados de la horrible Phyton. El sueño es un baño en la luz de la vida o en el fósforo de la muerte. Aquel que se adormece con pensamientos de justicia se baña en los méritos de los justos, pero aquel que se entrega al sueño con pensamientos de odio o mentira, se baña en el mar muerto en el que afluye la infección de los malos.

La noche es como el invierno que incuba y prepara los gérmenes. Si sembramos cizaña no cosecharemos fermentos. Aquel que se adormece en la impiedad no despertará en la bendición divina. Dicen que la noche es consejera. Sí, sin duda. Buen consejo trae al justo; funesto impulso al malvado. Tales son las doctrinas del Rabí Isaac de Loria.

No sabemos hasta qué punto debemos admitir estas influencias recíprocas de los entes sumergidos en el sueño y dirigidos por atracciones involuntarias, en tal forma que los buenos mejoran a los buenos y los malos corrompen a los que le son semejantes. Sería más consolador pensar que la bondad de los justos irradia sobre los malos para calmarlos, y la persuasión de los malos nada puede sobre el alma de los justos. La verdad es que los malos pensamientos agitan el sueño y, por consiguiente, lo vuelven enfermizo, y que una conciencia limpia dispone maravillosamente la sangre a refrescarse y descansar en el sueño.

Es muy probable, además, que la irradiación magnética provocada durante el día por los hábitos y la voluntad, no cese durante la noche. Lo prueban los sueños en los que parece que obramos muchas veces conforme con nuestros deseos más secretos. Sólo conquista la virtud de la castidad, dice San Agustín, quien impone la modestia hasta a sus mismos sueños.

Todos los astros están imantados, y todos los imanes celestes accionan y reaccionan unos sobre otros en los sistemas planetarios, en los grupos de universos y en toda la inmensidad; lo mismo acontece en la tierra con los seres vivos.

La naturaleza y la fuerza de los imanes se determinan por la influencia recíproca de las formas sobre la fuerza y de la fuerza sobre las formas. Esto debe ser examinado y meditado seriamente.

Hay bellezas convencionales que concuerdan con ciertos gustos y con ciertas pasiones. En la corte de Luis XV, se habría hallado que la Venus de Milo tenía estatura excesiva y pies grandes. En el Oriente, las favoritas del Sultán son obesas, y en el reino de Sión, se compran las mujeres a peso.

Los hombres no están menos dispuestos a hacer locuras por la belleza verdadera, que por la imaginaria que los subyuga. Existen, pues, formas que nos embriagan y ejercen sobre nuestra razón el dominio de las fuerzas fatales. Cuando nuestros gustos son depravados, nos apasionamos por ciertas bellezas imaginarias que son realmente fealdades. Los romanos de la decadencia gustaban de la frente baja y los ojos de sapo de Mesalina. Cada cual forma su paraíso a su manera. Pero también aquí comienza la justicia. El paraíso de los seres depravados, siempre y necesariamente, es un infierno.

Es la disposición de la voluntad lo que da valor a los actos. Pues la voluntad determina el fin que nos proponemos, y en todos los casos, el fin buscado y alcanzado establece la naturaleza de las obras. Es conforme a nuestras obras que Dios nos juzgará, según lo afirma en Evangelio, y no de acuerdo con nuestros actos. Los actos preparan, comienzan, continúan y acaban las obras. Son buenos cuando la obra es buena. No queremos decir que el fin justifique los medios, sino que un fin honesto necesita de medios honestos y jerarquiza los actos más indiferentes.

Lo que uno aprueba termina por realizarlo o por animar a que otros lo hagan. Si nuestro principio es falso, y nuestro fin es inicuo, todos aquellos que piensan como nosotros repetirán nuestro proceder, y si triunfan, pensaremos que obraron bien. Si nuestras acciones aparentan ser las de un hombre de bien mientras que nuestro fin es el de un malvado, las acciones que resulten serán aun más malas. Las oraciones del hipócrita son más impías que las blasfemias del malvado. En una palabra, todo lo que hacemos a favor de la injusticia, es injusto; todo lo que hacemos por la justicia es justo y bueno.

Se dijo que los seres humanos son imanes que accionan los unos sobre los otros. Esta imantación, natural al principio, determinada después por los hábitos de la voluntad, agrupa los entes humanos en falanges y series, tal vez en forma diferente de la que suponía Fourier.⁸ Es exacto su concepto de que las atracciones son proporcionales a los destinos, pero se equivocó al

⁸ *Fourier*: Filósofo y sociólogo francés, fundador de la escuela societaria o falansteriana, una especie de comunismo. Con motivo de haberle encargado una casa de Marsella donde él trabajaba que hiciera arrojar al mar una partida de arroz, a fin de poder mantener los altos precios, al impulso de tan odiosa especulación surgieron de él las primeras ideas de reforma social, e ideó su sistema falansteriano. (N. del T.)

no distinguir las atracciones fatales de las ficticias. También es errónea su idea de que los malos son incomprendidos por la sociedad, pues, contrariamente, son ellos los que no comprenden a la sociedad ni desean hacerlo. ¿Qué habría hecho él en su Falansterio de personas, cuya atracción –proporcional al destino de ellas, según su opinión–, fuese la de perturbar y demoler el Falansterio?⁹

En nuestro libro, *La Ciencia de los Espíritus*, dimos la clasificación de los buenos y malos espíritus, conforme con las tradiciones cabalísticas. Algunos lectores tal vez se pregunten ¿Por qué estos nombres en vez de otros? ¿Qué espíritu descendió del cielo o qué alma subida del abismo habrá revelado así los secretos jerárquicos del otro mundo? Los lectores que supongan que todo cuanto allí se afirma es pura fantasía, se equivocan. Dicha clasificación no es arbitraria, y los espíritus del otro mundo, a los cuales nombramos, existen con toda seguridad. La anarquía, el prejuicio, el oscurantismo, la iniquidad, el odio, se oponen a la sabiduría, a la autoridad, a la inteligencia, a la honra, a la bondad y a la justicia; los nombres hebraicos de Kether, Chocmah, Binah;¹⁰ los de Thamiel, Chaigidel, Sathaniel, etc., que se oponen a los de Hajoth, Haccadosch, Ophanim y Aralim no significan otra cosa.

Todas las grandes palabras y términos oscuros de los dogmas antiguos y modernos representan en último término, los principios de la eterna e incorruptible razón. Es evidente que las multitudes no están maduras para el reino de la razón, y que, los hombres más locos o más perversos las

⁹ *Falansterio*: Edificio ideado por Fourier para las huestes de su sistema. (N. del T.)

¹⁰ *Kether, Chocmah, Binah*: La Cábala habla de las diez Sephiras o Sefirotas. En plural es Sefirotas y en singular Sephiras. Tales Sefirotas o emanaciones, son como los modos de manifestación de Dios, o los atributos de Dios manifestado. Helos aquí:

1º *Kether*, la Corona, la Potencia Suprema

2º *Chocmah*, la Sabiduría Infinita

3º *Binah*, la Inteligencia Divina

4º *Gdulah*, la Majestad, llamada también *Chesed*, Misericordia

5º *Gburah*, la Fuerza

6º *Thipheret*, la Belleza

7º *Netsach*, Victoria sobre la Muerte

8º *Hod*, Gloria y Reposo

9º *Iesod*, Fecundación

10º *Malkhuth*, Reino

Kether, la Corona, es el poder equilibrador; *Chocmah*, la Sabiduría equilibrada en su orden inmutable por la iniciativa de la inteligencia activa equilibrada por la sabiduría. Dios es la Potencia o Corona Suprema (*Kether*) que reposa sobre la Sabiduría Inmutable (*Chocmah*) y la Inteligencia creadora (*Binah*). En El está la Bondad (*Chesed*) y la Justicia (*Gburah*), que son el ideal de la Belleza (*Thipheret*). En El siempre hay movimiento victorioso (*Netsach*) y el gran Reposo Eterno (*Hod*). Su voluntad es una generación continua (*Iesod*) y su reino (*Malkuth*), es la inmensidad que puebla los universos. (N. del T.)

desvían por medio de creencias ciegas. Y entre dos formas de locura, encuentro más socialismo verdadero en la de Loyola que en la de Proudhon.

Proudhon afirma que el ateísmo es una creencia, la peor de todas, lo que es verdad, y es por eso que la suya es muy amarga. Afirma, también, que Dios es el mal, que el orden social es la anarquía, que la propiedad es el robo. ¿Qué sociedad sería posible con tales principios? La Compañía de Jesús está establecida sobre los principios o errores contrarios; sin embargo, subsiste desde hace varios siglos, y aún es bastante fuerte como para hacer frente por mucho tiempo más a los partidarios de la anarquía.

Los hombres son solidarios en el alma más de lo que lo suponen. Son los Phroudhon los que hacen los Veuillot.¹¹ Los encendedores de hogueras de Constanza tendrán que responder delante de Dios por las masacres de Juan Zisca. Los protestantes son responsables de las masacres de la Noche de San Bartolomé,¹² pues habían degollado católicos. En realidad tal vez fue Marat quien mató a Robespierre, como fue Carlota Corday la que hizo ejecutar a los Girondinos, sus amigos. Madame Dubarry, arrastrada al cadalso como una cabeza de animal berreador y contumaz, sin duda no juzgaba que tenía que expiar el suplicio de Luis XVI. Pues, las más de las veces, nuestros mayores crímenes son los que no comprendemos. Cuando Marat decía: “es un deber de humanidad derramar un poco de sangre para impedir un derramamiento mayor”, no hacía otra cosa que afirmar lo dicho por el apacible y piadoso Fenelón.

En una de sus cartas, Madame Elizabeth, la angelical princesa, había escrito que todo estaba perdido si el Rey no tenía el coraje de mandar cortar tres cabezas. ¿Cuáles? Ella no lo dice; tal vez las de Felipe de Orleáns, Lafayette y Mirabeau. Un príncipe de su familia, un hombre de bien y un célebre pensador. Poco importaba: la amable princesa quería tres cabezas. Más tarde Marat pediría trescientas mil; entre el ángel y el demonio sólo hubo una diferencia de algunos ceros.

¹¹ *Veuillot*: Literato y periodista francés defensor de los intereses católicos. Como director de “El Universo Religioso”, declaró guerra a muerte a la Universidad; atacó a los filósofos, a los revolucionarios y a los socialistas. Censurado por el Arzobispo de Parías, apeló al Papa, quien lo absolvió, continuando así en guerra sin cuartel contra la libertad, la razón, la ciencia y el progreso (1852-53). Era un apasionado defensor del poder temporal del Papa, de la infalibilidad y del *Syllabus*. Desde Roma espiaba la conducta del clero no conforme con sus ideas; prestó grandes servicios a la causa de la infalibilidad, por lo que Pío IX le prodigó gran afecto. (N. del T.)

¹² *Noche de San Bartolomé*: Matanza de protestantes efectuada en Francia el 24 de Agosto de 1572, bajo el imperio de Carlos IX y a instigaciones de Catalina de Médicis. En esta matanza no se respetó edad ni sexo, y los Hugonotes, apodado por los católicos a los protestantes calvinistas, fueron exterminados sin piedad en esa tétrica noche, que dio lugar a la cuarta guerra religiosa. (N. del T.)

CAPÍTULO IV

LA DOBLE CADENA

El movimiento de las serpientes alrededor del Caduceo¹³ indica la formación de la cadena.

Esta cadena existe bajo dos formas: recta y circular. Partiendo de un mismo centro, ella corta innumerables circunferencias por medio de innumerables rayos. La cadena recta, es la de transmisión. La circular, es la cadena de participación, de difusión, de comunión, de religión. Así se forma esta rueda compuesta de varias ruedas que giran unas en otras y que vemos flamear en la visión de Ezequiel. La cadena de transmisión establece la solidaridad entre las generaciones sucesivas.

El punto central es blanco de un lado y negro del otro.

Al lado negro, se enlaza la serpiente negra; al lado blanco, se liga la serpiente blanca. El punto central representa el libre albedrío primitivo, y es en el lado negro donde comienza el pecado original.

El negro engendra la corriente fatal; el blanco, el movimiento libre. El punto central puede representarse simbólicamente por la Luna, y las dos fuerzas por medio de dos mujeres: la una blanca y la otra negra.

La mujer negra es la Eva caída, la mujer pasiva, la infernal Hécate¹⁴, que lleva el creciente lunar en la frente.

La mujer blanca es Maya o María, que tiene al mismo tiempo bajo los pies el creciente lunar y la cabeza de la serpiente negra.

No podemos explicarlo más claro, pues tocamos el misterio de todos los dogmas. Ellos se tornan infantiles a nuestros ojos y tememos herirlos.

El dogma del pecado original, de cualquier forma que lo interpretemos, supone la preexistencia de nuestras almas, si no en su vida particular, por lo menos en la vida universal.

Luego, si alguien puede pecar sin saberlo en la vida universal, debe ser salvado de la misma manera; pero esto es un gran arcano.

¹³ *Caduceo*: Vara delgada rodeada de dos culebras entrelazadas. Mitología: vara con la que Mercurio conducía las almas a los infiernos y las sacaba cuando era necesario. Es emblema de Mercurio. (N. del T.)

¹⁴ *Hécate*: Mitología: Diabla que preside en las calles y callejones. Tiene tres caras: la derecha de caballo; la izquierda, de perro y la del medio, de mujer. Delrío dice: “su presencia hace temblar la tierra, estallar los fuegos y ladrar los perros”. Entre los antiguos, también era la triple Hécate: Diana en la Tierra, Proserpina en los infiernos y Luna en el cielo. Estas son las tres fases de la Luna. (N. del T.)

La cadena recta, el rayo de la rueda, la cadena de transmisión, vuelve recíprocamente solidarias a las generaciones y determina que los padres sean castigados por sus hijos, a fin de que, a través de los sufrimientos de sus vástagos, los padres puedan alcanzar la propia salvación.

Es por esto que, conforme con la leyenda dogmática, el Cristo descendió a los infiernos y luego de romper las palancas de hierro y las puertas de bronce, subió al cielo, llevando preso consigo el cautiverio.

Y la vida universal exclamó: ¡Hossanna! Pues había roto el aguijón de la muerte.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Osaría alguien explicarlo? ¿Podría alguno adivinarlo o comprenderlo? A veces los antiguos hierofantes griegos representaban las dos fuerzas simbolizadas por las dos serpientes, por medio de dos criaturas que luchaban entre sí, sujetando un globo con los pies y otro con las rodillas.

Las dos criaturas eran Eros y Anteros¹⁵, Cupido¹⁶ y Hermes¹⁷. El amor loco y el amor sabio. Su lucha eterna mantenía el equilibrio del mundo.

Si no admitiéramos nuestra existencia personal antes de nuestro nacimiento en la tierra, deberíamos entender por pecado original, una depravación voluntaria del magnetismo humano en nuestros primeros padres que, al destruir el equilibrio de la cadena, habría otorgado un funesto predominio a la serpiente negra, es decir, a la corriente astral de la vida muerta y cuyas consecuencias sufriríamos nosotros, los hijos, como esas criaturas que nacen raquílicas debido a los vicios de sus padres, debiendo sufrir el castigo de faltas que no cometieron.

Los sufrimientos extremos de Jesús y los Mártires, las penitencias excesivas de los Santos, habrían tenido como fin hacer contrapeso a esta falta de equilibrio tan desmedida, que acabaría por arrastrar al mundo a la

¹⁵ *Eros*: Mitología: Hijo de Afrodita, dios del amor entre los griegos, no es solamente el signo del amor físico sino también un agente cosmogónico. Dice Maury, que el Eros cosmogónico es la fuerza atractiva que lleva a los corpúsculos elementales a agregarse y combinarse. Eros fue el producto de una abstracción y una reflexión filosófica.

Anteros, su contraparte, genio que se refiere al amor masculino. Se lo representa disputando una palma a Eros, como personificación de la resistencia del corazón del joven a las instancias de sus amantes. Se lo consideraba el vengador de los desdenes amorosos. (N. del T.)

¹⁶ *Cupido*: Mitología: Dios del amor en la mitología romana, es el Eros de la mitología griega. Hijo de Marte y de Venus y, según otra tradición, de la Noche y del Erebo. (N. del T.)

¹⁷ *Hermes*: Mitología: Nombre griego de Mercurio (Mercurio el mensajero de los dioses). Este mismo nombre fue dado a dos grandes iniciados egipcios, que se dice vivieron en el tiempo de Abraham (1900 años antes de Cristo). El segundo fue denominado Trimegisto, tres veces grande. También hay noticias de que se designaba bajo el mismo nombre de Hermes a la academia de los altos iniciados egipcios. (N. del T.)

conflagración. La gracia, es decir, la serpiente blanca, simbolizada por la paloma y el cordero, sería la corriente astral de la vida, cargada de los méritos del Redentor y los Santos.

El diablo, el tentador, sería la corriente astral de la muerte, la serpiente negra manchada con todos los crímenes de los hombres, escarnecida por sus malos pensamientos, llena de venenos resultantes de sus malos deseos; en una palabra, *El Magnetismo del mal*.

Entre el bien y el mal el conflicto es eterno. Son siempre irreconciliables. El mal es condenado para siempre a los tormentos que acompañan al desorden, y es por eso que, desde la infancia, no cesa de solicitarnos y atraernos para sí. Todo lo que la poesía dogmática afirma del rey Satán se explica perfectamente por este espantoso magnetismo, tanto más terrible cuanto más fatal, y tanto menos temible para la virtud, a la que no podría alcanzar, porque ésta, con el auxilio de la gracia, puede resistirle.

CAPÍTULO V

LAS TINIEBLAS EXTERIORES

Quedó dicho que el fenómeno de la luz física se opera y se realiza únicamente en los ojos que la ven. Es decir, que la visibilidad no existiría para nosotros sin la facultad de la visión.

Lo mismo acontece con la luz intelectual: ella sólo existe para las inteligencias que son capaces de verla. Es la luz interior fuera de la cual nada existe sino las tinieblas exteriores donde, según la palabra del Cristo, no existen más que “llantos y crujir de dientes”.

Los enemigos de la verdad se asemejan a los niños miedosos, que derriban y apagan las luces para gritar y llorar mejor en las tinieblas.

La verdad es tan indispensable del bien que toda mala acción, libremente consentida y realizada, sin que la conciencia proteste, apaga la luz de nuestra alma y nos lanza hacia las tinieblas exteriores.

En esto radica la esencia del pecado mortal. El pecador está representado por el mítico Edipo,¹⁸ quien después de matar a su padre y ultrajar a su madre acabó por cegar sus propios ojos.

El padre de la inteligencia es el saber y su madre es la creencia.

Había dos árboles en el Edén, el árbol de la Ciencia y el árbol de la Vida.

El saber debe y puede fecundar la Fe; sin él, ella se gasta en abortos monstruosos y sólo produce fantasmas.

La Fe debe ser la recompensa del saber y el fin de todos sus esfuerzos; sin ella, dicho saber acaba por dudar de sí mismo y cae en un desaliento profundo que luego se cambia en desesperación.

Así, de un lado los creyentes que desprecian la ciencia y que desconocen la Naturaleza, y del otro, los sabios que ultrajan, repelen y quieren aniquilar la Fe, son igualmente enemigos de la Luz y se precipitan, cada cual más deprisa, en las tinieblas exteriores en que Proudhon y Veuillot hacen oír su voz más triste que el sollozo y el crujir de sus dientes.

¹⁸ *Edipo*: Rey de Tebas. Hijo de Layo, rey de Tebas y de Yocasta. El Oráculo de Apolo predijo a Layo que moriría a manos de su hijo. Apenas nacido Edipo, su padre, para que no se cumpliera la predicción, lo hizo llevar al monte Citerón y ordenó que fuera suspendido de los pies a la rama de un árbol. Lo encontraron unos pastores, y por la hinchazón que había producido en sus pies la ligadura lo llamaron Edipo (pies hinchados). Más tarde fue el “vencedor de la Esfinge” lo cual no es más que una alegoría iniciática. (N. del T.)

La verdadera fe no puede estar en contradicción con la verdadera ciencia. Toda explicación de dogma cuya falsedad demostrase la ciencia debe ser reprobada por la fe.

No estamos en el tiempo en que se decía: “creo porque es absurdo”. Debemos decir ahora: “Creo, porque sería absurdo no creer”: *Credo quia absurdum non credere*.

La ciencia y la fe ya no son dos máquinas de guerra prontas a chocar, sino las dos columnas destinadas a sostener el frontispicio del templo en la paz. Es preciso limpiar el oro del Santuario, ordinariamente tan deslucido por la inmundicia sacerdotal.

El Cristo dice: “Las palabras del dogma son Espíritu y Vida”, y para El la materia nada vale. Añade también: “No juzguéis para no ser juzgados, pues el juicio que hagáis os será aplicado y seréis medidos con la misma medida que uséis”. ¡Qué espléndido elogio de la sabiduría y de la duda! ¡Y qué proclamación de la libertad de conciencia! De hecho, una cosa es evidente para quien presta atención al buen sentido: que si existiese una ley rigurosa aplicable a todos, y sin cuya observancia fuese imposible la salvación, sería preciso que esa ley promulgara de manera tal que nadie pudiese discutirla o dudar de ella. La duda posible equivaldría a una negación formal y el desconocimiento de dicha ley por parte de un solo hombre anularía de por sí, la divinidad de dicha ley.

No hay dos maneras de ser hombre de bien. ¿Será la religión menos importante que la probidad? Sin duda que no, y es por eso que jamás hubo más que una religión en el mundo. Las disidencias son apenas aparentes. Pero lo que siempre hubo de irreligioso y horrible es el fanatismo de los ignorantes, que se dañan mutuamente.

La religión verdadera es la religión universal, y es por esto que solamente la que se llama católica trae la verdad. Esta religión posee y conserva la ortodoxia del dogma, la jerarquía de los poderes, la eficacia del culto y la magia verdadera de la ceremonia. Sustentando esto, a pesar del Papa si fuere necesario, seremos tal vez más católicos que el Papa y más protestantes que Lutero.

La verdadera religión es, principalmente, la Luz Interna; las formas religiosas se multiplican a menudo y se esclarecen por el fósforo espectral en las tinieblas exteriores; pero es preciso respetar la individualidad de las almas que no comprenden el espíritu. La ciencia no puede y no debe emplear represalias contra la ignorancia.

El fanatismo no sabe por qué la Fe tiene razón y la razón, al mismo tiempo que reconoce que la religión es necesaria, sabe perfectamente en qué y por qué la superstición se engaña.

Toda la religión católica y cristiana está basada en el dogma de la gracia, esto es, de la gratitud. “Recibiréis liberalmente, dad también con libertad”, dice San Pablo. La religión es, esencialmente, una institución de

beneficencia. La iglesia es una casa de auxilio para los desheredados de la filosofía. Se puede dispensarla, pero no conviene atacarla. Los pobres que se abstienen de acudir a la Asistencia Pública no tienen por eso, el derecho de difamarla. El hombre que vive honestamente sin religión se priva a sí mismo de un gran auxilio, aunque por ello no hace ningún agravio a Dios. Los dones gratuitos no se sustituyen por castigos cuando alguien los rehusa, y Dios no es un usurero que haga pagar a los hombres intereses de lo que no le adeudan. Los hombres tienen necesidad de la religión, pero la religión no tiene necesidad de los hombres. Aquellos que no reconocen la ley, dice San Pablo, serán juzgados fuera de la ley. No habla aquí de la ley natural sino de la ley religiosa, o para ser más exactos, de las prescripciones sacerdotales.

Fuera de estas verdades, tan dulces y tan puras, sólo hay tinieblas exteriores, donde lloran aquellos que la religión mal comprendida no podría consolar y donde los sectarios que toman el odio por el amor hacen rechinar sus dientes.

Santa Teresa tuvo una visión formidable en cierta oportunidad. Le pareció estar en el infierno encerrada entre dos paredes vivientes que constantemente se acercaban sin llegar nunca a aplastarla. Esta prisión, hecha de paredes palpables, podría hacernos pensar en aquella palabra amenazadora de Cristo: “¡Las tinieblas exteriores! Imaginemos un alma que por odio a la Luz se vuelve ciega como Edipo; que resiste todas las atracciones de la vida y que huye de la vida como de la luz. Lanzada fuera de la atracción de los mundos y de la claridad de los soles, deambula sola en la inmensidad oscura para toda la eternidad y únicamente existe para ella misma y para los ciegos voluntarios que se le asemejan. Inmóvil en la sombra, sufre la tortura eterna de la noche. Le parece que todo está aniquilado, excepto su propio sufrimiento capaz de llenar el infinito. ¡Oh dolor! ¡haber podido comprender y sin embargo haberse obstinado en el idiotismo de una fe insensata! ¡Haber podido amar y tener atrofiado el corazón! ¡Una hora solamente, o al menos un minuto de las alegrías más imperfectas y de los más fugitivos amores! ¡Un poco de aire! ¡Un poco de sol! ¡Siquiera un poco de claridad y un tablado para saltar! ¡Una gota de vida, o aun menos que una gota, una lágrima! Y la eternidad implacable le responde: ¡Qué hablas tú de lágrimas, si tú misma no puedes llorar! Las lágrimas son el rocío de la vida y la destilación de la savia del amor; tú misma te aislaste en el egoísmo y te encerraste en la Muerte.

¡Ah! ¡Quisiste ser más santa que Dios! ¡Escupiste en el rostro de nuestra señora madre, la casta y la divina Naturaleza! ¡Has maldecido a la Ciencia, la Inteligencia y el Progreso! ¡Creíste que para vivir eternamente era preciso asemejarse a un cadáver y disecarse como una momia!

No eres más que tu propia obra: ¡goza en paz de la eternidad que has escogido! Sin embargo, aquellas pobres gentes a quienes llamabais

pecadores y malditos irán a salvaros. Aumentaremos la luz, voltearemos tu pared para arrancaros de vuestra inercia. Un enjambre de amores, o si queréis una legión de ángeles (amores y ángeles han sido creados de la misma manera), lo rodearán y llevarán con guirnaldas de flores y lucharás con el Mefistófeles del bello drama filosófico de Goethe. A pesar tuyo, a pesar de tus disciplinas y tu rostro pálido, revivirás, amarás, sabrás y sobre los restos del último convento verás también danzar con nosotros la rueda infernal de Fausto!

¡Felices aquellos que lloraban en el tiempo de Jesús! ¡Felices, ahora, los que saben reír, *porque reír es propio del hombre*, como dice el gran profeta Rabelais,¹⁹ el Mesías del Renacimiento. La risa es la indulgencia, la risa es la filosofía. El cielo se calma cuando ríe, y el Gran Arcano de la omnipotencia divina no es más que una sonrisa eterna.

¹⁹ *Rabelais, Francisco*: Sacerdote católico, filósofo, médico y escritor francés; autor de las célebres obras “Gargantúa” y “Pantagruel”. Durante su permanencia en el convento franciscano de Fontenayle-Comte, donde hizo su noviciado y recibió las órdenes sacerdotales, despertaron en él dos grandes sentimientos que arraigaron profundamente: el amor a las letras y el odio a los frailes. Tuvo que huir del convento por haberse vuelto sospechoso al Capítulo de la Orden. En 1511 fue nombrado cura párroco de Meudon. Dice de él Colleret: “Desempeñó este curato con toda la sinceridad, buena fe y caridad que se pueden esperar de un hombre que quiere cumplir con su deber. No se ve queja ni contra sus costumbres ni contra su conducta pastoral.” Rabelais, institutor y moralista de primera línea para quien lo lee con ánimo sereno, usa mucho de la sátira fina e ingeniosa como la de Cervantes. Los mediocres consideran sus obras sin valor. El destino de Rabelais fue vivir siempre perseguido por los religiosos y los teólogos y haber sido siempre aplaudido por los prelados y los príncipes, pues a estos últimos debió su completa rehabilitación y la publicación de sus numerosas obras. (N. del T.)

CAPÍTULO VI

EL GRAN SECRETO

Sabiduría, moralidad, virtud: palabras respetables, pero vagas, sobre las cuales se disputa desde hace muchos siglos pero sin haber conseguido entenderlas.

Querría ser sabio, mas ¿tendré yo la certeza de mi sabiduría, mientras crea que los locos son más felices y hasta más alegres que yo?

Es preciso tener buenas costumbres, pero todos somos algo niños; las moralidades nos adormecen. Y es que nos enseñan moralidades tontas que no convienen a nuestra naturaleza. Hablamos de lo que no nos interesa y pensamos en otra cosa.

Excelente cosa es la virtud: su nombre quiere decir fuerza, poder. El mundo subsiste por la virtud de Dios. Mas ¿en qué consiste para nosotros la virtud? ¿Será una virtud para enflaquecer la cabeza o suavizar el rostro? ¿Llamaremos virtud a la simplicidad del hombre de bien que se deja despojar por los bellacos? ¿Será virtud abstenerse en el temor de abusar? ¿Qué pensaríamos de un hombre que no andase por miedo de quebrarse una pierna? La virtud, en todas las cosas, es lo opuesto de la nulidad, del sopor y de la impotencia.

La virtud supone la acción; pues si ordinariamente oponemos la virtud a las pasiones es para demostrar que ella nunca es pasiva.

La virtud no es solamente la fuerza, es también la razón directora de la fuerza. Es el poder equilibrante de la vida.

El gran secreto de la virtud, de la virtualidad y de la vida, sea temporal, sea eterna, puede formularse así:

El arte de balancear las fuerzas para equilibrar el movimiento.

El equilibrio que se necesita alcanzar no es el que produce la inmovilidad, sino el que realiza el movimiento. Pues la inmovilidad es muerte y el movimiento es vida.

Este equilibrio motor es el de la propia Naturaleza. La Naturaleza, equilibrando las fuerzas fatales, produce el mal físico y la destrucción aparente del hombre mal equilibrado. El hombre se libera de los males de la Naturaleza sabiendo sustraerse a la fatalidad de las circunstancias por el empleo inteligente de su libertad. Empleamos aquí la palabra fatalidad, porque las fuerzas imprevistas e incomprensibles para el hombre necesariamente le parecen fatales.

La Naturaleza ha previsto la conservación de los animales dotados por el instinto, pero también dispone de todo para que el hombre imprudente perezca.

Los animales viven, por así decirlo, por sí mismos y sin esfuerzos. Sólo el hombre debe aprender a vivir. La ciencia de la vida es la ciencia del equilibrio moral.

Conciliar el saber y la religión, la razón y el sentimiento, la energía y la dulzura es el fondo de ese equilibrio.

La verdadera fuerza invencible es la fuerza sin violencia. Los hombres violentos son hombres débiles e imprudentes, cuyos esfuerzos se vuelven siempre contra ellos mismos.

El afecto violento se asemeja al odio y casi a la aversión.

La cólera hace que la persona se entregue ciegamente a sus enemigos. Los héroes de Homero, cuando combaten, tienen el cuidado de insultarse para entrar en furor recíprocamente, sabiendo de antemano, con todas las probabilidades, que el más furioso de los dos será vencido.

El fogoso Aquiles estaba predestinado a perecer desgraciadamente. Era el más altivo y el más valeroso de los griegos y sólo causaba desastres a sus conciudadanos.

El que hace tomar Troya es el prudente y paciente Ulises, que sabe siempre contenerse y sólo hiere con golpe seguro. Aquiles es la pasión y Ulises la virtud y es desde este punto de vista que debemos tratar de comprender el alto alcance filosófico y moral de los poemas de Homero.

Sin duda que el autor de estos poemas era un iniciado de primer orden, pues el Gran Arcano de la Alta Magia práctica, está entero en la Odisea.

El Gran Arcano Mágico, el Arcano único e incommunicable tiene por objeto poner, por así decirlo, el poder divino al servicio de la voluntad del hombre.

Para llegar a la realización de este Arcano es preciso SABER lo que se debe hacer, QUERER lo exacto, OSAR en lo que se debe y CALLAR con discernimiento.²⁰

El Ulises de Homero²¹ tiene, en contra de sí, a los dioses, los elementos, los cíclopes, las sirenas, Circe, etc., es decir, a todas las dificultades y todos los peligros de la vida.

²⁰ *Saber, Querer, Osar, Callar*: La palabra cuádruple del enigma eterno propuesto por la Esfinge: *Saber*, en su cabeza de mujer de mirada penetrante; *Querer*, en los flancos del laborioso toro; *Osar*, en sus garras de león, y *Callar*, en las alas plegadas. Esto debía comprenderlo el aspirante a los misterios de Egipto, y además, saber leer el cuádruple verbo: Querer saber; Querer osar; Querer callar. Saber querer; Saber callar; Saber osar. Osar querer; Osar saber; Osar callar, antes de tener el derecho a penetrar por el portal del monstruo a los corredores subterráneos y salas iniciáticas. (N. del T.)

²¹ *Ulises*: Mitología: Rey de Itaca, uno de los principales héroes en la guerra de Troya, esposo de Penélope y padre de Telémaco. Sus aventuras constituyen el argumento de la Odisea de Homero. (N. del T.)

Su palacio es invadido, su mujer es obsediada, sus bienes son saqueados, su muerte es resuelta, pierde sus compañeros, sus navíos son hundidos; en fin, queda solo en su lucha contra la noche y el mal. Y así, solo, aplaca a los dioses, escapa del mal, ciega al cíclope, engaña a las sirenas, domina a Circe, recupera su palacio, libera a su mujer, mata a los que querían matarlo, y todo, porque *quería* volver a ver a Itaca y a Penélope, porque *sabía* escapar siempre del peligro, porque se *atreve*a con decisión y porque *callaba* siempre que fuera conveniente no hablar.

Pero, dirán contrariados los amantes de los cuentos azules, esto no es magia. ¿No existen talismanes, yerbas y raíces que hacen operar prodigios? ¿No hay fórmulas misteriosas que abren las puertas cerradas y hacen aparecer a los espíritus? Háblanos de esto y deja para otra ocasión tus comentarios sobre la Odisea.

Si habéis leído mis obras precedentes, sabéis entonces que reconozco la eficacia relativa de las fórmulas, de las yerbas y de los talismanes. Pero éstos apenas son pequeños medios que se enlazan a los pequeños misterios. Os hablo ahora de las grandes fuerzas morales y no de los instrumentos materiales. Las fórmulas pertenecen a los ritos de iniciación; los talismanes son auxiliares magnéticos; y las yerbas corresponden a la medicina oculta, y el propio Homero no las desdeñaba. El Moly, el Lothos y el Nepenthes²² tienen su lugar en estos poemas, pero son ornamentos muy accesorios. La copa de Circe nada puede sobre Ulises, que conoce sus efectos funestos y sabe eludir de beberla. El iniciado en la alta ciencia de los magos nada tiene que temer a los hechiceros.

Las personas que recorren la magia ceremonial y van a consultar adivinos se asemejan a los que, multiplicando las prácticas de devoción, quieren o esperan suplir con ello la religión verdadera. Dichas personas nunca estarán satisfechas de vuestros sabios consejos.

Todas esconden un secreto que es bien fácil de adivinar, y que podría expresarse así: “tengo una pasión que la razón condena y me antepongo a la razón; es por eso que vengo a consultar el oráculo del desvarío, a fin de que me haga esperar, que me ayude a engañar mi conciencia y me de la paz del corazón”.

Van así a beber en una fuente engañosa que después de satisfacerles la sed la aumenta cada vez más. El charlatán suministra oráculos oscuros y la gente encuentra en ellos lo que quiere encontrar y vuelve a buscar más esclarecimientos. Regresa al día siguiente, vuelve siempre, y de ese modo son los charlatanes los que hacen fortuna.

Los Gnósticos basilidianos decían que Sophia, la sabiduría natural del hombre, habiéndose enamorado de sí misma, como el Narciso de la mitología clásica, desvió la mirada de su principio y se lanzó fuera del

²² *Moly, Lothos, Nepenthes*: Plantas que figuran en los poemas de Homero y que servirían por sus virtudes simpáticas, para experiencias mágicas. (N. del T.)

círculo trazado pro la luz divina llamada pleroma. Abandonada entonces a las tinieblas, hizo sacrilegios para dar a luz. Pero una hemorragia semejante a la que alude el Evangelio, le hizo perder su sangre, que se iba transformando en monstruos horribles. ¡La más peligrosa de todas las locuras es la de la sabiduría corrompida!

Los corazones corrompidos envenenan toda la naturaleza. Para ellos el esplendor de los bellos días es apenas un ofuscante tedio y todos los goces de la vida, muertos para estas almas muertas, se levantan delante de ellas para maldecirlas, como los espectros de Ricardo III: “desespera y muere”. Los grandes entusiasmos les hacen sonreír y lanzar al amor y a la belleza, como para vengarse, el desprecio insolente de Stenio y de Rollon. No debemos dejar caer los brazos acusando a la fatalidad; debemos luchar contra ella y vencerla. Aquellos que sucumben en ese combate son los que no supieron o no quisieron triunfar. *No saber* es una disculpa, pero no una justificación, puesto que *se puede aprender*. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”, dijo el Cristo al expirar. Si fuese permitido *no saber* la oración del Salvador habría sido inexacta y el Padre nada hubiera tenido que perdonarles.

Cuando la gente *no sabe*, debe *querer* aprender. Mientras no se *sabe* es temerario *osar*, pero siempre es bueno *saber callar*.

CAPÍTULO VII

EL PODER QUE CREA Y QUE TRANSFORMA

La voluntad es esencialmente realizadora, podemos hacer todo cuanto razonablemente creemos poder ejecutar.

En su esfera de acción, el hombre dispone de la omnipotencia de Dios; puede crear y transformar.

Pero este poder debe ejercerlo primeramente, sobre sí mismo. Cuando viene al mundo, sus facultades son un caos, las tinieblas de la inteligencia cubren el abismo de su corazón, y su espíritu, como arrastrado por las ondas del mar, está agitado por la incertidumbre.

Le es dada entonces la razón, pero esta razón aún es pasiva y es él mismo quien debe volverla activa; es a él a quien corresponde enfrentar las olas y exclamar: ¡Hágase la luz!

Así el hombre se tornará una razón, una conciencia; se hará un corazón. La ley divina le será dada en medida de lo que él realice, y la Naturaleza entera corresponderá a sus deseos.

La eternidad entrará y permanecerá en su memoria. Dirá al espíritu: sé materia, y a la materia, sé espíritu, y el espíritu y la materia le obedecerán.

Toda sustancia se modifica por la acción, toda acción es dirigida por el espíritu, todo espíritu se dirige conforme una voluntad, y toda voluntad es determinada por una razón.

La realidad de las cosas está en su razón de ser. Esta razón de las cosas es el principio de lo que es.

Todo es sólo fuerza y materia, dicen los ateos. Lo que equivale a afirmar, que los libros son apenas papel y tinta.

La materia es auxiliar del espíritu, sin el cual ella no tendría razón de ser y no existiría.

La materia se transforma en espíritu por intermedio de nuestros sentidos y esta transformación, sensible solamente a nuestras almas, es lo que llamamos el placer.

El placer es el sentimiento de una acción divina. Alimentarse es crear la vida y transformar, del modo más maravilloso, las sustancias muertas en sustancias vivas.

¿Por qué la Naturaleza impulsa los sexos, uno hacia el otro, con tanto arrebató y tanta embriaguez? Es que ella nos convida a la gran obra por excelencia, la obra de la eterna fecundidad.

¿Qué se hable de los goces de la carne? La carne no tiene tristezas ni goces: es un instrumento pasivo. Nuestros nervios son las cuerdas del instrumento con el cual la Naturaleza nos hace oír y sentir la música de la voluptuosidad, y todos los goces de la vida, aún los más perturbadores, son parcela exclusiva del alma.

¿Qué es la belleza, sino la expresión del espíritu sobre la materia? ¿Acaso el cuerpo de la Venus de Milo tiene que ser de carne para recrear nuestros ojos y exaltar nuestro pensamiento? La belleza de la mujer es el himno de la maternidad; la forma agradable y delicada de su seno nos recuerda, continuamente, la primera sede de nuestros labios; queremos retribuirle en besos eternos lo que nos dio en suaves efusiones. ¿Es pues de la carne que estamos enamorados? Despojadas de su adorable poesía, ¿qué nos inspirarían estas inciertas, flexibles y angulosas mujeres, de piel morena las unas, de blanco rosáceo las otras? ¿Y qué sería de nuestras más hermosas emociones si la mano del amante, cesando de temblar, tuviese que armarse del lente del físico o el escalpelo del anatomista?

En una fábula ingeniosa, relata Apuleyo que un experimentador inhábil, después de seducir a la criada de una maga, quien le proporcionó una pomada preparada por su señora, trató de transformarse en pájaro, pero sólo consiguió metamorfosearse en asno. Le dicen que para readquirir su primera forma le bastará con comer rosas, lo cual al principio juzgó cosa fácil. Mas luego comprendió que las rosas no están echas para los asnos. Quiere aproximarse a un rosal y lo repelen a garrotazos, sufre mil males y, al fin, sólo pudo ser liberado por la intervención directa de la Divinidad.

Se sospecha que Apuleyo haya sido cristiano, pues en esta leyenda el asno ha querido verse una crítica velada a los misterios del cristianismo. Los cristianos, ansiosos por volar al cielo, habrían desconocido la ciencia y caído bajo el yugo de esa fe ciega que los arrastraba a adorar, en los primeros siglos, la cabeza de un asno, según afirman sus detractores.

Esclavos de una austeridad fatal, se volvieron indiferentes a todas las bellezas naturales simbolizadas en la fábula de Apuleyo por las rosas. El placer, la belleza, la naturaleza y la vida misma, eran anatematizadas por estos rudos e ignorantes conductores, que palpaban en su frente al pobre asno de Bethlem. Fue entonces cuando la Edad Media soñó con el romance de la Rosa y los Iniciados en las ciencias antiguas, ansiosos por reconquistar a la ROSA, sin abjurar de la CRUZ, reunieron ambas imágenes y tomaron el nombre de ROSA-CRUZ, a fin de que la Rosa fuese de nuevo sobre la Cruz, y que la Cruz, a su vez, pudiese immortalizarse a través de la Rosa.

Sólo existe verdadero placer, verdadera belleza, verdadero amor, para los sabios que son verdaderamente creadores de su propia felicidad. Ellos se abstienen para aprender a usar bien, y si se privan es para adquirir una felicidad.

¿Hay acaso miseria más deplorable que la del alma? ¿Cuán dignos de lástima son los que empobrecen su corazón! Comparad la pobreza de Homero y la riqueza de Trimalcion y decidme ¿cuál de los dos es más miserable? ¿Qué son los bienes que nos pervierten y que nunca poseemos, puesto que siempre debemos perderlos o dejarlos para otros? ¿Para qué sirven, si nuestras manos no los convierten en instrumentos de sabiduría? Aumentar las necesidades de la vida animal; embrutecernos en la saciedad y en el disgusto, ¿será el fin de la existencia, lo positivo de la vida? ¿No es esto, por el contrario, el ideal más falso y más depravado? Emplear el alma para engordar el cuerpo ya es de por sí gran locura; pero matar el alma y el cuerpo para dejar un día una gran fortuna a un joven idiota que la arrojará a manos llenas a los pies de la primera cortesana, ¿no es el colmo de la demencia? Y, sin embargo, esto es lo que hacen los hombres serios que llaman soñadores a los filósofos y a los poetas.

Lo que hallo deseable, decía Curio, no es tener riquezas sino mandar a los que las poseen, y San Vicente de Paul, sin pensar en la máxima de Curio, reveló toda su grandeza en el ejército de la beneficencia. ¿Qué soberano habría podido fundar tantos hospitales, dotar tantos asilos? ¿Qué Rotschild hubiera encontrado tantos millones para esto? El pobre padre Vicente de Paul deseó y pidió las riquezas y éstas obedecieron.

Porque poseía el *poder que crea y que transforma*: una voluntad perseverante y sabia, apoyada en las leyes más sagradas de la Naturaleza. Aprended a querer lo que Dios quiere, y todo lo que quisiereis se realizará ciertamente.

Sabed también que los contrarios se realizan por los contrarios: la codicia es siempre pobre, el desinterés es siempre rico.

El orgullo provoca el desprecio, la modestia atrae la alabanza, el libertinaje mata el placer, la temperancia purifica y renueva los goces. Con seguridad, siempre obtendréis lo contrario de lo que queráis injustamente, y siempre recibiréis el céntuplo de lo que sacrificuéis por la justicia. Así pues, si queréis cosechar a la izquierda, sembrad a la derecha; y medita en este consejo que tiene la apariencia de una paradoja, pero que os hará entrever uno de los mayores secretos de la filosofía oculta.

¿Queréis atraer? Haced el vacío. Esto se realiza en virtud de una ley física análoga a una ley moral. Las corrientes impetuosas siempre buscan las profundidades inmensas. Las aguas son hijas de las nubes y siempre buscan los valles. Los goces verdaderos vienen de lo alto, ya lo dijimos: es el deseo el que os atrae y el deseo es un abismo.

La nada atrae al todo y es por eso que los seres más indignos de amor son, muchas veces, los más amados. La plenitud busca el vacío y el vacío atrae la plenitud. Los animales y las almas bien lo saben.

Píndaro,²³ nunca habría amado a Safo²⁴ y Safo debió resignarse a todo el desdén de Faon. Un hombre y una mujer de genio son hermano y hermana; su unión sería un incesto, y el hombre que es solamente un hombre nunca amarán a una mujer de barba.

Rousseau pareció haber presentido esto cuando se casó con una criada, un marimacho estúpido y ávido. Pero nunca pudo hacer comprender a Teresa su superioridad intelectual, y él le era, evidentemente, inferior en las groserías de la existencia. En el hogar, Teresa era el hombre y Rousseau la mujer. Rousseau era demasiado altivo para aceptar semejante posición. Protestó contra el hogar, enviando los hijos de Teresa a la casa de expósitos, puso así la naturaleza entre él y ella y se expuso a todas las venganzas de la madre.

¡Hombres de genio, no tengáis hijos; vuestros únicos y legítimos hijos son vuestros libros. Nunca os caséis; vuestra esposa es la gloria! Guardad vuestra virilidad para ella; y si en buena hora encontráis una Eloísa, no os expongáis por una mujer al destino de Abelardo.

²³ *Píndaro*: Príncipe de los poetas líricos griegos (N. del T.)

²⁴ *Safo*: célebre poetisa griega (N. del T.)

CAPÍTULO VIII

LAS EMANACIONES ASTRALES Y LAS PROYECCIONES MAGNETICAS

El universo es un conjunto de glóbulos imantados que se atraen y se repelen mutuamente. Los seres producidos por los diferentes glóbulos participan de dicha imantación universal.

Los hombres mal equilibrados son imanes perturbados o excesivos que la Naturaleza vuelve enemigos, hasta que la falta parcial de equilibrio produce la destrucción.

El análisis espectral de Bunsen llevará a la ciencia a distinguir la especialidad de los imanes y a dar así una razón científica a los fundamentos antiguos de la astrología judiciaria. Los diversos planetas del sistema ejercen, ciertamente, una acción magnética sobre nuestro globo y sobre las diversas organizaciones de los entes vivos que lo habitan.

Todos bebemos los aromas del cielo mezclados con el espíritu de la tierra y, nacidos bajo la influencia de distintas estrellas, cada uno de nosotros sentimos preferencias por una fuerza representada por una forma, un genio y un color determinados.

La pitonisa de Delfos, sentada en un trípode sobre una grieta de la tierra, aspiraba el fluido astral por los órganos sexuales, y al caer luego en estado demencial o sonambúlico profería palabras incoherentes que, en ocasiones, resultaban oráculos. Todas las naturalezas nerviosas entregadas a los desórdenes de las pasiones se asemejan a la pitonisa y aspiran PYTHON, el espíritu malo y fatal de la tierra; proyectan después con fuerza el fluido que las penetró y aspiran enseguida, con igual fuerza, el fluido vital de los otros entes, absorbiéndolos y ejerciendo así, alternativamente, el poder nefasto del *jettatore*²⁵ y del vampiro.

Si los dolientes afectados por este aspirar y respirar deletéreos lo toman por un poder y quieren aumentar su ascensión y proyección, manifestarán sus deseos por ceremonias que se llaman evocaciones, hechizos, etc., convirtiéndose en lo que, antiguamente se denominaba necromantes y hechiceros.

²⁵ *Jettatore*: Jettatura. mal de ojo o la influencia que determinadas personas ejercen sobre otras por medio de la mirada. La posibilidad de este fenómeno se basa: 1º, en el poder especial de la mirada; 2º, en la fuerza proyectante de la voluntad; 3º en el influjo de la sugestión. Palabra italiana derivada del latín *jectitare*, lanzar frecuentemente, que proviene de *jectare*, lanzar o emanar. (N. del T.)

Toda apelación a una inteligencia desconocida y extraña, cuya existencia nos es demostrada, y que tiene por fin sustituir su dirección por la de nuestra razón y libre albedrío, puede considerarse como un suicidio intelectual, pues es un llamado a la locura.

Todo lo que abandona su voluntad a fuerzas misteriosas, todo lo que hace hablar en nosotros otras voces que no sean las de la conciencia y las de la razón, pertenece a la alienación mental.

Los locos son visionarios extáticos. Toda visión que se produzca en estado de vigilia es un acceso de locura. El arte de las evocaciones consiste en provocar intencionadamente una locura ficticia.

Toda visión pertenece a la naturaleza del sueño. Es una ficción de nuestra demencia. Es una nube de nuestra imaginación en desorden, proyectada en la luz astral. Somos nosotros mismos quienes aparecen ante nosotros, disfrazados de fantasmas, cadáveres o demonios.

Aparentemente, en el círculo de atracción y de su proyección magnética los locos logran que la Naturaleza produzca disparates: los muebles saltan y se dislocan; los cuerpos leves son atraídos y lanzados a distancia. Los alienistas lo saben muy bien, pero temen afirmarlo, porque la ciencia oficial aún no ha admitido que los seres humanos son imanes y que estos imanes pueden ser perturbados y falseados. El abate Vianney, cura de Ars, se creía incesantemente ridiculizado por el demonio; y Berbiguier de Terranova, se armaba de largos alfileres para espantar a los duendes.

El punto de apoyo existe en la resistencia que les opone el progreso indisciplinado. En la democracia, lo que hace difícil la buena organización es que cada soldado quiere ser un general. Entre los Jesuitas sólo hay un general.

La obediencia es la gimnasia de la libertad, y para llegar a ser lo que se quiere es preciso aprender a hacer, muchas veces, lo que no se quería hacer. Sólo nos agrada estar al servicio de la fantasía. Hacer lo que debemos querer, es ejercitar y hacer triunfar, al mismo tiempo, la razón y la voluntad.

Los contrarios se afirman y se confirman por los contrarios. Mirar para la izquierda cuando se quiere ir a la derecha es disimulación y prudencia; pero poner pesas en el plato izquierdo de una balanza cuando se quiere hacer subir el plato de la derecha, es conocer las leyes de la dinámica y del equilibrio.

En dinámica, la resistencia determina la cantidad de fuerza pero como no existe resistencia que pueda soportar por la persistencia del esfuerzo y del movimiento, el ratón logra roer la cuerda y la gota de agua consigue horadar la roca.

El esfuerzo renovado diariamente aumenta y conserva la fuerza, pero si la acción es aplicada a una cosa diferente de sí misma, entonces es irracional y ridícula. Es ocupación poco seria, en apariencia, mover entre

los dedos las cuentas de un rosario, repitiendo doscientas o trescientas veces: Ave María. Pues bien, que una religiosa se acueste sin haber recitado su rosario, al día siguiente despertará intranquila, no tendrá valor de hacer la oración de la mañana y pasará distraída durante el oficio. Es por eso que sus directores le repiten continuamente y con razón que no descuide de las cosas pequeñas.

Los grimorios y rituales mágicos están llenos de prescripciones minuciosas y aparentemente ridículas.

Comer durante diez o veinte días alimentos sin sal; dormir apoyado en los codos; sacrificar un gallo negro a medianoche, en una encrucijada y dentro de una floresta; ir a un cementerio a buscar tierra de la tumba reciente de un difunto; cubrirse con ciertos vestuarios bizarros y recitar largas y fastidiosas conjuraciones, etc. ¿Querían los autores de estos libros burlarse de sus lectores? ¿Les revelaban secretos verdaderos? No se burlaban, y sus enseñanzas eran serias. Tenían por fin exaltar la imaginación de sus adeptos y darles conciencia de una fuerza suplementaria que existe en cuanto creen en ella y que se aumenta en proporción directa con la perseverancia de los esfuerzos. Puede ocurrir no obstante, que, por la ley de reacción de los contrarios, obstinándose en orar a Dios se evoque al diablo, y que después de las conjuraciones satánicas se oiga el llanto de los ángeles. Todo el infierno danzaba alborozado cuando San Antonio recitaba los salmos, y el paraíso parecía renacer ante los encantamientos del gran Alberto y de Merlino.

Esto es así, porque las ceremonias en sí mismas carecen de importancia; todo depende del *aspir* y el *respir*. Las fórmulas consagradas por un largo uso nos ponen en comunicación con los vivos y los muertos, y a nuestra voluntad que, al penetrar así en las grandes corrientes queda impregnada de todos sus efluvios. Una criada que practica puede, en un momento dado, disponer hasta de la omnipotencia temporal de la iglesia sostenida por las armas de Francia, como aconteció en ocasión del bautismo y rapto del judío Montara. Toda la civilización de Europa, en el siglo XIV, protestó contra este acto y lo sufrió, sólo porque una criada devota así lo quiso. Y la tierra enviaba en auxilio de esa moza las emanaciones espectrales de los siglos de Santo Domingo y Torquemada; San Ghisleri oraba por ella. La sombra del gran rey revocador del edicto de Nantes le hacía una señal de aprobación, y el mundo clerical entero estaba pronto para sostenerla.

Juana de Arco, que fue quemada como hechicera, había atraído para sí, de hecho, el espíritu de la heroica Francia y lo irradiaba de un modo maravilloso, electrizando a nuestro ejército y haciendo huir a los ingleses. Un papa la rehabilitó; pero era muy poco; era preciso canonizarla. Si esta taumaturga no era una hechicera, evidentemente tenía que ser una santa. Y al fin de cuentas, ¿qué es un hechicero? Es un taumaturgo que el papa no aprueba.

Los milagros son, por así decirlo, las extravagancias de la Naturaleza producidas por la exaltación del hombre. Acontecen siempre en virtud de las mismas leyes. Todo personaje de celebridad popular podría hacer milagros, y a veces los hace, sin querer. En un tiempo en que la Francia adoraba a sus reyes, los reyes de Francia curaban las escrófulas, y en nuestros días, la gran popularidad de estos soldados pintorescos y bárbaros, llamados zuavos, desenvolvió en uno de los suyos, el zuavo Jacob, la facultad de curar por la voz y por los ojos. Dicen que este zuavo dejó su puesto para pasar a los granaderos, y creemos, con seguridad, que el granadero Jacob ya n o tendrá más el poder que, exclusivamente, le pertenecía al zuavo.

En tiempo de los Druidas, había en las Galias mujeres taumaturgas, a las que llamaban Elphos y Fadas.²⁶ Para los druidas eran santas; para los cristianos son hechiceras. José Bálsamo –para sus discípulos el Divino Cagliostro– fue condenado en Roma como hereje y hechicero, por haber hecho predicciones y milagros sin la autorización del Ordinario. Pero en esto tenían razón los inquisidores, pues sólo la iglesia romana posee el monopolio de la Alta Magia y de las ceremonias eficaces. Con agua y sal ella encanta a los demonios; con pan y vino evoca a Dios y lo fuerza a hacerse visible y palpable en la tierra; con el óleo da la salud y el perdón.

Hace aún más: crea sacerdotes y reyes.

Sólo ella comprende y vuelve comprensible el por qué los reyes del triple reino mágico, los tres Magos guiados por la estrella flameante, ofrecieron a Jesús el Cristo, en su cuna, el oro que fascina los ojos y hace la conquista de los corazones, el incienso que lleva el ascetismo al cerebro y la mirra que conserva los cadáveres y hace de algún modo palpable el dogma de la inmortalidad, dejando ver la inviolabilidad y la incorrupción en la muerte.

²⁶ *Elphos*, Elfos, en la mitología escandinava, divinidades subalternas. *Fadas*, Hadas, seres fantásticos que se representan bajo forma de mujeres y se les atribuye poder mágico (N. del T)

CAPÍTULO IX

EL SACRIFICIO MAGICO

Hablemos primeramente del sacrificio en general.

¿Qué es el sacrificio? El sacrificio es la realización del amor.

Es la sustitución del culpable por el inocente en la obra voluntaria de la expiación.

Es la compensación por la generosa injusticia del justo, que sufre la pena de la cobarde injusticia del rebelde que usurpó el placer.

Es la temperancia del sabio que hace contrapeso en la vida universal a las orgías de los insensatos.

He aquí lo que en realidad es el sacrificio y, más que todo, lo que debe ser.

En el mudo antiguo el sacrificio era raramente voluntario. El hombre culpado amaba entonces el suplicio, al que consideraba como una conquista o su propiedad.

Ahora bien, la magia negra es la continuación oculta de los ritos del mundo antiguo. La inmolación es el fondo de los misterios de la nigromancia, y los hechizos son sacrificios mágicos en los que el magnetismo del mal sustituye a la hoguera y la cuchilla. En la religión, lo que salva es la Fe; en la magia negra, lo que mata es la Fe.

Morir para salvar a otro es el sacrificio sublime. Matar a otro, para no morir, es el sacrificio impío.

Consentir el asesinato de un inocente, a fin de garantizar la impunidad de nuestros errores, sería la última y más imperdonable de las cobardías, si el ofrecimiento de la víctima no fuese voluntario y si ella no tuviese el derecho de ofrecerse como superior a nosotros y como señora absoluta de sí misma. Es así como fue sentida su necesidad para el rescate de los hombres.

Hablamos aquí de una creencia consagrada por siglos de adoración y por la fe de muchos millones de hombres, y como ya se dijo que el verbo colectivo y perseverante crea lo que afirma, podemos decir que esto es así.

Hoy, el sacrificio de la cruz se renueva y se perpetúa en el altar. Ahí es tal vez más admirable para el creyente. De hecho se halla allí el Dios-víctima, sin forma de hombre. Mudo y pasivo se entrega a quien quiere tomarlo y sin poner resistencia al que osa ultrajarlo. Y es una hostia blanca y frágil. Viene al llamado de un mal sacerdote, y no protestará si pretenden

mezclarlo a los ritos más impuros. Antes del cristianismo, las Estriges²⁷ comían la carne de los niños degollados; hoy, ellas se contentan con las santas hostias.

Se ignora qué poder sobrehumano de maldad extraen los devotos del abuso de los sacramentos. Nada es tan venenoso como un panfletario que comulga. “Tiene el mal vino”, dicen de un beodo que golpea a su mujer cuando está ebrio. Cierta día, un pretendido católico me dijo que existía el *buen Dios mal*. Parece que en la boca de ciertos comulgantes se opera una segunda transustanciación. Dios es puesto en su lengua, pero engullen al diablo.

La hostia católica es, en verdad, una cosa formidable. Contiene todo el cielo y todo el infierno, pues es imantada por el magnetismo de los siglos y de las multitudes; magnetismo del bien, cuando la gente se aproxima a ella con la verdadera Fe; magnetismo concentrado del mal, cuando de ella se hace un empleo indigno. Por eso mismo, nada es más buscado y considerado tan poderoso en la confección de los maleficios, como las hostias consagradas por sacerdotes legítimos, pero desviados de su piadoso destino por el robo sacrílego.

Creemos aquí, en el fondo de la magia negra y sus horrores, pero ninguno suponga que, denunciándolo, pretendemos alentar tan abominables prácticas.

Gilles de Laval, señor de Raiz, hacía celebrar la misa negra por un jacobino apóstata, en la capilla secreta de su castillo de Machecoul. A la elevación degollaban una criatura y el mariscal comulgaba con un fragmento de la hostia empapada en la sangre de la víctima.

El autor del grimorio de Honorio dice que el operador de las obras de magia negra debe ser sacerdote. Las mejores ceremonias para evocar al diablo son, según él, las del culto católico, y de hecho, y de acuerdo con el propio Padre Ventura, el diablo nació de los actos de ese culto. En una carta dirigida al señor Gougenot Desmousseaux, y publicada por este último en la carátula interior de una de sus principales obras, el sabio clérigo no teme afirmar que el diablo es un bufón de la religión católica (al menos tal como lo entendía el Padre Ventura). He aquí sus propias expresiones:

“Satán, dice Voltaire, es el cristianismo; sin Satán, no hay cristianismo.”

“Se puede, pues, decir que la obra prima de Satán es conseguir hacerse negar.”

“Demostrar la existencia de Satán es restablecer uno de los dogmas fundamentales que sirven de base al cristianismo y sin el cual es apenas una mera palabra.”

²⁷ *Estrige*, ave nocturna, infausta y del mal agüero, de la que el vulgo creía que se cebaba en la sangre de las criaturas o niños de pecho. Se da el mismo nombre a la lechuza. (N. del T.)

(Carta del Padre Ventura al caballero Gougenot Desmousseaux, en el frontis de su libro *La Magia en el siglo XIX*.)

Vemos pues, que después de haber dicho Proudhon: “Dios es el mal”, un sacerdote católico completa el pensamiento ateo, diciendo: “El cristianismo es Satán”. Y dice esto con absoluto candor, ya que supone defender la religión que calumnia de modo tan horrible. Y es este mismo Padre Ventura quien decía al Papa: “Por causa de una migaja no comprometamos el reino de los cielos”.

El Padre Ventura, personalmente, era un hombre de bien, y en muchas ocasiones en él predominaba el verdadero cristiano sobre su jerarquía eclesiástica.

Concertar en un punto combinado y ligar a una señal todas las aspiraciones para el bien, es tener bastante fe para realizar a Dios en esta señal. Tal es el milagro permanente que se verifica todos los días en los altares del verdadero cristianismo.

La misma señal, profanada y consagrada al mal, debe realizar el mal de idéntica manera; y si es justo, después de la comunión, puede decir: “No soy yo quien vive, es Jesucristo que vive en mí, soy Jesucristo, soy Dios”, también el comulgante indigno puede decir, con igual seguridad: “No soy más yo, soy Satán”.

Crear Satán es hacerse Satán, tal es el Gran Arcano de la magia negra, y es lo que los hechiceros cómplices del señor de Raiz creían realizar para el, y lo que en efecto, lograban hasta cierto punto, oficiando la misa del diablo.

¿Se habría expuesto el hombre a crear al diablo si no hubiese temido la temeridad de querer crear a Dios dándole un cuerpo? ¿No dijimos que un Dios corpóreo proyecta necesariamente una sombra y que esa sombra es Satán? Sí, lo aseguramos, y nunca diremos lo contrario. Pero, si el cuerpo de Dios es ficticio, su sombra no puede ser real.

El cuerpo divino es apenas una apariencia, un velo, una nube: Jesús lo realizó por la Fe. ¡Adoremos a la Luz y no demos realidad a la sombra, pues que no es ella el objeto de nuestra Fe! La Naturaleza quiso y quiere siempre que haya una religión en la tierra. La religión germina, florece y se desenvuelve en el hombre; es el fruto de sus aspiraciones y de sus deseos; debe, pues, ser regulada por la soberana razón. Las aspiraciones del hombre por lo infinito, sus deseos del bien eterno y, principalmente, su razón provienen de Dios.

CAPÍTULO X

LAS EVOCACIONES

Sólo la razón da derecho a la libertad. La libertad y la razón, estos dos grandes y esenciales privilegios del hombre están tan estrechamente unidos, que no podemos renunciar al uno sin desistir del ejercicio del otro. La libertad quiere triunfar por encima de la razón y ésta a su vez exige imperiosamente el reino de la libertad. Es bello morir por la libertad; es sublime ser el mártir de la razón, porque la razón y la libertad son la esencia misma de la inmortalidad del alma.

El propio Dios es razón libre de todo lo que existe.

El diablo, por el contrario, es el desvarío fatal.

Abjurar de la razón o de la libertad es renegar de Dios. Recurrir al desvarío o a la fatalidad, es mil veces más horrible y más implacable de lo que aparece en las leyendas más espantosas. Para nosotros no podría ser bello el ángel caído de Milton, ni el fulgurante Lucifer arrastrando en la noche su aureola de estrellas alcanzada por el rayo. Estas fábulas titánicas son impías. El verdadero diablo es el de las esculturas de nuestras catedrales y el de los pintores ingenuos de nuestros libros góticos. Su forma, esencialmente híbrida, es la síntesis de todas las pesadillas; es feo, deforme y grotesco. Está cautivo y captura. Tiene ojos por todos lados, excepto en la cabeza; ojos en el vientre, en las rodillas y en la parte posterior del cuerpo inmundo. Está en toda parte en que puede introducirse la locura, y arrastra en pos de sí los tormentos del infierno.

No habla por sí mismo, pero hace que todos nuestros vicios hablen; es el ventrílocuo de los lujuriosos, el Python de las mujeres perdidas. Su voz es impetuosa como el torbellino, insinuante como un suave silbido. Para hablar a nuestros cerebros perturbados, insinúa su lengua bifurcada en nuestros oídos, y para desligar nuestros corazones hace vibrar su cola como una flecha. En nuestra cabeza mata la razón, en nuestro corazón envenena la libertad; y hace siempre esto, necesariamente sin tregua y sin piedad, puesto que no es una persona, sino una fuerza ciega; maldice, pero lo hace por intermedio de nosotros; peca, pero también en nosotros. Somos nosotros los únicos responsables del mal que nos hace, pues él carece de libertad y de razón.

El es la Bestia. San Juan lo repite con insistencia en su maravilloso Apocalipsis; mas, ¿cómo comprender el Apocalipsis si no tenemos las llaves de la Santa Cábala?

Una evocación es, pues, un llamado a la Bestia y sólo la Bestia puede responder a ella. Añadiremos, que para hacer aparecer la Bestia es preciso formarla primero en sí, para después proyectarla afuera. Este secreto es el de todos los grimorios, pero que sólo expusieron de modo muy velado, los antiguos maestros.

Para ver al diablo es necesario disfrazarse de diablo, y después mirarse en un espejo. He ahí el Arcano en su simplicidad máxima y tal como se lo podría explicar a un niño. Diremos aún más, para los hombres: que en el misterio de los hechiceros, el disfraz se imprime al alma por el mediador astral, y que el espejo son las tinieblas animadas por el vértigo.

Toda evocación sería vana si el hechicero no empezara por dañar su alma, sacrificando para siempre su libertad y su razón. Esto se comprenderá fácilmente. Para crear en nosotros la Bestia hay que matar al hombre, lo cual se representa por medio del sacrificio previo de una criatura y, mejor aún, por la profanación de una hostia. El hombre que se decide a una evocación es un miserable que la razón tortura y que quiere aumentar en sí mismo el apetito bestial, a fin de crear en él un foco magnético dotado de una influencia fatal. Es que quiere él mismo hacerse desvarío y fatalidad. Quiere ser un imán descentrado y malo, para atraer hacia sí mismo los vicios y el oro que los alimenta. Es el crimen más terrible que la imaginación pueda soñar. Es la violación de la Naturaleza. Es un ultraje absoluto y directo a la Divinidad. Pero también, felizmente, es algo en extremo difícil de poder realizar y la mayoría de los que lo intentaron han fracasado. Si un hombre lo suficientemente enérgico y perverso evocase al diablo en las condiciones exigidas, el diablo sería por él realizado, Dios vencido, y la Naturaleza, consternada, sufriría el despotismo del mal.

Dicen que un hombre se atrevió a este acto monstruoso y que llegó por él a ser papa. También refieren que en el lecho de muerte confesó haber envuelto en los lazos de la magia negra a toda la iglesia. Pero lo que hay en verdad, es que este papa era un sabio como *Fausto*, autor de varios inventos admirables. Ya nos hemos ocupado de él en nuestras anteriores obras. Más lo que probaría, siguiendo la misma leyenda, que nunca evocó al diablo, o más bien dicho, que él no fue el diablo, es que se arrepintió en la hora postrera. Pues el diablo no se arrepiente.

La causa de la mediocridad de la mayoría de los hombres es que son incompletos. Los hombres de bien hacen a las veces el mal, y los malvados, en ocasiones también se desvían hasta querer hacer algún bien. Los pecados contra Dios enflaquecen la fuerza de Dios, y los pecados contra el diablo, hablo de los buenos deseos y buenas acciones, enervan la fuerza de éste. Para ejercer un poder excepcional, sea arriba, abajo, a la derecha o a la izquierda, hace falta ser un hombre completo.

El temor y el remordimiento de los criminales son cosas que provienen del bien, y esa es la causa por la cual ellos se traicionan; para tener éxito en

el mal hay que ser absolutamente malo. Es por esto que Mandrín confesaba a sus bandidos y les imponía el asesinato de una criatura, como penitencia, si se acusaban de haber sentido alguna piedad. En Nerón había algo de bueno: era artista, y eso lo perdió. Se alejó y mató por su despecho de músico despreciado. Si sólo hubiese sido Emperador, habría quemado Roma por segunda vez y no cedido el lugar al Senado y a Vindex. El pueblo habría estado a su favor; para que los pretorianos lo aclamaran de nuevo le bastaba una lluvia de oro. El suicidio de Nerón sólo fue una afección de artista.

Convertirse en Satán sería un triunfo incompleto para la perversidad del hombre, si al mismo tiempo no logra volverse inmortal. Prometeo puede sufrir mucho en su peñasco; sabe que su cadena será rota un día y que destronará a Júpiter. ¡Pero para ser Prometeo hay que haber robado el fuego del cielo y aún estamos en el fuego del infierno!

El sueño de Satán no es el de Prometeo. Si un ángel rebelde hubiese podido robar ese fuego del cielo, que es el secreto divino de la vida, habría llegado a ser Dios mismo. Sólo el hombre, en su limitación e insensatez puede creer en la solución de este teorema: que lo que es, sea y no sea al mismo tiempo; que la sombra sea la luz; que la muerte sea la vida, que la mentira sea la verdad, y que la nada sea el todo. El loco que pretendiera realizar lo absoluto del mal llegaría como el alquimista imprudente, a su fin, a una explosión formidable que lo sepultaría bajo las ruinas de su laboratorio infernal.

La muerte fulminante fue siempre la resultante de las evocaciones infernales; muerte bien merecida, por cierto. No se llega impunemente hasta los límites de la demencia. Existen excesos que la Naturaleza no soporta. Si se vieron morir sonámbulos a quienes se despertó de repente, si la embriaguez en cierto grado ocasiona la muerte... Más, dirán algunos: ¿para qué estas amenazas retrospectivas? ¿Quién en nuestro siglo piensa hacer evocaciones con los ritos del grimorio? Nada tenemos que responder a tal pregunta. Pero si dijéramos todo cuanto sabemos quizá nos creerían.

Sin valerse de los ritos antiguos hoy se evoca el magnetismo del mal con otro nombre. Quedó dicho en el capítulo precedente, que una misa profanada con intenciones criminales es un insulto a Dios y un atentado del hombre contra su propia conciencia. Los oráculos consultados, sea el vértigo de un alucinado, el movimiento convulsivo de las cosas inertes magnetizadas al acaso, son también evocaciones infernales, porque son actos que tienden a subordinar la libertad y la razón a la fatalidad. Verdad que los operadores de este aspecto de la magia negra son por lo común inocentes, por ignorancia; hacen el llamado a la Bestia, aunque no es este engendro feroz el que quieren esclavizar a su deseo. De la estúpida Bestia solamente piden consejos que sirvan de auxiliares para su propia estupidez.

En la magia de la Luz, la ciencia de las evocaciones es el arte de magnetizar las corrientes de la Luz astral y dirigirlas a voluntad. Esta era la ciencia de Zoroastro y del rey Salomón, si damos fe a las tradiciones antiguas, pero para hacer lo que hicieron Zoroastro y Salomón es preciso poseer la sabiduría de Salomón y la ciencia de Zoroastro.

Para dirigir y dominar el magnetismo del bien, hay que ser el mejor de los hombres. Para activar y precipitar el torbellino del mal, hay que ser el más malvado. Los católicos sinceros no dudan que las oraciones de una pobre recluida puedan mudar el corazón de los reyes y cambiar el destino de los imperios. Nosotros, que admitimos la vida colectiva, las corrientes magnéticas y la omnipotencia relativa de la voluntad, estamos lejos de desdeñar esa creencia.

Antes de los descubrimientos recientes de la ciencia, los fenómenos de la electricidad y del magnetismo eran atribuidos a espíritus diseminados en el aire, y el adepto que llegaba a influenciar las corrientes magnéticas pensaba que era dueño de dichos espíritus. Pero las corrientes magnéticas, siendo fuerzas fatales, para dirigirlas y equilibrarlas requieren que quien las dirija sea un centro perfecto de equilibrio; y esto era justamente lo que faltaba a la mayoría de estos temerarios exorcistas.

Por eso, muchas veces, eran fulminados por el fluido imponderable que atraían con violencia, sin poder neutralizarlo. Y así reconocían, que para reinar absolutamente sobre los espíritus les faltaba un artefacto indispensable: el Anillo de Salomón.

No obstante, el Anillo de Salomón, dice la leyenda, aún está en el dedo de este monarca, y su cuerpo encerrado en una piedra, que sólo será rota el día del juicio final.

Tal leyenda es verdadera, como todas las leyendas; solamente hace falta comprenderla en su exacto sentido.

¿Qué representa un anillo? Un anillo es la punta de una cadena y un círculo al cual pueden enlazarse otros círculos.

Los jefes del sacerdocio siempre llevan anillos en señal de dominio sobre el círculo y sobre la cadena de los creyentes.

En nuestros días aún se da a los prelados la investidura pro el anillo, y en la ceremonia del casamiento, el esposo da a la esposa un anillo consagrado por la iglesia, a fin de constituirla señora y directora de los intereses de su la casa y del círculo de sus ciervos.

El anillo pontifical y el anillo nupcial, jerárquicamente consagrados y conferidos, representan y realizan un poder.

Pero una cosa es el poder público y social y otra muy distinta el poder filosófico, simpático y oculto.

Salomón pasa por haber sido el Soberano Pontífice de la religión de los sabios y por haber poseído, bajo este título, el soberano poder del sacerdocio oculto; pues tenía, según se afirma, la ciencia universal y sólo

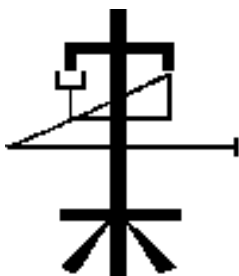
en él se realizaba esta promesa de la gran serpiente: “Seréis como dioses conociendo el bien y el mal”.

Se dice que Salomón escribió el ECLESIASTES, la más sólida de todas sus obras, después de haber adorado a Astarté y Chamos, las divinidades de las mujeres impías.

Habría completado así su creencia y encontrado, antes de morir, la virtud mágica de su anillo. En verdad, ¿llevaría consigo su anillo a la tumba? Otra leyenda nos permite dudarlo. Cuenta que la reina de Sabá, habiendo observado con atención el anillo, mandó fabricar en secreto otro completamente igual, y que, durante el sueño del rey, hallándose a su lado, pudo cambiar furtivamente los anillos. Ella habría llevado el verdadero anillo a sus dominios, el que fuera encontrado más tarde por Zoroastro.



Era un anillo constelado, hecho de los siete grandes metales, con la signatura de los siete genios y una piedra de imán encarnada, en el cual estaban grabados, de un lado, la figura del sello ordinario de Salomón, y del otro, su sello mágico.



Los lectores de nuestras obras comprenderán esta alegoría.

CAPÍTULO XI

LOS ARCANOS DEL ANILLO DE SALOMÓN

Buscad en el sepulcro de Salomón, o mejor dicho, en la cripta de la filosofía hermética, no su anillo sino su ciencia.

Con el auxilio de la ciencia y de una voluntad perseverante, llegaréis a poseer el supremo arcano de la sabiduría, que es la dominación libre sobre el momento equilibrado. Podréis entonces obtener el anillo, haciéndolo fabricar por un orfebre, al que no necesitaréis recomendarle secreto, porque no sabiendo lo que hace no podrá revelarlo a otros.

He aquí la receta del anillo:

Tomad e incorporad conjuntamente una pequeña cantidad de oro y el doble de plata, en las horas del sol y de la luna, adjuntándole tres partes, semejantes a las primeras, cinco de hierro, seis de mercurio y siete de plomo. Amalgamadlo en las horas correspondientes a los planetas que rigen los metales, y haced con ello un anillo, cuya parte circular sea algo alargada y achatada, para grabar en ella los caracteres.

Poned a este anillo un engaste de forma cuadrada conteniendo una piedra de imán roja, engastada también en un doble cerco de oro.

Grabad en la piedra, arriba y abajo, el doble sello de Salomón.

Igualmente, grabad en el anillo los signos ocultos de los siete planetas, tal como se ilustran en los dibujos mágicos de Paracelso o en la Filosofía Oculta de Agrippa; magnetizad fuertemente el anillo, consagrándolo todos los días, durante una semana, mediante las ceremonias prescritas en nuestro Ritual, sin descuidar el color del vestido, los perfumes especiales, la presencia de los animales simpáticos, las conjuraciones de rigor que deben ser precedidas en cada ocasión por la Conjuración de los Cuatro.

Luego envolveréis el anillo en un paño de seda, y una vez perfumado lo llevaréis con vosotros.

Una redondela de metal o un talismán preparado de igual modo tendrá tanta virtud como el anillo.

Una cosa así hecha es como un acumulador de la voluntad. Un reflector magnético que puede ser muy útil, pero nunca de necesidad.

Ya está dicho, que los antiguos ritos perdieron su eficacia desde que el cristianismo apareció en el mundo.

La religión cristiana es, de hecho, la hija legítima de Jesús, rey de los magos. Su culto no es otra cosa que la Alta Magia sometida a las leyes de la jerarquía, indispensables para que sea razonable y eficaz.

Un simple escapulario, llevado por un verdadero cristiano, es un talismán más invencible que el anillo y el pentáculo de Salomón.

Jesucristo, el hombre-Dios tan humilde, decía al hablar de sí mismo: “La reina de Sabá vino de Oriente para ver y oír a Salomón, y he aquí más que Salomón.”

La misa es la más prodigiosa de las evocaciones.

Los nigromantes evocan los muertos, el hechicero al diablo, y se estremecen, ¡mas el sacerdote católico no teme al evocar a Dios vivo!

¿Qué son todos los talismanes de la ciencia antigua comparados con la hostia consagrada?

Dejad dormir en su túmulo de piedra la osamenta de Salomón y el anillo que pudiera llevar su dedo descarnado. ¡Jesucristo resucitó, está vivo! Tomad uno de esos anillos de plata que venden en las puertas de las iglesias y que traen la imagen del crucificado con las diez cuentas del rosario. Si fuereis dignos de llevarlo, será más eficaz en vuestra mano que el anillo genuino de Salomón.

Los ritos mágicos y las prácticas minuciosas del culto son para los ignoros y los supersticiosos, y nos recuerdan una historia muy conocida, que vamos a recordar en pocas palabras.

Dos monjes llegan a una cabaña que había quedado al cuidado de dos niños. Solicitan se les permita descansar y comer, si fuese posible. Las criaturas responden que como nada tienen nada pueden dar. Pues bien, tenemos fuego, dice uno de los monjes; facilitadnos solamente una olla y un poco de agua, que nosotros haremos nuestra sopa. ¿Con qué? Con este guijarro, dice el experto religioso tomando una pequeña piedra. ¿Entonces ignoráis, hijos míos, que los discípulos de San Francisco tienen el secreto de la sopa de guijarros?

¿La sopa de guijarros? ¡Qué maravilla para las criaturas! Les prometen darles a probar y que la hallarán excelente. Apresurados preparan la olla, le echan agua, encienden más fuego y la piedra va al agua con toda precaución. Muy bien, repiten los monjes. Ahora un poco de sal y unas cuantas legumbres; buscad, hay tantas en vuestro jardín. ¿No podríamos añadirle un poco de tocino salado? Sólo con eso quedará bien la sopa. Los niños, acurrucados ante el fuego, miraban con sorpresa. El agua hierve. Vamos, cortad el pan y traed aquella vasija. ¡Qué olor! Tapadlo y dejadlo mojar. En cuando al guijarro, envolvedlo cuidadosamente, os lo vamos a dejar por vuestro trabajo, nunca se gasta y siempre sirve. ¡Ahora, probad la sopa! ¿Qué decís? ¡Oh, es magnífica!, contestan los pequeños campesinos golpeando las manos. En efecto, era una buena sopa de coles y tocino que las criaturas nunca habrían ofrecido a sus huéspedes sin la maravilla del guijarro.

Las prácticas religiosas y los ritos mágicos son, en parte, el guijarro de los monjes. Sirven de pretexto y oportunidad para la práctica de las

virtudes, únicas indispensables de la vida moral del hombre. Sin el guijarro los buenos monjes no se habrían alimentado; pero ¿tenía por eso realmente un poder? Sí, en la imaginación de las criaturas, puesta en juego por la habilidad de los monjes.

Sea esto dicho sin criticar ni ofender a nadie. El espíritu de los monjes fue bueno, no mintieron. Ayudaron a las criaturas a realizar una buena acción y los maravillaron, haciéndolos participar de una apetitosa sopa.

Que se nos comprenda bien. No queremos decir que sean una gran mistificación los signos y los ritos. Lo serían, si los hombres no los necesitasen. Pero hay que tomar en cuenta el hecho incuestionable de que todas las inteligencias no son iguales. Siempre se contarán fábulas a los niños, y esto se hará mientras haya amas y madres. Los niños tienen fe, y eso es lo que los salva. Imaginad un rapaz de siete años, que dijese: nada quiero admitir que no comprenda. ¿Qué se podría enseñar a este pequeño prodigio? Hombrecillo, admite primero la cosa por las palabras de tus maestros, después estudia, y si no eres idiota, comprenderás.

Las fábulas son necesarias a los niños; son indispensables al pueblo, mitos y ceremonias; la flaqueza del hombre requiere auxiliares. ¡Feliz del que llegase a poseer el anillo de Salomón, pero más feliz aun de aquél que igualase o superase a Salomón en ciencia y sabiduría sin precisar de su anillo!

CAPÍTULO XII

EL SECRETO TERRIBLE

Hay verdades que deben permanecer perpetuamente ocultas a los débiles de espíritu y a los necios. Dichas verdades pueden serles reveladas sin temor, pues jamás las comprenderán.

¿Qué es un necio? Es más absurdo que una bestia. Es el hombre que pretende haber llegado antes de ponerse en camino; el hombre que se cree señor de todo porque llegó a alguna cosa. Es el matemático que desprecia la poesía. El poeta que protesta contra los matemáticos. El pintor que califica de ineptas a la teología y la cábala, porque nada entiende de cábala ni de teología. Es el ignorante que niega la ciencia sin haberse tomado el trabajo de estudiarla. Es el hombre que habla sin saber y afirma sin certeza. Son los tontos los que matan a los hombres de genio. Galileo no fue condenado por la Iglesia, sino por los ignorantes que desgraciadamente pertenecían a la Iglesia. La estulticia es un mal feroz que tiene la calma de la inocencia; asesina sin remordimiento. El necio es el oso de la fábula de La Fontaine: aplasta la cabeza de su amigo debajo de una piedra para cazar una mosca; pero a quien no debe intentarse hacerle confesar su error y la magnitud de su locura. La estulticia es inexorable e infalible como el infierno y la fatalidad, pues es siempre dirigida por el magnetismo del mal.

El animal nunca es tonto, cuanto de obra franca y naturalmente como animal; pero el hombre enseña la tontería a los canes y a los burros sabios. El tonto es el animal que desprecia el instinto y aparenta inteligencia.

El progreso existe para el animal; se lo puede dominar, asegurar, ejercitar; más para el necio no existe dicho progreso, porque juzga que nada tiene que aprender. Es él quien quiere regir y educar a los otros y nunca os encontrará razón. Os escarnece a la vista, arguyendo que lo que no comprende es radicalmente incomprensible. Desde luego ¿por qué no lo comprendería yo? os dirá con admirable aplomo. Y nada podréis responderle. Decirle que es un tonto apenas sería propinarle un insulto. Todos lo ven, pero él jamás lo sabrá.

He aquí, pues, un ya formidable arcano inaccesible a la mayoría de los hombres. He ahí un secreto que jamás adivinarán y que sería inútil decírselo: el secreto de su estulticia.

Sócrates bebe la cicuta, Arístides es proscrito, Jesús crucificado, Aristóphanes se ríe de Sócrates y hace reír a los tontos de Atenas; un aldeano se fastidia de oír dar a Arístides el nombre de Justo, y Renán

escribe la vida de Jesús para mayor placer de los necios. Es a causa del número casi infinito de tontos que la política es y será siempre la ciencia de la disimulación y la mentira. Maquiavelo osó decirlo y fue herido con una reprobación bien legítima, pues simulando dar lecciones a los príncipes los traicionaba a todos y los denunciaba a la desconfianza de las multitudes. Aquellos que somos obligados a engañar no debemos prevenir.

Era a causa de las necias multitudes que Jesús decía a sus discípulos: “No lancéis margaritas a los cerdos, pues ellos las hollarán con los pies y se volverán contra vosotros procurando despedazarlos”.

Por tanto, vosotros que deseáis volveros poderosos en obras, nunca digáis a nadie vuestro pensamiento más secreto. Igualmente, osaría deciros, no lo digáis, escondedlo, sobre todo, a la mujer que amáis; ¡recordad la historia de Sansón y Dalila!

Cuando una mujer cree conocer a fondo a su marido, cesa de amarlo. Quiere gobernarlo y dirigirlo. Si resiste, le odia; si cede, lo desprecia. Procura otro hombre para penetrar. La mujer tiene necesidad de lo desconocido y del misterio, y su amor, generalmente, no es más que una insaciable curiosidad.

¿Por qué los confesores son tan poderosos sobre el alma y casi siempre sobre el corazón de las mujeres? Es porque ellos saben todos sus secretos, mientras las mujeres ignoran los de los confesores.

La Francmasonería es poderosa en el mundo por su terrible secreto, tan prodigiosamente guardado, que aún sus iniciados de más alto rango no lo saben.

La religión católica se impone a las multitudes por un secreto que el mismo Papa ignora. Este secreto es el de los misterios. Los antiguos gnósticos, como lo indica su nombre, lo sabía, pero no supieron guardar silencio. Quisieron vulgarizar la Gnosis; de ahí resultaron doctrinas irrisorias, que la Iglesia condenó con razón. Pero desgraciadamente, junto con ellos, fue condenada la puerta del santuario oculto y sus llaves lanzadas al abismo.

Los Johanitas y los Templarios osaron buscarlas, arriesgándose a la condenación eterna. ¿Merecerían por eso ser condenados en el otro mundo? Todo lo que sabemos es que, en esta vida, los Templarios fueron quemados.

La doctrina secreta de Jesús era ésta:

“Yo, que soy el hijo de Dios, os digo: no busquéis a Dios en el espacio. Él está en nuestras conciencias y en nuestros corazones. Mi Padre y Yo somos Uno. Amémonos los unos a los otros, como hermanos. No tengamos más que un corazón y un alma. La ley religiosa es hecha para el hombre, más el hombre no es hecho para la ley. Las prescripciones legales están sometidas al libre arbitrio de nuestra razón unida a la fe. Creed en el bien y el mal nada podrá sobre vosotros.”

“Cuando os reunieseis en mi nombre, mi espíritu estará en medio de vosotros. Ninguno de entre vosotros debe juzgarse maestro de los otros, pero todos deben respetar la decisión de la asamblea. Todo hombre debe ser juzgado conforme a sus obras y medido en la medida que hizo para sí. La conciencia de cada hombre constituye su fe, y la fe del hombre es el poder de Dios en él.”

“Si sois señores de vosotros mismos, la naturaleza os obedecerá y gobernaréis a los otros. La fe de los justos es más inamovible que las puertas del infierno y su esperanza jamás será confundida.”

“Yo soy vosotros y vosotros sois Yo en el espíritu de caridad que es nuestro y que es de Dios. Creed esto y vuestro verbo será creador. Creed esto y haréis milagros. El mundo os perseguirá y haréis la conquista del mundo.”

“Los buenos son aquellos que practican la caridad y los que socorren a los infelices; los malos son los corazones sin piedad y éstos serán eternamente reprobados por la humanidad y por la razón.”

“Las viejas sociedades fundadas sobre la mentira perecerán; un día el hijo del hombre aparecerá sobre las nubes del cielo, que son las tinieblas y la idolatría, y hará un juicio definitivo sobre los vivos y los muertos.”

“Desead la luz, pues ella se hará. Aspirad a la justicia, pues ella vendrá. No procuréis la victoria de la espada, pues el asesinato provoca el asesinato. Es por la paciencia y la dulzura que os haréis señores de vosotros mismos y del mundo.”

Entregad ahora esta doctrina admirable a los comentarios de los sofistas de la decadencia y a los disputadores de la Edad Media, y veréis salir de allí cosas bellas. Si Jesús era hijo de Dios ¿cómo lo engendró Dios? ¿Él es de la misma sustancia que Dios o de otra sustancia? ¡La sustancia de Dios! ¡Qué eterno asunto de disputa para la ignorancia presuntuosa! ¿Era él una persona divina o una persona humana? ¿Tenía dos naturalezas y dos voluntades? ¡Terribles cuestiones que logran que las personas se excomulguen y se degüellen! Jesús tenía una sola naturaleza y dos voluntades, dicen unos, pero no los escuchéis, son herejes; entonces ¿dos naturalezas y una voluntad? No, dos voluntades. ¿Luego estaba en oposición consigo mismo? No, porque estas dos voluntades hacían una sola que se llama Theandrica. Ante esta palabra no digamos nada más y, además de eso, es preciso obedecer a la Iglesia que se volvió muy diferente de la primitiva asamblea de los fieles. La ley es hecha para el hombre, dice Jesús, más la Iglesia dice que el hombre es hecho para la Iglesia, y es ella la que impone la ley. Dios sancionará todos los decretos de la Iglesia y os condenará a todos vosotros, si ella decide que todos, o casi todos, seáis condenados. Jesús dice que es necesario someterse a la asamblea, por tanto, ella es infalible, ella es Dios, y si ella decide que dos y dos son cinco, dos y dos serán cinco.

Si ella afirma que la tierra está inmóvil y que el sol gira, está prohibido hacer a la tierra girar. Os dirá que Dios salva a sus elegidos dándoles la gracia eficaz y suficiente y que los otros serán condenados por haber recibido solamente gracias, las cuales, a causa del pecado original, bastaban en principio, pero no eran suficientes en el hecho; que el Papa salva y condena a quien quiere, pues que tiene las llaves del cielo y del infierno. Después vienen los casuístas con sus manojos de llaves que no abren, y cierran con dos o tres vueltas las puertas de los compartimientos hechos en la torre de Babel. ¡Oh Rebelais, mi maestro, sólo tú puedes traer la panacea que conviene a toda demencia! ¡Una gran carcajada! En fin, decidnos la última palabra de todo esto y enseñanos, definitivamente, si una quimera que revienta haciendo ruido en el vacío puede llenarse de nuevo y adquirir redondez, absorbiendo la sustancia mirífica de nuestras segundas intenciones.

Utrum chimaera in vacuum bombinans possit concidere secundum intentiones.

Otros necios, otros comentarios. He aquí que vienen los adversarios de la Iglesia a decirnos: Dios está en el hombre, lo que quiere decir, que no hay otro Dios que la inteligencia humana. Si el hombre está sobre la ley religiosa esta ley embaraza al hombre ¿por qué él no suprime la ley? Si Dios es nosotros y si nosotros somos todos hermanos, si ninguno tiene el derecho de llamarse señor nuestro ¿por qué obedecemos nosotros? La fe es la razón de los imbéciles. No creamos en nada y no nos sometamos a ninguno.

¡Pues sea! Eso es altivez. Pero será necesario batirse unos contra otros. ¡He ahí la guerra de los dioses y la exterminación de los hombres! ¡Ahora, miseria y tontería!... ¡Más aun, aún más, tontería, tontería y miseria!

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, oraba Jesús. Personas de buen sentido, quienes quiera seáis, añadiré yo, no los escuchéis, porque no saben lo que dicen.

Pero entonces son inocentes, va a gritar un terrible menino. Silecio, imprudente. ¡Silencio, en nombre del cielo, o toda la moral está perdida! Además, vosotros os engañáis. Si fuesen inocentes sería permitido obrar con ellos y ¿querriais vosotros imitarlos? Creer todo es una tontería; la tontería no puede, pues, ser inocente. Si hay circunstancias atenuantes sólo a Dios corresponde apreciarlas.

Nuestra especie es, evidentemente, defectuosa; al oír hablar y ver actuar a la mayoría de los hombres parece que no tienen la suficiente razón para ser seriamente responsables. Oí hablar en la Cámara a los hombres que la Francia (el primer país del mundo) honra con su confianza. He aquí al orador de la oposición. He ahí al campeón del ministerio. Cada cual prueba, victoriosamente, que el otro nada entiende de los negocios del Estado. A, prueba que B es un idiota, y B sostiene, que A es un saltimbanqui. ¿A

quién dar crédito? Si eres blanco, creeréis en A, y si fueses rojo, daréis la razón a B. ¡Pero la verdad, mi Dios, la verdad! La verdad es que A y B son dos charlatanes mentirosos. Desde que existe una duda entre ellos probaron que no hay valía en ninguno de los dos. Admiro la prueba y la demolición mutua de los dos contrincantes. Todo se encuentra en nuestros libros, excepto lo que ordinariamente quiso el autor decir en ellos. Se ríe de la religión como de una impostura y se manda las niñas a la iglesia. Se ostenta cinismo y se tiene superstición. Y lo que más se teme, sobre todo, es el buen sentido, la verdad y la razón.

La vanidad pueril y el sórdido interés llevan a los hombres de nariz hasta la muerte, motejadora suprema y definitivo olvido. El fondo de la mayoría de las almas es la vanidad. ¿Y qué es la vanidad? Es el vacío. Multiplicad los ceros cuantas veces queráis y siempre valdrán cero; amontonad nada y llegaréis a nada; nada, nada. Nada: he ahí el programa de la mayoría de los hombres.

¡Y son estos los inmortales! ¡Y estas almas, tan ridículamente engañadoras y engañadas, son imperecederas! Para todos estos alocados la vida es una trampa suprema que el infierno encubre. ¡Oh! hay ciertamente aquí un terrible secreto; es el de la responsabilidad. El padre responde por sus hijos, el señor por sus siervos, y el hombre inteligente por la multitud sin inteligencia. La redención se realiza gracias a todos los hombres superiores; la estulticia sufre; sólo el espíritu expía.

El dolor del verme pisoteado y el de la ostra despedazada no son expiaciones.

Sabed, pues, que vosotros queréis ser iniciados en los grandes misterios, que hacéis un pacto con el dolor y que afrontáis el infierno. El buitre y Prometeo os miran, y las Furias dirigidas por Mercurio preparan cuñas de madera y clavos. Vais a ser sagrados, esto es, consagrados al suplicio. La humanidad tiene necesidad de vuestros tormentos.

El Cristo murió joven en una cruz y todos aquellos a quienes inició fueron mártires. Apolonio de Tyana²⁸ murió torturado en las prisiones de Roma. Paracelso y Agrippa, llevaron una vida errante y terminaron miserablemente. Guillermo Postel,²⁹ murió en la prisión. Saint-Germain y

²⁸ *Apolonio de Tyana*: Filósofo pitagórico nacido en Tianes de Capadocia poco tiempo después de J.C. Fue mirado, por unos, como insigne mago, y por otros como un dios; se le honró aún después de su muerte. Muy poco de cierto se sabe sobre los últimos días de la vida de Apolonio. Algunos aseguran que a la edad de 100 años desapareció y fue llevado al cielo. Vopisco afirma que el espectro de Apolonio se apareció en lo sucesivo al emperador Aureliano que sitiaba a Tianes, pidiéndole que perdonase a su ciudad, a lo que Aureliano accedió. Pero lo que sí hay de seguro es que Apolonio fue el más sublime de los seres. (N. del T)

²⁹ *Guillermo Postel*: Famoso iluminado y uno de los más grandes hombres del Siglo XVI. Aseguran que el exceso de estudio profundo y lectura de las obras Cabalísticas de los Rabinos y la viveza de su imaginación hicieron que muchos lo consideraran

Cogliostro, tuvieron un fin misterioso y probablemente trágico. Tarde o temprano, hay que satisfacer el pacto, sea éste formal o tácito. Es preciso liberarse del tributo que la naturaleza estableció sobre los prodigios. Es necesario sostener una lucha final con el diablo, puesto que se tomó la libertad de ser Dios.

Eritis sicut dii scientes bonum et malum.

loco. Iniciado en el siglo XVI, no pretendía poseer el arcano de la filosofía hermética y, sin embargo, después de viejo y abatido, dicen sus historiadores, que se le vio con rostro sonrosado y sin arrugas, cuerpo ágil y vigoroso. Se le llamaba “el resucitado”. Dice Levy en su “Llave de los Grandes Misterios”: un hombre de fe exaltada había hallado la llave y publicaba un pequeño libro intitulado: “La Llave de las cosas ocultas desde el comienzo del mundo”. Este hombre era un iluminado Cabalista llamado Guillermo Postel. Juzgó haber encontrado la verdadera significación del tetragrama en un libro hieroglífico anterior a la Biblia y que denomina “Génesis de Enoch”; en el anillo de una llave que da como explicación oculta de su obra singular traza un cuaternario misterioso que leído de izquierda a derecha, comenzando de abajo, se lee ROTA, de arriba, TARO y hasta TAROT; de derecha a izquierda, TORA, que es el nombre sacramental que los judíos dan al libro sagrado. Y añade el mismo autor en otra de sus obras: “Postel era hijo de un aldeano pobre de las cercanías de Barenton de Normandía; a fuerza de perseverancia y de sacrificios llegó a instruirse y pronto fue el hombre más sabio de su tiempo; trabajaba como jornalero para ganarse el pan; aprendió todas las lenguas conocidas y todas las ciencias de su tiempo, descubrió manuscritos preciosos y raros, entre otros los Evangelios Apócrifos y el “Sepher Yezirah”. Envío su libro a los sacerdotes del Concilio de Trento, pero nadie lo comprendió; unos lo tacharon de hereje, y otros de loco. La prueba de la locura de Postel es que escribió a los sacerdotes del Concilio suplicándoles que bendijesen a todo el mundo y no lanzaran anatemas contra nadie. Otra locura: trató de que los Jesuitas se convirtiesen a sus ideas, que predicasen la concordia universal entre los hombres, la paz entre los soberanos, la razón entre los presbíteros y la bondad a los príncipes del mundo. Ultima y suprema locura: desdeñó los bienes terrestres y el favor de los grandes, vivió siempre humilde y pobremente, no poseyó nada más que la ciencia y los libros y ambicionó solamente la verdad y la justicia. Era tan bueno, tan tratable que sus superiores eclesiásticos tuvieron piedad de él, y considerándolo más tonto que malo se contentaron con encerrarlo en un convento hasta su muerte”. (N. del T.)

TERCERA PARTE

EL MISTERIO SACERDOTAL
O EL ARTE DE HACERSE SERVIR POR LOS
ESPIRITUS

CAPÍTULO I

LAS FUERZAS ERRANTES

Un sentimiento vago, que podríamos llamar conciencia del infinito, agita al hombre y lo atormenta. Siente en sí fuerzas ociosas; cree percibir que a su alrededor se agitan enemigos sin forma o auxiliares desconocidos. Muchas veces tiene necesidad de creer en lo absurdo y experimentar lo imposible. Entonces se siente doliente y quebrantado, todo lo amenaza y querría torcer la desesperación para de allí salir con una esperanza nueva. Un filósofo lo enternecería; un mago lo espantaría; es entonces cuando necesita de un padre, de un sacerdote católico.

El sacerdote es el domador de los hipogrifos de la imaginación y de las tarascas de la fantasía. Saca fuerza de nuestras flaquezas y compone una realidad con nuestras quimeras; es el médico homeópata de la locura humana. ¿Pero no es él más que un hombre? ¿No tiene una misión legítima, cuyos títulos de nobleza se remontan al Calvario y al Sinaí? Hablo aquí del sacerdote o padre católico, que de hecho, sólo éste existe. Los Judíos tienen rabinos; los Musulmanes, imanes; los Indianos, brahmanes; los Chinos, bonzos; los protestantes, ministros y pastores. Sólo los católicos tienen padres, porque sólo ellos tienen el altar y el sacrificio, esto es, toda la religión.

Ejercer la Alta Magia es hacer competencia al sacerdocio católico, es ser un padre disidente. Roma es la gran Tebas de la iniciación nueva. Ella movió, otrora, los huesos de sus mártires para combatir a los dioses evocados por Juliano. Tiene como criptas sus catacumbas, como talismanes sus rosarios y medallas, como cadenas mágicas sus congregaciones, como focos magnéticos sus conventos, como centros de atracción sus confesionarios, como medios de expansión sus catedrales, la prensa, y las ordenaciones de sus obispos, tiene, en fin, su Papa: el hombre-Dios visible y permanente en la tierra; su Papa, que puede ser un necio como lo son la mayoría de los fanáticos, o un perverso, como Alejandro VI, pero que no por eso dejará de ser el regularizador de los espíritus, el árbitro de las conciencias y, en todo el universo cristiano, el distribuidor legítimo de las indulgencias y perdones.

Es insensato, me dirás. Sí, es casi insensato a fuerza de ser grande. Casi es ridículo, tanto es lo que esto sobrepasa lo sublime. ¿Qué poder igual apareció jamás en la tierra? ¿Cómo se produjo este efecto inmenso? ¿De dónde viene este prodigio que parece realizar lo imposible? ¡De la

concentración de las fuerzas errantes, de la asociación y dirección de los instintos vagos, de la creación convencional de lo absoluto en la esperanza y en la fe!

¡Gritad ahora contra el monstruo, filósofos del siglo XVII! El monstruo es más fuerte que vosotros y os vencerá. Diréis que es preciso destruir al infame. Discípulos de Voltaire: ¡la infame! ¿pensáis vosotros en eso? ¡La infame inspiradora de Vicente de Paula y de Fenelón, la infame, que sugiere tantos sacrificios a las nobles hermanas de la caridad, tantos afectos a pobres y castas misioneras! La infame, fundadora de tantas casas de caridad, de tantos refugios para el arrepentimiento, de tantos retiros para la inocencia. Si aquí estuviera la infamia, y en cambio la honra se hallase junto a vuestras calumnias e injurias, abrazo con amor el cadalso y calzo a los pies vuestra honra.

Pero no es esto lo que queréis decir, y yo, a mi vez, no quiero ser vuestro calumniador. ¡Alma de Voltaire, a quien de buena voluntad llamaría santa, porque preferías a todas las cosas la verdad y la justicia; para ti, el buen sentido era Dios y la estulticia era el diablo! Sólo viste el alma en el pesebre de Bethlem. Contemplaste la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem y reíste de las orejas del jumento. Esto debía disgustar a Freron. ¡Ah, si te hubiese conocido Veuillot! Pero hablemos seriamente, pues se trata aquí de cosas graves.

El “Genio del Cristianismo” respondió a los sarcasmos de Voltaire, o más bien dicho, Chateaubriand completó a Voltaire, pues estos dos grandes hombres están, igualmente, fuera del catolicismo de los clérigos.

Las orejas de burro serán indispensables mientras haya burros en el mundo, y debe haber burros en él, puesto que la Naturaleza, hija de Dios, los creó.

Jesús el Cristo quiso tener una jumenta para montar, y es por eso que el Santo Padre monta en una mula. Su propia babucha es la llamada *mula*, tal vez para indicar que un buen Papa debe ser obstinado hasta la punta de los dedos de los pies. *Non possumus*, dice nuestro Santo Padre Pío IX cuando le piden concesiones y reformas. El Papa nunca dice *possumus*, “podemos”, porque ése es el Gran Arcano del sacerdocio; todos los padres lo saben bien, y esto es verdad, principalmente en cuanto que no lo dicen.

El poder fundado en los misterios debe ser un poder misterioso, de otra manera no existiría.

Creo que este hombre tiene algún poder que no puedo definir porque hay algo más que no comprendo y que tampoco él comprende. Por tanto, debo obedecerle, pues no podría decir por qué no le obedeceré, no pudiendo negar la existencia de lo que no sé, existencia que, además, él afirma con igual razón. Siento que esto no es razonable, pero estoy muy satisfecho porque él me dice muchas veces que es preciso desconfiar de la razón. Solamente hallo que esto me hace bien y que pensar así me tranquiliza.

Tenéis razón, Charbonnier.

Amores abortados o desilusionados, ambiciones repelidas; disgustos impotentes, resentimientos amargados, orgullo que aspira a descender, prejuicio del espíritu agotado por la duda, arrobos de ignorancia por lo desconocido y principalmente por lo maravilloso, temores vagos de muerte, tormentos de mala conciencia, necesidad de descanso que nos mueve sin cesar, sueños sombríos y grandiosos artistas, visiones terribles de la eternidad: he aquí las fuerzas errantes que la religión reúne y con las cuales forma una pasión, la más invencible y formidable de todas: la devoción.

Esta pasión no tiene freno, porque nada puede retenerla o limitarla; ella se vanagloria de sus excesos y cree que la eternidad comienza en ella. Absorbe todos los sentimientos, vuelve insensible a todo lo que no es ella, y lleva el celo de la propaganda hasta el despotismo más asesino y el furor más implacable. Santo Domingo y San Pío V son reconocidos como tales por toda la Iglesia y no pueden ser renegados por un católico sumiso y de buena fe.

Se comprende cuán poderosa palanca puede volverse la devoción en manos de una autoridad que se declara infalible. Dadme un punto de apoyo fuera del mundo, decía Arquímedes, y yo dislocaré la tierra. Los padres católicos encontraron un punto de apoyo fuera de la razón personal y dislocarán la razón de la humanidad:

“Viendo que los hombres no llegaban al conocimiento de Dios por la ciencia y por la razón, Nos aprueba, dice el príncipe de los apóstoles, salvar a los creyentes por la absurdidad de la fe”

Adversarios de la Iglesia, ¿qué tenéis que responder a esto? San Pablo habla, como él dice, con la boca abierta y no pretende engañar a nadie.

La fuerza religiosa del dogma está en esta oscuridad que hace su absurdidad aparente. Un dogma explicado deja de ser un dogma, es un teorema de filosofía o apenas un postulado. Siempre quieren confundir la religión con la filosofía y no comprenden que la separación y la distinción, no digo su antagonismo, son absolutamente necesarias para el equilibrio de la razón.

Los astrónomos piensan que los cometas son errantes sólo en relación con nuestro sistema, pero que siguen un curso regular que va desde un sistema a otro y describe una elipse cuyos focos son dos soles.

Lo mismo acontece con las fuerzas errantes del hombre. Una luz no les basta, y para equilibrar su vuelo les son necesarios dos centros y dos focos: uno es la razón y el otro es la fe.

CAPÍTULO II

LOS PODERES DE LOS SACERDOTES

Para que el sacerdote sea poderoso es necesario que sepa o que crea. La conciliación de la ciencia con la fe pertenece al gran hierofante.

Si el clérigo sabe sin creer, puede ser un hombre de bien o un hombre indigno. Si fuere hombre de bien, explota la fe de los otros en provecho de la razón y de la justicia. Si es hombre indigno, explota la fe en provecho de su codicia, pero entonces ya no es el padre, sino el más vil de los malhechores.

Si cree sin saber, es un necio respetable, pero peligroso, que los hombres de ciencia deben vigilar y dominar.

El sacerdocio y la realeza, en el cristianismo, son apenas delegaciones. Todos nosotros somos sacerdotes y reyes; pero como las funciones sacerdotales y reales suponen la acción de uno solo sobre una multitud, confiamos nuestros poderes en el orden temporal a un rey, y a un padre (sacerdote), en el orden espiritual.

El rey cristiano es un sacerdote como todos nosotros, pero que no ejerce el sacerdocio.

El sacerdote cristiano igualmente es un rey, pero no debe ejercer la realeza.

El sacerdote debe dirigir al rey y éste proteger al sacerdote.

El sacerdote tiene las llaves y el rey lleva la espada.

El padre o sacerdote del cristianismo primitivo era San Pedro y el rey era San Pablo.

El rey y el sacerdote reciben sus poderes del pueblo, que fue consagrado rey y sacerdote por la santa unción del bautismo, aplicación de la sangre divina de Jesucristo.

Toda sociedad está salvaguardada por el equilibrio de estos dos poderes.

Que mañana no haya más papas y después de mañana no habrá más reyes, ni habrá ninguno para reinar, sea en el orden temporal, sea en el orden espiritual, porque nadie obedecerá; no habrá más sociedad y los hombres se matarán unos a otros.

El papa es el sacerdote y el sacerdote es el papa, pues uno es representante del otro. La autoridad del papa viene de los sacerdotes y de éstos vuelve al papa. Sobre ellos sólo hay Dios. Tal es, al menos, la creencia de los clérigos.

Por tanto, para aquellos que tienen confianza en él, el sacerdote dispone de un ser divino. Y osaré decir, que su poder parece ser más que divino, porque ordena al propio Dios que venga y Dios viene. ¡Hace aún más, crea a Dios por la palabra! Por un prestigio atribuido a su persona, despoja a los hombres de su orgullo y a las mujeres de su pudor. Las fuerza a venir a contarle las torpezas por las que los hombres combaten, si alguien desconfiase de ellas, y cuyos nombres ni las mujeres mismas querrían oír a no ser en el confesionario. Pero ahí están en regla con las pequeñas infamias, que ellas las dicen en voz baja, y el padre las perdona o les impone una penitencia: algunos rezos o pequeña mortificación a practicar, y ellas se van consoladas. ¡Será entonces muy grato comprar la paz del corazón al precio de un poco de sujeción!

Puesto que la religión es la medicina de los espíritus, ciertamente impone sujeciones, como el médico prescribe remedios y somete a sus dolientes a un régimen. Nadie puede establecer razonablemente la utilidad de las medicinas, y los médicos no deben pretender forzar a las personas sanas a tratarse de purgarse.

Sería un espectáculo alegre ver al presidente de la Academia de Medicina lanzar encíclicas contra aquellos que viven sin ruibarbo y proscribir de la sociedad a los que con la sobriedad el ejercicio se dispensan de recurrir al médico. Y de alegre pasaría a ser trágica la situación, además de ridícula, si el gobierno, apoyando las pretensiones del decano, dejase a los refractarios solamente a elección entre la jeringa de purgar y el fusil de Matamoscas. La libertad del régimen es tan inviolable como la libertad de conciencia.

Me diréis tal vez, que no se consulta a los locos antes de administrarles duchas. De acuerdo; pero tened cuidado, esto se volvería contra vosotros. Los locos están en oposición con la razón común. Tienen creencias excepcionales y extravagancias que quieren imponer y que los vuelven furiosos. No hagáis pensar que sería preciso responder con duchas *obligatorias* a los defensores del *Syllabus*

El poder del clérigo es totalmente moral y no podría imponerse por la fuerza. Pero por otro lado, y por una justa compensación, la fuerza no puede destruirlo. Si matáis a un padre hacéis un mártir. Hacer un mártir es sentar la primera piedra de un altar, y todo altar produce seminarios de padres. Derribad su altar, y con sus piedras dispersas construirán otros veinte que no lograréis derribar. La religión no fue inventada por los hombres, ella es fatal, esto es, providencial; se produjo por sí misma, para satisfacer las necesidades de los hombres, y es así como Dios lo quiso y reveló.

El vulgo cree en ella porque no la comprende y le parece tan absurda que lo subyuga y le agrada; y yo creo en ella porque la comprendo y encuentro absurdo no creer en ella.

Soy yo, nada temáis, dice el Cristo, andando sobre las olas en medio de la tempestad.

Señor, si sois vos, dice San Pedro, ordenad que yo vaya a vuestro encuentro, andando también sobre las ondas.

¡Ven! responde el Salvador, y Pedro anduvo sobre el mar. Inmediatamente el viento se levanta furioso, las olas se balancean con fuerza y el hombre tiene miedo; está por hundirse, y Jesús, reteniéndolo y levantándolo de la mano, le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”

CAPÍTULO III

EL ENCANTAMIENTO DEL DEMONIO

El placer es un enemigo que debe, fatalmente, volverse nuestro esclavo o nuestro señor. Para poseerlo es preciso combatir, y para gozarlo es necesario haberlo vencido.

El placer es un esclavo encantador, pero un señor cruel, implacable y asesino. A aquellos a quienes posee, los cansa, los agota, los mata, después de haber engañado sus deseos y traicionado todas sus esperanzas. La esclavitud de un placer se llama pasión. EL dominio de un placer puede convertirse en un poder.

La Naturaleza puso el placer junto al deber; si lo separamos del deber, se corrompe y nos envenena. Si lo juntamos con el deber, el placer no se separará más de él, nos seguirá y será nuestra recompensa. El placer es inseparable del bien. El hombre de bien puede sufrir, es verdad, pero, para él, un placer inmenso se desprenderá del dolor. Job, en su estercolero, recibe la visita de Dios que lo consuela y lo absuelve, mientras que Nabucodonosor, en su trono, se inclina bajo un mal fatal que le quita la razón y lo transforma en bestia. Jesús, expirando en la cruz, da un grito de triunfo, como si sintiese su próxima resurrección, mientras que Tiberio,³⁰ en Caprea, en medio de sus criminales delicias, soporta las angustias de su alma y confiesa, en una carta dirigida al Senado, que todos los días se siente morir.

El mal sólo puede asirnos por nuestros vicios y por el temor que nos inspira. EL diablo persigue a los que le temen y huye de los que le desprecian. Obrar bien y no temer a nada es el arte de encadenar al demonio.

Pero no pretendemos dar aquí un tratado de moral. Revelamos los secretos de la ciencia mágica aplicada a la medicina de los espíritus. Pero es necesario decir algo sobre las posesiones y exorcismos.

Todos tenemos, en nosotros mismos, el presentimiento de una doble vida. Las luchas del espíritu contra la conciencia, del deseo cobarde contra el sentimiento generoso, en fin, de la bestia contra la criatura inteligente; las flaquezas de la voluntad, arrastrada muchas veces por la pasión, las reprobaciones que nosotros mismos nos dirigimos, nuestra propia

³⁰ *Tiberio*, segundo emperador romano que, según Cardán, veía claro como él, en medio de las tinieblas. Justamente criticado por Tácito, por sus crueldades. (N. del T.)

desconfianza, las fantasías concebidas; todo esto parece revelar en nosotros la presencia de dos personas de carácter diferente, una de las cuales nos exhorta al bien mientras que la otra nos querría arrastrar al mal.

De estas ansiedades naturales de nuestra naturaleza dual, se deduce, que existen dos ángeles cautivos en cada uno de nosotros, uno bueno y uno malo, siempre presentes, uno a nuestra derecha y otro a nuestra izquierda. Pero, decimos, es pura y simplemente simbolismo, esto es un arcano de la ciencia, y la imaginación del hombre es lo suficientemente poderosa para dar formas pasajeraamente reales a los seres que su verbo afirma. Más de una religiosa vio y tocó su ángel de la guarda; más de un asceta se halló frente a frente y luchó realmente con su demonio familiar.

En las visiones que provocamos y que proceden de una disposición enfermiza, aparecemos nosotros mismos bajo formas que una proyección magnética provee a nuestra imaginación exaltada. Y también, a veces, ciertos dolientes y algunos maniáticos pueden proyectar fuerzas que imantan objetos sometidos a su influencia, de manera que tales objetos parecen moverse por sí mismos y cambiar de lugar.

Estas producciones de imágenes y de fuerzas, no perteneciendo al orden habitual de la naturaleza, proceden siempre de alguna disposición enfermiza, que puede volverse contagiosa de un momento a otro, por efectos del temor, el espanto, o una mala disposición.

Es entonces que se duplican los prodigios y todo parece ser arrastrado por el vértigo de la demencia. Semejantes fenómenos son, evidentemente, desequilibrios producidos por el magnetismo del mal, y el vulgo tendría razón, si admitiese la definición que dimos, de atribuirselos al demonio.

Este fue el origen de los milagros de los convulsionarios de S. Medardo y tantos otros. Así se producen las singularidades del espiritismo; en el centro de todos estos círculos, al frente de todas estas corrientes había exaltados y enfermizos. Gracias a la acción de la corriente y a la presión de los círculos, los pacientes pueden tornarse incurables, y los exaltados, locos.

Cuando la exaltación visionaria y el desequilibrio magnético se producen en forma crónica en el paciente, éste queda obcecado o poseso, según la gravedad del mal.

El individuo que se halla en tal estado, es atacado por una especie de sonambulismo contagioso; sueña despierto, cree en lo absurdo y lo produce hasta cierto punto alrededor de sí, fascina las miradas y engaña los sentidos de personas impresionables que le rodean. Es entonces que la superstición triunfa y que la acción del diablo se hace evidente. Y de hecho ella es efectiva, pero lo que juzgamos, no es el diablo. Se podría definir la magia como la ciencia del magnetismo universal, más ello sería tomar el efecto por la causa. La causa, ya lo dijimos, es la luz primaria del OD, OB y AUR

de los hebreos. Volvamos pues, al magnetismo, cuyos grandes secretos aún no son conocidos en sus futuros teoremas.

I

Todos los seres que viven bajo una forma son polarizados para aspirar y respirar la vida universal.

II

Las fuerzas magnéticas, en los tres reinos, son hechas para equilibrarse por la fuerza de los contrarios.

III

La electricidad sólo es apenas el calor especial producido por la circulación del magnetismo.

IV

Los remedios no curan las dolencias por la acción propia de su sustancia, más sí por sus propiedades magnéticas.

V

Toda planta es simpática a un animal y antipática al animal contrario. Todo animal es simpático a un hombre y antipático a otro. La presencia de un animal puede mudar el carácter de una dolencia.

Más de una solterona se volvería loca si no tuviese un gato y sería casi razonable, si con la posesión de un gato consigue conciliar la de un can.

VI

No hay una planta, no hay un insecto, no hay una piedra que no oculte una virtud magnética y que no pueda servir, sea a la buena o a la mala influencia de la voluntad humana.

VII

El hombre tiene el poder natural de aliviar a sus semejantes, por la voluntad, por la palabra, por la mirada y por los signos. Para ejercer este poder es preciso conocerlo y creer en él.

VIII

Toda voluntad no manifestada por una señal es una voluntad ociosa. Hay señales directas y señales indirectas. La señal directa tiene más poder porque es más racional; pero la señal indirecta siempre es un signo o una acción correspondiente a la idea, y como tal puede realizar la voluntad. La señal indirecta sólo es efectiva cuando la directa es imposible.

IX

Toda determinación a la acción es una proyección magnética. Todo consentimiento a una acción es una atracción del magnetismo. Todo acto consentido es un pacto. Todo pacto es una obligación libre al principio, fatal después.

X

Para obrar sobre los otros, sin esclavizarse, es necesario estar en esa independencia perfecta que sólo a Dios pertenece. ¿Puede el hombre ser Dios? ¡Sí, por participación!

XI

Ejercer un gran poder sin ser perfectamente libre es sacrificarse a una gran fatalidad. Es por eso que un hechicero no puede arrepentirse y necesariamente es condenado.

XII

El poder del mago y el del hechicero es el mismo; solamente que el mago se asegura en el árbol cuando corta la rama, mientras que el hechicero está suspendido en la propia rama que quiere cortar.

XIII

Disponer de las fuerzas excepcionales de la naturaleza es ponerse fuera de la ley. Es, por consiguiente, someterse al martirio siendo justo, y a un legítimo suplicio si no lo fuere.

XIV

*Por el Rey a Dios queda prohibido
de aquí en este lugar facer milagros*

Es una inscripción paradójal solamente en la forma. La policía de este o aquel lugar pertenece al rey, y mientras el rey es rey. Dios no puede ponerse en contradicción con la policía del rey. Dios puede lanzar en el basural a los malos papas y a los malos reyes, pero no puede oponerse a las leyes reinantes. Por consiguiente, todo milagro que se hace contra la autoridad espiritual y legal del papa o contra la autoridad temporal y legal del rey, no viene de Dios sino del Diablo.

Dios, en el mundo, es el orden y la autoridad; Satán es el desorden y la anarquía. El por qué no sólo es permitido si no que es también glorioso resistir a un tirano, es porque el tirano es un anarquista que usurpó el poder. ¿Queréis pues, luchar victoriosamente contra el mal? Sed la personificación del bien. ¿Queréis vencer a la anarquía? Sed el brazo de la autoridad. ¿Queréis encadenar a Satán? Sed el poder de Dios.

Ahora bien, el poder de Dios se manifiesta en la humanidad por dos fuerzas: la fe colectiva y la incontestable razón.

Hay, pues, dos especies de exorcismos infalibles: los de la razón y los de la fe. La fe manda en los fantasmas, de la que es reina, porque es su madre, y a su conjuro ellos se apartan por algún tiempo. La razón sopla sobre ellos, en nombre de la ciencia, y ellos desaparecen para siempre.

CAPÍTULO IV

LO SOBRENATURAL Y LO DIVINO

Lo que el vulgo llama sobrenatural es lo que le parece contra la naturaleza.

La lucha contra la naturaleza es el sueño insensato de los ascetas; como si la Naturaleza no fuese la ley misma de Dios.

Llamarán concupiscencia a las atracciones legítimas de la naturaleza. Lucharán contra el sueño, contra el hambre y la sed, contra los deseos del amor. Lucharán no sólo para triunfar de las atracciones superiores, sino con el pensamiento de que la naturaleza es corrupta y que la satisfacción de la naturaleza es un mal. De ello resultarán extrañas aberraciones. El insomnio crea el delirio; el ayuno vacía los cerebros y los llena de fantasmas; el celibato forzado hace nacer monstruosas impurezas.

Los *íncubos* y los *súcubos* infestarán los claustros.³¹ El priapismo y la histeria crearán desde esta vida un infierno para los monjes sin vocación y para las monjas presuntuosas.

San Antonio y Santa Teresa lucharon contra fantasmas lúbricos; asistían, en imaginación, a orgías de las que ni la antigua Babilonia tuvo idea.

María Alacoque y Mesalina sufrieron los mismos tormentos: los del deseo exaltado más allá de la naturaleza e imposible de ser satisfecho.

Con todo, había entre ellas una diferencia, y es que si Mesalina hubiese podido suponer una María Alacoque, habría tenido celos de ella.

Resumir todos los hombre en uno solo, como Calígula³² quiso hacerlo en su sed de sangre, y ver a este hombre de los hombres abrir su pecho y darle

³¹ *Incubo*, elemental que tiene el poder de manifestarse, materializarse y tener relaciones íntimas con una mujer. Es una larva o parásito masculino creado y nutrido por la lascivia y la imaginación inmoral de la mujer con quien convive. Puede también ser el cuerpo astral de un hombre fallecido o bien la proyección de la violenta pasión de un hombre vivo. Del latín *incubus*, *in*, en, *cubare*, verter, derramar, etc. *Súcubo*, parásito femenino, nacido de la imaginación deshonesta del hombre. Lo mismo que el *Incubo*, puede ser el astral de una mujer muerta o la proyección de la súbita pasión de una viva. Del latín *Succubus*, *sub*, debajo, *cubare*, echar, acostar, etc. (N. del T.)

³² *Calígula*, emperador romano que sucedió a Tiberio. Fue un monstruo de crueldad y tan extravagante o loco que nombró cónsul a su caballo *Incitato*. Se cree que murió envenenado o asesinado por su mujer. Dice Suetonio que después de su muerte apareció muchas veces y que su casa estuvo infestada de monstruos y espectros hasta que se tributaron los honores fúnebres. (N. del T.)

a adorar su corazón ardiente y lleno de sangre para que lo adorase como consolación del jamás poder saciarse del amor, ¡qué sueño ideal habría sido para Mesalina!

El amor, esta victoria triunfal de la Naturaleza, no le puede ser arrebatado sin que ella se irrite. Cuanto cree volverse sobrenatural se vuelve contrario a la naturaleza, y la más monstruosa de las impurezas es la que profana y prostituye de algún modo la idea de Dios. Ixión, arrojándose a Juno³³ y agotando su fuerza viril en una nube vengadora era, en la alta filosofía simbólica de los antiguos, la figuración de esta sacrílega pasión, castigada en los infiernos con lazos de serpientes que ligan a la víctima a una rueda y la hacen girar en vértigo eterno. La pasión erótica, desviada de su objeto legítimo y exaltada hasta el deseo insensato de hacer, por así decir, violencia al infinito, es la más furiosa de las aberraciones del alma, e igual que la demencia del Marqués de Sade, tiene sed de torturas y de sangre. La joven, despedazará su seno con tejidos de hierro; el hombre, exhausto, descontrolado por los ayunos y las vigiliass, se abandonará eternamente a las delicias depravadas de una flagelación llena de sensaciones extrañas, y después, a fuerza de fatigas, vendrán las horas de un sueño lleno de sueños enervantes.

De tales excesos resultarán dolencias desconocidas y desesperantes para la ciencia. Todos los sentidos perderán su empleo natural para proveer elementos a sensaciones falsas, a cicatrices más terribles que las de la sífilis; en las manos, en los pies, alrededor de la cabeza, llagas de supuración intermitente y profundamente dolorosas. Luego, la víctima, no verá ni oirá más, dejará de alimentarse, y quedará sumergida en un idiotismo profundo, del que sólo saldrá para morir, al menos que se opere una muy fuerte reacción, manifestada por excesos de histerismo o de priapismo, que harán creer en la acción directa del demonio.

¡Infelices entonces los de Urbano Grandier³⁴ y los Gaufridy! ¡Los furores de las bacantes que despedazaran a Orfeo³⁵, resultan inocentes diversiones

³³ *Ixión*, Mitología: Rey de los lapitas, fue precipitado por Júpiter al Tártaro y atado a una rueda infernal que giraba sin cesar. *Juno*, según la mitología, diosa reina del cielo, hija de Saturno y de la Tierra y esposa de Júpiter. (*N del T.*)

³⁴ *Urbano Grandier*. El convento de Ursulinas de Loudon, 1626, se vio de pronto infestado de duendes y espíritus malignos. Muchas de las religiosas declararon estar poseídas y lo confesaron a su director espiritual Juan Mignon, quien resolvió hacer caer toda la culpa en Urbano Grandier, cura de San Pedro de Loudon, que era un sacerdote de honrada familia, hombre de talento, de buena presencia, elocuente y que reunía en su persona todos los dones de la naturaleza, y que además se había granjeado la estimación de las señoras por sus modales corteses, que le distinguían de los demás eclesiásticos. Chocaba con los frailes, predicando contra las hermandades; había entablado una causa contra Barot, presidente de la elección y contra Tringuant, procurador del rey y su sobrino Mignon, confesor de las Ursulinas. Estos tres

enemigos aliados acusaron a Grandier de haber causado la posesión de las Ursulinas valiéndose de magia.

El procurador del rey, los jueces y el clero se dirigieron al convento; la supresión empezó a hacer contorsiones dando gritos de lechón; el capellán Mignon empezó a conjurar los demonios interrogándolos en latín. Un día anunciaron que harían salir los diablos, pero la farsa tuvo mal resultado y la autoridad debió cesar el examen. Pero Mignon, resuelto a morir antes que abandonar sus proyectos, acusó a Grandier de ser el autor de un folleto titulado “El zapatero de Loudon”, anónimo contra Richelieu. El Consejero de estado dio oídos y desde luego reaparecieron los diablos en el convento, esta vez en mayor número. Se encerró a Grandier en el Castillo de Anger y se reinició el proceso. Los exorcistas, que recibieron sumas considerables, trabajaron con ahínco. El 20 de mayo de 1633 se preguntó a la superiora cuáles eran los demonios que la poseían y ella contestó que eran Asmodeo, Gresil y Amán. Interrogada cómo se habían introducido en su cuerpo, dijo: “en figura de gato, de ciervo y de cabrón”. Prometieron hacer salir estos diablos en presencia de los espectadores, pero no pudieron lograrlo y los asistentes salieron defraudados. El Consejero Laubordemont, para acallar las habladurías, prohibió, por medio de un decreto, el “burlarse de una posesión auténtica”. Uno de los exorcistas presentó una copia del pacto que Grandier había firmado con el diablo, según dijo, la había obtenido por valimiento con uno de los demonios archiveros del infierno. Grandier protestó de semejante ridiculez, pero los exorcistas aseguraron que Grandier la había puesto en manos de Lucifer en un conciliábulo de brujos.

A pesar de que dos religiosas se retractaron demandando perdón en público por haber intentado perder a un inocente, Grandier fue declarado reo convicto en los delitos de magia, maleficio y posesión del demonio en las monjas Ursulinas, condenado a una fuerte multa, a ser quemado vivo y sus cenizas arrojadas al viento. Se afeitó a Grandier de pies a cabeza para ver si llevaba alguna marca del diablo y se le condujo sí ante los jueces y espectadores. El Padre Lactancio y otro exorcista conjuraron el aire, etc. Grandier, de rodillas, escuchó su sentencia con una calma admirable. Se le llevó al suplicio, que fue tan horrible y cruel, que es imposible leer el relato sin horrorizarse. Cuando quería hablar la víctima los exorcistas le echaban gran cantidad de agua bendita que le impedía respirar. Lo único que pudo decir fue: “¡Ah!, padre Lactancio, hay un Dios que nos juzgará a ti y a mí, ante quien te emplazo para de aquí a un mes...”

Después de la muerte de Grandier, poco a poco se fueron retirando los diablos del convento. El padre Lactancio se proponía a exorcizar a cuatro que todavía quedaban, cuando cayó enfermo y murió entre rabiosas crisis un mes después de Grandier. Se encuentra esta horrible historia en un libro impreso a propósito, titulado “Historia de los diablos de Loudon”, por Saint-Aubin, y también en “El verdadero Padre José”, por Richer, año 1715. Este último relata que tres lágrimas manaban de su ojo derecho, lo que fue una prueba fehaciente de su culpabilidad y motivo más que suficiente para condenarlo a la hoguera. ¡Oh tiempos aquellos! (N. del T.)

³⁵ *Bacantes*. Mitología: mujeres que tomaban parte en las bacanales, fiestas que se celebraban en honor a Baco. *Orfeo*, poeta y músico griego, hijo de Apolo y de Clío o de Eagro, rey de Tracia y de Calíope. Al sonido de su lira y de su voz, los ríos suspendían su curso y las fieras se amansaban. Perdió a su esposa Eurídice el día de sus bodas. Plutón, se la devolvió, pero nuevamente la perdió para siempre. Entonces juró no amar más, se fue a un desierto y cantó tan tiernamente sus dolores que

comparados con la rabia de las piadosas palomas del Señor entregadas a las furias del amor!

¡Quién nos contara los indecibles romances de la celda del cartujo o del lecho solitario en que parece dormir la religiosa enclaustrada! ¡Los celos del esposo divino, sus abandonos que la vuelven loca, sus caricias que dan sed de amor! ¡Las resistencias del súcubo coronado de estrellas, los desprecios de la Virgen reina de los ángeles, las complacencias de Jesucristo!

¡Oh! ¡Los labios que bebieron una vez en esta copa fatal quedan alterados y trémulos! Los corazones quemados una vez por este delirio, hallan secas e insípidas las fuentes reales del amor. ¿Verdad que fue un hombre para una mujer lo que soñó Dios? ¿Qué es la mujer para un hombre, cuyo corazón palpité por la belleza eterna? Ah! Pobres insensatos, nada es para vosotros y sin embargo, lo es todo; pues es la realidad, la razón, la vida.

Vuestros sueños apenas son ensueños, vuestros fantasmas apenas fantasías. Dios, la Ley viva, Dios, la sabiduría suprema, no es cómplice de vuestras locuras ni el objeto posible de vuestras pasiones desesperadas. Un pelo caído de la barba de un hombre, un solo cabello perdido por una mujer viva y real, son cosas mejores y más positivas que vuestras devoradoras quimeras. Amaos unos a otros y adoraréis a Dios.

La verdadera adoración a Dios no es el aniquilamiento del hombre en la ceguera del delirio; es, por el contrario, su exaltación tranquila en la luz de la razón. El verdadero amor de Dios no es la pesadilla de San Antonio; al contrario, es la paz profunda, esa tranquilidad que resulta del orden perfecto. Todo lo que el hombre juzga sobrenatural en su propia vida, va contra la naturaleza, y todo lo que es contra natura, ofende a Dios. ¡Esto es pues, lo que un verdadero iniciado debe saber muy bien! Nada es sobrenatural, ni el mismo Dios, porque la Naturaleza lo demuestra. La Naturaleza es su ley, su pensamiento; la Naturaleza es él mismo, y si se pudiese desmentir a la Naturaleza, también se podría atentar contra su propia existencia. El pretendido milagro divino, si se saliese del orden eterno, sería el suicidio de Dios.

Un hombre puede curar naturalmente a los otros, porque Jesucristo, los Santos y los magnetizadores lo hicieron y lo hacen aún todos los días. Un hombre, se puede elevar de la tierra, andar sobre el agua, etc.; puede todo lo que Jesús pudo, pues fue él mismo quien lo dijo: “Aquellos que creen harán las cosas que yo hago y aún cosas mayores”.

Jesús resucitó muertos, pero jamás evocó almas. Resucitar un hombre es curar la letargia que ordinariamente precede a la muerte. Evocarlo, después

enterneció a las fieras; pero las mujeres fueron menos sensibles a su dolor, pues una bacantes lo destrozaron. (N. del T.)

de muerto, es imprimir a la vida un movimiento retrógrado, es violentar la naturaleza, y Jesús no podía hacerlo.

El milagro divino es la obediencia de la naturaleza a la razón; el milagro infernal, es aquello en que la naturaleza se desequilibrara para obedecer a la locura. El verdadero milagro de la vida humana es el buen sentido, la razón paciente y tranquila, la sabiduría que puede creer sin peligro, porque sabe dudar sin amargura y sin cólera, es la voluntad buena y perseverante que busca, estudia y espera. Es Rabelais que celebra al vino, bebe agua a menudo, cumple los deberes de un buen cura y escribe su *Pentagruel*. Un día que Jean de Lafontaine tenía puestas sus medias al revés, preguntó seriamente si San Agustín tendría tanto espíritu como Rabelais. Volveos vuestras medias, buen Lafontaine, y guardáos para el futuro semejantes preguntas; tal vez el señor Fontenelle sea bastante sutil para comprederos, pero ciertamente que no es lo suficientemente osado para responderos.

No es Dios todo lo que tomamos por Dios, y todo lo que tomamos por el diablo no es el diablo.

Lo divino escapa a la apreciación del hombre, y sobre todo del hombre vulgar. Lo bello siempre es simple, la verdad parece cosa común y lo justo pasa desapercibido porque no molesta a nadie. El orden nunca es notable: sólo el desorden trae la atención, porque es confuso y bullanguero. Los niños, en su mayoría, son insensibles a la armonía, prefieren el tumulto y el ruido; y es así también como, en la vida, muchas personas buscan el drama y el romance. Desprecian el bello sol y sueñan con los resplandores del rayo, imaginan la virtud solamente como la cicuta. Si hubiesen sido verdaderos sabios, Sócrates no habría recurrido a la muerte y Catón habría vivido libre; pero ¿los habría conocido el mundo si hubiesen sido verdaderos sabios?

Saint Martin no lo creía, él daba el nombre de filósofos desconocidos a los iniciados en la verdadera sabiduría. Callarse es una de las grandes leyes del ocultismo. Luego, callarse es ocultarse. Dios es la omnipotencia que se oculta, y Satán, la impotencia vanidosa que siempre procura mostrarse.

CAPÍTULO V

LOS RITOS SAGRADOS Y LOS RITOS MALDITOS

Relata la Biblia que, después de haber puesto fuego profano en sus incensarios, dos sacerdotes fueron devorados delante del altar por una explosión del fuego sagrado. Esta historia es una amenazadora alegoría.

En efecto, los ritos no son ni indiferentes ni arbitrarios. Los ritos eficaces son los consagrados por la autoridad legítima, y los ritos profanos siempre producen el efecto opuesto al deseado por el temerario operador.

Los ritos de las antiguas religiones disueltas y anuladas por el cristianismo, son ritos profanos y malditos para quien no cree seriamente en la verdad de esas religiones hoy proscritas.

Ni el Judaísmo, ni los demás grandes cultos de Oriente, han dicho su última palabra. Son condenados pero aún no han sido juzgados y, por tanto, hasta que ello ocurra, pueden considerarse legítimas sus protestas.

Los ritos dejados atrás por el correr del progreso religioso han sido, por eso mismo, profanados y considerados como malditos. Más tarde llegarán a comprender las grandezas aún ignoradas del dogma judaico, pero no por eso el mundo cristiano volverá a la circuncisión.

El cisma de Samaria era una vuelta al simbolismo del Egipto, por cuyo motivo nada quedó de él y las diez tribus desaparecieron mezcladas con las naciones y absorbidas por ellas.

Los ritos de los grimorios hebraicos, ya condenados por la ley de Moisés, pertenecían al culto de los patriarcas, que ofrecieran víctimas en las montañas evocando visiones. Sería un crimen pretender dar nuevamente vida al sacrificio de Abraham.

Solo los cristianos católicos y ortodoxos establecieron un dogma y fundaron un culto; los herejes y los sectarios sólo supieron negar, suprimir y destruir. Nos llevan al deísmo vago y a la negación de toda religión relegada a Dios a una tan profunda oscuridad que, los hombres, ya no se interesan más por saber si él existe.

Fuera de las magistrales y positivas afirmaciones de Moisés y Jesucristo acerca de la Divinidad, el resto no es más que dudas, hipótesis y fantasías.

Para los antiguos pueblos que odiaban a los judíos y a quienes los judíos detestaban, Dios no era más que el genio de la Naturaleza, gracioso como

la primavera, terrible como la tempestad, y las mil transformaciones de este proteo poblaban de multitud de dioses los diversos panteones del mundo.

Más, en la cima de todo, reinaba el destino, esto es, la fatalidad. Los dioses de los antiguos apenas eran fuerzas naturales. La propia Naturaleza era el gran panteón. Las consecuencias fatales de tal dogma debían ser el materialismo y la esclavitud.

El Dios de Moisés y de Jesucristo es uno. Es espíritu eterno, independiente, inmutable e infinito; todo lo puede; creó y gobierna todas las cosas. Hizo al hombre a su imagen y semejanza. Es nuestro único Padre y nuestro único Señor. Las consecuencias de estos dogmas son el espiritualismo y la libertad.

Este antagonismo en las ideas llevó a los hombres a pensar, absurdamente en que también existía un antagonismo en las cosas. Hicieron del panteón un enemigo de Dios, como si el panteón realmente existiera en algún lugar a no ser en el dominio del propio Dios. Hacen de la Naturaleza un poder en rebelión; llamaron Satán al amor; dieron a la materia un espíritu que ella no podía tener, y resultó de ahí, por la ley fatal del equilibrio, la materialización de los dogmas religiosos. Del conflicto resultó un contrasentido o quizás un malentendido inmenso: que reclamaran la libertad del hombre en nombre de la fatalidad que lo aprisiona, y sujeción al nombre de Dios, siendo que Él es el único que puede y quiere liberarlo. La consecuencia de esta perversión de juicio es un increíble malestar, una especie de parálisis moral y el por qué en todas partes se ven obstáculos.

Confieso que entre Proudhon y Veuillot no tengo la menor voluntad de elegir.

Las religiones muertas no reviven, y como dice Jesús, no se pone vino nuevo en vasos viejos. Cuando los ritos se vuelven ineficaces, el sacerdocio desaparece. No obstante, a través de todas las transformaciones religiosas, se conservaron los ritos secretos de la religión universal, y es precisamente en la razón y en el valor de estos ritos que consiste el secreto de la francmasonería.³⁶

³⁶ *Franc-Masonería*. Después del último siglo, grandes espíritus, como Eliphas Levy, Ragón, Estanislao da Guaita y Oswald Wirth, se han esforzado en volver a la Francmasonería su valor iniciático, su finalidad verdaderamente espiritualista que había perdido cediendo a la influencia del ambiente y convertido en un organismo social que amparaba las luchas religiosas y políticas. La principal finalidad de la Francmasonería fue la de liberar el espíritu de cualquier tiranía, formar pensadores y sabios y elevarlos por encima del común por la selección y la iniciación. En el pensamiento de sus creadores todas sus pruebas y ritos tenían el mismo objetivo que para los sacerdotes de Menphis o de Tebas. Pero así como “La religión y la medicina no son responsables de las faltas de sus ministros”, no puede culparse a la Francmasonería por los desvíos y el materialismo de gran parte de sus miembros, hijos todos del egoísmo de la época.

En efecto, los símbolos masónicos constituyen, en su conjunto, una síntesis religiosa que aún falta al sacerdocio católico romano. El conde José de Maistre lo sentía intuitivamente; y cuando en su terror de ver al mundo sin religión, aspiraba a una alianza próxima entre la ciencia y la fe, volvía voluntariamente sus ojos a las puertas entreabiertas del ocultismo.

Hoy no existe el ocultismo masónico y las puertas de la iniciación están completamente abiertas. Todo fue divulgado, todo fue escrito. El Vigilante y los Rituales masónicos se venden a quien quiera comprarlos. El Gran Oriente no tiene más misterios, o al menos no tiene más misterios para los

La Francmasonería encierra y oculta bajo sus ritos iniciáticos, una gran parte de las tradiciones antiguas, aunque sus símbolos sean incomprensibles para la mayoría de sus cofrades. Las primitivas iniciaciones se refundieron en ella, principalmente el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y por sobre todo en el Rito Antiguo y Primitivo de Menphis y Misraim, el único que conserva intactos todos los rituales y al que sólo tienen acceso los masones que se interesan por el ocultismo o el hermetismo. Ultimamente se han ocupado mucho de la Masonería los católicos y principalmente los Jesuitas. Es una Orden muy responsable en sus principios, porque recuerda al hombre lo que debe a Dios y a sus semejantes; enseña a socorrerse mutuamente y a socorrer a todos; al grito de desgracia el masón debe volar en socorro de su hermano; el ideal que proclama públicamente, es la Fraternidad Universal; su principal tarea, educar, instruir, moralizar a los hombres. Digna de todo encomio es en la época presente la hermosa labor que desarrolla la Orden Masónica Mixta o mística “Le Droit Humain”, que, orientada por la más alta espiritualidad, se enfoca en el sentido iniciático para penetrar el sentido oculto de sus símbolos.

En su *Historia de la Magia*, dice Eliphas Levi de la Francmasonería: “Los hermanos masones tomaron su nombre y emblemas de su arte de los constructores de la Catedral de Estrasburgo. Han tenido por modelo a los Templarios, los Rosa Cruz por padres y los Joanitas por antepasados. Su dogma es el de Zoroastro y el de Hermes, su regla la iniciación progresiva, su principio la igualdad regulada por la jerarquía y la fraternidad universal; son los continuadores de la Escuela de Alejandría heredera de todas las iniciaciones antiguas.”

Su leyenda sagrada es “Hiram” y todo el simbolismo masónico es realmente hermoso. El aspirante masón se compara a la piedra en bruto, informe, que no tendrá su forma definitiva sino bajo la acción del cincel y el martillo. Debe perfeccionarse, hasta llegar a ser piedra cúbica que representa al iniciado. Esta piedra cúbica, apta para unirse a las otras que servirán para construir el edificio social, le recuerda al masón que debe mezclarse a la vida activa, hacer obra útil e incorporarse con los demás masones a la obra durable que edifican, la que está simbolizada el templo que los francmasones levantan a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo: Dios.

Sobre la palabra francmasón encontraremos en las enseñanzas Rosa Cruz, sobre inscripciones rupestres, lo siguiente: “Valores de la inscripción *Fa*, Fuego, Fater, Fecundar, Facer, Factor, Facultad, Faena, Faz, Falo. Es la fuerza generatriz, el fuego central de la Naturaleza. La palabra *Pir* (fuego), viene de *Fyr*, *Fir* y luego convertido en *First* (lo primero fue la Luz). De *Fyr* se hizo el *Fir* o *Free* inglés que formó la palabra *Freemasson* (francmasón), para significar que los masones o “hijos de la luz”, deberían ser los primeros que con la realización de sus símbolos despertaran en sí el Fuego Sagrado”. (N del T.)

profanos que para los iniciados; sin embargo, los ritos masónicos inquietan todavía a la corte de Roma, porque siente que hay en ellos un poder que se le escapa.

Este poder es la libertad de la conciencia humana, es la moral esencial, independiente de cada culto. Es el derecho de no ser maldito ni echado a la muerte eterna por dispensar a las gentes el ministerio de los sacerdotes, ministerio solamente necesario, para aquellos que sienten su necesidad, respetable a todos cuando se ofrece sin imponerse, horrible cuando abusan de él.

Es por la maldición que la Iglesia de fuerza a sus enemigos. La excomunión injusta es una especie de consagración. Jacques de Molay,³⁷ en su hoguera, era Juez del Papa y del Rey. Savonarola,³⁸ quemado por Alejandro VI, era en esos momentos el venerable vicario y representante de

³⁷ *Jacobo de Molay*. Último gran Maestre de los Templarios, quemado vivo en 1314. Fue llamado a Francia bajo el pretexto de unir su Orden a la de los Hospitalarios, aunque en verdad lo que se había acordado secretamente entre el Papa Clemente V y Felipe el Hermoso, rey de Francia, era suprimir la Orden. Se lo redujo a prisión en 1307, acusando a la vez a los Templarios de los crímenes más abominables, y así fue enviado con sus compañeros al suplicio. Jacobo de Molay murió quemado vivo en la hoguera con todo valor, protestando su inocencia con frases elocuentes y emplazando, según refiere la historia, ante el Tribunal del Ser Supremo al Papa Clemente V en el término de 40 días y a Felipe el Hermoso en el de un año, lo que dicen se cumplió dentro del plazo prescrito. Pero antes de morir el Jefe del Temple organizó la Masonería Oculta. Fundó, desde la prisión, cuatro logias metropolitanas; en Nápoles, para el Oriente; en Edimburgo, para el Occidente; en Estocolmo, para el Norte, y en París, para el Sur. El Papa y el rey murieron en breve plazo, de manera extraña y repentina. Florian, el principal denunciante de la Orden fue asesinado. (N. del T.)

³⁸ *Savonarola, Jerónimo*. Célebre dominico y reformador de las costumbres, quien creía que el clero, a quien atacaba sus vicios, debía ser el primero en dar el ejemplo de buenas costumbres. Savonarola no fue ni un impostor ni un ambicioso; fue un iluminado que se dejó arrastrar por su imaginación y por su fe. Enemigo del Renacimiento, sólo pedía reforma en las costumbres y moralidad. El Papa Alejandro VI, a quien combatió duramente Savonarola por sus vicios, quiso atraerlo, ofreciéndole el capelo cardenalicio y el Arzobispado de Florencia; pero Savonarola no aceptó el ofrecimiento, contestando: “No quiero otro capelo que el del martirio enrojecido de mi propia sangre”. Su mayor atrevimiento fue decir, después de su excomunión, que “un excomulgado puede predicar”. Se lo sentenció a muerte y ejecutó el 23 de mayo de 1498. Fue ahorcado después de someterlo varias veces al tormento y su cuerpo se consumió en la hoguera. A sus adictos se les negó sus cenizas, las que se arrojaron al río Arno. Ya tarde una comisión nombrada por Paulo VI declaró que sus obras eran “irreprochables”. Benedicto XIV colocó el nombre de Savonarola en el número de los “Servidores de Dios”, en su libro “De Servorum Dei beatificatione”. Aún no se han publicado todas sus obras. (N. del T.)

Cristo, y cuando denegaban los sacramentos a los pretendidos jansenistas,³⁹ el diácono Paris hacía milagros.

Hay dos especies de ritos que pueden, por consiguiente, ser eficaces en la magia: los ritos sagrados y los ritos malditos, pues la maldición es una consagración negativa. El exorcismo hace la posesión, y la Iglesia infalible crea al diablo, por así decirlo, cuando emprende su expulsión.

La Iglesia católica romana reproduce de un modo exacto la imagen de Dios, tal como la describieron con tanto genio los autores del *Siphra Dzeniutta*, explicado por el Rabí Schimeon⁴⁰ y sus discípulos. Tiene ella dos caras, una de luz y otra de sombras, y para ella la armonía resulta de la analogía de los contrarios. La faz de luz, es la figura agradable y sonriente de María. La faz de sombra, es la careta del demonio. Oso decir francamente al demonio lo que pienso de su careta y con esto no creo ofender a la Iglesia, mi madre. Con todo, si ella condenase mi temeridad, si la decisión de un futuro concilio afirmase que el diablo existe en persona, yo me sometería en virtud de mis propios principios. Dije que el verbo crea lo que afirma; ahora bien, la Iglesia es la depositaria de la autoridad del verbo; y cuando ella afirma la existencia no sólo real sino también personal del diablo, el diablo existirá personalmente, y la Iglesia romana lo habrá creado. Todas las imágenes milagrosas de la Virgen tienen el color oscuro, porque la multitud gusta de mirar la religión por su lado tenebroso. Ocurre que los dogmas lo mismo que con los cuadros poderosamente iluminados: si atenuares las sombras debilitaréis las luces. La jerarquía de las luces es lo que hace falta restablecer en la Iglesia en lugar de la jerarquía de las influencias temporales. Que la ciencia sea dada al clero, que el estudio profundo de la naturaleza revele y dirija la exégesis. Que los sacerdotes sean hombres maduros y experimentados en las luchas de la vida. Que los obispos sean superiores a los padres en sabiduría y virtud. Que el Papa sea el más instruido y sabio de los obispos, que los padres sean electos por el pueblo, los obispos por los padres y el Papa por los obispos. Que haya para el sacerdocio una iniciación progresiva. Que las ciencias ocultas sean estudiadas por los aspirantes al santo ministerio, y de modo principal la Cábala hebrea, que es la llave de todos los símbolos. Sólo entonces será revelada la verdadera religión universal y la catolicidad de todos los tiempos y de todos los pueblos sustituirá a este catolicismo absurdo y odioso, enemigo del progreso y de la libertad, que lucha aun en el mundo

³⁹ *Jansenistas*, partidarios del Jansenismo, doctrina de Jansenio, sobre la gracia, el libre albedrío y la predestinación; teólogo obispo de Yprés. (N. del T.)

⁴⁰ *Rabí Schimeon*. Iluminado Cabalista, de quien dice la tradición, que cuando por la dispersión del pueblo israelita la tradición oral ya no podía perpetuarse, recibió la orden de lo alto para escribir el libro “Sepher ha-Zoar, o Libro del Esplendor”, que trata de los atributos de la Divinidad (los diez Sephirot), de los cuatro mundos, del bien y del mal, del alma humana y de la salvación final. (N. del T.)

contra la verdad y la justicia, pero cuyo reino pasó para siempre. En la Iglesia actual, como en el judaísmo del tiempo de Jesucristo, la cizaña se halla mezclada con la buena simiente, y por el temor de arrancar el fermento no nos atrevemos a tocar la cizaña. La Iglesia expía sus propios anatemas, ella es maldita porque maldijo. La espada que desenvainó se vuelve contra ella, como lo predice el Maestro. Las maldiciones pertenecen al infierno y los anatemas son actos del pasado de Satán. El preciso remitirlos al grimorio de Honorio.⁴¹ La verdadera Iglesia de Dios ora por los pecadores y no los maldice. Se censura a los padres que maldicen a sus hijos, pero nunca se podrá admitir que una madre maldiga a los suyos. Los ritos de la excomunión, empleados en los tiempos bárbaros, eran los de los hechizos de magia negra, y prueba de ello es la costumbre de cubrir los objetos sagrados y apagar todas las luces, en una suerte de homenaje a las tinieblas. En esas oscuras épocas se excitaba a los pueblos a la rebelión contra los reyes, se predicaba la exterminación y el odio, se ponían en peligro los reinos y, por todos los medios posibles, se aumentaba la corriente magnética del mal. Esta corriente se convirtió en un torbellino que llegó a alcanzar la silla de Pedro. Mas la Iglesia triunfará por la indulgencia y el perdón. Día vendrá, en que los últimos anatemas de un concilio ecuménico serán estos: ¡Maldita sea la maldición, que los anatemas sean anatemas, y que todos los hombres sean bendecidos! Entonces no veremos más a la humanidad de un lado y del otro de la Iglesia. La Iglesia abrazará a la humanidad, y quien quiera que pertenezca a la humanidad no podrá estar fuera de la Iglesia.

Los dogmas disidentes serán apenas considerados como ignorancias. La caridad hará suave la violencia y el odio, y quedaremos unidos por todos los sentimientos de una fraternidad sincera, también aquellos que quieran separarse de nosotros. La religión conquistando el mundo, y los hebreos, nuestros padres y hermanos, saludarán con nosotros al reino espiritual del Mesías. Tal será en la tierra, hoy tan desolada e infeliz, la segunda venida del Salvador, la manifestación de una gran religiosidad y el triunfo del mesianismo, nuestra esperanza y nuestra fe...

⁴¹ *Grimorio del Papa Honorio*. Formulario mágico que sirve para las conjuraciones, encantamientos y evocaciones. Cadulus o Cadoulus, obispo de Parma, fue proclamado antipapa en oposición a Anselmo, obispo de Luac, que acababa de ser llamado al Pontificado bajo el nombre de Alejandro II. Este Cadulus, hombre capaz de todos los crímenes y reconocido públicamente como simoníaco y concubinario, tomó el nombre de Honorio II, pero como fue vencido en su ataque contra Roma, es muy probable que quisiera erigirse en gran sacerdote de los hechiceros y que haya redactado con el nombre de Honorio el Grimorio de ese nombre. Dicen los cabalistas que este Grimorio es un verdadero monumento de la perversidad humana. El sueño del autor es el reinado de Satán en la tierra. Los tres Grimorios más conocidos son: Grimorio del Papa Honorio, El Gran Grimorio y el Verdadero Grimorio o Clavículas de Salomón. (N. del T.)

CAPÍTULO VI

DE LA ADIVINACION

Podemos adivinar de dos maneras: por sagacidad o por la doble vista.

La segunda vista es una especie de intuición especial, semejante a la de los sonámbulos lúcidos que leen el pasado, presente y futuro de la luz universal. Edgar Poe, sonámbulo lúcido de embriaguez, habla en sus cuentos de un cierto Augusto Dupin, que adivinaba los pensamientos y descubría los misterios de los negocios más embarazosos, por un sistema totalmente original basado en observaciones y deducciones.

De desear sería que los jueces que deben dar su fallo en las causas fuesen iniciados en el sistema de Augusto Dupin.

Muchas veces, determinados indicios, descuidados como insignificantes, llevarían al descubrimiento de la verdad, si se los tomase en cuenta. El esclarecimiento parecería extraño, inesperado, inverosímil, como en el cuento de Edgar Poe, titulado *Doble asesinato en la calle del cementerio*. (**el traductor, tradujo el nombre de la calle... sería de la “Rue Morgue”, (N. de la Tipeadora...)) ¿Qué dirían, por ejemplo, si un día se viniese a establecer que el envenenamiento del Sr. Lafarge no puede atribuirse a nadie, que la autora del envenenamiento era una sonámbula, impresionada por vagos temores (en el caso de haber sido una mujer), que en la lucidez de su sueño furtivamente sustituía y mezclaba arsénico con bicarbonato de soda y goma en polvo, echando la mezcla hasta en las cajas de María Capelle, juzgado así en su suelo hace imposible el envenenamiento que temía para su hijo?

Claro que damos aquí una hipótesis inadmisibile después de la condena; mas quizá antes de la sentencia habría convencido examinar la causa bajo estos puntos:

1° Que la señora Lafarge, madre, hablaba incesantemente de envenenamiento y desconfiaba de su nuera, la que en una carta fatal se había vanagloriado de poseer arsénico.

2° Que esta misma señora jamás se desvestía y que hasta para dormir conservaba su chal.

3° Que durante la noche se oían ruidos extraños en la casa.

4° Que el arsénico estaba esparcido en todos los lugares de la casa, en los muebles, gavetas, en la tierra, etc., de modo que excluía toda inteligencia y razón.

5° Que había arsénico mezclado en la caja de goma en polvo que María Capelle entregó a su joven amiga, Emma Potier, como conteniendo la goma que se mezclaba a las bebidas del señor Lafarge.

Estas circunstancias singulares habrían despertado la sagacidad de Augusto Dupin y de Zadig, pero seguramente que no producirían impresión en los jurados y jueces, prevenidos mortalmente contra la acusada, por la triste evidencia del robo de los diamantes. Ella, pues, fue condenada sólo porque la justicia siempre tiene la razón; pero es sabido con qué energía protestó la infeliz hasta la muerte y que la rodearon de honrosas simpatías en sus últimos momentos.

Otro condenado, sin duda menos atrayente, protestó también ante la religión y la sociedad en el momento pavoroso de la muerte; fue el infeliz Leotadio, acusado del asesinato y desfloramiento de una niña. Edgar Poe habría podido hacer de esta trágica historia uno de sus cuentos más impresionantes, mudando los nombres de los actores y trasladando la escena a Inglaterra o América. Veamos lo que habría hecho decir a Augusto Dupin:

La niña entró en la casa educacional y no la vieron aparecer más; el portero, que siempre cerraba la puerta con llave, se ausentó apenas un minuto. A su vuelta, la niña ya no estaba en ese lugar, pero había dejado la puerta entreabierta.

Al día siguiente, encontraron a la infeliz pequeña en el cementerio, junto a un muro de los jardines del colegio. Estaba muerta y parecía haber sido ultimada a golpes; tenía las orejas despedazadas y había señales de desfloramiento anormal: era una dilaceración horrible, pero sin ninguna de las señales características del desfloramiento hecho por un hombre.

Además, parecía no haber caído en ese lugar, sino haber sido llevada después. Sus vestidos estaban arreglados en lo bajo y alrededor del cadáver; a pesar de haber llovido toda la noche dichas vestimentas estaban secas; debieron llevarla, dentro de un saco, por la mañana, ya por la puerta o por la abertura de la pared del cementerio. Parece que la envolvieron en sus mismos vestidos, los que estaban inmundos por deyecciones blancuzcas.

Lo que debió pasar: la niña, al entrar en la sala de visitas, habría tenido una necesidad repentina. Para satisfacerla, salió por la puerta entreabierta, nadie la vio, lo que fue una fatalidad.

Al costado del cementerio, buscó un lugar oscuro, donde fuer sorprendida por alguna mala mujer, a quien tal vez varias veces había ensuciado su puerta; ésta estaba en el acecho, para sorprender a quien llegase para repetir lo mismo y propinarle una paliza.

Abre repentinamente la puerta, cae a bofetadas sobre la niña cuyo rostro confundió, le arranca en parte las orejas y la revuelca en sus propios

excrementos. Nota, después, que la infortunada no se mueve, quería solamente golpearla y la mató.

¿Qué hará con el cadáver o con lo que cree un cadáver? Tal vez la pobre chica abofeteada apenas ha perdido los sentidos. La oculta en un saco, sale después, y oye que buscan a una pequeña aprendiz que entró en el colegio y no la vieron salir.

Se apodera de ella una idea funesta; es preciso desviar, cueste lo que cueste, toda sospecha; que la víctima sea encontrada junto al muro del colegio y que un desfloramiento simulado haga imposible la sospecha de atribuir el crimen a una mujer.

Con un bastón verifica el desfloramiento criminal y es quizás, en ese atroz y último dolor, que la pobrecita expira.

Llegada la noche, la malvada mujer lleva el saco al cementerio, cuya puerta cerrada sabe abrir haciendo girar con un cuchillo el picaporte. Tiene el cuidado de borrar las huellas de sus pies, retirándose de espaldas; cierra cuidadosamente la puerta.

Esta hipótesis, continuaría Dupin, explica por sí sola todas las circunstancias aparentemente inexplicables de la horrenda historia.

En efecto, si el dispensero del colegio hubiese violado a la joven, habría procurado acallar sus gritos y no provocarlos, arrastrándola violentamente de las orejas e hiriéndola a golpes. Si hubiese gritado, los gritos de dolor se habrían oído, porque el entrepiso, único lugar posible para el crimen, estaba horadado en el costado que da a un cuartel con muchos soldados y casi a la altura de la casilla del empleado.

Por otra parte, el acusado fue visto todo el día, tranquilamente dedicado a las funciones de su cargo. Su ausencia del lugar del crimen, a la hora que éste ocurrió, está testificado por las declaraciones de sus compañeros; sin embargo, a causa de algunas irrisiones, negligencia y evasivas, lo acusamos de complicidad o al menos de complacencia, y así, es muy probable que sea declarado culpable por el Tribunal de Filadelfia.

Tal sería lo que diría Augusto Dupin en el cuento inédito de Edgar Poe y que, sin duda se nos permitirá imaginar, para exponer nuestra hipótesis, sin faltar a los deberes que nos impone el respeto de la cosa juzgada.

Sabemos cómo, entre dos madres que se disputaban la misma criatura, Salomón supo adivinar, de modo infalible, cuál era la verdadera madre.

La observación de la fisonomía, del andar, de los hábitos, etc., también lleva, de modo cierto, a la adivinación de los pensamientos secretos y carácter de los hombres.

De las formas de la cabeza y de la mano puede llegarse a preciosas inducciones; aunque siempre es bueno tener en cuenta el libre albedrío del hombre y los esfuerzos que puede hacer con éxito al corregir las malas tendencias de su naturaleza.

Igualmente debemos saber, que un buen carácter puede depravarse y que, muchas veces, los mejores se tornan peores, cuando se degradan y corrompen voluntariamente. La ciencia de las grandes e infalibles leyes del equilibrio pueden también ayudarnos a predecir el futuro de los hombres. Un hombre nulo y mediocre podrá llegar a todo, pero jamás será algo. Un hombre apasionado, que se abandona a excesos, perecerá con su misma intemperancia, o será fatalmente arrastrado a excesos contrarios. El cristianismo de los sacerdotes del desierto, debía producirse después de la devastación de Tiberio y de Heliogabalo. En la época del jansenismo, ese mismo cristianismo temible es una locura que ultraja a la naturaleza y prepara las orgías de la Regencia y del Directorio. Los excesos de la libertad en el '93 trajeron el despotismo. La exageración de una fuerza va siempre a favor de la fuerza contraria.

En la filosofía y en la religión, las verdades exageradas se convierten en las más peligrosas mentiras. Cuando, por ejemplo, Jesucristo decía a sus apóstoles: “Quien os oye me oye, y quien me oye, oye a Aquél que me envió”, establecía la jerarquía disciplinaria y la unidad de enseñanza, atribuyendo a este método divino, porque es natural, una infalibilidad relativa a la que él enseñó, y no dando por eso, a ningún tribunal eclesiástico, el derecho de condenar los descubrimientos de Galileo. Las exageraciones del principio de la infalibilidad dogmática y disciplinaria producirán la inmensa catástrofe de hacer caer a la Iglesia, digámoslo así, en flagrante delito de persecución de la verdad. Y entonces, las paradojas responderán a las paradojas. La Iglesia parecía desconocer los derechos de la razón y los hombres desconocerán los de la fe. El espíritu humano es un enfermo que aun anda con el auxilio de dos muletas: la ciencia y la religión. La falsa filosofía le quita la religión y el fanatismo le arranca la ciencia. ¿Qué puede ella hacer? Caer pesadamente y dejarse arrastrar como un paralítico entre las blasfemias de Proudhon y las enormidades del *Syllabus*.

Las iras de la incredulidad no tienen la fuerza suficiente para medirse con los furores del fanatismo, porque son ridículas. El fanatismo es una afirmación exagerada y la incredulidad una negación también exagerada, pero muy irrisoriamente. ¿Qué es la exageración de la nada? ¡Muy menos que nada! No vale la pena quebrar lanzas por ello.

Así tenemos, impotencia y desaliento de un lado, persistencia e invasión del otro; caemos bajo la presión pesada de las creencias ciegas y de los intereses que explotan. El viejo mundo, que juzgaban muerto se levanta de nuevo delante de nosotros y la revolución está lista para recomenzar.

Todo esto podía ser escrito, todo estaba en la ley del equilibrio, todo había sido predicho y fácilmente se puede predecir lo que acontecerá después.

El espíritu revolucionario hoy agita y atormenta a las naciones que permanecieron católicas: Italia, España e Irlanda; y la reacción católica, en el sentido de la exageración y del despotismo, se detiene en los pueblos cansados de revoluciones. Durante este tiempo, Alemania protestante se engrandece y pone un poder formidable al servicio de la libertad de conciencia y de la independencia del pensamiento.

Francia pone su espada volteriana al servicio de la reacción clerical y favorece así el desenvolvimiento del materialismo. La religión se vuelve un apolítica y una industria, las almas de la elite se separan de ella y se refugian en la ciencia, y a fuerza de escudriñar y analizar la materia, la ciencia acabará por encontrar a Dios y forzará a la religión a volver en sí. Las groserías teológicas de la Edad Media resultarán tan evidentemente imposibles, que hasta parecerá ridículo combatirlas. Entonces la letra dará lugar al espíritu y la gran religión universal será reconocida por primera vez en el mundo.

Predecir este gran movimiento no es una adivinación del futuro, porque ya comenzó, y los efectos ya se manifiestan en las causas. Los nuevos descubrimientos esclarecen diariamente los oscuros textos del Génesis y confirman a los antiguos padres de la Cábala. Camilo Flammarion ya nos demostró a Dios en el universo; desde hace mucho tiempo están reducidas al silencio las voces que condenaron a Galileo; la Naturaleza, desde hace mucho tan calumniada, se justifica, haciéndose conocer mejor; la pajuza de Vanini sabe más sobre la existencia de Dios que todos los doctores de la escuela, y los blasfemadores de ayer son los profetas del mañana.

Que otras creaciones hayan precedido a la nuestra, que los días del Génesis sean períodos de años o de siglos; que el sol detenido por Josué sea una imagen poética oriental; que las cosas evidentemente absurdas para la historia se expliquen por medio de alegorías, todo esto en nada perjudica la majestad de la Biblia, ni contradice, de modo alguno, su autoridad.

Todo lo que en este libro sagrado es dogma o moral cae bajo el juicio de la Iglesia; pero todo lo que es arqueología, cronología, física, historia, etc., pertenece exclusivamente a la ciencia, cuya autoridad, en estas materias, es absolutamente distinta, si no independiente de la fe.

Esto es lo que ya reconocen sin atreverse a decirlo claramente los sacerdotes más esclarecidos; y tienen razón en callarse. No debemos permitir que los jefes de la caravana anden más deprisa que los niños y los ancianos. Los que tienen apuro de lanzarse al frente quedan luego solos y pueden perecer en la soledad, como aconteció a Lamennais y a tantos otros. Es preciso conocer bien el camino y estar pronto a volverse a la menor alarma, para no exponerse a ser considerado como imprudente y adelantado explorador.

Cuando venga el mesianismo, esto es, cuando el reino de Cristo de haya realizado en la tierra, la guerra cesará, porque la política no será la

bellaquería del más hábil o la brutalidad del más fuerte. Habrá verdaderamente un derecho internacional, porque el deber internacional será proclamado y reconocido por todos, y sólo entonces será que, conforme la predicción de Cristo, no habrá más que un rebaño y un solo pastor.

Si todas las sectas protestantes se uniesen, juntándose a la ortodoxia griega y reconociendo por papa al jefe espiritual cuya sede sería Constantinopla, habría en el mundo dos iglesias católico-romanas, pues Constantinopla fue y será otra vez la nueva Roma. Así el cisma sólo podría ser pasajero. Un concilio verdaderamente ecuménico, compuesto de diputados de la cristiandad entera, terminaría las divergencias, como ya se hizo en la época del concilio de Constanza. Y el mundo se asombraría de sentirse enteramente católico, pero esta vez, con la libertad de conciencia conquistada por los protestantes y el derecho a la moral independiente reivindicada por la filosofía; no estando nadie obligado, por penas legales, a usar los remedios de la religión y no teniendo el poder de negar las grandezas de la fe o de insultar la ciencia que sirve de base a la filosofía.

He aquí que la sagacidad de la filosofía de la que habla Paracelso nos hace ver claramente el futuro. Llegamos a esta adivinación sin esfuerzo, por una serie de deducciones que comienzan en los mismos hechos que acontecen ante nuestros ojos.

Estas cosas sucederán, luego o tarde, y será la victoria del orden; pero la marcha de los acontecimientos que las trae podrá ser obstaculizada por catástrofes sangrientas, incesantemente preparadas y fomentadas por el genio revolucionario inspirado casi siempre en la sed ardiente de justicia, capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios, mas siempre engañado, inutilizado y desorganizado por el magnetismo del mal.

Si debemos dar crédito a la tradición profética, el orden perfecto no reinará en la tierra antes del juicio final, es decir, antes de la transformación y renovación de nuestro planeta. Los hombres imperfectos o decadentes son, en su mayoría, enemigos de la verdad e incapaces de toda razón. La presunción y la codicia los divide y los dividirá siempre; y la justicia, en el decir de los videntes de los tiempos apostólicos y de los nuestros, sólo reinará perfectamente en la tierra, cuando los malos hayan sido convertidos o suprimidos, y el Cristo, acompañado de sus ángeles y santos, descienda del cielo para reinar.

Existen causas que la sagacidad humana no puede prever y que producen acontecimientos de inmensa trascendencia.

La invención de una nueva arma de guerra cambia el equilibrio de Europa, y el señor de Thiers, el hábil hombre sin principios, cree que la política consiste en echar los dados al acaso, atado al lado de Veulliot en el carro de Jagrnat, quiero decir del papado temporal. ¿Previó Jesús todo esto? Tal vez sí, durante su agonía en el huerto de los olivos y cuando, después,

hizo a San Pedro esta dura predicción: “Aquel que hiere con la espada perecerá por la espada”.

Para restablecer el papado verdaderamente cristiano en el ejercicio legítimo de su doble poder, será quizá necesario que haya un papa mártir. El suplicio implora, dice el conde José de Maistre, y cuando la tierra es secada por el soplo árido de la irreligión pide lluvias de sangre.

La sangre del ajusticiado se purifica desde el instante en que se derrama, porque Jesús, al ser suspendido en la cruz, santificó todos los instrumentos de suplicio; mas sólo la sangre del justo tiene virtud expiatoria.

La sangre de Luis XVI y de Elizabeth pedían, de antemano, que la de Robespierre no fuese desdeñada por la justicia suprema.

La adivinación del futuro por la sagacidad y por la introducción puede llamarse presciencia, es decir, conocimiento de las cosas venideras. Lo que se hace por la segunda vista o por la intuición magnética no es más que un presentimiento.

Es posible exaltar la facultad presensitiva, provocando en uno mismo una especie de hipnotismo, por medio de algunos signos convencionales o arbitrarios, que sumerjan el pensamiento en el sueño. Tales signos son sorteados, porque lo que entonces se pide son oráculos de la fatalidad antes que los de la razón. Es una invocación de la sombra, es una apelación a la demencia, un sacrificio del pensamiento lúcido a esa cosa sin nombre que vaga durante la noche.

La adivinación, como su nombre lo indica, es esencialmente una obra divina, y la verdadera presciencia sólo puede ser atribuida a Dios. Es debido a esto que los verdaderos hombres de Dios son profetas. El hombre justo y bueno piensa y obra de acuerdo con la Divinidad, que habita en todos nosotros y nos habla sin cesar; sólo el tumulto de las pasiones nos impide oír su voz.

Los justos, teniendo en paz su alma, oyen siempre esa voz soberana y tranquila; sus pensamientos son como una ola pura y mansa, en la cual el sol divino se refleja en todo su esplendor.

Las almas de los santos son como sensitivas de pureza, se estremecen al menor contacto profano y se desvían con horror de todo lo que es inmundo. Tienen un olfato particular que les permite discernir y, podemos decir, analizar las emanaciones de las conciencias. Sufren indisposición delante de los malos, tristes e impíos. Los malos tienen para ellos una aureola oscura que los repele, y en cambio, las almas buenas, una luz que atrae de inmediato su corazón. San Germain de Auxerre adivinó de ese modo a Santa Genoveva. Fue así como Postel encontró nueva juventud en las conversaciones de la Madre Juana, y Fenelón comprendió el amor de la paciente y gran señora Guyon.

El cura de Ars, el respetable señor Vianney, penetraba en los que a él se dirigían y era imposible mentirle sin riesgo. Es sabido que interrogó

severamente a los pastores de la Salette, les hizo confesar que nada habían visto de extraordinario y que sólo se habían divertido en arreglar y exagerar un simple sueño. También existe una especie de adivinación que pertenece al dominio del entusiasmo y de las grandes pasiones exaltadas.

Al parecer, estos poderes del alma crean lo que anuncian. A ellas pertenece la eficacia de la oración; basta que digan: ¡Amén! así sea, y lo que ellas quieren se cumple.

CAPÍTULO VII

EL PUNTO EQUILIBRANTE

Todo poder mágico está en el punto central del equilibrio universal.

La sabiduría equilibrante consiste en estos cuatro mandatos: Saber la verdad; querer el bien; amar lo bello; hacer lo que es justo. Porque la verdad, el bien, lo bello y lo justo son inseparables, de tal modo, que aquél que sabe la verdad no puede dejar de querer el bien, amarlo porque es bello y hacerlo porque es justo.

El punto central en el orden intelectual y moral es el lazo de unión entre la ciencia y la fe. En la naturaleza y el hombre este punto central es el medio, en el cual se unen el alma y el cuerpo para identificar su acción.

En el orden físico, es la resultante de las fuerzas contrarias, compensadas las unas por las otras.

¡Penetrad este punto de unión, apoderaos de este medio, obrad sobre esta resultante!

Et eritis sicut dii scientes bonum et malum.

El punto equilibrante de la vida y de la muerte, es el gran arcano de la inmortalidad.

El punto equilibrante del día y de la noche, es el gran resorte del movimiento de los mundos.

El punto equilibrante de la ciencia y de la fe, es el gran arcano de la filosofía.

El punto equilibrante entre el orden y la libertad, es el gran arcano de la política.

El punto equilibrante del hombre y de la mujer, es el gran arcano del amor.

El punto equilibrante de la voluntad y de la pasión, de la acción y de la reacción, es el gran arcano del poder.

El Gran Arcano de la Alta Magia, el arcano indecible, incommunicable, no es otro sino el punto equilibrante de lo relativo y lo absoluto. Es lo infinito de lo finito y lo finito de lo infinito.

Aquí, los que saben comprenderán, y los otros procurarán *adivinar*.

Qui autem divinabunt divini erunt.

El punto equilibrante es la mónada esencial que constituye la divinidad en Dios, la libertad o la individualidad en el hombre y la armonía en la Naturaleza.

En dinámica, es el movimiento perpetuo; en geometría, es la cuadratura del círculo; en química, es la realización de la gran obra.

Llegado a este punto, el ángel vuela sin necesidad de alas, y el hombre puede lo que debe querer razonablemente.

Dijimos que se llega a él por la sabiduría equilibrante que se resume en cuatro verbos: Saber, querer, amar y practicar la verdad, el bien lo bello y lo justo.

Todo hombre es llamado a esta sabiduría porque Dios a todos dio una inteligencia para saber, una voluntad para querer, un corazón para amar y un poder para obrar.

El ejercicio de la inteligencia aplicada a la verdad conduce a la ciencia.

El ejercicio de la inteligencia aplicada al bien da el sentimiento de lo bello, que produce la fe.

Lo que es falso, deprava la sabiduría; lo que es malo, deprava el querer; lo que es feo, deprava el amor; lo que es injusto, anula y pervierte la acción. Lo que es verdad debe ser bello. Lo que es bello, debe ser verdad, y lo que es bueno es siempre justo.

El mal, lo falso, lo feo y lo injusto son incompatibles con la verdad.

Creo en la religión, porque es bella y porque enseña el bien. Hallo que es justo creer en ella, y no creo en el diablo, porque es feo y nos lleva al mal, enseñándonos la mentira.

Si me hablaran de un Dios que desvía nuestra inteligencia, que oprime nuestra razón y quiere torturar para siempre a sus mismas criaturas culpadas, hallaría que este ideal es feo, que esta ficción es mala, que este atormentador omnipotente es soberanamente injusto; y de ahí concluyo, rigurosamente, que todo esto es falso, que este pretendido Dios es hecho a imagen y semejanza del diablo, y que no quiero creer en él porque no creo en Satán.

Pero aquí me encuentro en aparente contradicción conmigo mismo. Lo que declaro ser injusticias, fealdades y, por consiguiente, falsedades, proviene de las enseñanzas de una Iglesia a la que hago profesión de admitir sus dogmas y respetar los símbolos.

Sí, sin duda; pero esto resulta de sus enseñanzas mal comprendidas, y es por eso que apelamos de la superficie de la sombra a la cima de la luz; de la letra al espíritu; de los teólogos a los concilios; de los comentadores a los textos sagrados, pronto, además, a sufrir una legítima condenación, si es que hubiésemos dicho lo que había que callar. Sea bien entendido que no escribimos para las profanas multitudes, sino para los sabios de una época posterior a la nuestra y para los pontífices del futuro.

Aquellos que fueren capaces de saber la verdad también osarán querer el bien; amarán entonces lo bello y no tomarán a los Veuillot como representantes de su ideal y de sus pensamientos. Desde que un papa así dispuesto se sienta con la fuerza de hacer únicamente lo que es justo, ya no

tendrá que decir *non possumus*, porque todo lo que quisiere, será, convirtiéndose en el monarca legítimo, no sólo de Roma, sino también del mundo.

¿Qué importa que la barca de Pedro sea sacudida por la tempestad? ¿No enseñó Jesucristo al príncipe de los apóstoles cómo se anda sobre las olas? Si éste se sumerge, es porque tiene miedo, y si teme es porque dudó de su divino Maestro. La mano del Salvador se extenderá, lo tomará y conducirá a la playa. ¡Hombre de poca fe! ¿por qué dudaste?

Para un verdadero creyente, ¿puede la Iglesia quedar en peligro? Lo que peligra no es el edificio, sino las construcciones híbridas de que la sobrecargara la ignorancia de los tiempos.

Un buen sacerdote nos contaba un día, que visitando un convento de Carmelitas, le mostraron un viejo manto que perteneciera, según decían, a la santa fundadora de la orden, y como él se admirara de hallarlo tan inmundo, la religiosa que lo enseñaba, exclamó: “¡es la suciedad de nuestra santa madre!”. El sacerdote pensó, y nosotros pensamos con él, que habría sido más respetuoso lavar el manto. La inmundicia no puede ser una reliquia, pero parece que querían ir más lejos, y a este paso, de aquí a poco, en sus adoraciones estercolarias, nada tendrán que censurar los cristianos a los fetichistas del Gran Lama.

Lo que no es bello, no es el bien, lo que no es el bien, no es justo, lo que no es justo, no es verdad.

Cuando Voltaire, este amigo tan apasionado de la justicia, repetía su grito de alarma: “¡Aplastad al infame!”, ¿creéis vosotros que hablaba del Evangelio o de su adorable autor? ¿Pretendía el atacar la religión de San Vicente de Pauls y de Fenelón? Sin duda que no, pero estaba justamente indignado de las ineptias, de las enormes tonterías y persecuciones impías con que llenaban la Iglesia de su tiempo las querellas del Jansenismo y del Molinismo. La infame, tanto para él como para nosotros, era la impiedad, y la peor de todas las impiedades, la religión desfigurada.

Por eso, cuando hizo su obra, cuando la Revolución proclamó conforme al Evangelio y a pesar de las castas interesadas: la Libertad de conciencia, la Igualdad ante la Ley y la Fraternidad de los hombres, Chateaubriand mostró cuán bella era la religión ante el genio; y el mundo de Voltaire, corregido por la Revolución, se halló pronto a reconocer que la religión era verdadera.

La religión bella, es verdadera, y la religión deformada, es falsa. Es verdadera la religión del Cristo consolador, del buen pastor, que trae en los hombros la oveja extraviada, de la Virgen Inmaculada, enfermera y redentora de los pecadores; es verdadera la religión que adopta a los huérfanos, que abraza junto al cadalso a los condenados, que admite a la mesa de Dios al pobre como al rico, al siervo junto al señor, al hombre de color junto al blanco. Es verdadera la religión que ordena al sumo pontífice

que sea el siervo de los siervos de Dios, y a los obispos, que laven los pies de los mendigos. Pero la religión de los mercaderes del santuario, la que fuerza al sucesor de Pedro a matar para comer, la religión amarga y baja de Veuillot, la religión de los enemigos de la ciencia y del progreso, ésta es horrible, porque se opone al bien y favorece a la injusticia. Y que no se nos diga que estas religiones opuestas son la misma; pues equivaldría a afirmar que la herrumbre es igual al hierro pulido, que las escorias son plata y oro, y que la lepra es idéntica a la carne humana.

La necesidad religiosa existe en el hombre: es un hecho incontestable que la ciencia está forzada a admitir; a esta necesidad corresponde un sentido íntimo y particular: el sentido de la eternidad y de lo infinito. Hay emociones que nunca se olvidan una vez sentidas: son las de la piedad.

El brahamán las siente, cuando se pierde en la contemplación de Iswara, el israelita se hincha de ellas, en presencia de Adonai, la ferviente religiosa católica derrama en lágrimas de amor a los pies de su crucifijo, y no puede decirseles que son ilusiones y mentiras; sonreirían de piedad y tendrían razón. Completamente llenos de los rayos del pensamiento eterno, ellos lo ven, y el pesar que sufrirían en presencia de los que niegan, sería el mismo de un clarividente ante un ciego que negase la existencia del sol.

Esta fe tiene, pues, su evidencia, y esta es una verdad que es indispensable saber; el hombre que no cree es incompleto, le falta el primero de todos los sentidos interiores. Para él, la moral será necesariamente limitada y reducida a muy poca cosa. La moral, bien puede ser independiente de ésta o de aquella fórmula dogmática; es independiente de las prescripciones de tal o cual sacerdote, pero no podría existir sin el sentimiento religioso, porque fuera de este sentimiento la dignidad humana se vuelve impugnable o arbitraria. Sin Dios y sin la inmortalidad del alma, ¿qué es el mejor de los hombres, el más amante, el más fiel? Es un can, que habla; y habrá muchos que hallarán la moral del lobo más independiente que la del can. Ved la fábula de la Fontaine.

La verdadera moral independiente es la del buen Samaritano que cura las heridas del judío, a pesar de los odios de religión entre Jerusalén y Samaria; es Abd-el-Kader exponiendo su vida para salvar a los cristianos de Damasco. ¡Oh venerable Pío IX, por qué os fue dado, santísimo Padre, exponer la vuestra para salvar las de Perusa, Castelfidardo y Mentana!!!...

Decía Jesucristo al hablar de los sacerdotes de su tiempo: “Haced lo dicen, mas no hagáis lo que hacen”. Entonces los sacerdotes dijeron, que era preciso crucificar a Cristo ¡y lo crucificaron! Los sacerdotes escandalosos en sus obras no podrán, por tanto, ser infalibles en sus palabras.

¿Acaso el propio Jesucristo no sanaba a los enfermos en día sábado, con gran escándalo de los fariseos y doctores?

La verdadera moral independiente es la que se inspira en la religión independiente.

Luego la religión independiente debe ser la de los hombres: la otra es hecha para los niños.

En religión no podríamos tener un modelo más perfecto que Jesucristo. Jesús practicaba la religión de Moisés, pero no se esclavizaba de ella. Decía que la ley fue hecha para el hombre y no el hombre para la ley; era rechazado por la sinagoga y no dejaba de frecuentar el templo; oponía, en todas las cosas, el espíritu a la letra, y sólo recomendaba a sus discípulos la caridad. Murió absolviendo a un culpado arrepentido y recomendando su madre a su discípulo bien amado, y los sacerdotes sólo asistieron a su última hora para maldecirlo.

El punto equilibrante en religión, es la libertad de conciencia más absoluta y la obediencia voluntaria a la autoridad que regula la enseñanza pública, la disciplina y el culto.

En política, es el gobierno despótico de la ley, garantizando la libertad de todos en el orden jerárquico más perfecto.

En dinámica, es el medio de la balanza.

En Cábola, es el casamiento de los Elohim.

En Magia, es el punto central entre la resistencia y la acción, es el empleo simultáneo de *od* y del *ob* para la creación de *aur*.

En hermetismo, es la alianza indisoluble del Mercurio y del Azufre.

En todas las cosas, es la alianza de la verdad, del bien, de lo bello y de lo justo.

Es la proporción del ser y de la vida, es la eternidad en el tiempo y en la eternidad, es el poder generador del tiempo.

Es alguna cosa del todo y el todo de alguna cosa.

Es el idealismo del hombre que encuentra el realismo de Dios.

Es la relación entre el comienzo y el fin, indicando el Omega del Alfa y el Alfa del Omega.

Es, en fin, lo que los grandes iniciados designan con el nombre misteriosos de AZOTH.⁴²

⁴² *Azoth*, el principio creador de la naturaleza; la panacea universal o prana. Representa la luz astral en su aspecto de vehículo de la esencia universal de la vida. Palabra formada de la primera letra de los alfabetos latino, griego y hebreo: A (a, alpha o Aleph), y de las últimas letras de los mismos alfabetos: Z (ze) del latino, O (omega) del griego y Th (Tau) del hebreo. (N. del T.)

CAPÍTULO VIII

LOS PUNTOS EXTREMOS

La fuerza de los imanes está en sus dos polos extremos, y su punto equilibrante es la mitad de los mismos.

La acción de un polo, es equilibrada por la del contrario, tal como sucede con el movimiento del péndulo: el desvío a la izquierda del punto central corresponde a igual desvío hacia la derecha.

Esta ley del equilibrio físico es también la del equilibrio moral: las fuerzas están en las extremidades y convergen en el punto central. Entre los extremos y el medio sólo encontramos la fragilidad.

Los débiles y los tibios son aquellos que se dejan llevar por el movimiento de los otros, y que son incapaces de movimiento propio.

Los extremos se asemejan y se tocan por la ley de analogía de los contrarios.

Constituyen el poder de la lucha porque no podrían confundirse.

Si, por ejemplo, vienen a mezclarse lo frío y lo caliente, dejan de ser caliente y frío respectivamente, dando por resultado la tibieza.

—¿Qué puedo hacer yo por ti? —pregunta Alejandro a Diógenes. —Quitarte del sol— responde el cínico. Entonces exclama el conquistador: —Si no fuese Alejandro, querría ser Diógenes. He aquí dos orgullos que se comprenden y que se tocan, aunque colocados en dos extremidades de la escala social.

¿Por qué fue Jesús a buscar a la Samaritana, cuando había tantas mujeres de bien en la Judea?

¿Por qué recibe las caricias y las lágrimas de la Magdalena, que era una pecadora pública? ¿Por qué? El mismo lo dice: porque ella amó mucho. ¿No reserva su preferencia para las personas de mala fama, como los publicanos y los hijos pródigos? Oyéndolo hablar, se comprende que una sola lágrima de Caín es para El más preciosa que toda la sangre de Abel.

Los santos decían, con razón, que se consideraban iguales a los más temibles malvados. Los perversos y los santos son iguales, en el sentido en que lo son los platos opuestos de una misma balanza. Unos a otros se apoyan en los puntos extremos, y hay tanta distancia entre un malvado y un sabio como entre un sabio y un malvado.

Son exageraciones de la vida que, combatiéndose mutuamente sin cesar, producen el movimiento equilibrado de la existencia. Si el antagonismo

cesase en la manifestación de las fuerzas, todo quedaría suspendido en el equilibrio inmóvil, lo que equivaldría a la muerte universal. Si todos los hombres fuesen sabios; dejarían de existir los ricos y pobres, siervos y señores, reyes y vasallos; la sociedad desaparecería. Este mudo es una casa de locos, en la que los sabios son los enfermeros; pero un hospital está hecho, sobre todo, para los enfermos. Es una escuela de preparación para la vida eterna; y lo que primero necesita una escuela es alumnos. La sabiduría es el fin por alcanzar, es el premio puesto en concurso. Dios la da a quien la merece, ninguno la trae al nacer. El poder equilibrante está en el punto central; sin embargo, el poder motor se manifiesta siempre en las extremidades. Son los locos quienes comienzan las revoluciones y los sabios los que las terminan.

En las revoluciones políticas, decía Danton, el poder pertenece siempre al más perverso. En las revoluciones religiosas, son los más fanáticos los que, necesariamente, arrastran a los demás.

Los grandes santos y los grandes malvados son, igualmente, poderosos magnetizadores, de voluntades exaltadas por actos contra la naturaleza. Marat fascinaba a la Convención, donde todos le odiaban y le obedecían maldiciéndolo. Mandrin saqueaba las ciudades en pleno día y nadie osaba perseguirlo. ¡Lo juzgaban mágico!..., estaban persuadidos de que llevándolo a la horca haría lo que Polichinela, y ahorcaría en su lugar al verdugo; y probablemente que lo habría hecho, si no hubiese mermado su prestigio en una aventura amorosa, dejándose prender como otro Sansón a los pies de una Dalila.

El amor de las mujeres es la victoria de la naturaleza. Es la gloria de los sabios, aunque para los salteadores y los santos es el más pernicioso de los escollos.

Los salteadores sólo deben apasionarse por la guillotina, a la que Lacenaire llamaba su bella novia, y los santos, sólo deben besar las cabezas de los difuntos.

Los perversos y los santos son hombres igualmente exagerados y enemigos de la naturaleza. Por esto los confunde muchas veces la leyenda popular, atribuyendo a los santos actos de monstruosa crueldad y a los bandidos célebres, actos de filantropía.

San Simón Stillita fue visitado por su madre en su columna; quería abrazarlo antes de morir. El faquir cristiano no sólo no desciende, sino que esconde el rostro para no verla. La pobre mujer extingue su vida en lágrimas, llamando a su hijo, y el indiferente santo la deja morir. Si nos contaran tal cosa de Cartouche o de Schinderhannes hallaríamos que, intencionalmente, sobrecargaban el cuadro de sus crímenes. Verdad es que Cartouche y Schinderhannes, no eran santos sino simples bandidos.

¡Oh, tontería, necedad, estulticia humana!

Los desórdenes en el orden moral producen desórdenes en el orden físico, y es a eso que el vulgo llama milagros. Es preciso ser Balaam para oír hablar una jumenta; la imaginación de los tontos alimenta los prodigios. Cuando un hombre bebe en exceso, cree que los otros titubean y que la naturaleza se desvía para dejarlo pasar.

Por tanto, vosotros que buscáis lo extraordinario, vosotros que queréis hacer prodigios, sed extravagantes. La sabiduría nunca es notable porque siempre está en orden, en calma, en armonía y paz.

Todos los vicios tienen sus inmortales que, a fuerza de excesos, ilustran su infamia. El orgullo de Alejandro, si no fuere Diógenes o Esrótrato; la ira de Aquiles; la envidia de Caín o Tharsis; la lujuria de Mesalina; la gula Vitelio; la pereza Sardanápalo; la avaricia del rey Midas. Oponed a estos héroes ridículos otros héroes y, por medios contrarios, obtendréis igual resultado. San Francisco, el Diógenes cristiano que, a fuerza de humildad, se hace pasar por igual que Jesucristo; S. Gregorio VII, que con sus transportes desconcierta a Europa y compromete al papado; San Bernardo, el lívido perseguidor de Abelardo cuya gloria eclipsaba la suya; San Antonio, cuya imaginación impura superaba las orgías de Tiberio y de Trimalción; los hambrientos del desierto, siempre entregados a los sueños ávidos de Tántalo; y lo mismo estos pobres monjes, tan ávidos de dinero. Los extremos se tocan, como se ha dicho, y lo que no es sabiduría no puede ser virtud. Los puntos extremos son los focos de la locura y, a pesar de los sueños del ascetismo y de los olores de la santidad, la locura, finalmente, trabaja siempre para el vicio.

Voluntarias o involuntarias, las evocaciones son crímenes. Los hombres que el magnetismo del mal atormenta, y a los cuales aparece bajo formas visibles, traen consigo el castigo de sus ultrajes a la naturaleza. Una religiosa histérica no es menos impura que una mujer depravada, una vive en un túmulo y otra en un lupanar; y, generalmente, la mujer del túmulo trae en el corazón un lupanar, y la mujer del lupanar esconde en su pecho un sepulcro.

Cuando el infeliz Urbano Grandier, expiado cruelmente el error de sus votos temerarios, maldecido como presunto hechicero y despreciado como sacerdote libertino, caminaba a la muerte con la resignación de un sabio y la paciencia de un mártir, las piadosas monjas Ursulinas de Loudon, retorciéndose como bacantes y colocando el crucifijo entre los pies, se abandonaban a las demostraciones más sacrílegas y obscenas. ¡Atormentábase a estas inocentes víctimas! Y Grandier, sujeto a la picota en que las llamas lo devoraban lentamente, sin que una queja saliese de su boca, era considerado como un verdugo.

Cosa increíble, eran las religiosas las que representaban al principio del mal, lo verificaban, lo encarnaban en sí mismas; ellas blasfemaban, injuriaban, acusaban y, sin embargo, ¡era al objeto de su pasión sacrílega a

quien se enviaba a la muerte! Ellas y sus exorcistas habían evocado a todo el infierno, pero Grandier, que ni siquiera podía hacerlos callar, era condenado como hechicero y como señor de los demonios.

El célebre cura de Ars, el sabio señor de Vianney, era, en el decir de sus biógrafos, perseguido por el demonio, que vivía con él en una especie de familiaridad. El buen cura era hechicero sin saberlo; hacía invocaciones involuntarias. ¿Pero cómo? Un coloquio que le atribuyen lo va a explicar: “¡Conozco alguien que quedaría bien engañado, si no existiesen recompensas eternas!”. ¿Cómo? ¿Entonces él habría cesado de hacer el bien si no tuviese esperanza de recompensa? ¿Se quejaba de la naturaleza en el fondo de su conciencia? ¿Se sentía injusto para con ella?

¿No trae la vida de un verdadero sabio su recompensa en sí misma? ¿Para él no comienza en esta tierra la eternidad feliz? ¿La verdadera sabiduría es entonces un escarnio? Bravo, hombre, si eso dijiste, es que sientes exageración en vuestro celo. Que vuestro corazón deplora honestos gozos perdidos. Que la madre Naturaleza se quejaba de ti como de un hijo ingrato. ¡Felices los corazones a los que la naturaleza nada reprueba! ¡Felices los ojos que saben hallar la belleza en todas partes! ¡Felices las manos que saben derramar en todo lugar beneficios y caricias! ¡Felices los hombres que debiendo escoger entre dos vinos prefieren el mejor, pero se sienten más dichosos de ofrecerlo a otro que de beberlo! ¡Felices los rostros graciosos cuyos labios están siempre llenos de sonrisas y de besos! Estos nunca serán escarnecidos, porque después de la esperanza de amar lo que de mejor hay en el mundo perdura el recuerdo de haber amado; y sólo esto: el recuerdo que constituye una felicidad, merece llamarse inmortal.

CAPÍTULO IX

EL MOVIMIENTO PERPETUO

El movimiento perpetuo es la ley eterna de la vida.

En todas partes se manifiesta, como la respiración en el hombre, por acción y repulsión.

Toda acción provoca una reacción, toda reacción es proporcional a la acción.

Una acción armoniosa produce su correspondiente en armonía. Una acción discordante necesita de una reacción en apariencia disconforme, pero en la realidad equilibrante.

Si oponéis la violencia a la violencia, perpetuáis la violencia, pero si opusieras a la violencia la fuerza de la dulzura, haréis triunfar la dulzura destruyendo la violencia.

Hay series de verdades que parecen mutuamente opuestas porque el movimiento perpetuo las hace triunfar una por vez.

El día existe y la noche también existe, y ambos existen simultáneamente, pero no en el mismo hemisferio.

Hay sombra en el día, hay claridades en la noche, y la sombra en el día lo torna más potente, como la claridad en la noche hace aparecer a la noche más oscura.

El día visible y la noche visible sólo existen así para los ojos. La luz eterna es invisible a los ojos mortales y llena de inmensidad.

El día en las almas es la verdad, la noche es para ellas la mentira.

Toda verdad supone y necesita una mentira, a causa del límite de las formas, y toda mentira supone y necesita una verdad en las rectificaciones de lo finito por lo infinito.

Toda mentira contiene cierta verdad, que es la precisión de la forma, y toda verdad está, para nosotros, envuelta en una cierta mentira, que es lo finito de su apariencia.

Así también será verdad, o solamente probable, que exista un inmenso individuo (o tres que hacen uno), invisible y que recompensa a los que le sirven dejándose ver; que está presente en todas partes, incluso en el infierno, donde tortura a los condenados privándolos de su presencia; que quiere la salvación de todos, pero dispensa su gracia a un pequeñísimo número; impone la ley del terror y consiente en todo lo que la haga dudosa. ¿Puede existir semejante Dios? No, no; y ciertamente que no. La existencia

de Dios presentada y afirmada en esta forma es una verdad disfrazada, envuelta totalmente en mentiras.

Debemos reconocer que todo existió y existirá, que la sustancia eterna se basta a sí misma y que la forma está determinada por el movimiento perpetuo; que de otro modo todo sería fuerza y materia y no existiría el alma, siendo el pensamiento apenas un producto del cerebro, y Dios, nada más que la fatalidad del ser. Rotundamente no; porque esta negación absoluta de la inteligencia repugnaría aun a los instintos de los animales. Es evidente que la afirmación contraria necesita la creencia de Dios.

¿Este Dios se manifestó fuera de la naturaleza, personalmente a los hombres, y les impuso ideas contrarias a la naturaleza y la razón?

Ciertamente no, porque el hecho de tal revelación, si existiese, sería manifiesta para todos; y, además, aunque el hecho de una manifestación exterior proveniente de un desconocido fuese de una realidad incuestionable, si tal ente aparece en contradicción con la razón y la naturaleza, no puede ser Dios. Moisés, Mahoma, el papa y el gran Lama dicen, que Dios les habló a cada uno de ellos con exclusión de los otros, y aseguran, a cada cual, que otros son farsantes. Y entonces, ¿son todos mentirosos? No, se engañan cuando se dividen y dicen la verdad cuando concuerdan.

Más, ¿les habló Dios o no? Dios carece de boca y de lengua para hablar a la manera de los hombres. Si habla, es en las conciencias, y todos nosotros podemos oírlo.

Es El quien aprueba en nuestros corazones la palabra de Jesús, la de Moisés cuando es sabia, y la de Mahoma cuando es bella. Dios no está lejos de cada uno de nosotros, dice San Pablo, pues es en El que vivimos, nos movemos y estamos.

“Felices los corazones puros, porque verán a Dios”, proclamó el Cristo. Luego, ver a Dios, que es invisible, es sentirlo en la propia conciencia, es oírlo en el propio corazón.

El Dios de Hermes, el de Pitágoras, de Orfeo, de Sócrates, de Moisés y de Jesucristo, es el único y mismo Dios que habló a todos. Cleanto de Lycos era inspirado como David, y la leyenda de Krishna es tan bella como el Evangelio de San Mateo. Hay páginas admirables del Corán; pero en las teologías de todos los cultos hay otras que son horribles y estúpidas.

El Dios de la Cábala, el de Moisés y de Job, el Dios de Jesucristo, de Orígenes y de Synesio, no puede ser el de los *autos – de – fe*.

Los misterios del cristianismo, como los entienden San Juan Evangelista y los sabios padres de la Iglesia, son sublimes; más los mismos misterios explicados, o más bien vueltos inexplicables por los Garassus, los Escobar, los Veuillot, son ridículos e inmundos. El culto católico es espléndido o piadoso, según los sacerdotes y los templos.

Podemos, pues, así decirlo, con igual verdad, que el dogma es verdadero y que es falso, que Dios habló y que no habló, que la Iglesia es infalible y que se engaña todos los días, que ella destruye la esclavitud y conspira contra la libertad, que eleva al hombre y que lo embrutece.

Podemos encontrar creyentes admirables entre aquellos que ella llama ateos, y ateos entre los que para ella pasan como creyentes. ¿Cómo salir de estas contradicciones flagrantes? Recordándonos que hay sombras en el día y clarores en la noche, no olvidando de encontrar el bien que muchas veces se halla en el mal, y guardándonos el mal que puede mezclarse con el bien.

El Papa Pío IX dio, bajo el nombre de *Syllabus*,⁴³ una serie de proposiciones que reprueba, y cuya mayoría puede ser incuestionablemente verdadera, desde el punto de vista de la ciencia y la razón. Con todo, cada una de estas proposiciones contiene y encubre un sentido falso que es legítimamente condenado. ¿Debemos, por eso, renunciar al sentido verdadero y natural que presentan a primera vista? Cuando la autoridad juega lo encubre y reencubre; búsquela quien quiera, que por nuestra parte nos basta reconocerlo cuando se muestra.

El inteligente obispo de Orleáns, el belicoso señor Dupanloup, probó, oponiendo el Papa a sí mismo, que el *Syllabus*, no significa y no podría significar lo que parece decir. Si fuera un logogrifo, vamos adelante, pues no somos iniciados en las profundidades de la corte de Roma.

¿Cómo grandes verdades están ocultas bajo fórmulas dogmáticas, oscuras en apariencia hasta el ridículo? ¿Quieren ejemplos? Si contasen a un filósofo chino, que los europeos adoran como Dios Supremo de los universos a un judío muerto en el último suplicio, que creen resucitarlo todos los días, y lo comen en carne y hueso, en forma de un panecillo, el discípulo de Confucio no tendrá dificultad en suponer capaces de tales atrocidades a pueblos para él bárbaros, aunque no completamente salvajes; y si le añadiéramos, que el judío nació por la incubación de un espíritu, cuya forma es de palomo, de una mujer que antes y en el parto fue físicamente virgen, y que ese espíritu es el mismo Dios, tal como el judío, ¿no creéis, vosotros, que su asombro y su desprecio iría hasta el disgusto? Y si reteniéndolo por la manga, le gritásemos al oído, que el judío-Dios vino al mundo a morir atormentado para aplacar a su padre, el Dios de los judíos, quien estaba contrariado por el poco judaísmo de sus hijos, y que con motivo de la muerte de su hijo abolió el judaísmo que él mismo juró sería eterno, ¿no estaría el chino en verdadero enojo?

Todo dogma verdadero, para ser accesible, debe ocultar bajo la fórmula enigmática un sentido eminentemente razonable. Debe tener dos caras, como la cabeza divina del Zohar: una de luz y otra de sombra.

⁴³ *Syllabus*: Lista de las 80 principales herejías modernas formada por orden de Pío IX y publicada en 1864. (N. del T.)

Si el dogma cristiano explicado en su espíritu no fuese aceptable para un israelita piadoso y esclarecido, había que decir que tal dogma es falso y su razón es simple, pues que en la época en el que el cristianismo se originó en el mundo, el judaísmo era la verdadera religión, y que el propio Dios rehusaba, y debe rehusar siempre, lo que esta religión no admitía. Es imposible que podamos adorar a un hombre o a una cosa cualquiera. Debemos atenernos, ante todo, al Teísmo puro y al espiritualismo de Moisés. Nuestra comunión de idiomas no es una confusión de la naturaleza; adoramos a Dios en Jesucristo y no a Jesucristo en lugar de Dios. Creemos que Dios se revela en la propia humanidad, que está en todos nosotros como el espíritu del Salvador, y esto, ciertamente, nada tiene de absurdo. Creemos que el espíritu del Salvador es el espíritu de la caridad, el espíritu de la piedad, el espíritu de inteligencia, el espíritu de ciencia y del buen consejo, y nada veo en todo esto que se asemeje al fanatismo ciego. Nuestros dogmas de la Encarnación, de la Trinidad y de la Redención son tan antiguos como el mundo, y hasta provienen de esa doctrina oculta que el Mosaísmo reservaba a sus doctores y sus sacerdotes. El árbol de los Sephirot es una exposición admirable del misterio de la Trinidad. La caída del gran Adán, esta concepción gigantesca de la decadencia de toda la humanidad, exigirá un reparador no menos grande, que deberá ser el Mesías, pero que se manifestará con la bondad del parvulito que juega con los leones y llama a los pajarillos. El cristianismo bien comprendido es el más perfecto judaísmo, menos la circuncisión y la sujeción rabínica, pero sí la fe y la caridad en una admirable comunión.

Está bien averiguado, por las personas instruidas, que los sabios egipcios no adoraban ni a los perros, ni a los gatos, ni a las legumbres. El dogma secreto de los iniciados era precisamente el de Moisés y el de Orfeo. Un solo Dios universal, inmutable como la ley, fecundo como la vida, revelado en toda la naturaleza, pensando en todas las inteligencias, amando en todos los corazones, causa y principio del ser y los seres, sin confundirse con ellos, invisible, inconcebible, pero con certeza de existente, puesto que nada podría existir sin Él.

No pudiendo verlo, los hombres lo soñaron y la diversidad de dioses no es más que la diversidad de sus sueños.

Si no sueñas como yo, serás eternamente reprobado, se dicen unos a otros los sacerdotes de los diferentes cultos. No razonemos como ellos; esperemos la hora del despertar.

Sobre el título que Michelet ya lanzó a publicidad, podría hacerse un bellísimo libro. Sería una concordancia de la Biblia, de los Puranas, de los Vedas, de los libros de Hermes, de los himnos de Homero, de las máximas

de Confucio, del Corán de Mahoma y hasta de los Edda de los escandinavos.⁴⁴

Esta compilación, cuyo resultado sería ciertamente católico, podría llamarse legítimamente Biblia de la Humanidad. Desgraciadamente, este anciano muy galante y atrayente, en vez de hacer el trabajo solamente lo indicó y esbozó ligeramente su prefacio.

La religión, en su esencia, nunca varió, pero en cada edad como en cada nación, tiene sus preconceptos y sus errores. Durante los primeros siglos del cristianismo temían que el mundo fuera a acabarse y despreciaban todo lo que embellecía la vida. Las ciencias, las artes, el patriotismo, el amor de la familia, todo caía en el olvido ante los sueños del cielo. Unos corrían al martirio, otros al desierto, y el imperio caía en ruinas. Después vino la locura de las disputas teológicas y los cristianos se degollaban mutuamente por palabras que no entendían. En la Edad Media, la simplicidad de los Evangelios dio lugar a las argucias de la escuela y las supersticiones pulularon. Al Renacimiento reapareció el materialismo, fue desconocido el gran principio de la unidad, y el protestantismo sembró en el mundo iglesias de fantasía. Los católicos fueron inmisericordes y los protestantes, implacables.

Vino enseguida el sombrío Jansenismo con sus tétricos dogmas, el Dios que salva y condena por capricho, el culto de la tristeza y de la muerte. La Revolución impuso luego la libertad por el terror, la igualdad a golpes de hacha y la fraternidad en la sangre. Siguió una reacción cobarde y pérfida. Los intereses amenazados tomaron la máscara de la religión y las arcas llenas hicieron alianza con la cruz. Y es así como aún aquí estamos. Los ángeles custodios del Santuario son sustituidos por zuavos, y el reino de Dios, que sufre violencia en el cielo, resiste la violencia en la tierra, mas no con desprendimiento y oraciones, pero sí con dinero y bayonetas. Judíos y protestantes aumentan el dinero de San Pedro. La religión ya no es más una cosa de fe, es una cuestión de partido.

Es muy cierto que el cristianismo aún no fue comprendido y que, al fin, reclama su lugar; por eso todo cae y todo caerá, mientras no quede establecido en toda su verdad y en todo su poder, para fijar el equilibrio del mundo.

Por consiguiente, las agitaciones que presenciamos nada tienen de extraño, son el resultado del movimiento perpetuo que derriba todo lo que los hombres quieren oponer a las leyes de su eterna balanza.

⁴⁴ *Puranas. Vedas. Eddas. Purana*: cada uno de los 18 poemas sánscritos que contienen la teogonía y cosmogonía de la India antigua. *Vedas*: del sánscrito *véda*, ciencia, conocimiento; libros sagrados primitivos de la misma India. *Eddas*, colecciones de las tradiciones mitológicas y legendarias de los antiguos pueblos escandinavos. (N del T.)

Las leyes que gobierna el mundo rigen también los destinos de todos los individuos humanos: el hombre nació para el descanso, pero no para la ociosidad. El descanso para él es la conciencia de su propio equilibrio, mas no puede renunciar al movimiento perpetuo, porque el movimiento es la vida. Es preciso sufrirlo o dirigirlo: cuando lo sufrimos, nos destruye, cuando lo dirigimos, nos regenera. Debe haber equilibrio y no antagonismo entre el espíritu y el cuerpo. La sed insaciable del ama es tan funesta como los apetitos desordenados de la carne. La concupiscencia, lejos de calmarse, se irrita por las privaciones insensatas. Los sufrimientos del cuerpo vuelven triste e impotente el alma, y ella sólo es efectivamente reina cuando los órganos, sus súbditos, están perfectamente libres y tranquilos.

Hay equilibrio y no antagonismo entre la gracia y la naturaleza, porque la gracia es la dirección que el propio Dios da a la naturaleza. Es por la gracia del Altísimo que las primaveras florecen, los veranos producen las espigas y los otoños las uvas. ¿Por qué, pues, despreciaríamos las flores que embelesan nuestros sentidos, el pan que nos sustenta y el vino que nos fortifica? El Cristo nos enseña a pedir a Dios el pan de cada día. Pidámosle también las rosas de cada primavera y las sobras de cada verano. Pidámosle, para cada corazón, al menos una verdadera amistad y para cada existencia un honesto y sincero amor.

Hay equilibrio y nunca debe haber antagonismo entre el hombre y la mujer. La ley de unión, entre ellos, es la consagración mutua. La mujer debe cautivar al hombre por la atracción, y el hombre, emancipar a la mujer por la inteligencia. Este es el equilibrio inteligente, fuera del cual se cae en el egoísmo fatal.

Al aniquilamiento de la mujer por el hombre corresponde el envilecimiento del hombre por la mujer. Haced de la mujer una cosa que se compra, ella se encarece y os arruina. Haced de ella una criatura de carne y fuego, y ella os corrompe y os mancha.

Hay equilibrio y no podría haber antagonismo entre el orden y la libertad, entre la obediencia y la dignidad humana.

Ninguno tiene derecho al poder despótico y arbitrario. No, ninguno, ni el mismo Dios. Nadie es señor absoluto del otro. Ni el mismo pastor es señor de su perro. La ley del mundo inteligente es la tutela; aquellos que deben obedecer sólo obedecen para su bien; se dirige su voluntad sin subyugarla; se puede comprometer su voluntad, pero no alienarla.

Ser rey, es consagrarse a proteger los derechos del rey contra los del pueblo, y cuanto más poderoso es el rey tanto más libre en realidad es el pueblo. Porque la libertad sin disciplina y sin protección es la peor de las servidumbres; se vuelve entonces anarquía, que es la tiranía de todos en el conflicto de las facciones. La verdadera libertad social es el absolutismo de la justicia.

La vida del hombre es alternada; vela y duerme alternativamente, sumergido por el sueño en la vida colectiva y universal; sueña con su existencia personal, sin tener conciencia del tiempo y del espacio. Entrando en la vida individual y responsable, en estado de vigilia, sueña con su conciencia colectiva y eterna. El sueño es la claridad en la noche. La fe en los misterios religiosos es la sombra que aparece en pleno día.

Probablemente que la eternidad del hombre también es alternada como su vida y debe componerse de vigiliass y de sueños. Sueña cuando cree vivir en el imperio de la muerte, vela cuando continúa su inmortalidad y se recuerda de sus sueños.

Dios, dice el Génesis, envió el sueño a Adán y en cuanto éste dormía sacó de él a *Chavat*,⁴⁵ a fin de darle un auxiliar semejante y Adán exclamó: “Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos”.

No olvidemos que, en el capítulo precedente, el autor del libro sagrado declara, que “Adán había sido creado macho y hembra”, lo que expresa claramente que Adán es el individuo aislado tomado por la humanidad entera. ¿Qué es entonces esa *Chavat* o Eva, que sale de él durante su sueño para servirle de auxiliar y que, más tarde, debe llevarlo a la muerte? ¿No será la misma cosa que la Maya de los Indianos, el recipiente corpóreo, la forma terrestre que es la auxiliar y algo como la forma del espíritu pero que se separa de él, que él se despierta, lo que llamamos la muerte?

Cuando el espíritu adormece, después de un día de vida universal, hace por sí mismo su *Chavat*; lanza alrededor de sí su crisálida, y sus existencias, en el tiempo, son para él apenas sueños, que lo alivian de los trabajos de su eternidad.

Sube así por la escala de los mundos durante su sueño solamente, gozando en su eternidad de todo lo adquirido en conocimientos y fuerzas nuevas en sus ayuntamientos con la Maya, de quien debe servirse, pero sin

⁴⁵ *Chavat*, nombre ternario de Eva, que agregado al de Adam forma el nombre de Jehova. Adam es el tetragrama humano que se resume en el *Jod* misterioso, imagen del falo cabalístico. Unidos forman el tetragrama divino, la palabra misteriosa que el Gran Sacerdote pronunciaba: *Jodchéva*, y que se pronuncia separadamente: *Iod*, *Hé*, *Vau*, *Hé*. Nombre santo, principio de la vida y del amor. Es la palabra que los Israelitas nunca pronunciaban y que se halla inscrita en el vértice de todas las iniciaciones, la que irradia en el centro del triángulo flamígero del grado 33 del Rito Masónico Escocés y que, en otra forma, se ostenta en la cima de los portales de nuestras catedrales, y significa *El ser que fue, que es y que será*. No debiendo ser pronunciado por los profanos se lo sustituía por la palabra *Tetragrammaton* (“cuatro letras”), o por *Adonay* (señor). El *Jod*, principio creador es el falo ideal, o *Jakin*, la unidad, representa el principio masculino, la fuerza, el hombre, el sol, todo lo activo y positivo. *Chavat* o *Eve*, el principio creado, el *cteis* formal, o *Bohas*, el binario, que significa el principio femenino, la hermosura, la mujer, la luna, todo lo pasivo y negativo, lo que aún no vive una vida personal, pero que irradia una fuerza recibida para transmitirla a su alrededor. (N. del T.)

esclavizarse de ella jamás. Pues la Maya triunfante echaría en su alma un velo que sólo el despertar rasgarías, y por acariciar pesadillas, expuesto a despertar en la locura, lo cual es el verdadero misterio de la vida eterna.

¿Qué seres hay más dignos de lástima que los locos? La mayoría de ellos todavía no siente su terrorífica desgracia. Swedenborg osó decir algo que, con ser peligroso, no nos parece menos concerniente. Dice, que “los réprobos toman los horrores del infierno por bellezas, sus tinieblas por luces y sus tormentos por placeres”. Como los condenados al suplicio de Oriente, embriagados con narcóticos antes de ser entregados al verdugo.

“Dios no puede impedir la pena que alcance a los violadores de su ley más, como la muerte eterna ya es mucho, no quiere aumentarles su dolor. No pudiendo desviar el chicote de las furias, vuelve insensibles a los infelices que ellas han de castigar.”

No podemos admitir estas ideas de Swedenborg, porque sólo creemos en la vida eterna. Estos alucinados e idiotas condenados, deleitándose en las sombras infectas, recogiendo hongos venenosos que toman por flores, nos parecen inútilmente castigados, puesto que no tienen conciencia de su castigo.

Este infierno, que sería un hospital de corrompidos, es menos bello que el de Dante, abismo circular que vuelve más estrecho a medida que desciende y que termina atrás de tres cabezas de la serpiente simbólica, por un camino estrecho, de donde basta retroceder para subir a la luz.

La vida eterna es el movimiento perpetuo y, para nosotros, la eternidad no puede ser más que la infinitud del tiempo.

Suponiendo que toda la felicidad del cielo consista en decir *Aleluya*, con una palma en la mano y una corona en la cabeza, que después de cinco millones de Aleluyas se tenga que recomenzar siempre lo mismo (¡asombrosa felicidad!) y, al fin, a cada Aleluya poderle dar un número; habrá uno en la frente, otro después; habrá sucesión, habrá duración, en fin, será el tiempo, porque esto comenzará.

La eternidad no tiene comienzo ni fin.

Una cosa es cierta, y es que nada sabemos de los misterios de la otra vida; más, también es verdad que ninguno de nosotros se recuerda haber comenzado, y que la idea de no existir más nos perturba el sentimiento y la razón.

Dice Jesucristo, que los justos irán al cielo, y llama cielo, la casa de su padre; afirma que en esta casa hay innumerables moradas; estas moradas serán evidentemente las estrellas. La idea, o si queréis la hipótesis de las existencias renovadas en los astros; no se aparta de la doctrina de Cristo. La vida de los sueños es esencialmente distinta de la vida real; tiene sus paisajes, sus amigos, sus recuerdos; en ella poseemos facultades que, ciertamente, pertenecen a otras formas y otros mundos.

En ella volvemos a ver seres amados que jamás conocimos en la tierra; encontramos a los vivos que murieron, nos sostenemos en el aire, andamos sobre el agua, como puede darse en los medios en que el peso de los cuerpos es menor; se hablan lenguas desconocidas y se encuentran seres gallardamente organizados; todo está ahí lleno de reminiscencias que no se refieren a este mundo, ¿no serán ellas vagas memorias de nuestras precedentes existencias?

¿Será sólo el cerebro que produce los sueños?, y si él los produce, ¿quién los inventa? Muchas veces nos asustan y fatigan. ¿Cuál es el Callot o el Goya que trama las pesadillas?

Cuando nos pareció cometer crímenes en el sueño, nos sentimos felices si al despertar nada tenemos que reprocharnos. Más, ¿sería lo mismo para nuestras existencias veladas, para nuestros sueños ocultos bajo esta cubierta de carne? Nerón, despertando sobresaltado, podría exclamar: ¡Loado sea Dios! no hice asesinar a mi madre.

La habría encontrado viva y sonriente junto a sí, pronto a contarle sus crímenes imaginarios y sus malos sueños.

La vida presente parece, en veces, un sueño monstruoso y no más razonable que las visiones del sueño: de continuo vemos en ella lo que no debía existir, y que lo que debía existir, no existe. Creemos; en ocasiones, que la naturaleza hace extravagancias y que la razón se debate bajo un Efiáltes terrible.⁴⁶ Las cosas que pasan en esta vida de ilusiones y de vanas esperanzas son, ciertamente, tan insensatas en comparación de la vida eterna, como lo pueden ser las visiones del sueño comparadas a las realidades de esta vida.

Al despertar, no nos reprobamos los pecados cometidos en el sueño, y si fueran crímenes, la sociedad no pediría cuentas, al menos que hayan sido realizados efectivamente en estado de sonambulismo, como por ejemplo, un sonámbulo, que soñando matar a su mujer, le propina un golpe mortal. Es así como nuestros errores en la tierra pueden ser un hecho en el cielo, en consecuencia de una especial exaltación que haría vivir al hombre en la eternidad antes de dejar la tierra. Hay actos de la vida presente que pueden perturbar las regiones de la serenidad eterna. Existen pecados que, como se dice vulgarmente, hacen llorar a los ángeles. Son las injusticias de los santos, las calumnias que hacen subir al Ser Supremo, cuando presentan a éste como al déspota caprichoso de los espíritus, como el atormentador infinito de las almas. Cuando Santo Domingo y S. Pío V enviaban cristianos disidentes al suplicio, estos cristianos, hechos mártires y entrando

⁴⁶ *Efiáltes*: Griego famoso por su traición. En tanto que Leónides defendía el paso de las Termópilas. Efiáltes enseñó a los persas un desfiladero que les permitió atacar por la espalda a los griegos. Traidor que huyó después a Tesalia, pero que habiendo vuelto a su país recibió la muerte en manos de Atenades por una causa extraña a su traición. (N. del T.)

por el derecho de sangre derramada en la gran catolicidad del cielo, eran acogidos, sin duda, en el número de los espíritus bienaventurados con gritos de terror y de piedad; y los feroces sonámbulos de la Inquisición no serían disculpados, aunque alegaran ante el Juez Supremo las divagaciones de sus sueños.

Falsear la conciencia humana, apagar el espíritu y calumniar la razón, perseguir a los sabios, oponerse a los progresos de la ciencia, estos son los verdaderos pecados mortales, pecados contra el Espíritu Santo, pecados que no pueden ser perdonados ni en este mundo ni en el otro.

CAPÍTULO X

EL MAGNETISMO DEL MAL

Un espíritu único llena la inmensidad. Es el de Dios, que nada limita o divide, aquel que está eternamente en todas partes sin estar contenido en parte alguna.

Los espíritus creados no pueden vivir sino en envoltorios proporcionales a su medio, que realizan su acción limitándola e impidiéndoles ser absorbidos en el infinito.

Echad una gota de agua dulce en el mar y ella se perderá, a menos que no sea preservada por un envoltorio impermeable.

No existen, pues, espíritus sin envoltorio y sin forma; estas formas son relativas al medio en que viven, y en nuestra atmósfera, por ejemplo, no pueden existir otros espíritus que los de los hombres, con los cuerpos que vemos, y de los animales, cuyo destino y naturaleza aún ignoramos.

¿Tienen alma los astros? Y la tierra que habitamos, ¿tendrá una conciencia y un pensamiento propios? Nosotros lo ignoramos; pero no podemos afirmar que están en error los que quieran suponerlo.

Explicando así ciertos fenómenos excepcionales, por manifestaciones espontáneas del alma de la tierra, y cómo muchas veces fue notado determinado antagonismo en estas manifestaciones, puede concluirse, que el alma de la tierra es múltiple y que se revela por cuatro fuerzas elementales, que podemos resumir en dos y que se equilibran en tres: lo que es una de las soluciones del gran Enigma de la Esfinge.

Según los hierofantes antiguos, la materia no es más que el *substratum* de los espíritus creados: Dios no la creó inmediatamente. De Dios emanan las potencias, los Elohim,⁴⁷ que constituyen el cielo y la tierra y, según su doctrina, era así como debía de pronunciarse la primera frase del Génesis:

⁴⁷ *Elohim*. Literalmente Elohim significa El, los Dioses, el Ser de los seres, aquel que creó el cielo y la tierra, o mejor dicho la colectividad de las Divinas Potencias, la esencia del cielo y de la tierra. Elohim es también dioses secundarios, irradiando del Dios Central, o pensamientos creadores, ordenadores y conservadores de los mundos. Los Elohim irradian de la Trinidad o Tríada, del mismo modo que los colores irradian del prisma triangular que descompone el espectro solar. Los Elohim son las primeras emanaciones de la conciencia suprema. Palabra hebrea. (N. del T.)

Bereschit,⁴⁸ la cabeza o el primer principio; *Bara*, creó *Elohim*, las potencias, *aet-haschamain v'aet-ha-aretz*, que son los que hacen (subentendido) el cielo y la tierra. Confesamos que esta traducción nos parece más lógica que la que daría un verbo *Bara* empleado en el singular al nominativo plural *Elohim*.

Estos Elohim o potencias serían las grandes almas de los mundos, siendo sus formas la sustancia específica en sus virtudes elementales. Dios, para crear un mundo, habría ligado juntamente cuatro genios, que debatiéndose producirían primero el caos, pero que forzados a descansar después de la lucha habrían establecido la armonía de los elementos; de este modo la tierra prendió el fuego y se hinchó para escapar de la invasión de las aguas. El aire salió de las cavernas y envolvió la tierra y el agua, más el fuego lucha siempre contra la tierra y la corroe; el agua a su vez, invade la tierra y sube en nubes al cielo; el aire se excita, y para repeler las nubes, forma corrientes y tempestades. La gran ley del equilibrio, que es la voluntad de Dios, impide que los combates destruyan los mundos antes del tiempo marcado para sus transfiguraciones.

Los mundos, como los Elhoim, están ligados conjuntamente por cadenas magnéticas que su rotación procura romper. Los soles son rivales de los soles y los planetas se ejercitan contra los planetas, oponiendo a las cadenas de atracción una energía igual de repulsión, para defenderse de la absorción y conservar cada uno su existencia.

Estas fuerzas colosales, en ocasiones tomaron una forma y se presentaron bajo la apariencia de gigantes: son los Egrégoros del libro de Enoch, criaturas terribles, para quienes somos lo que para nosotros los infusorios o los insectos microscópicos que pululan en nuestros dientes y en nuestra epidermis. Los Egrégoros nos pisan sin piedad porque ignoran

⁴⁸ *Bereschit*. “en el principio”, la primera palabra que Moisés escribió en el Génesis. En Cábala, se escribe BRAShITH y dividiéndola en dos, se obtiene: BRA, creó, y ShITH, seis, esto es, las seis fuerzas fundamentales que presiden la obra misteriosa de los seis días del Génesis. Las seis letras de que se compone corresponden al signo del Macrocosmo, que es el hexagrama o doble triángulo (estrella de Salomón). La formación del Macrocosmo (universo) se divide en seis fases a las que se da el nombre simbólico de “días”. El número 6 es relativo a la creación porque se forma por la adición de los números que componen la Trinidad: $1+2+3=6$. La primera Trinidad, simbolizada por el triángulo con la punta hacia arriba, es eterna y existe por sí misma; la segunda, es el reflejo de la primera, por lo que se simboliza por el triángulo invertido. BRA, igual a creó, tiene el valor Cabalístico de 5 ($2+200+1=203=2+3=5$), número que corresponde a la letra *He* del alfabeto hebreo, símbolo de la vida absoluta. El valor numérico total de los valores de la palabra BRAShITH, es: $2+200+1+300+10+400=913$, que se reduce a $9+1+3=13$, correspondiente a la letra *Mem*, la que representa el principio femenino; las “aguas” de la materia prima sobre las que “flotaba el espíritu de Dios”.(Para los valores numéricos de las letras hebreas y su significado véase “El Poder Oculto de los Números”, publicado por Editorial Cultura) (N. del T.)

nuestra existencia: son excesivamente grandes para vernos y muy limitados para adivinarnos.

Así se explican las convulsiones planetarias que devoran poblaciones. Sabemos muy bien que Dios no salva a la inocente mosca de que un cruel estúpido pilluelo le arranque las patas y las alas, y que la Providencia no interviene a favor del hormiguero, cuyas galerías destruye el caminante con sus pies.

Porque los órganos de un ácaro escapan al análisis del hombre, éste juzga tener el derecho de suponer que, delante de la naturaleza eterna, su existencia es mucho más preciosa que la del parásito del queso. Camoens tenía, probablemente más genio que el egrégoro Adamastor; pero por estar coronado de nubes y tener los huracanes por manto, ¿podría el gigante Adamastor adivinar las poesías de Camoens?⁴⁹

La ostra nos parece apetitosa, suponemos que carece de conciencia de sí misma, que por consiguiente no sufre, y sin el menor sentimiento la devoramos. Echamos completamente vivos en la olla hirviente al cangrejo, al camarón y la langosta nada más que, porque cocidos de ese modo, hallamos su carne más fina y más sabrosa.

¿Por qué dura ley así abandona Dios el flaco al fuerte, el pequeño al grande, sin que el ogro tenga alguna idea de las torturas que hace sufrir al débil ser que devora?

¿Y quién nos asegura que alguien tomará nuestra defensa contra los entes más fuertes y tan ávidos como nosotros? Los astros accionan y reaccionan los unos sobre los otros, su equilibrio lo determinan lazos de amor y esfuerzos de odio. A veces la resistencia de una estrella se rompe y ella es atraída para un sol que la devora; otras, una de ellas, siente expirar su fuerza de atracción y es lanzada fuera de su órbita por el girar de los universos. Astros amantes se aproximan y dan a luz nuevas estrellas. El espacio infinito es la gran ciudad de los soles; ellos forman consejos entre sí y se dirigen recíprocamente telegramas de luz. Hay estrellas que son hermanas, otras hay que son rivales. Las almas de los astros, presas por la necesidad de su carrera regular, pueden ejercer su libertad divergiendo sus efluvios. Cuando la tierra es mala, torna a los hombres furiosos y desencadena flagelos en su superficie; envía entonces, a los planetas que no ama, un magnetismo envenenado y ellos se vengán enviándole la guerra. Venus derrama sobre ella el veneno de las costumbres depravadas; Júpiter excita a los reyes unos contra otros; Mercurio desencadena contra los hombres las serpientes del caduceo, la Luna los enloquece y Saturno los lleva a la desesperación. Estos amores y estas cóleras de las estrellas son la base de toda la astrología, ciencia por hoy tan desdeñada. ¿No probé

⁴⁹ Camoens, Luis A. Poeta portugués, autor de “Os Lusíadas”, obra maestra de la literatura portuguesa. El Genio Adamastor figura entre algunas de las tramas literarias de Camoens. (N del T.)

recientemente el análisis espectral de Buncen, que cada astro tiene su imantación determinada por una base metálica especial y particular, y que hay en el cielo escalas de atracción como gamas de colores? Pueden, pues, existir también, y ciertamente existen entre los globos celestes, influencias magnéticas que obedecen tal vez a la voluntad de estos globos, si los suponemos dotados de inteligencia o dominados por los genios a que los antiguos llamaban los vigilantes del cielo o Egrégoros.⁵⁰

El estudio de la naturaleza nos hace hallar contradicciones que espantan. En todas partes encontramos pruebas de una inteligencia infinita, pero muchas veces tenemos que reconocer también la existencia y la acción de las fuerzas perfectamente ciegas. Los flagelos son perturbaciones que no podemos atribuir al principio del orden eterno. Las epidemias, las inundaciones, las hambrunas, no son órdenes de Dios. Atribuidos al demonio, esto es, a un ángel condenado, cuyas malas obras El permite, significaría suponer un Dios hipócrita que se oculta detrás de un gerente responsable y viciado para hacer el mal. ¿De dónde vienen entonces estos desórdenes? Del error de las causas segundas. Y si las causas segundas son capaces de error, es porque son inteligentes y autónomas; y he aquí la completa doctrina de los Egrégoros.

Según esta doctrina, los astros no cuidarían de los parásitos que germinan en su epidermis, sino solamente de sus odios y sus amores. Nuestro sol, cuyas manchas son un comienzo de resfriamiento, es

⁵⁰ *Egrégoros*. Forma astral generada por una colectividad. Al respecto de las cadenas invisibles y de la formación del ser colectivo a que el ocultismo llama Egrégoro, dice G. Phaneg: “Los pensamientos, la voluntad, el deseo, son fuerzas tan reales y tal vez mayores que la dinamita o la electricidad. Bajo su influencia, la materia astral, que es tan plástica, se hace compacta y toma forma. El hecho está probado por innumerables experiencias. Por consiguiente, si algunas personas se reúnen en un local, emitiendo vibraciones fuertes e idénticas, pensamientos de la misma naturaleza, un ser verdadero ganará vida y quedará animado de una fuerza, buena o mala, según el género de pensamientos emitidos. Al principio débil e incapaz de actividad, presto a disolverse si fuere abandonado ahí mismo, este ser colectivo se va definiendo a medida que las reuniones aumentan; su forma se vuelve cada vez más nítida y va adquiriendo posibilidad de acción mayor. ¡Calcúlese que terrible fuerza o ha de tener un ser así al cabo de 2000 años, como por ejemplo por el empleo de una gran religión! ¡Qué poder no tendrá para auxiliar o castigar a sus adeptos! Así se comprenderá que si un hechicero está solo y la persona maleficiada forma parte de una cadena o corriente cualquiera (religión, asociación mística, etc.), que tenga un Egrégoro poderoso en el invisible, el hechicero pierde su tiempo y su trabajo. En el caso contrario, si la víctima está aislada y el maleficiente afiliado a una asociación oculta, la víctima está casi perdida, salvo circunstancias imprevistas. Disponiendo el Egrégoro de la energía y del saber acumulado de las personas que lo forman, , será más fuerte e inteligente que cualquiera de los miembros en particular; él los vigila y dirige, corrigiéndolos y castigándolos, cuando traten de desviarse de las líneas comunes”. La palabra proviene del griego *egregoros*, “vigilante”. (N. del T.)

arrastrado, lenta pero fatalmente, hacia la constelación de Hércules. Un día le faltará luz y calor, porque los astros envejecen y deben morir como nosotros. Entonces, no tendrá la fuerza de repeler a los planetas que irán con ímpetu a romperse contra él, y será éste el fin de nuestro universo. Más un nuevo universo se formará con los restos. Una nueva creación saldrá del caos y renaceremos, en una especie nueva, capaces de luchar con más ventaja contra la estúpida grandeza de los Egrégoros, y así será, hasta que el gran Adán sea reconstituido. Este espíritu de los espíritus, esta forma de las formas, este gigante colectivo que resume la creación entera, este Adán, que conforme los Cabalistas esconde el sol detrás del calcañar, oculta las estrellas en las espigas de su barba y cuando quiere andar, toco con un pie el Oriente y con el otro el Occidente.

Los Egrégoros son los Enacim de la Biblia, o mejor, según el libro de Enoch, sus padres. Son los Titanes de la Fábula y se encuentran en todas las tradiciones religiosas.

Son ellos los que, en sus luchas, lanzan los aerolitos al espacio, viajan a caballo en los cometas y hacen llover estrellas candentes y bólicos inflamados. El aire se vuelve malsano, las aguas se corrompen, la tierra tiembla y los volcanes estallan furiosamente cuando están excitados y abatidos. En ocasiones, y durante las noches de estío, los habitantes sencillos de los valles del Sur ven, con terror, la forma colosal de un hombre inmóvil en la altiplanicie de las montañas, que sentado, lava sus pies en algún lago solitario; las sencillas gentes pasan haciendo la señal de la cruz y creen haber visto a Satanás, cuando apenas vieron la sombra pensativa de un Egrégoro.

Estos Egrégoros, siuviésemos que admitir su existencia, serían los agentes plásticos de Dios, las ruedas vivas de la máquina creadora, multiformes, como Proteo, pero siempre sujetos a su materia elemental. Sabrían secretos que la inmensidad nos roba, pero ignorarían cosas que nosotros conocemos. Las evocaciones de la magia antigua se dirigen a ellos, y los nombres pomposos que les daban en Persia y en Caldea, se conservan en los antiguos grimorios.

Los árabes, poéticos conservadores de las tradiciones primitivas de Oriente, creen aún en estos gigantes genios. Los hay blancos y negros, los negros son malos y se llaman Afritas. Mahoma conservó estos genios he hizo de ellos ángeles tan grandes, que el viento de sus alas balancea los mundos en el espacio. Confieso que no gustamos de esta multitud de entes intermediarios que nos ocultan a Dios y parecen volverlo inútil. Si la cadena de los espíritus aumenta siempre sus anillos elevando a Dios, no vemos razón para que se detenga, porque avanzará siempre, sin jamás poder tocarlo. Tenemos billones de dioses que vencer o dominar, sin llegar nunca a la libertad o a la paz y es por eso que rechazamos, definitiva y absolutamente, la mitología de los Egrégoros.

Aquí respiramos quedamente y enjugamos la frente, como un hombre que despierta después de un penoso sueño. Contemplamos el cielo lleno de astros, pero vacío de fantasmas y con indecible alivio al corazón repetimos a plena voz estas primeras palabras del símbolo de Nicea: *Credo in unum Deum*.

Mientras cae acompañado por los Egrégoros y los Afritas, Satán brilla un momento en el cielo y desaparece como un relámpago. *Videbam Satanam sicut fulgures (o fulgur) de coelo cadentem*.

Los gigantes de la Biblia fueron sepultados por el diluvio. Los Titanes de la Fábula, sepultados bajo las montañas que habían amontonado. Júpiter no es más que una estrella, y toda la fantasmagoría gigantesca del antiguo mundo sólo es una sonora carcajada que, en Revelais, se llama Gargantúa.

El propio Dios no quiere que lo representen en forma de un monstruoso panteo. Es el padre de las proporciones y de la armonía y repele las monstruosidades. Sus jeroglíficos favoritos son las blancas y mansas figuras del cordero y de la paloma. ¡Qué adorable es el símbolo católico y cuántos abominables sacerdotes lo desconocen!

Imaginad la paloma del espíritu de amor posándose sobre la humareda graciosa de los *autos-de-fe* y a la virgen madre mirando quemar las judías. Ver caer desgraciados jóvenes bajo las balas de los zuavos del Niño Jesús y del fuego de los cañones colocados alrededor del tesoro de las indulgencias. Más ¡quién puede sondear los secretos de la Providencia! Tal vez por esta aberración del poder militar todos los disidentes son absueltos y el pecado del pastor vuélvase la inocencia del mundo.

Además ¿no es el Papa un santo padre que cree que cumple su deber con toda la sinceridad de su corazón? ¿Quién es, pues, el culpable? El culpable es el espíritu de contradicción, el espíritu del error y la mentira, que fue homicida desde el comienzo, es el tentador, el diablo, el magnetismo del mal.

El magnetismo del mal es la corriente fatal de los hábitos perversos, es la síntesis híbrida de todos los insectos voraces y astutos que el hombre sustrae de los animales peores, y es en este sentido filosófico que el simbolismo de la Edad Media personificó al demonio.

Tiene cuernos de macho cabrío o de toro, ojos de mochuelo, nariz con extremidades de buitre, garganta de tigre, alas de murciélago, garras de arpía y vientre de hipopótamo. ¡Qué figura para un ángel!, aunque sea caído, y cuán lejos están del soberbio rey de los infiernos soñado por el genio de Milton!

Pero es cierto que el Satán de Milton no representa otra cosa que el genio revolucionario de los ingleses bajo un Cromwell, y el verdadero diablo, es el de las catedrales y de las leyendas.

Es ágil como el mono, insinuante como el reptil, astuto como la zorra, alegre como el gato, cobarde como el lobo o el chacal.

Rastrero y adulator como un esbirro, ingrato como un rey y vengativo como un mal padre, inconsciente y pérfido como una mujer galante.

Es un Proteo que toma todas las formas, excepto las del cordero y paloma, dicen los viejos grimorios. Tan pronto es un pajecillo bellaco que lleva cola del vestido de una gran dama, como un teólogo vestido de armiño o un caballero barbado de hierro. El consejero del mal penetra en todas partes, se esconde hasta en el seno de las rosas. A veces, bajo la capa del chanfreo o del obispo, pasea su cauda mal disimulada por las losas de una iglesia, se prende a los cordones de la disciplina de las monjas y se achata entre las páginas de los breviarios. Gime en la bolsa vacía del pobre, y por el agujero de la cerradura de los cofres llama en voz baja a los ladrones. Su carácter esencial e inextinguible es ser siempre ridículo, porque, en el orden moral, es la bestia y será siempre la estulticia.

Su hábito, dicen los hechiceros, es pedir siempre alguna cosa; se contenta con un andrajo, con un zapato viejo, o con un pedazo de paja. ¿Quién no comprende aquí la alegoría? ¿Conceder al mal la menor cosa no es hacer pacto con él? ¿Lamarlo, sea sólo por curiosidad, no es entregarle nuestra alma? Toda esta mitología diabólica legendaria está llena de filosofía y de razón. El orgullo, la avaricia, la envidia, no son por sí mismas personajes; pero muchas veces se personifican en los hombres y aquellos que llegan a ver al diablo no es sino que ven su propia fealdad.

El diablo jamás fue bello; no es un ángel caído, está condenado desde su nacimiento, el mismo Dios jamás le perdonará porque para Dios no existe. Existe como nuestros errores, es el vicio, es el miedo, es la violencia, es la demencia y la mentira, es la fiebre del hospital de los limbos en que enflaquecen las almas dolientes. Nunca entró en las regiones serenas del cielo y no podría, por consiguiente, haber caído de ellas.

Arredra, pues, el dualismo impío de los Manes, arredra este competidor de Dios, fulminado y siempre poderoso, que le disputa el mundo. Atemoriza esta creación seductora de los hijos de su señor, que forzó al propio Dios a sufrir la muerte para rescatar a los hombres que el ángel rebelde había hecho sus esclavos, y al cual Dios abandona, a pesar de todo, la mayoría de aquellos que quiso redimir por un sacrificio tan inconcebible. ¡Abajo el último y más monstruoso de todos los egrégors! ¡Gloria y triunfo eterno sólo a Dios!

Con todo, ¡honra eterna al dogma sublime de la Redención! ¡Respeto a todas las tradiciones de la Iglesia Universal! ¡Viva el simbolismo antiguo! ¡Pero Dios nos guarde de materializarlo, tomando entidades metafísicas por personajes reales y alegorías por historia verdadera!

Los niños gustan de creer en los ogros y en las hadas, y las multitudes tienen necesidad de la mentira. Lo sé; apelo al testimonio de las amas y los sacerdotes. Mas yo escribo un libro de filosofía oculta que no debe ser leído ni por los niños ni por las personas débiles de espíritu.

Personas hay para quienes el mundo resultaría vacío si no lo imaginaran poblado de quimeras.

La inmensidad del cielo les fastidiaría sin su correspondiente multitud de duendes y demonios. Estos niños grandes nos recuerdan la fábula del buen Lafontaine, en la que juzgaba ver un mastodonte en la luna, cuando estaba viendo un ratoncillo escondido entre los vidrios de la luneta. Todos llevamos consigo nuestro tentador o nuestro diablo, que nace de nuestro temperamento o de nuestros humores. Para unos, es un pavo que hace la rueda; para otros, es un mono que arrisca los dientes. Es el lado animal de nuestra humanidad, es la repulsión tenebrosa de nuestra alma, es la ferocidad de los instintos animales exagerada por la vacuidad de nuestros pensamientos estrechos y falsos, es el amor de la mentira en los espíritus que, por debilidad o indiferencia, desesperan de la verdad.

Los posesos del demonio son tan numerosos que componen el mundo, como decía el Cristo, y por eso repetía a sus apóstoles: “El mundo os hará morir”. El diablo mata a los que se resisten, por tanto, consagrar la existencia a la victoria de la verdad u la justicia, es hacer el sacrificio de la vida. En la ciudad de los malos el que reina es el vicio y el interés del vicio el que gobierna. El justo está condenado de antemano, no hay necesidad de juzgarlo; pero la vida eterna pertenece a los hombres de corazón que saben sufrir y morir. Jesús, que pasaba haciendo el bien, sabía que caminaba para la muerte y decía a sus amigos: “He aquí que vamos a Jerusalén, donde el hijo del hombre debe ser entregado al último suplicio. Hago oferta de mi vida; ninguno me la toma; yo la pongo para adquirirla. Si alguien quiere imitarme, que acepte de antemano la cruz de los malhechores y que siga mis huellas. Todos vosotros que ahora me veis, no me veréis jamás”. Luego ¿quiere matarse? decían los judíos que no oían hablar así. Mas, dejarse ultimar por los otros no es matarse a sí mismo.

Los héroes de las Termópilas bien sabían que todos morirían ahí, desde el primero hasta el último, y su glorioso combate no fue ciertamente un suicidio.

El sacrificio de sí mismo nunca es un suicidio; y Curcio, si su historia no fuera fabulosa, no sería un suicida. ¿Régulo cometía un suicidio volviéndose a Cartago? ¿Se suicidaba Sócrates, cuando rehusaba evadirse de la prisión después de su sentencia de muerte? Catón, prefiriendo rasgar su vientre a sufrir la locura del César, es un republicano sublime. El soldado herido que caído en el campo de batalla y no teniendo más arma que su bayoneta, cuando le dicen: entrega las armas, hunde la bayoneta en su corazón, diciendo: “Ven a tomarlas”, no es un suicida, es un héroe fiel a su juramento de vencer o morir. El Señor Beaurepaire, haciendo saltar sus sesos antes que firmar una capitulación vergonzosa, no se suicida: ¡se sacrifica a la honra!

Cuando la gente no tiene pacto con el mal, no debe temerlo, y cuando no teme al mal o debe temer a la muerte: ella sólo tiene imperio funesto sobre el mal. La muerte negra, la muerte espantosa, la muerte llena de angustia y de terror es hija del demonio. Ellos juraron morir conjuntamente, pero como son mentirosos se dan recíprocamente por eternos.

Decíamos, hace poco, que el diablo es ridículo, y en nuestra Historia de la Magia, declaramos que no nos hace reír; y en efecto, ninguno se ríe de las ridiculeces groseras, pues cuando se tiene amor al bien, no se puede reír del mal.

El vehículo fluido, astral, representado en todas las mitologías por la serpiente, es el tentador natural de Chava o de la forma material; esta serpiente era inocente del pecado de Adán y Eva, como todos los seres. El diablo nació de la primera desobediencia y se transformó en esa cabeza de serpiente que el pie de la mujer debe aplastar.

La serpiente, símbolo del gran agente fluídico, puede ser un signo sagrado cuando representa el magnetismo del bien, como la serpiente de bronce de Moisés. Hay dos serpientes en el caduceo de Hermes.

El fluido magnético está sometido a la voluntad de los espíritus, que pueden atraerlo o proyectarlo con fuerzas diferentes, conforme a su grado de exaltación o de equilibrio.

Lo llamamos el lucero o *Lucifer*, porque es el agente distribuidor y especializador de la luz astral.

Lo llamamos también ángel de las tinieblas, porque es el mensajero de los pensamientos oscuros como de los pensamientos luminosos, y los hebreos, que lo llaman Samael, dicen que es doble, y que hay un Samael blanco y un Samael negro, el Samael israelita y el Samael incircunciso.

La alegoría aquí es evidente. Ciertamente creemos, como los cristianos, en la inmortalidad del alma; como todos los pueblos civilizados, creemos en penas y sufrimientos proporcionales a nuestras obras. Creemos que los espíritus pueden ser desgraciados y atormentados en la otra vida; admitimos, pues, la existencia posible de los réprobos.

El magnetismo del mal puede, por tanto, recibir impresiones de ultratumba, pero solamente por las aspiraciones perversas de los vivos, no teniendo los muertos el poder ni la voluntad de hacer el mal. Bajo la mano de la justicia de Dios nadie peca más, expía.

Lo que negamos es la existencia de un poderoso genio, de una especie de Dios negro, de un monarca sombrío, que tiene el poder de hacer el mal después que Dios lo ha reprobado. El rey Satán es para nosotros una ficción impía, a pesar de toda la poesía y la grandeza que ella puede presentar en el poema de Milton. El más culpable de los espíritus caídos debe haber descendido más abajo que los otros, y más que ellos estar sometido a la justicia de Dios. Las galeras tienen, sin duda, sus reyes que aun ejercen cierta influencia en el mundo criminal, pero esto resulta de la insuficiencia

de los medios de vigilancia o de represión empleados por la justicia humana, más a la justicia de Dios nadie engaña.

En el libro apócrifo de Enoch leemos que los egrégoros negros se encarnaron para seducir a las hijas de la tierra y dieron nacimiento a los gigantes. Los verdaderos egrégoros, esto es, los vigilantes de la noche, en los cuales nos agrada creer, son los astros del cielo con sus ojos siempre brillantes. Son los ángeles que gobiernan las estrellas y que pastorean a las almas que las habitan. También nos gusta pensar que cada pueblo tiene si ángel protector o su genio, que puede ser el de uno de los planetas de nuestro sistema. Y así, conforme a las poéticas tradiciones de la Cábala, Mikael, el ángel del Sol, es el del pueblo de Dios. Gabriel, el ángel de la Luna, protege a los pueblos de Oriente que tienen la creciente como escudo. Marte y Venus gobiernan conjuntamente a Francia. Mercurio, es el genio de Holanda e Inglaterra. Saturno, el genio de Rusia. Todo esto es posible, aunque dudoso, y puede servir a las hipótesis de la astrología o a las ficciones de la epopeya.

El reino de Dios es un gobierno admirable en el que todo subsiste por jerarquía y en el que la anarquía se destruye por sí misma. Si existen en su imperio prisiones para los espíritus culpados, sólo Dios es el señor, y sin duda que las hace dirigir por ángeles severos y buenos. En ellas no sería permitido a los condenados torturarse mutuamente. ¿Será Dios menos sabio y menos bueno que los hombres? ¿Qué dirían de un príncipe de la tierra que colocara un bandido de la peor especie como director de sus prisiones, permitiéndole, muchas veces, salir a continuar sus crímenes y a dar a las personas de bien terribles ejemplos y perniciosos consejos?

CAPÍTULO XI

EL AMOR FATAL

Los animales están sometidos por la Naturaleza a un estado fenoménico que los impele invenciblemente a la reproducción, estado al que llamamos celo. Sólo el hombre es capaz de un sentimiento sublime que le permite escoger su compañera y que tempera la aspereza del deseo por el afecto más absoluto. Este sentimiento se llama amor. Entre los animales, el macho trepa indistintamente sobre todas las hembras, y las hembras se someten a todos los machos. El hombre está hecho para amar a una sola mujer, y la mujer digna de respeto se conserva para un solo hombre.

En el hombre como en la mujer, el desborde de los sentidos no merece el nombre de amor, es algo que se asemeja al celo de los animales. Los libertinos y las libertinas son meros brutos.

El amor da al alma humana la intuición de lo absoluto, porque es por sí mismo absoluto, o no existe. El amor que se despierta en una gran alma es la misma eternidad que se despierta.

En la mujer que ama, el hombre ve y adora la divinidad materna y da para siempre su corazón a la virgen a quien aspira a honrar con la dignidad de madre.

La mujer adora en el hombre que ama la divinidad fecunda que debe crear en ella el objetivo de todos sus votos, el fin de su vida, la corona de todas las ambiciones: el hijo.

Estas dos almas no hacen más que una, que debe complementarse con una tercera. El hombre es único en tres amores, como Dios existe en tres personas.

Nuestra inteligencia está hecha para la verdad y nuestro corazón para el amor. Es por eso que San Agustín dice, con razón, dirigiéndose a Dios: Tú nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está atormentado hasta que haya encontrado su descanso en ti. Ahora bien, Dios que es infinito sólo puede ser amado por el hombre como intermediario. Se hace amar por el hombre en la mujer y por la mujer en el hombre. Esta es la razón por qué la honra y la felicidad de ser amados nos impone una grandeza y bondad divinas.

Amar es percibir lo infinito en lo finito. Es haber encontrado a Dios en la criatura. Ser amado es representar a Dios, es ser su plenipotenciario junto a un alma para darle el paraíso en la tierra.

Las almas viven de verdad y de amor, sin amor y sin verdad sufren y perecen como cuerpos privados de la luz y el calor.

¿Qué es la verdad?, preguntaba desdeñosamente a Jesucristo el representante de Tiberio, y el mismo Tiberio habría podido preguntar con desprecio insolente e ironía más amarga: ¿Qué es el amor?

El despecho al no poder comprender nada y ante la imposibilidad de creer en algo, la rabia de no poder amar, ha ahí el verdadero infierno y ¿cuántos hombres, cuántas mujeres no están entregadas desde esta vida a las torturas de esta espantosa condenación?

A esto se deben los furores apasionados por la mentira; de ahí esas mentiras apasionadas de amor que entregan el alma a las fatalidades de la demencia. La necesidad de saber, siempre desesperada ante lo desconocido, y la necesidad de amar, siempre traicionada por la impotencia del corazón.

Don Juan va de crimen en crimen en la búsqueda del amor y acaba por morir sofocado por los brazos de un espectro de piedra. Fausto, desesperando de la ciencia sin fe, busca distracciones y sólo encuentra remordimientos después de haber perdido a la muy crédula Margarita; no obstante, Margarita lo salvará, pues ella, la pobre criatura inocente, lo amó verdaderamente, y Dios no puede permitir o querer que ella sea separada para siempre de aquél a quien adora.

¿Queréis penetrar los secretos del amor? Estudiad los misterios del cielo. El cielo es inseparable del amor porque el amor es una preferencia absoluta que exige la reciprocidad, y porque no puede existir sin una confianza absoluta, que el cielo vulgar tiende naturalmente a destruir. Y es que el cielo vulgar es un sentimiento egoísta, cuyo resultado común es sustituir la ternura por el odio. Es una calumnia secreta del objeto amado, una duda que lo ultraja y, muchas veces, un furor que lleva a maltratarlo y destruirlo.

Juzgad también el amor conforme a sus obras; si eleva el alma, inspira la devoción y las acciones heroicas; si apenas siente celos de la perfección y de la felicidad del ser amado, si es capaz de sacrificarse por la honra y el descanso del objeto de su amor, ello es un sentimiento inmortal y sublime; pero si aniquila el valor, si enerva la voluntad, si envilece las aspiraciones, si hace despreciar el deber, entonces es una pasión fatal, y es preciso vencer o morir.

Cuando el amor es puro, absoluto, divino, sublime, por sí mismo es el más sagrado de los deberes. Admiramos a Romeo y Julieta a pesar de todos los prejuicios y de todos los furores de los Capuletos y de los Montescos, y no pensamos que los odios de sus familias deberían separar para siempre a Píramo de Tisbe.⁵¹

Admiramos también a Jimena solicitando la muerte del Cid para vengar a su padre porque Jimena, sacrificando el amor, se hace más digna del

⁵¹ *Píramo de Tisbe*: Príncipe mitológico de Asiria que se mató por creer que un león había devorado a su amada Tisbe. (N. del T.)

propio amor, ella sabe bien que si falta a su deber Rodrigo no la amaría más. Entre la muerte de su amante y el envilecimiento de su amor, la heroína no podía vacilar. ¿Justifica ella la gran sentencia de Salomón, que el amor es más inflexible que el infierno?

El verdadero amor es una revelación luminosa de la inmortalidad del alma: su idea, para el hombre, es la pureza sin mancha, y para la mujer, la generosidad sin desaliento. Tiene celos de la integridad de esta idea, y celo tan noble debe llamarse Celotipia, o tipo de celo. El sueño eterno del amor es la madre inmaculada, y el dogma recientemente definido por la Iglesia, inspirado en el Cantar de los Cantares, no tuvo otro revelador sino el amor.

La impureza es la promiscuidad de los deseos; el hombre que desea todas las mujeres y la mujer que ama los deseos de todos los hombres, no conocen el amor y son indignos de conocerlo. La *coquetería*⁵² es la depravación de la vanidad femenina; su propio nombre viene de algo bestial y recuerda los coqueteos provocativos de las gallinas que quieren llamar la atención del gallo. Le está permitido a la mujer ser bella, pero ella sólo debe desear agradar al hombre que ama o al que podrá amar algún día.

La integridad del pudor de la mujer es el más especial ideal de los hombres y el motivo de su legítimo celo. La delicadeza y la dignidad del hombre es el sueño ideal de la mujer, y es en este ideal que ella encuentra el estimulante o el suicidio de su amor.

El casamiento es el amor legítimo. Un casamiento de conveniencia es un ayuntamiento de despecho. Es un convenio entre un macho y una hembra de la especie humana que acuerdan tener hijos bajo la protección de la ley; si ninguno de los dos amó, puede esperarse que el amor venga con la intimidad de la familia, pero, desgraciadamente, el amor no obedece siempre a las conveniencias sociales, y aquel que se casa sin amor, muchas veces se desposa con la probabilidad de adulterio.

La mujer que ama a otro u se casa con el hombre a quien no ama, hace un atentado contra la naturaleza. Julia de Volmar es inexcusable, y su marido un personaje imposible en el mismo romance; Saint Preux debió despreciar esa pareja. Una moza que se entrega y después se desdice deshonra su primer amor; porque ha aceptado el adulterio. Hay un ser ante quien una mujer digna de ese nombre nunca debe sonrojarse, es el hombre al que halló digno de su primer amor.

Celebramos que un hombre de corazón rehabilite a una joven honesta que fue seducida y después abandonada, pero que una joven que ya se entregó quiera darse a otro, cuando ya no pertenece a sí misma, alegando que si no obedece a su padre él la mataría o se moriría de pesar, como en el caso del barón de Etange, hallamos que aquí la indelicadeza de corazón se

⁵² *Coquetería*, coqueta (del francés *coquette*, de *coq*, gallo), se dice de la mujer que busca agradar a muchos hombres, como las gallinas llaman la atención de los gallos, por medio de artificios y medios estudiados. (N. del T.)

justifica mal con una franqueza o sensibilidad tonta. Un padre que habla de matar a una hija o de morir porque ella obre rectamente y con nobleza, no es un padre, es un egoísta feroz en su despotismo, a quien hay el derecho de censurarlo o de huirle. La Julia de Rousseau, es una moza reputada honesta, que atrae al mismo tiempo dos hombres. Su padre es un proxeneta que deshonra al mismo tiempo a su hija y a su amigo; Volmar es un cobarde y Sain-Preux un tonto. Cuando sabe que Julia se había casado no debía volver a verla.

Casar una mujer que se dio a otro y a quien este otro no abandonó, es desposar la mujer de otro, casamiento nulo ante la naturaleza y ante la dignidad humana. Esto es lo que Rousseau no comprendió. Admito el casamiento de aventuras de las heroínas de Enrique Murger que hacen de la vida una farsa de carnaval; pero no acepto el de Julia, que muestra la pretensión de tomar en serio el amor. Ser o no ser, he ahí la cuestión, como dice Hamlet; la virtualidad del ser humano está en su pensamiento y no en su amor.

Abjurar públicamente de su pensamiento sin estar convencido de que es falso, es la apostasía del espíritu; abjurar del amor, cuando la gente siente que él existe, es la apostasía del corazón.

Los amores que mudan son caprichos que pasan; aquellos de que tenemos que avergonzarnos son fatalidades cuyo yugo debemos sacudir.

Homero nos muestra a Ulises vencedor de los lazos de Calipso y Circe,⁵³ haciéndose atar al mástil de su navío para oír los cantos deliciosos de las sirenas, sin ceder a ellas, lo que es el verdadero modelo del sabio que escapa de las decepciones del amor fatal. Ulises se debe enteramente a Penélope, que se conserva para Ulises, y el lecho nupcial del rey de Itaca, teniendo por columnas árboles eternos que se prenden a la tierra por fuertes raíces, es en la antigüedad, a veces un tanto licenciosa, el monumento simbólico del legítimo y casto amor.

⁵³ *Circe*. Mitología: hechicera que para retener a Ulises en la isla de Ea transformó en cerdos a los compañeros del héroe. Fue más tarde la esposa de Telémaco. Según el ocultismo, la verdadera baqueta de Circe que transforma a los hombres en animales, es el *ascendiente fatal* que una persona ejerce sobre otra. Todas las fisonomías humanas traen una u otra semejanza de un determinado animal, que es la *signatura* de un instinto especializado. “Los instintos son equilibrados por los instintos contrarios y dominados por los instintos más fuertes”, dice Levy en su “Llave de los Grandes Misterios”. “Para dominar los carneros, el perro explota el miedo del lobo. Si sois perro y queréis que una bella gatita os ame, sólo tenéis un medio de lograrlo: metamorfosearos en gato.” Y añade el mismo autor: “He aquí una fórmula en términos técnicos: Polarizar su propia luz animal, en antagonismo equilibrado con un polo contrario”. “Este gobierno de nuestra polarización magnética puede ser hecho por medio de formas animales y que servirán para fijar la imaginación. (N. del T.)

El verdadero amor es una pasión invencible motivada por un sentimiento justo y nunca puede estar en contradicción con el deber; pues el deber se vuelve absoluto; pero la pasión injusta constituye un amor fatal y es a éste al que debemos resistir, aunque tengamos, en hora buena, que sufrir y morir.

Podríamos decir que el amor fatal es el príncipe de los demonios, porque es el magnetismo del mal armado con todo su poder, y nadie puede desarmarlo o limitar sus furores. Es una fiebre, es una demencia, es una fobia. Será preciso consumirse lentamente y sin piedad como el hachón de Altea. Los recuerdos nos torturan, los deseos engañados nos desesperan, saboreamos la muerte, y muchas veces preferimos antes sufrir y amar que morir. ¿Cuál es el remedio para esta dolencia? ¿Cómo curar las heridas de esta flecha envenenada? ¿Quién nos librará de las aberraciones de esta locura?

Para curar del amor fatal es preciso romper la cadena magnética, precipitándose en contra corriente y neutralizando una electricidad por la electricidad contraria.

Alejaos de la persona amada; nada guardéis que vuelva a recordarla; abandonad hasta el vestido con el cual ella os haya visto. Imponeos ocupaciones fatigantes y múltiples, nunca quedéis ocioso, ni os entreguéis a los ensueños; agotao de cansancio durante el día para dormir profundamente en la noche: alimentad una ambición o un deseo por satisfacer, y para encontrarlos subid por encima de vuestro amor. Así llegaréis a la tranquilidad si no al olvido. Lo que es preciso evitar, a toda costa, es la soledad nutridora de los enternecimientos y los sueños; esto, a menos que la persona no se sienta atraída por la devoción, como Luisa de la Vallière y el señor de Rancé, y que no busque en los suplicios voluntarios del cuerpo la dulcificación de las penas del alma.

Es preciso pensar siempre que lo absoluto en los sentimientos humanos es un ideal que nunca se realiza en este mundo, que toda belleza se altera y que toda vida se extingue; que todo pasa, al fin, con la rapidez, que parece ilusión; que la bella Elena se convirtió en una vieja de boca desdentada, después un poco de polvo y, al fin, en nada.

Todo amor que no pueda ni deba confesarse es un amor fatal. Fuera de las leyes de la naturaleza y de la sociedad nada hay de legítimo en las pasiones, y hay que condenarlas desde el nacimiento, destruyéndolas bajo este axioma: *Lo que no debe existir, no existe*. Cosa alguna disculpará el incesto o el adulterio. Son cosas cuyo nombre los oídos castos temen y cuya existencia no deben admitir las almas sinceras y puras. Los actos que la razón no justifica, no son actos, son bestialidades y locuras. Son caídas, después de las cuales es necesario redimirse y limpiarse para no guardar manchas; son torpezas que la decencia debe ocultar y que la moral, purificada por el soplo magnético, no podría admitir igualmente para

castigarlas. Ved a Jesús en presencia de la mujer sorprendida de adulterio, no escucha a los que la acusan, no la mira para no ver su vergüenza; y cuando lo importunan para que la juzgue, él la reprende con estas sabias palabras que serían la supresión de toda penalidad impuesta por la justicia humana, si no quisiesen decir que, ciertos actos, deben quedar desconocidos, y como que imposibles ante el pudor de la ley: *“Levantáos, y de ahora en adelante procurad no caer más”*.

He ahí lo único que el sublime Maestro halló para decir a la infeliz mujer cuyos acusadores rehusó oír.

Jesús no admite el adulterio; lo llama fornicación, y como único castigo autoriza al hombre a despedir a la que fue su mujer.

La mujer, a su vez, tiene el derecho de abandonar a un marido que la engaña. Y si no tiene hijos se vuelve libre ante la Naturaleza. Pero si fuere madre pierde el derecho sobre los hijos de su marido, a no ser que éste sea notoriamente infame. Renunciando a él, ella renuncia a sus hijos; y si no tiene el triste valor de abandonarlos y deshonorarse a sus ojos, será preciso que se resigne al heroísmo del sacrificio materno, considerándose viuda en el matrimonio y consolándose de los dolores de mujer en el cariño de madre.

Las hembras de los pájaros nunca abandonan su nido mientras sus pequeñuelos no tienen alas, ¿por qué las mujeres sería peores madres que las hembras de los pájaros?

El ideal de lo absoluto en amor, diviniza, por decir así, la generación del hombre y este ideal exige la unidad del amor. Este bello sueño del cristianismo es la realidad de las grandes almas, y era para no envilecerse en las promiscuidades del viejo mundo, que tantos corazones amantes fueron a los claustros a vivir y morir en un deseo eterno. Yerro a veces sublime, pero siempre lastimoso, ¿pues será necesario renunciar a vivir por no ser inmortal? ¿No comer más, porque el alimento del alma es superior al cuerpo, no andar más, porque no se tiene alas?

¡Feliz el noble hidalgo Don Quijote, que cree adorar a Dulcinea al abrazar los grandes pies mal calzados de una campesina del Toboso!

La Eloísa de Rousseau que ha poco criticábamos tan severamente desde el punto de vista de lo absoluto del amor, no por eso deja de ser una deliciosa creación, tanto más verdadera cuanto defectuosa, y reproduce en un romance realmente humano todas las contradicciones y flaquezas que hicieran de Rousseau, con las reminiscencias de un antiguo lacayo, el Don Quijote de la virtud. Después de haber procurado en vano hincar a Madama de Warens, de quien tuvo celos y haberla olvidado por causa de Madama Larnage, después de haber adorado a Madama Houdetot que amó a otro, se casó filosóficamente con su criada, y si es verdad que el pobre hombre murió a consecuencia del disgusto que le ocasionó el descubrimiento de

una infidelidad de Teresa. Es muy justo admirarlo y compadecerlo: su corazón era hecho para amar.

Para un corazón digno de amor sólo existe en el mundo una mujer, pero la mujer, esta divinidad de la tierra, se revela a veces en varias personas, como la divinidad del cielo y sus encarnaciones, que son también, en veces, más numerosas que los acatares de Vichnú. ¡Felices de los creyentes que jamás se desalientan y que, en los inviernos del corazón, esperan la vuelta de las golondrinas!

El sol brilla en una gota de agua, es ahí un diamante, es un mundo; ¡feliz de aquel que, cuando la gota se seca, no piensa que el sol se va a propósito! Todas las bellezas que pasan son apenas reflejos fugitivos de la Belleza eterna, objeto único de nuestros amores. Querría tener los ojos del águila y volar para el sol, pero si el sol viene a mí distribuyendo sus esplendores en las gotas de rocío, agradeceré a la Naturaleza, sin afligirme mucho cuando el diamante desaparezca. Para esta inconstante criatura que ya no me ama, para la sed de ideal de su corazón, yo también era una gota de agua, ¿debo acusarla y maldecirla porque a sus ojos me torné una lágrima disuelta en que no ve más el sol?

CAPÍTULO XII

LA OMNIPOTENCIA CREADORA

La página sublime con que comienza el Génesis no es la historia de un hecho acontecido una vez, sino la revelación de las leyes creadoras y del desenvolvimiento sucesivo del Ser.

Los seis días de Moisés son las seis luces de las que el septenario es el esplendor. Es la genealogía de las ideas que se hacen formas en el orden de los números simbólicos eternos.

En el primer día, se manifiesta la unidad de la sustancia prima, que es la luz y la vida, y que sale de las sombras de lo desconocido.

En el segundo día, se revelan las dos fuerzas que son el firmamento o la consolidación de los astros.

En el tercero, la distinción y la unión de los elementos contrarios producen la fecundidad en la tierra.

Al cuarto, Moisés atribuye el cuaternario trazado en el cielo por los cuatro puntos cardinales en el movimiento circular de la tierra y de los astros.

En el quinto, aparece lo que debe mandar en los elementos, esto es, el alma viviente.

En el sexto día ve nacer al hombre, como a los animales sus auxiliares.

En el séptimo día, todo funciona; el hombre está en acción y Dios parece descansar.

Los pretendidos días de Moisés son las luces sucesivas lanzadas por los números Cabalísticos sobre las grandes leyes de la Naturaleza, siendo el número de días solamente el de las revelaciones. Más es la génesis de la ciencia que la del mundo. Ella debe repetirse en el espíritu de todo hombre que investiga y piensa; comienza por la afirmación del ser visible y, después de las consultas sucesivas de la ciencia, termina por el descanso del espíritu que es la fe.

Consideramos a un hombre que está en la nada del escepticismo lo mismo que si se estableciese sistemáticamente en la incertidumbre de Descartes. “Pienso, luego existo”, le hace decir Descartes. Pero no andemos tan deprisa y preguntémosle: ¿Sentís vos que existís? Creo existir, responderá el escéptico, y así, su primera palabra, ya es una palabra de fe.

Creo existir, porque me parece que pienso.

Si creéis en alguna cosa, y os parece alguna cosa, es que existís. Existe pues, alguna cosa, el ser existe, más para vos todo es caos, nada se manifestó aun en armonía y vuestro espíritu fluctúa en la duda como sobre las aguas.

Os parece que pensáis. Osad afirmarlo de un modo claro y seguro. Osaréis si lo queréis, el pensamiento es la luz de las almas, no luchéis contra el fenómeno divino que en vos se realiza, abrid vuestros ojos interiores, y decid: hágase la luz, y la luz se hará. El pensamiento es imposible en la duda absoluta, y si admitís el pensamiento admitiréis la verdad. Por otra parte, estáis forzado a admitirlo, porque no podéis negar de ser. La verdad es la afirmación de lo que existe y, a vuestro pesar, os será necesario distinguirla de la afirmación de lo que no existe, o de la negación de lo que existe, las dos fórmulas del error.

Ahora, silencio, y recojámonos en las tinieblas que nos restan. ¡Vuestra creación intelectual acaba de realizar su primer día! ¡Levantémonos! He aquí una nueva aurora. El ser existe y el ser piensa. La verdad existe, la realidad se afirma, se necesita el juicio, la razón se forma y la justicia es necesaria.

Ahora admitid que en el ser está la vida. Para esto no tendréis necesidad de pruebas. Obedeced a vuestro sentimiento íntimo, dejad vuestros sofismas y decid: Quiero que esto sea para mí, y esto será para vos, porque ya independientemente de ti esto debe ser y esto es. Vamos, la vida se prueba por el movimiento, el movimiento es la partija y la igualdad relativa en las impulsiones alternadas contrarias de la fuerza; la sustancia es como os la mostró el primer día, la fuerza es doble como os la revela la segunda luz, y esta doble fuerza en sus impulsiones recíprocas y alternadas, constituye el firmamento o la constelación universal de todo lo que se mueve, conforme a las leyes del equilibrio universal. Veréis estas dos fuerzas funcionando en toda la Naturaleza. Ellas repelen y atraen, ellas agregan y dispersan. Vos las sentís en vos mismo, porque experimentáis la necesidad de atraer y de irradiar, de conservar y de esparcir. Los instintos ciegos en ti se equilibran por las previsiones de la inteligencia; no podéis negar que esto es así, osad, pues, afirmar que esto es, y decid: Quiero que el equilibrio se haga en mí, y el equilibrio se hará, y he aquí vuestro segundo día en la revelación del binario.

Distinguir ahora estos poderes para unirlos mejor y a fin de que ellos se fecunden recíprocamente, regad las tierras áridas de la ciencia con las aguas vivas del amor; la tierra es la ciencia que se elabora y se mide, la fe es inmensa como el mar. Oponed los diques a la creciente, sin impedirle levantar sus nubes y derramar la lluvia en la tierra. La tierra será entonces fecunda, la ciencia árida reverdecerá y florecerá. Infelices de aquellos que temen el agua del cielo y querrían encubrir la tierra con una capa de zinc. Dejad que germinen las esperanzas eternas, dejad florecer las creencias

ingenuas, dejad que crezcan los corpulentos árboles. Los símbolos crecen como los cedros, se fortifican como las encinas y traen en sí mismos la simiente que los reproduce. El amor se reveló en la naturaleza por la armonía, el triángulo sagrado hace brillar su luz, el número tres completa la Divinidad, ya sea en tu ideal como en el conocimiento trascendente de ti mismo. Tu inteligencia se hizo madre porque fue fecundada por el genio de la fe. Detengámonos aquí, porque este milagro de la luz basta para la gloria del tercer día.

Levanta los ojos y contempla el cielo. Ved el esplendor y la regularidad de los astros. Toma el compás y el telescopio del astrónomo y sube de prodigio en prodigio, calcula la vuelta de los cometas y la distancia de los soles, todo esto se mueve conforme a las leyes de una jerarquía admirable. Toda esta inmensidad llena de mundos absorbe y ultrapasa todos los esfuerzos de la inteligencia humana. ¿Es entonces inteligente? ¿Verdad que los soles no van donde quieren y que los planetas no salen de sus órbitas? El cielo es una máquina inmensa que tal vez no piensa, pero que, ciertamente, revela y reproduce el pensamiento. Los cuatro puntos cardinales del cielo, los equinoccios y los solsticios, el Oriente y el Occidente, el Cenit y el Nadir, están en sus puestos como centinelas y nos proponen un enigma a resolver: las letras del nombre de Jehovah, o las cuatro formas elementales y simbólicas de la milenaria esfinge de Thebas. Antes que aprendas a leer, osa creer y declarar que hay un sentido oculto en tales escrituras del cielo. Que el orden te revele otra voluntad sabia y si la naturaleza aún no es a tus ojos más que una máquina incapaz de andar por sí misma, si dudas del motor independiente, cierra tus ojos y descansa de las fatigas de tu cuarto día. Mañana os manifestaremos las maravillas de la autonomía.

La mosca que zumba, revolotea y se posa donde quiere; la babosa que se arrastra a voluntad por las orillas húmedas, tienen algo más sorprendente que los soles, porque son autónomos y no se mueven como las ruedas de un mecanismo fatal. El pez es libre y se regocija en las olas; sube a la superficie para buscar su alimento. Un ruido lo asusta, se estremece y huye al fondo, repeliendo el agua que hierve; el pájaro atraviesa los aires a voluntad y alcanza el árbol o el muro donde hará su nido, posa un gallo y canta, busca en los follajes las hierbas, cuida del nacimiento de sus polluelos. ¿Será él quien piensa o es algún otro el que piensa por él? Dudabas de la inteligencia de los mundos, ¿dudarías de la de los pájaros? Si los pájaros son libres bajo un cielo esclavo, ¿a quién, pues, obedece el cielo si no fuere a Aquel que da libertad a las aves?, más el cielo no es esclavo, está sometido a leyes admirables que puedes comprender, y a las cuales obedecen los soles sin tener necesidad de conocerlas. Entiendes la inteligencia del cielo y con este título eres más inmenso que el propio cielo. ¿Eres tú el creador y el regulador de los mundos? No; el creador es otro, sin

duda, pero tú eres su confidente, y por así decirlo, su coadjutor. No niegues a tu señor, sería negarte a ti mismo, hijo de Copérnico y de Galileo. Puedes crear con ellos el cielo de la ciencia; hijo del creador desconocido, mira esos millares de universos que viven en la inmensidad e inclínate delante de la soberana inteligencia de tu Padre.

La estrella de la inteligencia, la señora de las fuerzas, la estrella de cinco puntas, el pentagrama de los Cabalistas y el microcosmos de los Pitagóricos aparece en el quinto día. Saber ahora que la materia no podrá moverse sin que el espíritu la dirija y quieres el orden en el movimiento; vas a comprender al hombre y vas a concurrir para crearlo.

He aquí que aparecen formas para todas las fuerzas de la naturaleza, que son impelidas por la autonomía suprema a volverse también por sí mismas autónomas y vivas. Todas estas fuerzas te serán sumisas y todas se conforman con las imágenes de tu pensamiento. Escucha rugir al león y oirás el eco de tu cólera, el mastodonte y el elefante toman en irrisión la vanidad de tu orgullo; ¿quieres asemejarte a ellos, tú, su señor? No; tienes que dominarlos y hacerlos que te sirvan, pero para imponerles tu poder es indispensable dominar en ti mismo los vicios de que varios de ellos son la representación.

Su fueres un glotón como el cerdo, lascivo como el bode, feroz como el lobo, o ladrón como la zorra, no seréis más que un animal enmascarado bajo la forma humana. Rey de los animales, levántate en tu dignidad y hagamos de ella un hombre; decid: quiero ser un hombre, y lo seréis, porque Dios quiere que seas un hombre, sólo espera tu consentimiento, porque te creó libre; ¿y por qué? Porque todo monarca debe ser aclamado y proclamado por sus pares, porque sólo la libertad puede comprender y honrar el poder divino; porque Dios precisa de esta grandiosa dignidad del hombre para que el hombre pueda adorar legítimamente a Dios.

El ocultismo de Dios es necesario como el de la ciencia. Si Dios se revelase a todos los hombres de un modo claro e indubitable, el dogma del infierno eterno, reinaría en todo su horror. Los crímenes humanos no tendrían más circunstancias atenuantes.

Los hombres serían forzados a hacer el bien o a perderse para siempre; lo que Dios no podrá querer y no quiere; es la necesidad que el dogma permanezca intacto y que la misericordia guarde su libertad inmensa.

Dios (si se nos permite darle aquí la forma humana, a ejemplo de los grandes Cabalistas y de los autores inspirados de la Biblia), Dios, tiene dos manos; una para castigar y otra para absolver y bendecir.

La primera está sujeta por la ignorancia y la flaqueza del hombre. La otra, quiere estar siempre libre, y es por eso que Dios, no constriñendo nunca nuestra fe, respeta nuestra libertad.

La marcha del espíritu humano separado de Dios es rápida. Los cultos sin autoridad caen en la filosofía que, a su vez, se abisma en el

materialismo. La única religión sólida, la que sabe decir *non possumus*, puede y podrá siempre alguna cosa, porque posee la cadena de la enseñanza, la eficacia real de los sacramentos, la magia de los cultos, la legitimidad jerárquica y el poder milagroso del verbo. Que ella deje, pues, sin perturbarse, que el ateísmo y el materialismo se produzcan. Son dos cancerberos desencadenados para guardar su puerta y devorarán a todos sus enemigos.

Sé que mis lectores, en gran número, me acusan de contradicción; no conciben que sustente con una de las manos los altares del catolicismo y con la otra golpee sin piedad sobre todos los errores y sobre todos los abusos que se produjeron bajo el nombre y la sombra del catolicismo. Los católicos ciegos se espantan de mis interpretaciones audaces y los pretendidos librepensadores se indignan de los que llaman mis flaquezas por la religión que creen caída den el desprecio porque la abandonaron. Desagrado tanto a los cristianos de Veuillot como a los filósofos de Proudhon. Esto no me admira y lo esperaba; no me aflijo por eso ni diré que me glorío. Gustaría más de agradar a todos, porque amo sinceramente a todos los hombres, pero en cuanto sea necesario elegir entre la verdad y la estima de quien quiera que sea, aun la de mis amigos más caros, escogeré siempre la verdad.

La Iglesia Romana, dicen, no es más que una sombra, es un espectro que mira al pasado y que sólo sabe andar para atrás. Y con todo, se quejan diariamente de sus invasiones. Ella se apodera de los niños y de las mujeres, absorbe las propiedades, embaraza a los reyes, crea obstáculos al movimiento de los pueblos y hasta fuerza el oro de los banqueros israelitas y la sangre volteriana de Francia para que la sirvan.

Está enferma, condenada por tantos médicos, se burla de las píldoras de Sganarello y se obstina en no morir. Y es que a despecho de los grandes pensadores y de los bien falaces, tiene las llaves de la vida eterna. Sentimos que si ella se apaga Dios se esconde para siempre de nosotros y la inmortalidad del alma se va.

Hay una cosa profundamente verdadera y que, con todo, parecerá paradójal: todos los cultos cristianos disidentes sólo viven por las sublimes obstinaciones del catolicismo radical. Yo os pregunto, ¿contra quién protestarían Lutero y Calvino si el Papa no doblegase y cediese a los luteranos o a los calvinistas? Si el Papa admitiera en principio la libertad de conciencia, ello sería declarar que la verdad a ello concerniente es dudosa. Ahora, la verdad que a ello atañe, no es la de un sistema, no es la de una secta, no es la de Hermes y de Moisés, la de Jesucristo y San Pablo, la de San Agustín, Fenelón y Bosuet, todos mayores pensadores, y mayores hombres que Proudhon, el doctor Garnier, el escéptico Girandino y los nihilistas Tatempion o Juan Bonachón, ¿oís?... ¿Entendéis?

No, el Papa no debe decir que en materia de religión somos libres de pensar lo que nos agrade. Es un modo extraño de comprender la libertad o de querer forzar al jefe de una Iglesia absoluta a ser tolerante, cuando es evidente que la tolerancia sería el suicidio de su autoridad espiritual. Es la indulgencia y no la tolerancia la que debe usar para con los hombres y sus errores el representante de Jesucristo. La Iglesia de la caridad: todo lo que va contra la caridad va contra ella. Ella se sustenta y se perpetúa por la caridad. Es por el milagro permanente de sus buenas obras que ella debe probar al mundo su divinidad.

Para asegurar su reino en la tierra, no debe alistar zuavos, pero puede crear santos. ¿Cómo puede ella olvidar este gran mandato del Maestro: procurad primero el reino de Dios y su justicia y el resto os será dado por añadidura?

CAPÍTULO XIII

LA FASCINACION

La Iglesia condenó y debe condenar la magia porque ella se apropió de su monopolio. Ella debe servirse de las fuerzas ocultas que los antiguos magos empleaban para engañar y sujetar a las multitudes, a fin de esclarecer progresivamente los espíritus y trabajar para la liberación de las almas, por la jerarquía y la moralidad.

Ella debe obrar así bajo peligro de muerte, aunque ya se dijo que es inmortal y que la muerte aparente no puede serle más que un trabajo regenerador y una transfiguración.

Entre las fuerzas de que dispone y de que podemos hacer uso, sea para el bien o sea para el mal, hay que contar en primer lugar con el poder de la fascinación.

Hacer creer lo imposible, hacer ver lo invisible, hacer tocar lo intangible, exaltando la imaginación y alucinando los sentidos; apoderarse así de la libertad intelectual de aquellos a quienes se sujeta y suelta a voluntad, es lo que llamamos fascinar.

La fascinación es siempre el resultado de un prestigio.

El prestigio es la entrada en escena del poder cuando no o es de la mentira.

Cuando Moisés quiere promulgar el Decálogo, elige la más escarpada montaña del desierto y la rodea de una barrera que nadie podrá atravesar sin ser herido de muerte. Sube ahí al sonido de la trompeta, para hablar cara a cara con Adonai, y cuando viene la tarde toda la montaña se estremece, truena y se ilumina por efecto de una formidable pirotecnia. El pueblo tiembla y se prosterna, cree sentir que la tierra se mueve, le parece que los peñascos saltan como carneros y que las colinas son ondeantes como los rebaños; después, desde que el volcán se apaga, desde que los truenos cesan el taumaturgo tarda en aparecer, la multitud se subleva y quiere a toda fuerza que le den su Dios. Adonai faltó a su promesa, el pueblo se insolenta y le opone el becerro de oro. Las flautas y tambores hacen la parodia de las trompetas y del trueno, y el pueblo, viendo que las montañas ya no danzan más se pone a danzar a su vez. Moisés, irritado, rompe las tablas de la ley y muda el espectáculo en el de una masacre inmensa. La fiesta es ahogada en sangre, la vil multitud, viendo el brillo de la espada, empieza a creer en lo del rayo sin atreverse a erguir la cabeza para ver a

Moisés. El terrible legislador se vuelve fulgurante como Adonai, tiene cuernos como Baco y Júpiter Ammon, en adelante sólo aparecerá cubierto con un velo, a fin de que el temor sea durable y la fascinación perpetua. En adelante ninguno resistirá impunemente a este hombre cuya ira hiere como el simún y que tiene el secreto de las conmociones fulminantes u de las llamas inextinguibles. Sin duda que los sacerdotes del Egipto tenían conocimientos naturales que sólo debían llegar a nosotros muy tarde. Quedó también ya dicho que los magos asirios conocían la electricidad y sabían imitar el rayo.

Con la diferencia que hay entre Júpiter y Thersité,⁵⁴ Moisés tenía las mismas opiniones que Marat. Pensaba que para la salvación del pueblo destinado a convertirse en la luz del mundo, algunos torrentes de sangre no debían hacer retroceder a un pontífice del futuro. ¿Qué faltó a Marat para ser el Moisés de la Francia? Dos grandes cosas: el genio y el éxito. Además, Marat era un enano grotesco mientras que Moisés era un gigante, si damos crédito a la divina intuición de Miguel Ángel.

¿Osaríamos decir que el legislador de los hebreos era un impostor? Nadie es impostor cuando se consagra y sacrifica. Este maestro que se atrevía a dar tanta demostración de omnipotencia sobre el instrumento terrible de la muerte, fue el primero en someterse al anatema para expiar la sangre derramada; llevaba a su pueblo a una tierra prometida donde sabía muy bien que no entraría. Desapareció un día en medio de las cavernas y los precipicios, como Edipo en la tempestad, y nunca los admiradores de su genio pudieron encontrar sus huesos.

Los sabios del mundo antiguo, convencidos de la necesidad del ocultismo, escondían con cuidado las ciencias que los volvía, hasta cierto punto, señores de la naturaleza, y sólo se servían de ellas para dar a sus enseñanzas el prestigio de la cooperación divina. ¿Por qué habríamos de censurarlos? ¿El sabio no es plenipotenciario de Dios junto a los hombres? ¿Y cuando Dios le permite adormecer o despertar su rayo, no es siempre Él el que clama por el ministerio de su embajador?

Es preciso encerrar en Charentón al hombre tan loco que dice: “Sé por una ciencia exacta que Dios existe”, aunque sería aún más insensato el que se atreviese a decir: Sé que Dios no existe. Creo en Dios, pero no sé quién es. Pero he aquí que millares de hombres, mujeres y niños se presentan y os dicen: Yo lo vi, yo lo toqué, hice aún más, yo lo comí y lo sentí vivo en mí. Extraña fascinación de una palabra absurda si lo es, pero por lo mismo victoriosamente convencidora, puesto que es capaz de hacer retroceder la razón y despertar el entusiasmo: *¡Esto es mi carne, esto es mi sangre!*

⁵⁴ *Thersite*. Bufón del que habla Homero en la fábula. (N. del T.)

Dice eso el Dios que iba a morir para renacer en todos los hombres. Hombres de fe, sólo vosotros comprendéis cómo el propio Dios debía morir para hacernos aceptar el misterio de la muerte.

Dios se hizo hombre a fin de hacerlos Dios a los hombres. Dios encarnado es la humanidad divinizada. ¿Queréis ver a Dios?, mirad a vuestros hermanos. ¿Queréis amar a Dios?, amaos los unos a los otros. Fe sublime y triunfante que va a inaugurar el reino de la solidaridad universal, de la caridad más sublime, de la adoración a la desgracia humana! *Lo que hacéis al menor*, esto es tal vez al más ignorante, al más culpado entre vuestros hermanos, *vosotros lo hacéis a mí y a Dios*. ¡Comprended esto, miserables inquisidores, que cuando torturasteis a Jesucristo en los hombres quemasteis a Dios!...

Ciertamente la poesía es mayor que la ciencia, y la fe es grandiosa y magnífica cuando domina y subyuga la razón. El sacrificio del justo por el culpable es desrazonable, pero la razón más egoísta está obligada a admirarlo. Aquí está la gran fascinación del Evangelio y, confieso, que aunque me acusen de un tanto de locura, a mí, que soy enemigo de los sueños, a mí adversario de las imaginaciones que quieren imponerse al saber, quedo fascinado y quiero serlo, adoro cerrando los ojos para no ver centellas enemigas, porque no puedo impedirme de creer en una luz inmensa, pero aun velada, por la fe de amor infinito que siento encenderse en mi corazón.

Todos los grandes sentimientos son fascinaciones y todos los verdaderos grandes hombres son fascinadores de la multitud. *Magister dixit*. Es el Maestro que lo dice. He ahí la razón de aquellos que nacieron para ser eternamente discípulos. *Amicus Plato, sed magis amica veritas*; gusto de Platón, pero prefiero la verdad, es la palabra de un hombre que se considera igual a Platón y que, por consiguiente, debe ser un maestro, si posee como Platón y como Aristóteles el don de fascinar y de apasionar una escuela.

Jesús, hablando de los hombres de la multitud, dice: “Quiero que mirando no vean y que oyendo no entiendan, porque temo su conversión y tendría miedo de curarlos”. Leyendo estas sublimes palabras de aquél que se sacrificó a la filantropía, pienso en este Crispín de Juvenal, cuando dice: *A vitiis aeger solaque libidine fortis*. Extenuado por todos los vicios, debe un resto de fuerza solamente a la fiebre de la depravación. ¿Qué médico compasivo habría querido curar la fiebre de Crispín? Habría sido darle la muerte.

¡Infelices de las profanas multitudes que dejan de ser fascinadas por el ideal de los grandes poderes! ¡Desgraciado del necio que permaneciendo necio no cree más en la misión divina del sacerdote ni en el prestigio providencial del rey! Porque le es necesaria una fascinación cualquiera, sufrirá la del oro y la de los goces brutales y será precipitado fatalmente fuera de toda justicia y de toda verdad.

La propia naturaleza, cuando procura forzar a los seres a realizar sus grandes misterios, obra como sacerdotisa soberana y fascina al mismo tiempo los sentidos, los espíritus y los corazones. Dos fatalidades magnéticas que se encuentran forman una providencia invencible a la que damos el nombre de amor. Entonces la mujer se transforma, se convierte en una sílfide, un hada, un ángel. El hombre vuélvase un héroe y casi un Dios. Se engañan estos pobres ignorantes que se adoran. ¡Qué decepción les espera a la hora de la saciedad y del despertar! Atrasar esta hora es el gran arcano del matrimonio. ¡A todo precio es preciso prolongar el error, alimentar la locura, eternizar la decepción incomprensida! Y entonces la vida se vuelve una comedia en que el marido debe ser un sublime artista, siempre en escena, si no quiere ser escarnecido como el Panteón de la farsa italiana, y en que la mujer debe estudiar a fondo su papel de gran petimetre y esconder eternamente sus más legítimos deseos, si no quiere que el hombre aprenda a no desearla. Un buen hogar es una lucha oculta de todos los días, medio fatigante y difícil, pero es, también lo único que evita una guerra abierta.

Hay dos grandes poderes en la humanidad: el genio que fascina y el entusiasmo que deriva de la fascinación. Ved este hombrecillo pálido, que marcha al frente de una poblada inmensa de soldados; si le preguntásemos: ¿A dónde los lleváis? A la muerte, podría responder un transeúnte desprovisto de ilusiones; ¡a la gloria!, exclamarían ellos, levantando los bigotes y haciendo resonar las abrazaderas de sus fusiles. Todos estos veteranos son creyentes como Polyeuto; sufren la fascinación de un casacón pardo y de gorra. Por eso, cuando pasan los reyes los saludan tirando la corona, y cuando los aplastan en Waterloo, juran contra la lluvia de metralla, como si se tratase de un simple mal tiempo y caen, como una sola pieza, lanzando por la boca de Cambronne un desafío astuto a la muerte.

Existe un magnetismo animal, pero encima de éste, que es puramente físico, hay que contar con el magnetismo humano que es el verdadero magnetismo moral. Las almas son polarizadas como los cuerpos y el magnetismo espiritual humano es lo que llamamos la fuerza de la fascinación.

La irradiación de un gran pensamiento o de una poderosa imaginación en el hombre, determina un torbellino atractivo que da luego planetas al sol intelectual, y a los planetas, satélites. Un gran hombre, en el cielo del pensamiento, es el foco de un universo.

Los seres incompletos que no tienen la felicidad de sufrir una fascinación inteligente, caen por sí mismos bajo el imperio de las fascinaciones fatales; así se producen las pasiones vertiginosas y las alucinaciones del amor propio entre los imbéciles y los locos.

Hay fascinaciones luminosas y fascinaciones negras. Los Thugs de la India son apasionados por la muerte.⁵⁵ Marat y Lacenaire tuvieron sed. Ya dijimos que el diablo es la caricatura de Dios.

Definamos ahora, pues, la fascinación. Es el magnetismo de la imaginación y del pensamiento. Es la dominación que ejerce una voluntad fuerte sobre una voluntad débil, produciendo la exaltación de las concepciones imaginarias y ejerciendo influencia en el juicio de los seres que aún no han llegado al equilibrio de la razón.

El hombre equilibrado es el que puede decir: sé lo que es, creo en lo que debe ser y nada niego de lo que puede ser. El fascinado dirá: creo en lo que las personas en quien creo me dijeron que crea. Creo porque amo a ciertas personas y ciertas cosas (aquí pueden insertarse ciertas frases siempre conmovedoras y que nada prueban: ¡La fe de los abuelos! ¡La cruz de mi madre!). En otros términos, el primero podrá decir, creo por la razón, y el segundo, creo por fascinación.

Creer por la fe de los otros, esto puede ser permitido y hasta recomendado para los niños. Si me dijeran que Bosuet, Pascal y Fenelón eran grandes hombres que creían en evidentes absurdidades, yo respondería que tengo dificultad en admitirlo, pero en fin, que si esto fuese verdad, probaría solamente que, en tal circunstancia, estos grandes hombres obraban como niños.

Pascal creía ver siempre un abismo abierto junto a él. El hombre fascinado pierde su libre arbitrio y cae enteramente bajo la dominación del fascinador. Su razón, que puede guardar entera para ciertas cosas indiferentes, se muda absolutamente en locura desde que tentéis alumbrarlo sobre las cosas que le sugieren, ya no ve más, nada oye a no ser los ojos y los oídos de aquellos que lo dominan; hacedle palpar la verdad y él os sostendrá que lo que está palpando no existe. Cree, por el contrario, ver y tocar lo imposible que le afirman. San Ignacio compuso ejercicios espirituales para cultivar este género de fascinación en sus discípulos. Quiere que todos los días, en el silencio y en la oscuridad, el novicio de la Compañía de Jesús ejerza su imaginación en crear la figura sensible de los misterios que procura ver y que ve, en efecto, en un sueño voluntario y despierto, que el debilitamiento de su cerebro puede tornar en espantosa realidad, como las pesadillas de San Antonio y todos los horrores del infierno. En semejantes ejercicios el corazón se endurece y se atrofia de terror, la razón vacila y se apaga. Ignacio destruye al hombre pero hace un Jesuita, y el mundo entero va a ser menos fuerte que este temible androide.

Nada es tan implacable como una máquina. Una vez montada ella no para más, a no ser que se rompa.

⁵⁵ *Thugs*. Miembros de una asociación de hindúes que practican los sacrificios humanos y estrangulan a los extranjeros. (N. del T.)

Crear miles de máquinas que pueden ser montadas por la palabra y que van a través del mundo a realizar por todos los medios posibles el pensamiento del maquinista, he ahí la obra de Loyola. Es preciso confesar, que su intervención es mucho mayor que la máquina matemática de Pascal.

¿Pero es moral esta obra? Sí, ciertamente, en el pensamiento de su autor y en el de todos los hombres consagrados a lo que creen el bien, y para lo cual se convirtieron en ruedas ciegas y autómatas sin autonomía. Nunca el mal apasionará a los hombres a tal punto, jamás la propia razón y el simple buen sentido tomará en ellos tal exaltación. La filosofía jamás tendrá semejantes soldados. La democracia podrá tener partidarios y mártires, pero nunca verdaderos apóstoles dispuestos a sacrificar a ella su amor propio y su personalidad entera. Conocí y conozco demócratas honestos. Cada uno de ellos representaba exactamente la fuerza de un individuo aislado. El jesuita se llama legión. ¿Por qué es tan frío el hombre cuando se trata de la razón y es tan ardiente cuando combate a favor de una quimera? Es que el hombre, a pesar de todo su orgullo, es un ser defectuoso que no ama sinceramente la verdad sino que, por el contrario, venera las ilusiones y mentiras. Viendo que los hombres son locos, dice San Pablo, quisimos salvarlos de su propia locura, imponiendo el bien a la ceguera de su fe. Aquí tenéis el gran arcano del catolicismo de San Pablo, injertado en el cristianismo de Jesús y completado por el jesuitismo de San Ignacio de Loyola. Es necesario absurdos a las multitudes. La sociedad se compone de un pequeño número de sabios y de una multitud inmensa de insensatos. Y es de desear que los insensatos sean gobernados por los sabios.

¿Cómo hacer para llegar a eso? Desde que el sabio se muestra como es, lo repelen, lo calumnian, lo exilian, lo crucifican. Los hombres no quieren ser convencidos, esperan que se les imponga; es, pues preciso, que el apóstol se resigne a las apariencias de la impostura para revelar, esto es, para regenerar la verdad en el mundo, dándole un nuevo velo. ¿Qué es, en efecto, un revelador? Es un impostor desinteresado que para llevar el bien disfrazado de algún modo engaña a la vil multitud. ¿Y qué es la vil multitud? Es la turba inmensa de los tontos, de los imbéciles y de los locos, sean cuales fueren, a pesar de los títulos, de su posición social y de sus riquezas.

Sé que hablan mucho del progreso indefinido, que yo llamaré de preferencia indefinible, porque si bien los conocimientos aumentan en la especie humana, la raza ciertamente no mejora. Dicen también, que si la instrucción fuese divulgada legalmente, todos los crímenes desaparecerían, como si necesariamente la instrucción mejorara a los hombres; como si Robespierre y Marát, esos terribles discípulos de Rousseau, no hubiesen recibido una instrucción superior a la del propio Rousseau. El abate Coeur y Lacenaire fueron educados en el mismo colegio. El señor de Praslin, los doctores Castany y Lapommeraye, alcanzaron todos los beneficios de la

educación moderna. Los malvados instruidos son los perversos más completos y más terribles. Nunca su instrucción les impide hacer el mal, mientras que a menudo vemos hombres sencillos e iletrados que practican sin esfuerzo las más admirables virtudes. La educación desenvuelve las facultades del hombre y como medio que le permite satisfacer sus inclinaciones, pero no lo cambia. Enseñad las matemáticas y la astronomía a un tonto y tal vez haréis de él un Leverrier, pero jamás haréis de él un Galileo.

La actual raza humana se compone de algunos hombres y de un grandísimo número de entes mixtos que participan un poco del hombre y mucho del orangután o del gorila. Todavía existen otros, que podrían reivindicar la semejanza de los monos enormes y más bellos: son éstos amables conquistadores que sirven de machos y de Jocrisses⁵⁶ a nuestras meretrices.

Cuando estas bestias humanas están a punto de morir, su pequeño lado humano se despierta y los atormenta; entonces llaman a un clérigo y éste acude ¿y por qué no habría de hacerlo?

La caridad no quiere que se apaguen las débiles chispas, mas ¿qué decirles? Nada comprenderán de razonable y hay que fascinarlos con señales, unciones de aceite, bendiciones y absoluciones *in extremis*. Una estola bordada, un bello copón rojo. Repiten lo que se les hace decir, hacen todo lo que se les diga y mueren tranquilos con la bendición de la Iglesia. ¿No está escrito en el Evangelio que Dios salvará a los hombres y a los animales? *Homines et jumenta salvabi Domine*.

Las creaciones de la Naturaleza son progresivas en la sucesión de las especies y las razas, y las especies crecen y mueren como los imperios y los individuos. Todos los pueblos que brillan en su apogeo comienzan progresivamente a apagarse y la humanidad entera tendrá la suerte de las naciones. Cuando los hombres medio animales hayan desaparecido en el próximo cataclismo, aparecerá, sin duda, una nueva raza de seres sabios y fuertes, que serán para nuestra especie lo que nosotros somos para la de los simios.

Sólo entonces las almas serán verdaderamente inmortales, porque serán dignas y capaces de conservar los recuerdos.

Entretanto, es cierto que la actual especie humana lejos de progresar, degenera. Un espantoso fenómeno se realiza en las almas, los hombres ya no tienen más el sentimiento de lo divino, y las mujeres que no son máquinas de vanidad y lujuria, buscan sólo en la fe, que desean sea absurda, un refugio contra la razón que las detesta. La poesía murió en los corazones. Nuestra juventud lee a Víctor Hugo, pero no admira en este gran

⁵⁶ *Jocrisses*. Personajes de las antiguas farsas del teatro, que se ven también en las paradas de saltimbanquis. Jocrisses, es el necio en extremo, crédulo e inocente, por excelencia. (N. del T.)

poeta más que los esfuerzos de la palabra y los ejemplos citados de su pensamiento; en el fondo prefieren a Proudhon, encuentran más sensibilidad en Renán y consideran como hombres serios a Taine y a los doctores Grenier y Buchner. En el teatro, fingen con exceso todos los sentimientos generosos de la otrora; desapareció la carcajada de Rebelais corrigiendo la estulticia humana y sólo queda la risotada zumbona de mal gusto que insulta todas las virtudes.

Con el amor ocurre lo mismo que con la honra, que hoy no es más que una reliquia que ya ni siquiera se conserva como tal. El propio nombre del mayor y más bello sentimiento que la Naturaleza pueda inspirar no está ya en uso en las conversaciones de las personas de bien. Quizá más adelante llegue a figurar en el diccionario de obscenidades. ¿En qué piensan las jovencitas más honestas y más vigiladas, como por ejemplo, las que se educan en el convento de los Passaros o del Sagrado Corazón? ¿Será en las caricias de un afecto mutuo? Sería necesario confesarse y ninguna osaría decirlo a sus compañeras. Piensan en los esplendores de un matrimonio rico, sueñan con un carruaje, y un castillo. Con esto basta; habrá un marido a quien será necesario acomodarse, con tal de que tenga buen apellido, que sepa presentarse y se anude bien la corbata, lo que es más que suficiente.

No soy misántropo ni hago aquí la sátira de mi siglo; atestiguo el debilitamiento moral de la especie humana, y saco en conclusión que la magia está más que nunca de actualidad y que, con tan pobres entes, es preciso fascinar para triunfar.

En el Evangelio se encuentran preceptos cuya sublimidad sería perfectamente apreciada en otros tiempos, pero que resultarían ridículos hoy, porque los hombres no son los mismos.

Vete a sentar en último lugar, dice Jesús, y te convidarán a pasar primero.

Si te sientas en el último lugar ahí quedarás y estará bien hecho, responde a esto el mundo moderno.

Si quisieran sacarte la túnica da también tu mando, dice el Evangelio. Y cuando quedares desnudo, te bendecirán y un guardia cívico te llevará al puesto, por ultraje a las buenas costumbres, arguye el lógico implacable Roberto Macario.

No penséis en el día de mañana, enseña el Salvador. Y el día que sigue al que os sorprende la miseria nadie se acordará de ti, contesta el mundo.

Procurad el reino de Dios y su justicia y el resto os será dado por añadidura.

Sí, cuando lo hubieres encontrado, pero no mientras lo buscas, y temo que buscaréis en vano mucho tiempo.

Infelices los que ríen, ellos llorarán; bienaventurados los que lloran, porque reirán.

Señor Nuestro, esto es excesivo, s como si dijeras: felices los enfermos porque esperan la salud; felices los sanos porque esperan la dolencia. ¿Si los que ríen son infelices y si nada tienes que prometer a los que lloran a no ser la infelicidad de reír a su vez, quien será verdaderamente feliz?

No resistas al malvado; si alguien os hiere en una mejilla, presentadle la otra.

Máxima positivamente inmoral. No resistir al mal es ser cómplice. Presentar la otra mejilla a quien os hiere injustamente es aprobar su atentado y provocar un segundo, y cuando hayas presentado la otra y recibido un segundo bofetón, ¿qué os resta hacer? ¿Batiros con el agresor? Entonces, ¿para qué esperar el segundo ultraje? ¿Volverle las espaldas para recibir un puntapié? Sería innoble y grotesco.

Esto es lo que respondería a las máximas más sublimes del Evangelio el espíritu de nuestro siglo, si fuese bastante leal, lo suficientemente audaz, como para hablar tan libremente. Hay en nuestros días un inmenso malentendido entre Jesucristo y los hombres. Nuestro siglo carece del sentimiento de lo sublime y no comprende a los héroes. Garibaldi no es para nuestros hombres de Estado más que una encarnación poco divertida de Don Quijote.

El mundo carece de religión, dice el conde José de Maistre, y por eso, añadiremos nosotros, más que nunca tiene necesidad de prestigios y de escamoteadores.

Cuando la gente no cree en el clérigo, cree en el hechicero, escribimos nuestros libros principalmente para los sacerdotes, a fin de que, haciéndose verdaderos magos, no tengan más temor a la concurrencia ilegal de los hechiceros. El autor pertenece a la gran familia sacerdotal y nunca lo olvidó.

Que los sacerdotes sean hombres de ciencia y que por la entereza de su carácter causen admiración aun mundo degenerado; que se coloquen por encima de los pequeños intereses y de las bajas pasiones; que hagan milagros de filantropía, y el mundo se postrará sus pies; que hagan aun otros milagros: curar a los enfermos al tocarlos, como lo hizo el zuavo Jacob; en una palabra, que aprendan a fascinar y aprenderán a reinar.

La fascinación juega un gran papel en la medicina, la gran reputación de un médico cura de antemano a sus dolientes. Un descuido del señor Nelaton (si el ilustre práctico fuese capaz de hacerlo), tal vez tendría más éxito que toda la habilidad de un cirujano ordinario. Refieren que un médico célebre, habiendo escrito la fórmula de un cataplasma para un hombre que sufría dolores violentos, dijo a la enfermera: id a aplicarle *esto*, inmediatamente, en el pecho, y le entregó el papel. La buena mujer que era más que ingenua, juzgó que *esto* significaba la propia receta y la aplicó caliente al enfermo, con un poco de simiente de lino; el paciente se sintió inmediatamente aliviado y al día siguiente estaba curado.

Es así como los grandes médicos sanan nuestros cuerpos, y es de la misma manera que los sacerdotes prestigiados llegan a curar nuestras almas.

Al hablar en este capítulo de un comienzo de decadencia humana, no entiendo por tal sino los fenómenos que puedo observar, y no infiero del debilitamiento de una raza la decadencia de la especie entera. A pesar de tan tristes síntomas, aún espero un resurgimiento antes de la destrucción o de la transformación del hombre. Creo que el Mesianismo vendrá primero y reinará durante una larga serie de siglos. Espero que la especie humana diga su última palabra de diferente modo a como lo hicieron, las civilizaciones de Nínive. Tiro, Babilonia, Atenas, Roma, París. Lo que podrían juzgarse signos de decrepitud, quiero creer que son las fatigas de la infancia. Sin embargo, el Mesianismo mismo o es la doctrina de la Eternidad; habrá, dice San Juan, un nuevo cielo y una nueva tierra. La nueva Jerusalén sólo vendrá merced a nuevos pueblos superiores a los actuales, u todavía habrá posteriores mudanzas. Cuando nuestro sol sea un planeta opaco, del que seremos satélite, ¿quién sabe dónde estaremos y en qué formas viviremos? Lo que hay de cierto es, que el *ser es el ser*, que nada sale de nada y que, por consiguiente, de la nada, nada puede salir. Y que no volverá a esta nada de la cual no puede salir. Todo lo que existe, existió y existirá.

Ehieh ascher Ehieh.

Volvamos a la fascinación y al medio de producirla. Este medio está enteramente en la fuerza de voluntad que se exalta sin tirantez y que persevera con calma.

No seáis locos y convencerlos a vosotros mismos de que sois grandes y fuertes; los frágiles y los pequeños os tomarán necesariamente por lo que creéis ser. Todo es apenas un asunto de paciencia y de tiempo.

Quedó dicho que existe una fascinación puramente física que pertenece al magnetismo; algunas personas están dotadas naturalmente de ella, y se puede adquirir la facultad de ejercerla, pro la exaltación gradual del sistema nervioso.

El célebre señor Home, que en ocasiones quizás explotó como charlatán esta facultad excepcional, la posee sin poder comprenderla, porque su inteligencia es limitadísima para todo lo que se refiera a ciencia. El zuavo Jacob es un fascinador ingenuo, que cree en la cooperación de los espíritus. El hábil prestidigitador Roberto Houdin une la fascinación con la pericia. Un importante señor, a quien conocemos personalmente, le solicitó un día lecciones de magia blanca; Roberto Houdin le enseñó algunas cosas, pero se reservó otras, que declaró no poderle enseñar. Son cosas inexplicables para mí, dijo él, y no provienen de mi naturaleza personal; si os dijese, no por eso sabríais más, y yo no podría ponerlos en condiciones de ejercerla.

Diré, para servirme de la expresión vulgar, que es el arte o la facultad de saber lanzar polvo a los ojos. Vemos, pues, que todas las magias tienen arcanos indecibles, igual que la magia blanca de Roberto Houdin.

También he dicho que es un acto de alta filantropía fascinar a los imbéciles para hacerles aceptar la verdad como si fuese una mentira, y la justicia como parcialidad; es un privilegio poder hacer cambiar los egoísmos y los deseos, haciendo esperar a aquellos que se sacrifican en este mundo una herencia inmensa y exclusiva del cielo.

Mas también tenemos que decir, que todos aquellos que se juzgan dignos de llamarse hombres, deben, al mismo tiempo que respetar el error de los pequeños y los débiles, emplear todos los esfuerzos de su razón e inteligencia para escapar de la fascinación.

Es muy cruel ser desilusionado cuando nada sustituye a la ilusión, cuando las visiones desaparecidas y los fuegos fatuos que se apagaron dejan el alma en las tinieblas.

Es preferible creer absurdos antes que no creer en nada; mejor ser un burlado que un cadáver. La sabiduría consiste en una ciencia muy sólida y en una fe muy razonable como para excluir la duda. La duda es, en efecto, la comprobación de la ignorancia. El sabio sabe ciertas cosas; lo que sabe lo lleva a suponer la existencia de lo que no sabe. Esta suposición es la fe, que no tiene menos certeza que la ciencia, cuando ella tiene por objeto hipótesis necesarias y mientras no define temerariamente lo que es indefinible.

Un hombre en el sentido cabal del término, comprende los prestigios sin sufrirlos, cree en la verdad sin estampidos y sin trompetas, y para pensar en Dios, no necesita de una tabla de piedra, un arca o un becerro de oro. Ni tiene necesidad de sentir que debe ser justo, o de que le hablen de un gran remunerador o de un eterno vengador. Siempre estará advertido por su propia conciencia y razón. Si le dijeran que bajo pena de eterno tormento debe admitir que tres hacen uno, que un hombre o un pedazo de pan es un Dios, sabrá perfectamente cómo considerar dicha amenaza y se guardará muy bien de burlarse del misterio antes de estudiar su origen y conocer su alcance. La ignorancia que niega le parecerá tan temeraria como la que afirma, pero nunca se admirará de cosa alguna, y tratándose de cuestiones oscuras, su partido no será tomado con precipitación.

Para escapar a la fascinación de las cosas hay que conocer sus ventajas y sus encantos.

Sigamos en este punto las enseñanzas de Homero. Ulises no se priva de escuchar el canto de las sirenas, sólo toma medidas eficaces para que este placer no lo atrase en su viaje ni lo arrastre a estrellarse en los escollos. Derrama la copa de Circe y la intimida con su espada, pero no esquiva las caricias que le impone. Destruir la religión porque existan supersticiones peligrosas, sería como suprimir el vino para escapar a los peligros de la

embriaguez, o rehusar los goces del amor, para evitar sus desvaríos y frenesí.

El dogma tiene dos fases, una de luz y otra de sombra; si ganamos la luz y no intentemos destruir la sombra, porque la sombra es necesaria para la manifestación de la claridad. Decía Jesús que los escándalos son necesarios, y hasta nos atreveríamos a añadir, que también lo son las supersticiones. Nunca se insistiría bastante sobre esta verdad tan desconocida en nuestros días a pesar de su incuestionable evidencia, ya que si bien todos los hombres deben ser iguales ante la ley, las inteligencias y las voluntades no son iguales.

El dogma es la gran epopeya universal de la fe, de la esperanza y del amor, la poesía de las naciones, la flor inmortal del genio de la humanidad, y hay que cultivarlo y conservarlo intacto. No se debe perder una palabra, no debemos separar de él un solo símbolo, un enigma o una imagen. ¿Un párvulo a quien se le han enseñado las fábulas de Lafontaine, y que ha creído ingenuamente hasta la edad de siete años que las hormigas pueden hablar con cigarras, debería romper o echar al fuego el encantador libro que le dio su madre, por el hecho de que cuando es ya bastante inteligente, comprende que no se puede, sin postura y sin locura, atribuir discursos razonables a seres que no hablan y que están desprovistos de raciocinio?

Al respeto por el dogma hay que añadir el de la autoridad, o sea, el de la jerarquía, a la cual es necesario someterse exteriormente cuando solamente es exterior, e interiormente cuando es real. Si la sociedad o la Iglesia me da por maestro un hombre que sabe menos que yo, debo callarme delante de él y obrar conforme con mis propias luces; si es más sabio, o mejor que yo, debo oírlo y aprovechar sus consejos.

Para escapar de las fascinaciones de los hombres y de las mujeres, nunca entreguemos todo nuestro corazón a las individualidades inconstantes y perecederas. Amemos los seres que pasan, las virtudes que son inmortales y la belleza que florece siempre. Si el pájaro que amamos vuela lejos, no tomemos aversión a todos los pájaros, y si las rosas que cogemos y cuyo perfume gustamos aspirar, se marchitan entre nuestras manos, no afirmemos por eso que todos los rosales murieron y que todas las primaveras carecen de flores. Una rosa muere muy deprisa, y sin embargo, la rosa es eterna. ¿Debe un músico renunciar a la música porque rompió su violín? Existen aves cuya naturaleza es tal, que no pueden soportar el invierno: les es necesaria una primavera eterna, y sólo para ellas la primavera jamás cesa en la tierra. Son las golondrinas, y bien sabéis cómo proceden para que este prodigio se realice naturalmente en su favor. Cuando la bella estación acaba, ellas vuelan hacia donde la bella estación comienza, y cuando la primavera se aleja de donde ellas se encuentran, van de nuevo en su busca.

CAPÍTULO XIV

LA INTELIGENCIA NEGRA

Aquellos a quienes los iniciados tienen el derecho de llamar profanos, la vil multitud, la turba de enfermos y perversos de inteligencia y de corazón, que adoran al dios de sombra o que creen venerar el ateísmo, todos ellos oyen siempre sin entender, porque son presuntuosos de la mala fe. El mismo dogma que se les presenta bajo una forma absurda para agradarles, ellos lo comprenden siempre de un modo más disparatado y generalmente al revés de su fórmula.

Por ejemplo, cuando repiten maquinalmente que hay un solo Dios en tres personas, examínadlos bien, y veréis que entienden por eso una sola persona en tres dioses.

Oirán decir y repiten que Dios, es decir, el principio infinitamente bueno, está en todas partes, y sin embargo, admiten espacios tenebrosos e inmensos donde Dios no está, y no podría estar, porque ahí se sufre daño, o sea, privación de Dios. ¿Qué haríais vos, preguntó el teólogo Thanler a un pobre hombre, o más bien a un hombre pobre –porque el pobre hombre era el teólogo– qué harías, le dice, si Dios quisiera precipitaros al infierno? Yo lo arrastraría conmigo, respondió el sublime indigente, y el infierno se volvería cielo.

El teólogo admiró la respuesta, pero la verdad no la comprendió.

Sí, diría un doctor de la Ley, Dios también se halla en el infierno, pero solamente como vengador.

Decid más bien, como verdugo y suprimamos al diablo del que no tenemos más necesidad; siempre será el mismo negocio.

Cuando hablan de redención, entienden que Dios, en un momento de cólera (no por causa de las ciruelas sino de una manzana), habiendo dado todos sus hijos al diablo, para rescatarlos fue obligado a sufrir y morir, sin dejar por esto de ser inmutable y eterno.

Si le habláis de Cábala, juzgarán que se trata de un grimorio cifrado que hace ver al diablo y que gobierna el mundo fantástico de los silfos, los gnomos, las salamandras y las ondinas. ¿Se trata de magia? Entonces aún están en la baqueta y en la copa de Circe que muda los hombres en cerdos; de buen grado y combinarían Zoroastro con Mahoma, y en cuanto a Hermes Trismegisto, piensan que es un hombre airoso del que la gente se

sirve para mistificar a los ignorantes, como el de ogro para meter miedo a los niños.

La ignorancia tiene su ortodoxia como la fe, y la gente es hereje delante de los falsos sabios cuando conoce las cosas que ignoran. Porque no hay verdades nuevas, los sabios de este mundo apoyan su autoridad en la vejez del error.

Bien sabido es que los errores heredados apoyan, casi siempre, las posiciones hechas —¡Es así como respondes al soberano pontífice!— exclama un criado, abofeteando a Jesús, que acababa de hablar con una firmeza respetuosa. Cómo, hombre nulo, es la autoridad que prueba su ignorancia acusándote, y ¿pretendes saber lo que ella ignora? ¿El pontífice se engaña, y tú lo descubres? ¿El delira, y te tomas la libertad de tener razón?

Napoleón I detestaba a los ideólogos porque era el mayor ideólogo del mundo. Quería hacer dinámica sin resistencia, por eso la fuerza de resistencia le faltó cuando la fuerza de impulsión agresiva, que por tanto tiempo fuera suya, se volvió repentinamente contra él.

Desde los orígenes de la historia veremos que es siempre la mentira la que reina en la tierra; y también es exacto, que la verdad gobierna a grandes golpes de desastre y flagelos. ¡Cruel e inflexible verdad! No nos admiremos de que los hombres no la amen. Ella destruye las ilusiones de los reyes y de los pueblos, y si a veces tiene algunos ministros amorosos, los expone y los abandona a la cruz, a la hoguera, al cadalso; ¡pero dichosos los que mueren por ella! Aunque más sabios serán siempre aquellos que la sirven hábilmente para no estrellarse contra el pedestal del martirio. Rebelais, fue, realmente, mayor filósofo que Sócrates, cuando supo, ocultándose a sí mismo bajo el antifaz de Aristófanes, escapar a la raza siempre viviente de los Amitos y Melitos.

Galileo, cuyo nombre por sí solo condena al tribunal de la Santa Inquisición a una irrisión eterna, fue hombre de mucho espíritu para no afrontar la tortura y la prisión. Los escritos del tiempo lo muestran prisionero en un palacio, bebiendo con los inquisidores y firmando *inter pocula* su acto irónico de abjuración, luego de decir, golpeando el suelo con el pie y cerrando los puños: *Eppur si muove*. Dicen que añadió: Sí, afirmo por vuestra palabra, que la tierra es inmóvil, y agregaría también, si lo quisierais, que los cielos son de vidrio y probaré a Dios que vuestras frentes también, para dejar pasar la luz. Rebelais habría terminado diciendo: ¡Y bebamos nuevamente!

Morir para probar a los locos que dos y dos son cuatro ¿no sería el más ridículo de los suicidios? En un teorema demostrado que no pudo negarse, la abjuración de una verdad matemática se vuelve una farsa, cuyo ridículo cae siempre sobre aquellos que pudieron exigirlo seriamente en nombre de una autoridad pretendida infalible. Galileo, yendo a la hoguera para

protestar contra la Iglesia, habría sido un heresiarca. Galileo, retractándose como católico de lo que había demostrado como sabio, mató al catolicismo de la Edad Media.

Alguien presentó un día al autor de este libro un artículo del *Syllabus*, diciéndole: Escucha aquí la condenación formal de vuestras doctrinas. Si sois católico admitid esto y quemad vuestros libros; si por el contrario, persistís en lo que enseñasteis, no nos habléis más de vuestra catolicidad.

El artículo del *Syllabus* es el séptimo de la sección segunda, y las doctrinas que condena son estas:

“Las profecías y los milagros expuestos y relatados en las santas escrituras son ficciones poéticas y los misterios de la fe cristiana son el resumen de investigaciones filosóficas; en los libros de los dos testamentos están contenidas invenciones místicas y el propio Jesús es un mito.” Me asombré mucho de aquello con que juzgaba confundirme, replicándole que no eran tales mis doctrinas: aquí está, dije yo, lo que enseñé, o mejor, lo que la Iglesia, la ciencia y yo reconocemos:

“Las profecías y los milagros expuestos relatados en la Escritura lo son bajo una forma poética particular al genio de los orientales. Los misterios de la fe cristiana están confirmados y explicados, en su expresión, por las investigaciones filosóficas. En los libros de los dos Testamentos estás contenidas parábolas y el mismo Jesús fue asunto de un gran número de parábolas y leyendas.” Someto sin temor estas proposiciones al Papa y al futuro concilio. Estoy de antemano, bien cierto que no las condenarán.

Lo que la Iglesia no quiere, y que tiene mil veces razón de no querer, es que afecten contradecirla y, en efecto, siendo necesaria su infalibilidad a la manutención de la paz en el mundo cristiano, es necesario que esta infalibilidad le sea conservada a todo precio. Así, pues; si ella dice que dos y dos son tres yo me guardaría de decir que se engaña. Diligenciaría, para estar cierto de ello, cómo y de qué modo dos y dos pueden ser tres, hasta llegar a encontrarlo. Como ejemplo: dos manzanas y dos mitades de manzanas hacen tres manzanas. Cuando la Iglesia parece emitir un absurdo, ello es simplemente un enigma que propone, para experimentar la fe de sus fieles.

Será un grande y conmovedor espectáculo el del próximo concilio general, en el que la reina del viejo mundo, envolviéndose en su púrpura despedazada, se afirmará más soberana que nunca en el momento de caer en el trono y proclamará sus derechos, aumentados con pretensiones nuevas, frente a una expoliación inminente. Los obispos serán entonces como estos marineros del *Vengeur*, que en una embarcación próxima a hundirse se exaltaban en vez de entregarse, y hacían su última descarga, sujetando su bandera al único pedazo del gran mástil.

Saben muy bien que una transacción los perdería para siempre, y que se apagaría la llama de los altares el mismo día que los altares dejasen de estar

en la sombra. Cuando el velo del templo se rasga, los dioses se van, y vuelven, cuando nuevos tejidos dogmáticos les ofrecen un nuevo velo.

La noche retrocede sin cesar delante del día, pero es para invadir del otro lado del hemisferio las regiones que el sol abandona. Son necesarias las tinieblas; es preciso que haya misterios impenetrables para esta inteligencia negra que cree en lo absurdo y contrabalancea el despotismo de la razón limitada con las audacias inconmensurables de la fe. El día circunscribe los horizontes y hace ver los límites del mundo, y es la noche principalmente, la noche sin límites, con su inmensa confusión de estrellas, la que nos hace concebir el sentimiento de lo infinito.

Estudiad la infancia y veréis en ella al hombre saliendo de las manos de la Naturaleza para hablar el lenguaje de Rousseau, observad cuáles son las disposiciones del espíritu. Las realidades le fastidian, las acciones le exaltan, comprende todo excepto las matemáticas, cree más en las fábulas que en la historia. Es porque hay infinito en la primera sonrisa de la vida que el futuro se nos aparece tan maravilloso en el principio de la existencia y que, naturalmente, soñamos con gigantes y hadas en medio de tanto milagro. Es porque el sentido poético, el más divino de los sentidos del hombre, le presenta al comienzo el mundo como una nube del cielo. Este sentido es una suave locura muchas veces más sabia que la razón, si es que se puede hablar así, porque nuestra razón siempre tiene como estrechos límites las barreras que la ciencia procura apartar lentamente, al paso que, la poesía, salta al infinito con los ojos cerrados, y de ahí lanza todas las estrellas de nuestros sueños.

La obra de la Iglesia es mantener en sus justos límites las creencias de la locura infantil. Los locos, son creyentes indisciplinados, y los creyentes fieles, son locos que reconocen la autoridad de la sabiduría representada por la jerarquía.

Cuando la jerarquía se haga real; cuando los conductores de ciegos dejen de ser ciegos, la Iglesia salvará a la sociedad, recuperando, para no perderlas ya más, sus grandes virtudes y su poder.

La propia ciencia tiene necesidad de la noche para observar la multitud de los astros. El sol nos oculta los soles, la noche nos muestra y nos permite verlos florecer en el cielo oscuro, como las inspiraciones sobre humanas que aparecen en las tinieblas de la fe. Las alas de los ángeles se muestran blancas en la noche; durante el día, son negras.

El dogma no es irracional, es extrarracional o superrracional, y siempre resumió las más altas aspiraciones de la filosofía oculta. Leed la historia de los concilios, siempre veréis en las tendencias de los heresiarcas una apariencia de progreso y de razón. La Iglesia parece sólo afirmar el absurdo y dar provecho de causa a la inteligencia negra. Así, cuando los Arios creían salvaguardar la unidad divina, imaginando una sustancia análoga pero superior a la existencia de Dios (¡la sustancia de Dios que es

inmaterial e infinita!), la Iglesia proclama en Nicea la unidad de sustancia análoga a la unidad de Dios. Cuando quieren hacer de Jesucristo un personaje híbrido, compuesto de una persona divina, y de una persona humana, la Iglesia repele esta amalgama de lo finito y de lo infinito y declara, que sólo puede haber una persona en Jesucristo. Cuando Pelagio, exagerando en el hombre el orgullo y los deberes del libre albedrío, echa de un modo irremediable la masa de pecadores al infierno, la Iglesia afirma la gracia que opera la salvación de los injustos y que, por las virtudes de la elección, suple la insuficiencia de los hombres. Las prerrogativas concedidas a la virgen madre de Dios indignan a los Proudhon protestantes, sin ver que, en esta adorable personificación, es a la humanidad que arrancan de las manchas del pecado original y que es la generación que rehabilitan. En esta mujer que elevan, es a la madre que glorifican: *Credo in uman sanctam catholicam ecclesiam*.

El dogma católico, es decir, universal, se asemeja a esa nube que precedía a los israelitas en el desierto, oscura durante el día y luminosa durante la noche. El dogma es el escándalo de los falsos sabios y la luz de los ignorantes. La nube, en el pasaje del Mar Rojo, se colocó, dice el Éxodo, entre los hebreos y los egipcios, espléndida para Israel y tenebrosa para Egipto; lo mismo ocurre con el dogma universal que sólo los iniciados deben comprender. Al mismo tiempo es sombra y luz. Para suprimir la sombra de las Pirámides habría que derribar las Pirámides; igual acontece con las oscuridades del dogma eterno. Dicen y repiten, todos los días, que la reconciliación es imposible entre la religión y la ciencia. Se equivocan en la palabra, no es conciliación, sería fusión o confusión lo que se debe decir. Si hasta hoy parecen inconciliables la ciencia y la fe, es porque siempre procuran en vano mezclarlas y confundirlas. Sólo hay un medio de conciliarlas, y que es, distinguirlas y separarlas una de la otra, de modo completo y absoluto. Consultar al Papa cuando se trata de la demostración de un teorema, someter a un matemático una distinción teológica, serían dos disparates equivalentes. La inmaculada concepción de la Virgen no es una cuestión de embriología, y la tabla de logaritmos nada tiene de común con las tablas de la ley. La ciencia está forzada a admitir lo que está demostrando, y la fe, cuando es regulada por una autoridad razonable, y que es necesario admitir, nada puede rechazar de lo que es artículo de fe. La ciencia nunca demostrará que Dios y el alma no existen, y la Iglesia se vio forzada a retractarse delante de los sistemas de Copérnico y de Galileo. ¿Prueba esto que ella puede engañarse en materia de fe? No, pero sí que debe permanecer en su dominio. Ella no pretende que Dios le haya revelado los teoremas de la ciencia universal.

Lo que puede ser observado por la ciencia son los fenómenos que la fe produce, y entonces, conforme a la palabra de Cristo, puede juzgar del árbol por los frutos. Es evidente que una creencia que no hace mejores a los

hombres, que no eleva sus pensamientos, que no engrandece su voluntad únicamente en el bien, en lo bello y en lo justo, es una creencia mala o perversa. El judaísmo de Moisés y de la Biblia hicieron al gran pueblo de Salomón y de los Macabeos. La judería de los Rabinos y el último Talmud, hizo los sórdidos usuarios que envenenan el Ghetto.⁵⁷

El catolicismo también tiene su Talmud corrompido, es la mezcolanza insensata de los teólogos y de los casuistas, la jurisprudencia de los inquisidores, el misticismo nauseabundo de los capuchinos y de las beatas. En estas doctrinas anticristianas e impuras se apoyan intereses materiales y vergonzosos. Es contra esto que hay que protestar por todos los medios y no contra la majestad de los dogmas.

Desde los primeros siglos, la religión fue protegida y deshonrada por el Imperio, cristianos que la Iglesia llama santos pusieron el desierto entre ellos y sus altares. Y con todo, ellos la amaban con toda su alma, pero preferían orar y llorar lejos de ella. El que escribe este libro es un católico del desierto.

La Thebaida⁵⁸ nada tiene de siniestro, sin embargo, prefiero la abadía de Theleme,⁵⁹ cuyo fundador fue Rabelais, a la ermita de San Antonio. La humanidad no tiene más necesidad de ascetas, a ella hacen falta sabios y trabajadores, que vivan con ella y para ella; en nuestros días, la salvación sólo puede ser alcanzada de esta forma.

En la Cábala del Rabí Schimeon ben Jochai, figura un dios blanco y un dios negro; en la naturaleza, hay hombres blancos y hombres negros, como también en la filosofía oculta, una inteligencia blanca y otra negra.

Para llegar a la ciencia de la luz, hace falta saber calcular la intensidad y dirección de la sombra. Los pintores más sabios son los que comprenden la luz oscura.

Para enseñar bien es necesario colocarse en el lugar de aquellos que comprenden el mal.

La inteligencia negra es la adivinación de los misterios de la noche, es el sentimiento de realidad de las formas del invisible.

Es la creencia en la posibilidad tumultuosa. Es la luz en el sueño. Durante la noche todos los seres son como ciegos, excepto los que, como el mochuelo, el gato y el lince, tienen fósforo en los ojos. El mochuelo devora a los pájaros indefensos en la noche; tengamos, pues, ojos de lince para

⁵⁷ *Ghetto*. Barrio judío situado a las márgenes del Tíber, Roma, que recuerda la destrucción del templo judío y degüello de sus antepasados. Hay distintos Ghettos o barrios judíos en muchas ciudades de Italia y de Bohemia. (N. del T.)

⁵⁸ *Thebaida*. Parte meridional del antiguo Egipto, llamada también Alto Egipto, cuya capital era Tebas. (N. del T.)

⁵⁹ *Theleme*. (Abadía de). Una de las más encantadoras creaciones de Rabelais. Palabra que designa un paraje donde todo es abundancia. (N. del T.)

combatir a los mochuelos, pero no incendiemos los bosques bajo el pretexto de alumbrar a los pájaros.

Respetemos los misterios de la sombra y al mismo tiempo conservemos nuestra lámpara encendida, y sepamos rodear nuestra linterna con un velo, para no atraer a los insectos que en la noche gustan de chupar la sangre del hombre.

CAPÍTULO XV

EL GRAN ARCANO

El Gran Arcano, el arcano indecible, el arcano peligroso, el arcano incomprensible, puede ser formulado definitivamente así:

Es la divinidad en el hombre.

Arcano indecible, porque desde que se quiere decirlo, su expresión es una mentira, y la más monstruosa de las mentiras.

De hecho, el hombre no es Dios. Con todo, la más osada, la más oscura y al mismo tiempo la más espléndida de las religiones nos dice, adoremos al hombre-Dios.

A Jesucristo, ella lo declara verdadero hombre, hombre completo, hombre finito, hombre mortal como nosotros y al mismo tiempo completamente Dios, y la teología lo proclama a la comunicación de los idiomas, lo que es, la adoración a la carne. La eternidad afirmaba cuando se trata de aquello que muere, la imposibilidad de aquello que sufre, la inmensidad del que se transfigura, lo finito tomando la virtualidad de lo infinito, en fin, el Dios-hombre que ofrece a todos los hombres hacerlos Dios.

La serpiente tenía dicho, *Eritis sicut dei*. Jesucristo, pisando la cabeza de la serpiente bajo el pie de su madre, osa decir: *¡Eritis non sicut, non sicut Deus, sed eritis Deus!*

Seréis Dios, porque Dios es mi Padre, y mi Padre y yo somos uno y quiero que vos y yo seamos uno: *ut omnes unum sint sicut ego et pater unum sumus*.

Envejecí y emblanquecí en los libros más desconocidos y más grandes del ocultismo; mis cabellos cayeron, mi barba creció como la de los sacerdotes del desierto; busqué y encontré la llave de los símbolos de Zoroastro; penetré en las criptas de Manés, sorprendí el secreto de Hermes, olvidando de robarme una punta del velo que esconde eternamente la gran obra; sé lo que es la Esfinge colosal que lentamente penetró en la arena contemplando las pirámides. Penetré en los enigmas de los brahmanes. Sé qué misterios enterraba consigo en la arena, durante doce años, Schimeon ben Jochai; las Clavículas perdidas de Salomón me aparecieron resplandecientes de luz y leí correctamente en los libros que el propio Mefistófeles no sabía traducir a Fausto. Pues bien, en ningún lugar, ni en la

Persia, ni en la India, ni entre los palimpsestos⁶⁰ del Antiguo Egipto, ni en los grimorios malditos sustraídos a las hogueras de la Edad Media, encontré un libro más profundo, más revelador, más luminoso en sus misterios, más maravilloso en sus revelaciones espléndidas, más cierto en sus profecías, más profundo escrutador de los abismos del hombre y de las tinieblas inmensas de Dios, mayor y más verdadero, más sencillo, más terrible y más dulce, que el Evangelio de Jesucristo.

¿Qué libro fue más leído, más admirado, más calumniado, más desfigurado, más glorificado, más atormentado y más ignorado que este? Es como una miel en la boca de los sabios, como un veneno violento en las entrañas del mundo: la Revolución lo practica queriendo combatirlo: Proudhon, se retuerce para vomitarlo; es invencible como la verdad e inescuestrable como la mentira. Decir que Dios es un hombre, ¡que blasfemia, oh! ¡Israel, y vosotros cristianos, qué locura! Decir que el hombre puede hacerse Dios, ¡que paradoja abominable! ¡A la cruz el profanador del arcano, al fuego los iniciadores, *Christianos ad Leonem*!

Los cristianos exterminarán los leones, y el mundo entero, conquistado por el martirio de las tinieblas del Gran Arcano, se halla a tientas, como Edipo, ante la solución del último problema, el del hombre-Dios.

El hombre-Dios es una verdad, exclamó entonces una voz, pero debe ser único en la tierra como en el cielo. El hombre-Dios, el infalible, el omnipotente, es el Papa; y por debajo de esta proclamación que fue escrita y repetida en todas las formas, podemos leer nombres entre los que figura Alejandro Borgia.

El hombre-Dios es el hombre libre, dice después la Reforma, cuyo grito que quisieran acallar en la boca de los protestantes terminó con el rugido de la Revolución. La gran palabra del enigma había sido pronunciada, pero se volvía un enigma aún más formidable. ¿Qué es la verdad?, habría dicho Pilatos, condenando a Jesucristo. ¿Qué es la libertad? dicen los Pilatos modernos, lavándose las manos en la sangre de las naciones.

Preguntad a los revolucionarios, desde Mirabeau hasta Garibaldi, lo que es la libertad y ellos nunca llegarán a entenderte.

Para Robespierre y Marat, es un hacha adaptada a un nivel; para Garibaldi, una camisa roja y un sable.

Para los ideólogos, es la declaración de los derechos del hombre, pero, ¿de qué hombre se trata?, el hombre de las galeras es suprimido porque la sociedad lo aprisiona.

¿Tiene derechos el hombre, simplemente porque es hombre, o sólo cuando es justo?

⁶⁰ *Palimpsestos*. Pergaminos antiguos en los que se escribía por segunda vez borrando la escritura primitiva. (N. del T.)

La libertad para las multitudes profanas es la afirmación absoluta del derecho, el derecho que parece traer siempre consigo el constreñimiento y la servidumbre.

Si la libertad es solamente el derecho de hacer el bien, ella se confunde con el deber y no se distingue de la virtud.

Todo lo que el mundo vio y experimentó hasta hoy no nos da la solución del problema establecido por la magia y por el evangelio: el Gran Arcano del hombre-Dios.

El hombre-Dios no tiene derechos ni deberes, tiene la ciencia, la voluntad y el poder.

Es más que libre, es señor, no manda, hace hacer, no obedece, porque ninguno le puede ordenar alguna cosa. Lo que otros llamaban el deber, él lo denomina su placer, hace el bien porque lo quiere y no podría querer otra cosa, coopera libremente a toda justicia, y el sacrificio es para él el lujo de la vida moral y la magnificencia del corazón. Es implacable para el mal, porque no tiene odio al malvado. Considera como un beneficio el castigo reparador y no comprende la venganza.

Tal es el hombre que supo llegar al punto central del equilibrio, y podemos, sin blasfemar y sin hacer locuras, llamarlo hombre-Dios, porque su alma se identificó con el principio eterno de la verdad y la justicia.

La libertad del hombre perfecto es la propia ley divina; ella posa encima de todas las leyes humanas y de todas las obligaciones convencionales de los cultos. La ley es hecha para el hombre, decía Cristo, y no el hombre para la ley. El hijo del hombre es el señor del sábado; esto es, que la prescripción de observar el sábado bajo pena de muerte, impuesta por Moisés, sólo obliga al hombre en cuanto a éste puede serle útil, porque el hombre es, en definitiva, el soberano señor. Todo me es permitido decía San Pablo, mas todo no es conveniente, lo que quiere decir, que tenemos el derecho de hacer todo lo que no perjudica a nosotros ni a otros, y que nuestra libertad sólo es limitada por las advertencias de nuestras conciencias y de nuestra razón.

El hombre sabio nunca tiene escrúpulos, obra razonablemente y sólo hace lo que quiere; y es así como, en su esfera, todo lo puede y es impecable. *Quid natus est ex Deo non peccat*, dice S. Pablo, porque sus errores siendo involuntarios no le pueden ser imputados.

Es para llegar a esta soberana independencia que el alma debe adelantarse a través de las dificultades del progreso. Este es el verdadero y Gran Arcano del ocultismo, pues es así que se realiza la promesa misteriosa de la serpiente: “seréis como dioses conociendo el bien y el mal”.

Así, la serpiente edénica se transfigura en la serpiente de bronce curadora de todas las heridas de la humanidad. El mismo Jesucristo fue comparado por los padres de la Iglesia a esta serpiente porque, dicen ellos,

tomó la forma del pecado para mudar la abundancia de iniquidad en superabundancia de justicia.

Hablamos aquí sin rodeos y mostramos la verdad sin velos y, con todo, no tememos que se nos acuse en razón de ser un revelador temerario. Aquellos que no deban comprender estas páginas no las comprenderán, porque para los ojos muy débiles la verdad que mostramos forma un velo con su luz, y se oculta tras el brillo de su propio esplendor.

CAPÍTULO XVI

LA AGONIA DE SALOMON

La fe es un poder de la juventud y la duda un síntoma de la decrepitud.

El joven que no cree en nada, se asemeja a un aborto que tuviese arrugas y cabellos blancos.

Cuando el espíritu enflaquece, cuando el corazón se apaga, se duda de la verdad y del amor. Cuando los ojos se perturban, se juzga que el sol no brilla más, se llega hasta dudar de la vida y se siente, de antemano, la aproximación de la muerte.

Ved los niños, ¡qué irradiación en sus ojos, qué inmensa creencia en la luz, en la felicidad, en la infalibilidad de su madre en los dogmas de su ama! ¡Qué mitología de invenciones! ¡Qué alma atribuyen a los juguetes y muñecas! ¡Qué paraísos en sus miradas! ¡Oh, los ángeles bien amados! Los ojos de los infantes son los espejos de Dios en la tierra. El joven cree en el amor, es la edad del cántico de los cánticos. El hombre maduro cree en las riquezas, en los triunfos y a veces hasta en la sabiduría. Salomón llegaba a la edad madura cuando escribió su libro de los proverbios.

Después, el hombre cesa de ser amable y proclama la vanidad del amor, se extenúa y no cree más que en los goces que dan las riquezas; los yerros y los abusos de la gloria y hasta los triunfos le disgustan. Su entusiasmo se extingue, su generosidad se gasta, se vuelve egoísta y desconfiado, y entonces duda de la ciencia y de la sabiduría. Es entonces cuando Salomón escribe su triste libro del Eclesiastés.

¿Qué resta entonces al bello joven que escribía: “Mi bien amada es única entre las bellas, el amor es más invencible que la muerte, y aquel que diese toda su fortuna y toda su vida por un poco de amor, aun lo tendría comprado por nada...”? ¡Oh!, leed ahora esto en el Eclesiastés:

“Encontré un hombre entre mil y entre todas las mujeres, ninguna. Consideré todos los errores de los hombres y hallé que la mujer es más amarga que la muerte. Sus encantos son los lazos del cazador y sus lánguidos brazos son cadenas”. ¡Salomón: envejeciste!

Este príncipe había superado en magnificencia a todos los monarcas de Oriente; había construido el templo que era una maravilla del mundo y que debía, conforme con el sueño de los judíos, tornarse en un centro de la civilización asiática. Sus navíos se cruzaban con los de Hiram, rey de Tiro. Las riquezas de todos los pueblos afluían a Jerusalén. Pasaba por el más

sabio de los hombres y era el más poderoso de los reyes. Había sido iniciado en la ciencia de los santuarios y la había resumido en una vasta enciclopedia. Era aliado, por muchos casamientos, a todas las potencias de Oriente. Se juzgó entonces señor absoluto del mundo y pensó que era tiempo de realizar la síntesis de todos los cultos. Quiso agrupar alrededor del centro inaccesible en que adoraban la abstracta unidad de Jehovah, las encarnaciones brillantes de la divinidad en los números y en las formas. Quería que la Judea no fuese más inaccesible a las artes y que estuviese permitido al cincel del escultor crear dioses.

El templo de Jehovah era único como el sol, y Salomón quiso completar su universo, dando a este sol una corte de planetas y satélites. Para ello, hizo construir templos en las montañas que rodeaban Jerusalén. Dios, manifestado en los fenómenos del tiempo, fue adorado bajo el nombre de Saturno o de Moloch.⁶¹ Salomón conservó todo el simbolismo de esta gran imagen y solamente suprimió los sacrificios de niños y otras víctimas humanas; inauguró alrededor del altar de Venus o de Astarté⁶² las fiestas de la belleza, de la juventud y del amor, esta triple sonrisa de Dios que anima y consuela la tierra.

Si hubiera tenido éxito, la gloria y el poder de Jerusalén habrían hecho abortar los de Roma y el cristianismo jamás habría aparecido. Salomón convertíase en el Mesías prometido a los hebreos. Pero el fanatismo rabínico se alarmó. Los viejos sabios que rodeaban al hijo de Bethsabé fueron juzgados de apostasía. Los jóvenes escribas y la turba amotinada de los levitas llegaron a engañar a la juventud de Roboán, hijo de Salomón, y el viejo rey comprendió un día, con terror, que su heredero no continuaría su obra. La duda entró en su corazón, y con ella, una profunda desesperación. Fue entonces que escribió: “Hice trabajos inmensos y voy a dejar todo a un heredero que será tal vez un insensato. Todo es vanidad debajo del sol y todo parece girar en un círculo fatal; el justo en este mundo no es más feliz que el impío, y es una presunción entregarse al estudio, porque aumentado su ciencia se aumentan los disgustos. El hombre muere como el animal y nadie sabe si el espíritu de los hombres alcanza lo alto o si el de los animales rueda para abajo. El hombre muy sabio cae en estupor y ninguno sabe si es digno de amor o de odio. Vivamos, pues en el presente y esperemos que Dios nos juzgue.” Y pensando amargamente en su hijo

⁶¹ *Moloch*. Príncipe del país de las lágrimas, adorado por los moabitas y los ammonitas. SU estatua de bronce tenía los brazos abiertos para recibir las víctimas humanas, y según Mitol, sacrificábansele niños y el principio de la generación. Moloch, en su origen, es lo mismo que un rey soberano y significa lo mismo que Baal, Melcon, etc. (N. del T.)

⁶² *Astarté*. Mitología. Diosa fenicia que traía su origen de la Siria Astoret, adorada en la Judea y Egipto. Donde más se destacó su culto fue en las islas de Chipre y Citea. Se la honraba como diosa de la fecundidad. (N. del T.)

dice: “Desdichada la nación cuyo príncipe apenas es un niño”: Estas tristezas infinitas de una gran alma aislada en la cima del poder y que recuerdan las lamentaciones de Job y el clamor de Jesús en el Calvario: *Eli, Eli, Lamma Sabachtani*.

Salomón percibía que en lugar de haber creado la unidad del mundo con Jerusalén como centro, su propio reino iba a despedazarse violentamente. El pueblo se agitaba y quería reformas que de mucho tiempo se le habían prometido; el templo estaba terminado y los impuestos excepcionales, que tenían por objeto o por pretexto la construcción del templo, no habían sido disminuidos.

Un agitador, llamado Jeroboán, formaba un partido en las provincias. Roboán, convertido instrumento ciego de los pretendidos conservadores, lanzaba al fuego casi públicamente los libros filosóficos de su padre, los que no fueron encontrados después de la muerte de Salomón, y el viejo señor de los espíritus, abandonado por todos los que amaba, se asemejaba al rey Thule de la balada alemana que llora en silencio en su copa y bebe un vino mezclado con lágrimas. Es entonces que maldice la alegría, diciendo: ¿Por qué me engañaste? Y escribe: “Es mejor ir a casa de las lágrimas que a casa de las risas”. ¿Pero por qué? N lo dice. Más tarde, una sabiduría mayor que la suya, venida para enjugar todas las lágrimas, debía exclamar: “Felices los que lloran, porque ellos reirán un día”. Así es la risa y la felicidad que Jesús vino a prometer a los hombres. San Pablo, su apóstol, escribía a sus discípulos: “estad siempre en alegría”, *Semper gaudite*.

El sabio llora cuando es feliz y sonríe con bravura cuando sufre. Los antiguos padres de la Iglesia combatían un octavo pecado mortal, que lo llamaban la tristeza.

Dicen que Salomón conocía la virtud secreta de las piedras y las propiedades de las plantas, pero hay un secreto que ignoraba, puesto que escribió el Eclesiastés. Desconocía el secreto de la felicidad y de la vida; ese secreto repele al abatimiento, eternizando la felicidad y la esperanza: ¡EL SECRETO DE NO ENVEJECER!

¿Existe un secreto semejante? ¿Existen hombres que jamás envejecen? ¿Es una realidad el elixir de Flamel? ¿Y debemos creer, como dicen los amigos apasionados de las maravillas, que el célebre alquimista de la Calle de los Escritores eludió la muerte y que, bajo otro nombre, vive aún con su mujer Pernella en la rica soledad del nuevo mundo?

No, no creemos en la inmortalidad del hombre en la tierra. Pero sí creemos y sabemos que el hombre puede preservarse de envejecer.

Se puede morir, cuando se vivió un siglo o casi un siglo; entonces es tiempo de que el alma abandone su vestido, que ya no está de moda; es tiempo no de morir, ya dijimos que no creemos en la muerte, más sí de aspirar a un segundo nacimiento y de comenzar vida nueva.

Hasta el momento del último suspiro se pueden conservar las alegrías ingenuas de la infancia, los éxtasis poéticos del joven, los entusiasmos de la edad madura. Hasta el fin, es posible embriagarse de flores, de belleza y de sonrisas, recobrar incesantemente lo que pasó y encontrar lo que se perdió. Se puede hallar una eternidad real en el bello sueño de la vida.

¿Qué es preciso hacer para ello? Leed con atención y meditat, seriamente, en lo que os voy a decir:

Hay que olvidarse de sí mismo y vivir únicamente para los otros.

Cuando Jesús dijo: Si alguien quiere venir conmigo que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga, no pretendió él que fuesen a enterrarse en un claustro o en un desierto; él, que siempre vivió entre los hombres, abrazando y bendiciendo a los niños, levantando a las mujeres caídas, de las que no despreciaba ni las caricias menos las lágrimas, comiendo y bebiendo con los *parias* del fariseísmo, y dando hasta ocasión de que dijeran: este hombre es un glotón y un bebedor de vino, amando tiernamente a San Juan y a la familia de Lázaro, soportando a San Pedro, curando a los dolientes y alimentando a las multitudes, cuyos recursos multiplicaba por los milagros de la caridad. ¿En qué se asemeja esta vida a la de un trapense o de un estilista como la del autor de un tratado célebre que preconiza el aislamiento y la concentración sólo en sí, y que tuvo la osadía de llamar *Imitación de Cristo*? Vivir en los otros, con los otros y para los otros, es el secreto de la caridad y el de la vida eterna. También es el secreto de la eterna juventud. Si no os volvéis semejantes a los niños, decía el Maestro, no entraréis en el reino de los cielos. Amar es vivir en aquellos que se ama, es pensar sus pensamientos, adivinar sus deseos, participar de sus afectos; cuanto más ama la gente, más aumenta la propia vida. El hombre que ama ya no está solo y su existencia se multiplica, familia, patria, humanidad. Balbucea y salta con los infantes, se apasiona con la juventud, razona con la edad madura y extiende la mano a la vejez. Salomón no amaba más cuando escribió el Eclesiastés y había caído en la ceguera del espíritu por la decrepitud del corazón. Su libro es la agonía de un espíritu sublime que va a apagarse por faltarle el alimento del amor. Es triste como el genio solidario de Chateaubriand, como las poesías del siglo XIX. Sin embargo, el siglo produjo, por ejemplo, a Víctor Hugo, prueba viva de lo que acabo de afirmar. Este hombre, egoísta al principio, fue viejo en su juventud, y después, cuando sus cabellos encanecieron, comprendió el amor y se rejuveneció. ¡Cómo adora Víctor Hugo a los niños!, ¡cómo respira todas las savias y todas las divinas locuras de la juventud! ¡Qué gran panteísmo de amor en sus últimas poesías! ¡Cómo comprende la risa y las lágrimas! Tiene la fe universal de Goethe y la inmensidad filosófica de Spinoza. Es Rabelais y Shakespeare. ¡Víctor Hugo: sois un gran mago sin saberlo y encontraste, como no lo logró el pobre Salomón, el arcano de la vida eterna!

CAPÍTULO XVII

EL MAGNETISMO DEL BIEN

Se dice y repite hasta el cansancio, que las personas de bien son infelices en este mundo, mientras que los malos prosperan y son dichosos. Esto es una estúpida y abominable mentira.

Esta mentira proviene del error vulgar que confunde la riqueza con la felicidad; como si pudiésemos decir, sin estar locos, que Tiberio, Calígula, Nerón, Vitelio fueron felices. Eran ricos, y además de eso eran señores del mundo, y no obstante sus corazones carecían de descanso, sus noches, de sueño y sus conciencias estaban azotadas por las furias.

¿Acaso un cerdo se volvería un hombre si le sirviesen trufas en un balde de oro?

La felicidad está en nosotros y no en nuestros platos; Malfilatre, muriendo de hambre, habría merecido su destino.

¿Cuál de los dos es más feliz, Sócrates o Trimalción? (este personaje de Pretruvio es la caricatura de Claudio). Trimalción habría muerto de indigestión si no lo hubiesen envenenado.

Hay personas de bien que sufren la pobreza y hasta la miseria, no discuto, pero generalmente es por su culpa y también, muchas veces, es la pobreza la que conserva su honestidad. La riqueza posiblemente las corrompería y perdería. No debemos considerar como verdaderos hombres de bien a aquellos que pertenecen a la multitud de los tontos, de mediocre valor y voluntad nula, aquellos que obedecen las leyes por temor o flaqueza, los devotos que tienen miedo al diablo y los pobres diablos que sienten miedo de Dios. Todas estas personas son los animales de la estulta multitud y no saben aprovechar ni del oro ni de la riqueza, menos de la miseria; ¿pero podremos ofender seriamente al sabio, al verdadero sabio que cuando se le hace mal es siempre por envidia? Mas, varios lectores van a decirme con despecho; nos prometisteis magia y tratáis aquí de moral. Tenemos suficiente filosofía, habladnos ahora de las ciencias ocultas. –Sea, vosotros que leísteis mis libros sabéis lo que significan las dos serpientes del caduceo, son las dos corrientes contrarias del magnetismo universal. La serpiente de luz creadora y conservadora y la serpiente de fuego eterno que devora para regenerar.

Los buenos son imantados, vivificados y conservados por la luz imperecedera, los malos, quemados por el fuego eterno.

Hay comunión magnética y simpática entre los hijos de la luz, todos se bañan en la misma fuente de vida; son todos felices por la felicidad de unos y otros.

El magnetismo positivo es una fuerza que reúne, y el magnetismo negativo, una fuerza que dispersa.

La luz atrae la vida, y el fuego trae consigo la destrucción.

El magnetismo blanco es simpatía, y el magnetismo negro, la aversión.

Los buenos se aman entre sí, y los malos se odian mutuamente, porque se conocen.

El magnetismo de los buenos les trae todo lo que es bueno, y cuando no les trae las riquezas es porque ellas le estarían demás.

¿No abrazaban los héroes de la antigua filosofía y del cristianismo primitivo la santa pobreza, como una severa guardiana del trabajo y la temperancia?

¿Entonces no son pobres las personas de bien? ¿No tienen siempre cosas magníficas que dar? Ser rico es dar, es acumular, y la fortuna eterna se forma únicamente de lo que damos.

Existe realmente una atmósfera de bien como una atmósfera de mal. En la una respiramos la vida eterna y en la otra la muerte eterna.

El círculo simbólico que forma la buena serpiente que muerde de su propia cola, el pleroma de los gnósticos, el nimbo de los santos de la leyenda áurea, es el magnetismo del bien.

Toda cabeza santa irradia y las irradiaciones de los santos se entrelazan unas con otras para formar cadenas de amor.

Los rayos de gracia se sujetan a los rayos de gloria; las certezas del cielo fecundan los buenos deseos de la tierra. Los justos que murieron no nos dejaron, viven en nosotros y por nosotros inspiran sus pensamientos y se regocijan de nosotros. Vivimos en el cielo con ellos y luchan con nosotros en la tierra, pero repetimos nuevamente, el cielo simbólico, el cielo que las religiones prometen al justo no es un bien, es un estado de las almas; el cielo es la generosa armonía eterna, y el irremediable infierno, el conflicto inevitable de los instintos viles.

Mahoma⁶³, siguiendo los hábitos orientales, presentaba a sus discípulos una alegoría que tomaron por cuento absurdo, como lo hace Voltaire con las palabras de la Biblia.

⁶³ Mahoma. Fundador de la religión musulmana. Nació en la Meca en el 571, y a los 40 años comenzó a predicar el Islamismo, inspirándose en las tradiciones judaicas y cristianas. Tuvo que huir de la Meca en el año 622, fecha que señala el principio de la era musulmana. Sometió la Meca en el año 630 y la hizo ciudad santa. Una tarde dijo a su mujer que ya había llegado la ocasión de revelar el secreto de la misión que el ángel San Gabriel le había encomendado, apareciéndosele muy brillante y llamándole “apóstol de Dios”.

Existe, decía él, un árbol llamado Tuba, tan vasto y tan frondoso, que un caballo, suelto al galope y partiendo de su pie, galoparía cien años antes de salir de su sombra. El tronco de este árbol es de oro, sus ramas traen por hojas talismanes hechos de piedras maravillosas que dejan caer, desde que se las toca, todo lo que los verdaderos creyentes puedan desear, sean deliciosos manjares o espléndidos vestuarios. Es invisible para los impíos, más introduce una de sus ramas en casa de todos los justos y cada rama tiene la propiedad del árbol entero. Este árbol alegórico es el magnetismo del bien. Es lo que los cristianos llaman la gracia. Lo que el simbolismo del Génesis designa con el nombre de árbol de la vida. Mahoma había adivinado los secretos de la ciencia y habla como un iniciado, cuando cuenta las bellezas y las maravillas del árbol de oro, el gigantesco Tuba.

No es bueno que el hombre esté solo, dice la sabiduría eterna, y ello expresa una ley. El hombre nunca está solo, sea en el bien, sea en el mal. Su existencia y sus sensaciones son al mismo tiempo individuales y colectivas.

Todo lo que los hombres de genio encuentran o atraen de la luz, irradia para la humanidad entera. Todo lo que los justos hacen de bien, aprovecha al mismo tiempo a todos los justos y merece gracias de arrepentimiento de los malos. El corazón de la humanidad tiene fibras en todos los corazones.

Todo lo que es verdad, es bello. Solo hay de vano bajo el sol el error y la mentira. El propio dolor y la muerte son bellos, porque son el trabajo que purifica y la transfiguración que liberta. Las formas pasajeras son verdaderas, porque son manifestaciones de la fuerza y de la belleza eterna. El amor es verdadero, la mujer es santa y su concepción es inmaculada. La verdadera ciencia nunca engaña, la fe razonable no es una ilusión. La risa de alegría simpática es un acto de fe, de esperanza y de caridad. Temer a Dios es desconocerlo, sólo debemos temer el error. El hombre puede todo lo que quiere, cuando sólo quiere la justicia. Puede, si lo quiere, hasta precipitarse en la injusticia, pero en ella se destruirá. Dios se revela al hombre en el hombre y por el hombre. Su verdadero culto es la caridad. Los dogmas y los ritos mudan y se suceden, la caridad no muda y su poder es eterno.

El gusto de los orientales por las cosas extraordinarias hicieron que bien pronto las palabras de Mahoma fueran recibidas por todos como verdades. Desde entonces, juntó Mahoma a sus discípulos, organizó un ejército e inspiró a todos, diciéndoles: “Fieles creyentes, Dios os manda desenvainar la espada contra el incrédulo y el infiel. Volad al combate contra ellos, herid, exterminad a todos cuantos se atreven a resistir a la verdad de vuestra santa religión. Dios guiará vuestros golpes y su brazo terrible extinguirá a vuestros enemigos”. Según él, el cielo estaba cerrado a los cobardes y a los corazones indecisos, y así arraigó en el alma de sus discípulos los transportes de ese celo devorador y fanático que les hizo arrostrar impávidos todos los peligros. (N. del T.)

Hay apenas un único y verdadero poder en la tierra como en el cielo: es el del bien. Los justos son los únicos señores del mundo. El mundo tiene convulsiones cuando ellos sufren y se transforma cuando mueren. La opresión de la justicia es una comprensión de una fuerza mucho más terrible que la de las materias fulminantes. No son los pueblos los que hacen las revoluciones, son los reyes. La persona justa es inviolable; ¡infeliz de quien la toca! Los césares quedarán en cenizas, quemados por la sangre de los mártires. Lo que un justo quiere, Dios lo aprueba. Lo que un justo escribe, Dios lo afirma y es un testamento eterno.

La clave del enigma de la Esfinge es Dios en el hombre y en la Naturaleza. Los que separan el bien de Dios lo separan de la Naturaleza, porque la Naturaleza está llena de Dios y repele con horror al ateísmo. Los que separan al hombre de la Naturaleza son como los hijos que para honrar a su padre le cortasen la cabeza. Dios es, por decirlo así, la cabeza de la Naturaleza; sin él, ella no existiría, sin ella, él no se manifestaría.

Dios es nuestro padre y la Naturaleza es nuestra madre. Honra a tu padre y a tu madre dice el Decálogo, a fin de que vivas largamente en la tierra. *Emmanuel*, Dios está con nosotros, tal es la palabra sagrada de los iniciados conocidos solamente con el nombre de hermanos de la Rosa Cruz.⁶⁴ Es en

⁶⁴ *Rosa Cruz*. De los muchos griegos que durante siglos acudieron a Egipto en busca de nuevos conocimientos, algunos fueron iniciados en la Fraternidad Rosa Cruz, entre los que se cuenta a Solón, el insigne legislador ateniense, a los filósofos Anaximandro y Pitágoras, cuya escuela era copia de la de Egipto.

Se lee en el *Apocalipsis Hermético*, o libro de los Rosacruces: “Se asegura que de la Fraternidad Rosa Cruz se destacaron con fines de apostolado y propaganda, dos ramas, una de las cuales se estableció en Palestina con la denominación de *Esenios* y la otra en Grecia, con la de *Terapeutas*. El advenimiento del cristianismo dio nuevo empuje a la que ya tenía todos los caracteres distintivos de las órdenes, y cuando el movimiento Rosa Cruz llegó a Francia, en el siglo IX, influyó poderosamente en el establecimiento de la escuela de Carlomagno, quien favoreció la fundación de una Logia Rosa Cruz en un monasterio cercano a la antigua Tolosa. Cuando los terrores del año 1000, la Logia de Tolosa fundó en Nimes un monasterio Rosa Cruz, que fue más tarde núcleo del colegio tan floreciente desde el siglo XII a mediados del siglo XV, y que revivió en 1882 en Montpellier. Desde 1187 residió en Tolosa el Colegio Supremo de la Orden de Francia, aunque continuaba en Egipto la Sede Central. Se difundió la Orden por Alemania, donde se estableció en Worms una Logia; más tarde, trasladada a Leipzig, fue la gran Logia Alemana. La mayor parte de los historiadores profanos atribuyen su fundación a un personaje llamado *Christian Rosenkreuz*; pero no hubo tal, sino que por una ley secreta, en cada nación había de tener la Orden un ciclo de 108 años de actividad y otros 108 de reposo, sin que durante estos últimos diese señal de *actividad externa*. El tercer renacimiento de la Orden en Alemania coincidió con la Reforma, y fue anunciado por público pregón en que se participaba simbólicamente el descubrimiento de una tumba en que se había encontrado el cuerpo de un gran maestro llamado C. R. C., cuyas iniciales se tradujeron por *Christian Rosenkreuz*, sin que jamás haya existido este imaginario personaje”...

este sentido que Jesucristo pudo, sin blasfemar, llamarse hijo de Dios y el propio Dios, y querer que no hagamos más que uno con él, como él no hace más que uno con su padre, y es así como la humanidad regenerada realiza en este mundo el Gran Arcano del hombre-Dios.

Amemos a Dios los unos en los otros, porque Dios jamás se mostrará de otra manera en nosotros. Todo lo que en nosotros es amable es Dios que está en nosotros, y sólo podemos amar a Dios, ya que es siempre a Dios que la gente ama cuando sabe amar de verdad.

Dios es luz y no gusta de las tinieblas. Si queremos pues, sentir a Dios en nosotros, esclarezcamos nuestras almas. El árbol de la ciencia no es un árbol de muerte sino para Satán y sus apóstoles, es el manzanillero de las supersticiones, *pero para nosotros, es el árbol de la vida.*

Extendamos las manos y tomemos los frutos de este árbol, ellos nos curarán de las aprehensiones de la muerte.

Así no diremos más, como estúpidos esclavos: esto es bien, porque nos lo ordenan, prometiéndonos una recompensa; y esto es mal, porque nos lo prohíben, amenazándonos con suplicio.

Diremos entonces: hacemos esto, porque sabemos que es bueno, y no hacemos aquello otro, porque sabemos que es malo.

Y así será realizada la promesa de la serpiente simbólica:

Seréis como Dioses, conociendo el bien y el mal.

Las enseñanzas de los Rosacruces constituyen una moral elevadísima y un conocimiento profundo de la Naturaleza y del Hombre Interno. No sólo predicán el bien, sino que lo practican constantemente, son, en fin, unos perfectos cristianos. Estudian con fervor la Cábala, practican la Astrología y meditan los inefables paradigmas de la Alquimia Espiritual. (De *El Apocalipsis Hermético*, por el filáleta Juan Bautista Duchamps). (N. del T.)

APENDICE

CREDO FILOSOFICO

De Eliphas Levi

Creo en lo desconocido que Dios personifica,
probado por el propio ser y por la inmensidad.
Ideal sobrehumano de la filosofía,
perfecta inteligencia y suprema bondad.
Creo en el infinito que el finito proclama;
creo en la razón que no se debilita;
creo en la esperanza y he adivinado el alma,
sentando que el amor desprecia la muerte!

Creo que el ideal para nosotros se realiza
en los hombres con amor, espíritu y bondad.
Justos de todos los tiempos, vos sois mi Iglesia;
¡Y mi dogma tiene por ley la universalidad!

Creo que el dolor es un esfuerzo para nacer,
que el mal es para nosotros la sombra o el error del bien;
que el hombre trabajando debe conquistar su ser,
que el bien es el amor y que Satán no es nada.

Creo que la misma esperanza vive bajo todos los símbolos,
que el mundo tiene por ley la solidaridad;
yo derroco el altar de todos los ídolos,
pronunciando dos palabras: justicia y verdad.

Creo que por el derecho el deber se mide,
que el más fuerte debe más y el débil menos;
que tener miedo del verdadero Dios, es injuriarle.
ya que necesita unir nuestros esfuerzos a los suyos.

Creo que por el derecho el deber se mide,
del que jamás nuestro error abusa impunemente;
el mal hace al pensamiento activo y vigilante,
pero él es el remedio y no el castigo

Creo que de la muerte desgarrando los velos,
volveremos todos al hogar paterno;
la ignorancia y el error sombras son de las estrellas
de las que el bien radiante es el centro eterno!

LA MORAL – LOS AXIOMAS

Saber *sufrir*, saber *abstenerse* y saber *morir*, son las tres reglas principales del mago.

Aprender a sufrir, aprender a morir es la gimnasia de la eternidad, es el noviciado inmortal.

La Magia y el Esoterismo no son *ocultos* más que para los ambiciosos e ignorantes

LAS CIENCIAS OCULTAS

Hay hombres que como la luz los irrita y fatiga vuelven su espalda al sol, mirando siempre a su sombra.

Se creen cristianos pero adoran al diablo, otorgándolo los atributos de Dios.

Se llaman filósofos, mas adoran la nada y la anarquía, poniéndolas en lugar del ser eterno y del orden inmutable que preside la jerarquía de los seres.

La afirmación temeraria y la negación absurda tienen también sus fanáticos, estos son los búhos de la inteligencia.

Los que sólo ven en la noche de sus pasiones al clarear el día quedan ciego.

Jamás esos hombres comprenderán nada de la filosofía oculta.

Para ellos solamente es oculta.

Oculta como el sol para los búhos.

Oculta como el buen sentido para los fanáticos.

Oculta como la razón para los insensatos.

Pues es la filosofía de la luz; es la filosofía del buen sentido; es la filosofía exacta como los números, rigurosa como las proporciones de la geometría, regulada y ordenada como la naturaleza, evidente como el ser, infalible como las matemáticas eternas.

¡Ciego el que no lo vea, pero más ciego aún quien pretenda verlo en la noche!

El temerario que ose mirar al sol sin pantalla queda ciego y entonces para él el sol es negro.

Nunca el estúpido vulgar comprenderá la alta ciencia de los magos. Orfeo canta y los monos hacen muecas y gestos, esperando que el poeta elogie su cola. La gloria que se pide a la muchedumbre es ambrosía bien amarga, pues contiene mucha hiel y poca miel. Además, las palmas inmortales tardan en crecer y suelen no dar sombra más que a los féretros.

Los verdaderos grandes hombres son poco ávidos de escuchar su gloria, saben que si el trueno ahorra el laurel, éste estará por especie de complicidad entre azotes y azahares; la corona de laurel es con frecuencia corona de vértigos. La savia del laurel contiene el más sutil de los venenos.

Es necesario atreverse para ocuparse seriamente de esta filosofía oculta, tratada con tanto desprecio por aquellos que la niegan, y con tanto odio por los que la atribuyen al demonio. Es preciso tener osadía, para mandar a los fantasmas de la imaginación y las inquietudes del espíritu; es necesario ser audaz para pensar de diferente modo que el vulgo, para oponer el inmutable y buen sentido de los sabios a las divagaciones siempre variables de la

multitud. Dios ha puesto a nuestra disposición la paz y la dicha, pero es preciso atreverse a extender las manos hasta esos frutos del árbol de la vida, prohibidos por tantas quimeras, y no temer robarlos, porque una vez cogidos la naturaleza nos los donará. Recordemos que el cielo soporta violencia y quiere ser tomado por asalto.

Si el infierno fuera el patrimonio de la inteligencia valerosa que lucha en nombre de la razón y si el cielo estuviera reservado a la estúpida temeridad que obedece al misterio, las gentes de honor y de corazón deberían ir todas al infierno, y este sería entonces el cielo.

AMOR, he aquí el gran secreto de la Magia, pero hay que saber distinguir entre el amor que inmortaliza y el amor que mata.

Escribimos para los hombres sin prejuicios.

Saber es ser. Dudar es ignorar. Pues bien, lo que dudamos o ignoramos no existe aún para nosotros.

Tales son las consecuencias del dogma filosófico de Hermes y tal es la filosofía de los Rosa Cruz, herederos de todos los sabios de la antigüedad.

FINIS CORONAT OPUS